C. S. PACAT



LA REBELIÓN DEL REY

SAGA EL PRÍNCIPE

Damen ha desvelado su identidad: es Damianos de Akielos, el hombre a quien Laurent juró matar, y ahora debe convencer al príncipe vereciano de que se alíe con él. El futuro de sus dos reinos, Akielos y Vere, corre peligro.

Para recuperar el poder, Laurent y Damen deberán adentrarse en lo más profundo de Akielos y enfrentarse a los usurpadores que les han arrebatado sus reinos. Pero ¿sobrevivirá su frágil amor a la revelación de su identidad y al malvado plan de los enemigos?

C. S. Pacat

La rebelión del rey

El príncipe cautivo - 3

ePub r1.0
Titivillus 24.04.2023

Título original: *Kings Rising*
C. S. Pacat, 2016
Traducción: Eva García Salcedo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM

DÉCIMO ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre

Para Vanessa, Bea, Shelley y Anna.
Este libro se escribió con la ayuda de grandes amigos.


El Gran Bosque del Norte
y las Estepas Septentrionales
Ver-Kindt
Arles
Skarva
Chastillon
Belloy
Varenne
Vas
Vere
Ver-Tan
Barbin
Toutaine
Ver-Vassel
Lys
Marches
Chasteigne
Ladehors
Alier
Patras
Arran
Ravenel
Acquitart
Fortaine
Delpha
(Delfeur)
Bazal
Marlas
Sicyon
Aegina
Dice
Viaje en barco de Damen
Akielos
N
Mellos
Thrace
O
E
Mar Ellosiano
Kesus
S
Ellium
Golfo de Atros
Ios
Isthima
Mapa de
Akielos y Vere
0
150
300
kilómetros

Personajes

AKIELOS

La corte
Kastor, rey de Akielos
Damianos, (Damen), heredero al trono de Akielos
Jokaste, dama de la corte akielense
Kyrina, su doncella
Nikandros, kyros de Delpha
Meniados, kyros de Sicyon
Kolnas, guardián de los esclavos
Isander, un esclavo
Heston de Thoas, noble de Sicyon
Makedon, general de Nikandros y comandante independiente del mayor ejército del norte
Straton, comandante

Portaestandartes de Delpha
Philoctus de Eilon
Barieus de Mesos
Aratos de Charon
Euandros de Itys

Soldados
Pallas
Aktis
Lydos
Elon
Stavos, capitán de la guardia

Del pasado
Theomedes, rey de Akielos y padre de Damen

Egeria, reina de Akielos y madre de Damen
Agathon, primer rey de Akielos
Euandros, antiguo rey de Akielos, fundador de la casa de Theomedes
Eradne, antigua reina de Akielos, conocida como la Reina de los Seis
Agar, antigua reina de Akielos, conquistadora de Isthima
Kydippe, antigua reina de Akielos
Treus, antiguo rey de Akielos
Thestos, antiguo rey de Akielos, fundador del palacio de Ios
Timon, antiguo rey de Akielos
Nekton, su hermano

VERE

La corte
El regente de Vere
Laurent, heredero al trono de Vere
Nicaise, la mascota del regente
Guion, lord de Fortaine, antiguo miembro del consejo vereciano y antiguo embajador en Akielos
Loyse, *lady* de Fortaine
Aimeric, hijo de ambos
Vannes, embajadora en Vask y primera consejera de Laurent
Estienne, miembro del bando de Laurent

El Consejo vereciano
Audin
Chelaut
Herode
Jeurre
Mathe

Los hombres del príncipe
Enguerran, capitán de la Guardia del Príncipe
Jord
Huet
Guymar
Lazar
Paschal, médico
Hendric, heraldo

En el camino
Govart, antiguo capitán de la Guardia del Príncipe
Charls, mercader de telas vereciano
Guillaume, su ayudante
Mathelin, mercader de telas vereciano
Genevot, aldeano

Del pasado
Aleron, antiguo rey de Vere y padre de Laurent
Hennike, antigua reina de Vere y madre de Laurent
Auguste, antiguo heredero al trono de Vere y hermano mayor de Laurent

Capítulo uno

—DAMIANOS.

Damen se encontraba al pie de los escalones del estrado mientras su nombre resonaba en tonos de asombro e incredulidad por el patio. Nikandros se arrodilló ante él, su ejército se postró a sus pies. Fue como volver a casa, hasta que su nombre, que se extendía por las hileras de los soldados akielenses allí reunidos, llegó a los plebeyos verecianos que se agolpaban en los confines de la zona y la sensación cambió.

Sintió una conmoción diferente, doble; era una oleada de ira y alarma que se extendía por el lugar. Damen oyó el primer clamor de protesta, un brote de violencia, una nueva expresión en boca de la multitud.

—El Matapríncipes.

Entonces, se oyó el silbido de una piedra al ser arrojada. Nikandros se levantó y desenvainó su espada. Damen le hizo un gesto con la mano para que parase. El kyros se detuvo al instante y quince centímetros de acero akielense quedaron a la vista.

La confusión se hizo palpable en el rostro de Nikandros cuando la gente congregada en el patio comenzó a dispersarse.

—¿Damianos?

—Di a tus hombres que esperen —ordenó Damen en el preciso instante en que el sonido agudo de una espada más cercana hizo que se volviera rápidamente.

Un soldado vereciano con un yelmo gris había desenfundado su espada y miraba a Damen como si tuviese delante a su peor pesadilla. Era Huet. Damen reconoció su pálido rostro bajo el yelmo. El soldado empuñaba la espada ante él del mismo modo que Jord había agarrado el cuchillo: con manos temblorosas.

—¿Damianos? —preguntó Huet.

—¡Esperad! —volvió a ordenar Damen a voz en cuello para que se le oyese por encima de la muchedumbre, por encima del nuevo y ronco grito en akielense: «¡Traición!».

Empuñar una espada contra un miembro de la familia real akielense significaba la muerte.

Aún mantenía alejado a Nikandros con la mano, pero notó que se le tensaron los tendones del esfuerzo que le suponía permanecer quieto.

Entonces se oyeron gritos de histeria. El estrecho perímetro se rompió cuando el creciente gentío, aterrado, se apresuraba a huir. Querían salir a la desbandada y apartarse del ejército akielense. O pulular a su alrededor. Vio a Guymar barrer el patio; sus ojos reflejaban miedo y tensión. Los soldados eran testigos de lo que una turba de campesinos no veía: que la fuerza akielense en el interior de las murallas —*en el interior* de las murallas— era quince veces mayor que la pobre guarnición vereciana.

Un soldado vereciano aterrorizado desenvainó otra espada junto a Huet. La ira y la incredulidad traslucían en los rostros de algunos guardias verecianos; en otros había miedo, se miraban con desesperación, preguntándose qué hacer.

Entre la primera fisura que se había abierto en el perímetro y el creciente frenesí de la multitud, los guardias verecianos ya no estaban completamente bajo su control. Damen se percató de lo mucho que había subestimado el efecto que causaría la revelación de su identidad en los hombres y las mujeres del fuerte.

«Damianos, el Matapríncipes».

Acostumbrado a tomar decisiones en el campo de batalla, recorrió el patio con la mirada y se decantó por lo que haría un comandante: minimizar las pérdidas, limitar el derramamiento de sangre y el caos y proteger Ravenel. Los guardias verecianos no seguirían sus órdenes y el pueblo vereciano… Si alguien podía aplacar el rencor y la furia de los verecianos, no era él.

Solo había un modo de detener lo que estaba a punto de suceder: debía contenerlos; asegurar y proteger el lugar de una vez por todas.

—Tomad el fuerte —le ordenó Damen a Nikandros.

Damen recorrió el pasillo flanqueado por seis guardias. Voces akielenses resonaban en los vestíbulos y las banderas rojas de Akielos ondeaban en Ravenel. Los soldados akielenses apostados a ambos lados de la entrada lo saludaron cuando pasó junto a ellos.

Ravenel había jurado lealtad dos veces en dos días. En esta ocasión, todo había ocurrido rápido; Damen sabía exactamente cómo someter el fuerte. Las escasas fuerzas verecianas sucumbieron enseguida en el patio y Damen

ordenó que le llevaran a sus dos soldados de mayor rango, Guymar y Jord, sin armadura y bajo vigilancia.

Cuando entró en la pequeña antecámara, los guardias akielenses sujetaban a sus dos prisioneros y los arrojaron bruscamente al suelo.

—De rodillas —ordenó el guardia en un vereciano chapurreado.

Jord se tumbó.

—No. Deja que se levanten —dispuso Damen en akielense.

El hombre obedeció al instante.

Guymar restó importancia al trato recibido y fue el primero en volver a ponerse en pie. Jord, que conocía a Damen desde hacía meses, se mostró más cauteloso y se levantó despacio. Guymar miró a Damen a los ojos. Habló en vereciano; no parecía entender el akielense.

—Así que es cierto. Eres Damianos de Akielos.

—Sí.

Guymar escupió a propósito y tuvo la mala fortuna de que un soldado akielense le asestara un fuerte puñetazo de revés en la cara.

Damen no hizo nada al respecto, consciente de lo que habría pasado si un hombre hubiera escupido en el suelo delante de su padre.

—¿Vas a matarnos?

Pronunció aquellas palabras mientras miraban a Damen a los ojos de nuevo. La mirada de Damen se posó en él y, luego, en Jord. Vio que tenían la cara sucia y que sus semblantes estaban tensos y demacrados. Jord había sido capitán de la Guardia del Príncipe. A Guymar lo conocía menos. Había sido comandante en el ejército de Touars antes de desertar y unirse a Laurent. Pero los dos habían llegado a oficiales. De ahí que ordenase que los llevaran ante él.

—Quiero que luchéis a mi lado —aseveró Damen—. Akielos ha venido a apoyaros.

Guymar dejó escapar un suspiro tembloroso.

—¿Luchar a tu lado? Nos usarás para tomar el fuerte.

—El fuerte ya es mío —lo corrigió Damen con calma—. Sabéis la clase de hombre al que nos enfrentamos. Vuestros hombres deben decidir. O se quedan en Ravenel como prisioneros o vienen conmigo a Charcy y le demuestran al regente que somos aliados.

—No somos aliados —sentenció Guymar—. Has traicionado a nuestro príncipe. —Y, como si casi no soportara decirlo, añadió—: Os acostasteis con…

—Lleváoslo —lo interrumpió Damen.

También echó a los guardias akielenses, que salieron en fila. La antecámara quedó desierta, salvo por el hombre al que permitió quedarse.

En el rostro de Jord no se veía ni la desconfianza ni el miedo que relucía con tanta claridad en las caras de los demás verecianos, sino el agotamiento que le suponía tratar de entenderlo todo.

—Se lo prometí —arguyó Damen.

—¿Y qué pasará cuando se entere de quién eres? —cuestionó Jord—. Cuando se entere de que tendrá delante a Damianos en el campo de batalla.

—Pues será como si nos viésemos por primera vez —repuso Damen—. También se lo prometí.

Dicho esto, se sorprendió colocando una mano en el marco de la puerta para hacer una pausa y recobrar el aliento. Pensó en su nombre propagándose por Ravenel y la provincia hasta alcanzar su objetivo. Se sentía con fuerzas para aguantar, como si, al estar al mando y mantener unidos a esos hombres lo justo para llegar a Charcy, lo que ocurriese luego…

No debía pensar en lo que sucedería a continuación; lo único que debía hacer era cumplir su promesa. Abrió la puerta y entró en el pequeño vestíbulo.

Nikandros se giró cuando Damen entró y se miraron a los ojos. Antes de que Damen pudiera hablar, el kyros se arrodilló; no de forma espontánea, como en el patio, sino intencionadamente, con la cabeza inclinada.

—El fuerte es tuyo —proclamó Nikandros—. Mi rey.

Rey.

Sintió que el espíritu de su padre le provocaba un hormigueo en la piel. Aquel era el título de su padre, pero su progenitor ya no se sentaba en el trono de Ios. Damen reparó en ello por primera vez al observar la cabeza gacha de su amigo. Ya no era el joven príncipe que deambulaba por los pasillos de palacio con Nikandros después de luchar juntos en el serrín. Ya no era el príncipe Damianos. El yo que tanto se había esforzado por volver a ser había desaparecido.

«Ganarlo todo y perderlo todo en un segundo. Ese es el destino de los príncipes nacidos para reinar», había dicho Laurent en una ocasión.

Damen observó los familiares y clásicos rasgos de Nikandros. Eran los propios de un akielense: tenía el pelo y las cejas oscuras, la tez aceitunada y la nariz recta. De niños, corrían descalzos por palacio. Cuando se imaginaba de vuelta en Akielos, se veía saludando a Nikandros, abrazándolo, ajeno a la armadura, como si hundiese los dedos y sintiese con el puño la tierra de su hogar.

En cambio, Nikandros se arrodilló en un fuerte enemigo. Su fina armadura akielense desentonaba en aquella escena vereciana y Damen sintió el abismo que los separaba.

—Levanta —ordenó Damen—, viejo amigo.

Quería decirle tantas cosas… En su interior sentía los cientos de momentos en que se había visto obligado a desterrar las dudas sobre si volvería a ver Akielos, los altos acantilados, el mar opalino y los rostros, como el suyo, de aquellos a los que consideraba amigos.

—Te daba por muerto —dijo Nikandros—. He llorado tu muerte. Encendí el ekthanos e hice la larga caminata al amanecer cuando pensé que habías fallecido. —Nikandros todavía hablaba medio asombrado mientras se levantaba—. ¿Qué te sucedió?

Damen recordó a los soldados irrumpiendo en sus aposentos, cuando lo ataron en los baños de los esclavos, el viaje en barco a Vere, a oscuras y amordazado. Recordó que lo confinaron, le pintaron la cara y exhibieron su cuerpo drogado. Recordó que abrió los ojos en el palacio vereciano y lo que le aconteció allí.

—Tenías razón con respecto a Kastor —dijo Damen a modo de respuesta.

—Asistí a su coronación en el Salón de los Reyes —respondió Nikandros. Sus ojos se habían ensombrecido—. Se plantó en la Roca del Rey y dijo: «Esta doble tragedia nos ha enseñado que todo es posible».

Eso sonaba a Kastor. Sonaba a Jokaste. Damen pensó en cómo habría sido, con los kyroi reunidos alrededor de las ancestrales rocas del Salón de los Reyes, Kastor entronizado con Jokaste al lado, con su cabello impecable y su barriga hinchada envuelta, mientras unos esclavos los abanicaban para librarlos del sofocante calor.

—Cuéntamelo —le pidió a Nikandros.

Lo escuchó. Lo escuchó todo. Se enteró de que amortajaron su cuerpo, lo llevaron en el cortejo que recorría la acrópolis y le dieron sepultura junto a su padre. Se enteró de que Kastor aseguraba que lo había asesinado su propia guardia. Se enteró de que asesinaron a los miembros de su escolta uno a uno, entre ellos al instructor que había tenido durante su infancia, Haemon, a sus escuderos y a sus esclavos. Nikandros le habló del caos y de la masacre que tuvo lugar en palacio y le contó que, a raíz de eso, los espadachines de Kastor asumieron las riendas; dondequiera que los cuestionaban, alegaban que ellos estaban conteniendo el derramamiento de sangre, no provocándolo.

Recordó el tañido de las campanas al anochecer. «Theomedes está muerto. Salve, Kastor».

—Hay más —añadió su amigo.

Nikandros vaciló un momento y buscó el rostro de Damen. A continuación, sacó una carta de su peto de cuero. Estaba desgastada y era, con creces, el peor método de transporte, pero cuando Damen agarró y desdobló la carta, entendió por qué Nikandros la llevaba tan cerca.

«Para el kyros de Delpha, Nikandros, de parte de Laurent, príncipe de Vere».

Damen sintió que se le erizaba todo el vello del cuerpo. La carta era antigua, la caligrafía también. Laurent debió de haberla enviado cuando estaba en Arles. Damen pensó en él, solo, políticamente acorralado, sentado en su escritorio, dispuesto a escribir. Recordó la voz clara del príncipe vereciano. «¿Crees que me llevaría bien con Nikandros de Delpha?».

Aunque espeluznante, tenía sentido que la estrategia de Laurent consistiese en forjar una alianza con Nikandros. El vereciano siempre había poseído la capacidad de ser pragmático a la par que despiadado. Dejaba las emociones a un lado y hacía lo que era necesario para salir vencedor, con una facilidad repugnante y total para ignorar cualquier sentimiento humano.

La carta decía que, a cambio de la ayuda de Nikandros, Laurent demostraría que Kastor se había confabulado con el regente para matar al rey Theomedes de Akielos. Era la misma información que Laurent le había soltado la noche anterior. «Pobre ignorante. Kastor mató al rey y, después, tomó la ciudad con las tropas de mi tío».

—Se hicieron preguntas —dijo Nikandros—. Pero Kastor tenía respuestas para todas ellas. Él era el hijo del rey. Y tú estabas muerto. No quedaba nadie para respaldarlo. Meniados de Sicyon fue el primero en jurar lealtad. Y además…

—El sur pertenece a Kastor —completó Damen.

Sabía a lo que se enfrentaba. No esperaba oír que la historia de la traición de su hermano había sido un error y que Kastor no cabía en sí de gozo al enterarse de que seguía con vida y lo recibiría a la vuelta.

—El norte es leal —le aseguró Nikandros.

—¿Y si os ordeno que luchéis?

—Entonces lucharemos —sentenció su amigo—. Juntos.

Lo dijo con una facilidad y una franqueza que lo dejó sin palabras. Había olvidado lo que era su hogar. Había olvidado la confianza, la lealtad, la afinidad. La amistad.

Nikandros sacó algo de un pliegue de su atuendo y se lo puso en la mano a Damen.

—Esto te pertenece. Lo he estado guardando… Es una tontería. Sabía que era traición. Quería recordarte así. —Esbozó una media sonrisa torcida—. Tienes un amigo tan necio que busca que lo acusen de traición por un recuerdo.

Damen abrió la mano.

El rizo de una melena, el arco de una cola: Nikandros le había entregado el broche dorado en forma de león que llevaba el rey. Theomedes se lo había legado a Damen en su decimoséptimo cumpleaños para designarlo como su heredero. Damen recordó a su padre poniéndoselo en el hombro. Nikandros se había arriesgado a que lo ejecutaran por encontrarlo, cogerlo y llevarlo consigo.

—Te has precipitado al jurarme lealtad.

Notaba los bordes duros y brillantes del broche en el puño.

—Tú eres mi rey —sentenció Nikandros.

Lo vio reflejado en los ojos de Nikandros, del mismo modo que lo había visto en los de los hombres. Lo sintió en el trato de Nikandros, que era distinto.

Rey.

El broche ahora le pertenecía y los portaestandartes no tardarían en llegar y rendirle pleitesía. Entonces, ya nada sería igual. «Ganarlo todo y perderlo todo en un segundo. Ese es el destino de los príncipes nacidos para reinar».

Agarró a Nikandros del hombro; aquel contacto mudo fue lo único que se permitió.

—Pareces un tapiz.

Nikandros tiró de la manga de Damen, divertido por el terciopelo rojo, los cierres de granate y las pequeñas hileras de tejido fruncido, cosidas de forma exquisita. Y entonces se quedó quieto.

—Damen —dijo Nikandros con una voz extraña. Damen miró abajo. Y lo vio.

La manga se había levantado y había dejado al descubierto un grillete de oro macizo.

Nikandros intentó retroceder, como si algo lo hubiese pinchado o quemado, pero Damen lo sujetó del brazo para que no se alejase. Lo vio; parecía que el cerebro de Nikandros fuese a explotar al pensar en lo impensable.

Con el corazón desbocado, trató de impedirlo, de salvarlo.

—Sí —dijo—. Kastor me convirtió en esclavo. Laurent me liberó. Me puso al mando de su fuerte y de sus tropas. Confió en mí, un akielense sin

motivo alguno para ascender. No sabe quién soy.

—El príncipe de Vere te liberó —comentó Nikandros mientras asimilaba las palabras—. ¿Has sido su esclavo? —Se le rompió la voz al pronunciar esas palabras—. ¿Has sido el esclavo del príncipe de Vere?

Dio otro paso atrás. Entonces, les llegó un ruido de estupefacción procedente de la puerta. Damen se volvió en su dirección y soltó a Nikandros.

Makedon estaba de pie en la entrada con una expresión de horror en el rostro cada vez mayor y, detrás de él, se encontraban Straton y dos soldados de Nikandros. Makedon era el general de Nikandros, su portaestandarte más poderoso, y había acudido para jurar lealtad a Damianos como habían hecho con el padre de Damen tiempo atrás. Damen permanecía de pie, expuesto ante ellos.

Se ruborizó violentamente. Una esposa de oro solo significaba una cosa: uso y sumisión en el sentido más íntimo de la palabra.

Sabía lo que se les pasaba por la cabeza: cientos de imágenes de esclavos que se entregaban, se inclinaban hacia delante y separaban los muslos con la ligereza y la facilidad con la que ellos se acostarían con esclavas en su casa. Se recordó a sí mismo diciendo: «Déjamela». Sintió una opresión en el pecho.

Se obligó a sí mismo a seguir desatando cordones y subirse más la manga.

—¿Sorprendidos? Fui un regalo personal para el príncipe de Vere. —Ya se había descubierto todo el antebrazo.

Nikandros encaró a Makedon y le habló con dureza.

—No dirás ni una palabra de esto. No dirás ni una palabra de esto fuera de aquí jamás…

—No. No se puede esconder —le dijo Damen a Makedon.

Makedon, un hombre de la generación de su padre, era el comandante de uno de los ejércitos provinciales más grandes del norte. Detrás de él, Straton mostraba tal aversión que parecía que tenía náuseas. Los dos oficiales secundarios miraban el suelo, pues su rango era demasiado bajo como para hacer cualquier otra cosa ante el rey, y más teniendo en cuenta lo que estaban imaginando.

—¿Fuiste el esclavo del príncipe?

La repulsión era patente en el rostro de Makedon, que había palidecido.

—Sí.

—¿Te…?

Las palabras de Makedon se hacían eco de la pregunta tácita que reflejaban los ojos de Nikandros y que ningún hombre le haría en voz alta a su rey jamás.

El rubor de Damen varió de intensidad.

—¿Te atreves a preguntarlo?

—Tú eres nuestro rey. Esta es una afrenta a Akielos intolerable —dijo Makedon con voz ronca.

—Lo soportarás —sentenció Damen mientras le sostenía la mirada a Makedon—, igual que he hecho yo. ¿O te crees superior a tu rey?

La oposición en los ojos de Makedon decía «esclavo». Por supuesto, Makedon tenía esclavas en su casa, y las usaba. Lo que pensaba que había sucedido entre el príncipe y el esclavo carecía de las sutilezas del sometimiento. Al hacérselo a su rey, en cierto modo, era como si también se lo hubiesen hecho a él, y su orgullo se rebeló ante ese hecho.

—Si esto se hace público, no te garantizo que pueda controlar a mis hombres —declaró Nikandros.

—Ya lo saben todos —dijo Damen. Observó el efecto de sus palabras en Nikandros, que no podía tragarlas del todo.

—¿Qué quieres que hagamos? —se esforzó en preguntar Nikandros.

—Jurarme lealtad —contestó Damen—. Y si estáis conmigo, reunid a los hombres y luchad.

El plan que había urdido con Laurent era sencillo y dependía del tiempo. Al contrario que Hellay, Charcy no era un campo con un único lugar estratégico a la vista de todos. Charcy era una trampa montañosa y con muchos posibles escondites, medio oculta por la vegetación, en la que una fuerza bien situada podría rodear rápidamente a una tropa que se acercase. De ahí que el regente hubiese escogido Charcy para enfrentarse a su sobrino. Proponer a Laurent un combate limpio en Charcy era como sonreírle y sugerirle dar un paseo por arenas movedizas.

Así pues, dividieron sus fuerzas. Hacía dos días que Laurent había partido para aproximarse por el norte y deshacer el cerco del regente desde la retaguardia. Los hombres de Damen eran el cebo.

Se pasó un buen rato mirándose la esposa en la muñeca antes de salir al estrado. El oro resplandecía y, a cierta distancia, se veía cómo se le ceñía a la piel de la muñeca.

No trató de ocultarla. No quiso ponerse los guanteletes. Llevaba el peto akielense, la falda corta de cuero y unas sandalias altas, atadas hasta la rodilla. Tenía los brazos desnudos, al igual que las piernas, desde la rodilla hasta la mitad del muslo. El león de oro le sujetaba la corta capa roja al hombro.

Armado y listo para la batalla, se subió al estrado y miró al ejército que se congregaba debajo; las filas impecables y las lanzas brillantes lo aguardaban.

Les dejó ver el grillete que adornaba su muñeca al tiempo que les permitía verlo a él. A esas alturas, ya estaba al tanto del sempiterno cuchicheo: Damianos había regresado de entre los muertos. Contempló al ejército enmudecer ante su presencia.

El príncipe que fue había desaparecido y se metió en su nuevo papel: su nuevo yo se apoderó de él.

—Hombres de Akielos —dijo. Sus palabras retumbaron en el patio. Miró las hileras de capas rojas y se sintió como si empuñase una espada o se pusiera un guantelete en la mano—. Soy Damianos, legítimo hijo de Theomedes, y he regresado para luchar por vosotros como vuestro rey.

Se oyó un rugido ensordecedor de aprobación; los extremos de las lanzas golpeaban el suelo en señal de conformidad. Vio brazos alzados y a los soldados vitoreando y, por un segundo, atisbó a Makedon, impasible y cubierto por el yelmo.

Damen se subió a la silla. Se había agenciado el mismo caballo que había montado en Hellay, un alazán castrado y grande capaz de soportar su peso. Sus cascos delanteros repiquetearon sobre los adoquines, como si tratase de dar la vuelta a las piedras. Arqueó el cuello; quizá presentía, del mismo modo que las grandes bestias, que estaban a punto de entrar en guerra.

Sonaron los cuernos. Se alzaron los estandartes.

De pronto, hubo un estruendo, como si un puñado de canicas rodase escaleras abajo, y un grupito de verecianos ataviados de azul ajado entraron en el patio a caballo.

No estaba Guymar, pero sí Jord y Huet. Y Lazar. Al examinar sus rostros, Damen vio quiénes eran: los hombres de la Guardia del Príncipe con los que había cabalgado durante meses. Y solo había un motivo por el que se los había liberado de su encierro. Damen levantó una mano para que Jord se acercase a él, de modo que, por un momento, sus caballos estuvieron frente a frente.

—Iremos con vosotros —declaró Jord.

Damen miró al grupito de azul que se apiñaba en el patio ante las hileras rojas. No eran muchos, solo veinte, y de inmediato se percató de que había sido Jord quien los había convencido para ir ahí y estar montados y listos.

—Pues vamos —convino Damen—. Por Akielos y por Vere.

A medida que se acercaban a Charcy, la visibilidad a larga distancia disminuía y tuvieron que depender de los batidores y los exploradores para obtener información. El regente se aproximaba por el norte y el noroeste. Sus fuerzas hacían de cebo y se hallaban en la falda de una ladera, más abajo que él. Damen nunca haría que sus hombres estuviesen en desventaja sin haber ideado un contraataque. En este caso, sería una pelea muy reñida.

A Nikandros no le parecía bien. Cuanto más se acercaban a Charcy, más obvia resultaba a los generales akielenses la pésima calidad del terreno. Si quisieras matar a tu peor enemigo, lo atraerías a un lugar como ese.

«Confía en mí». Aquellas habían sido las últimas palabras de Laurent.

Imaginó el plan tal como lo habían concebido en Ravenel: el regente estaría demasiado abrumado y Laurent bajaría por el norte en el momento justo. La deseaba, deseaba una lucha encarnizada. Quería buscar al regente en el campo, dar con él y abatirlo; poner fin a su reinado con un único combate. Si hiciera eso, si cumpliera su promesa, entonces…

Damen les ordenó que formasen filas. En breve empezarían a lloverles flechas. Las primeras vendrían del norte.

—Esperad —ordenó.

El terreno inestable era un valle de dudas flanqueado por árboles y peligrosas pendientes. El aire estaba cargado de expectación y tensión, y de los nervios y la irritación que preceden a la batalla.

Se oyeron cuernos a lo lejos.

—Esperad —repitió Damen, mientras su caballo se agitaba, díscolo, bajo él. Debían enfrentarse a las fuerzas del regente en plano antes de contraatacar; debían atraerlas allí para que los hombres de Laurent tuviesen tiempo de cercarlos.

En su lugar, vio que Makedon ordenaba a gritos al flanco occidental que se moviese, pese a que aún era demasiado pronto.

—Que vuelvan a formar filas —exigió Damen mientras espoleaba con fuerza a su caballo. Rodeó al general, cerca de él, y Makedon lo miró con desdén, como si tuviese a sus órdenes a un niño.

—Tenemos que ir al oeste.

—Os he ordenado que esperéis —le espetó Damen—. Dejad que el regente abandone su puesto y se sitúe primero.

—Como hagamos eso y tu vereciano no aparezca, moriremos todos.

—Vendrá —le aseguró.

Se oyeron cuernos en el norte.

El regente estaba demasiado cerca y era demasiado pronto. Aún no habían recibido noticias de sus exploradores. Algo iba mal.

La acción se desató a su izquierda. El movimiento emergió de los árboles. Atacaron por el norte y fueron a la carga desde la cuesta y las lindes del bosque. Por delante, un único jinete, un explorador, cabalgaba por el pasto a toda velocidad. Tenían encima a los hombres del regente, y Laurent no estaba a menos de ciento sesenta kilómetros de la batalla. Nunca había tenido la intención de ir.

Eso era lo que gritaba el explorador justo antes de que una flecha se le clavara en la espalda.

—Ha quedado claro lo que es tu príncipe vereciano —replicó Makedon.

Damen era incapaz de pensar en ello teniendo en cuenta a lo que debía enfrentarse. Se puso a gritar órdenes para tratar de controlar el caos inicial cuando les llovieron las primeras flechas y su mente se hizo cargo de la nueva situación: volvió a hacer cuentas y a asignar puestos.

«Vendrá», había afirmado Damen, y eso creía, incluso cuando los azotó la primera oleada de saetas y los hombres a su alrededor cayeron.

Todo aquello tenía una lógica siniestra. Haz que tu esclavo convenza a los akielenses de que luchen. Tus enemigos pelearán por ti, la gente a la que desprecias causará bajas, derrotarán al regente o lo debilitarán y los ejércitos de Nikandros quedarán reducidos a la nada.

Cuando la segunda oleada los asoló por el noroeste, Damen advirtió que estaban completamente solos. De pronto, se encontró al lado de Jord.

—Si quieres vivir, dirígete al este.

Jord, que se había puesto blanco, echó un rápido vistazo a su rostro.

—No vendrá —concluyó.

—Nos superan en número —contestó Damen—, pero si te das prisa, aún estás a tiempo de huir.

—Y si nos superan en número, ¿qué harás tú?

Damen avanzó con su caballo, dispuesto a ocupar su sitio en el frente.

—Pelear —contestó.

Capítulo dos

LAURENT DESPERTÓ POCO A poco. La luz era tenue. Tenía la impresión de que algo le impedía moverse: le habían atado las manos a la espalda. Una punzada en la base del cráneo le informó de que lo habían golpeado en la cabeza. También le pasaba algo en el hombro. Era un dolor de lo más molesto e inoportuno. Se lo habían dislocado.

Mientras pestañeaba y se revolvía, percibió vagamente un olor rancio y una atmósfera fría que le hizo pensar que estaba bajo tierra. Su cerebro era cada vez más consciente de lo que había sucedido: le habían tendido una emboscada y lo habían ocultado bajo tierra. Y dado que no parecía que hubiesen acarreado su cuerpo durante días, eso quería decir que…

Abrió los ojos y se encontró con la mirada y la nariz chata de Govart.

—Hola, princesa.

El pánico hizo que se le acelerara el pulso en un acto reflejo; la sangre le corría por debajo de la piel como si no tuviese escapatoria. Con mucho cuidado, se obligó a no hacer nada.

La celda en sí medía apenas un metro cuadrado. Tenía una entrada con reja y ninguna ventana. Al salir por la puerta, había un pasadizo de piedra en el que brillaba una luz parpadeante. El titileo se debía a una antorcha que había a ese lado de los barrotes, no a los golpes que le habían propinado en la cabeza. En la celda no había nada, salvo la silla a la que estaba atado. Era de roble macizo y daba la impresión de que la habían llevado ahí por él, lo cual era un gesto educado o siniestro según se mirase. La luz de la antorcha iluminaba la suciedad que se amontonaba en el suelo.

El recuerdo de lo que les había sucedido a sus hombres lo asaltó y, con esfuerzo, lo desterró de su mente. Sabía dónde estaba. Lo habían llevado a los calabozos de Fortaine.

Comprendió que iba a morir, pero no sin antes pasar por un proceso largo y doloroso. Tuvo la absurda esperanza, propia de un chiquillo, de que alguien acudiría en su ayuda y, con delicadeza, la desechó. Desde los trece años no tenía a nadie que lo rescatase, pues su hermano ya no estaba. Se preguntó si

sería posible conservar algo de dignidad en semejante situación y, en cuanto se le ocurrió, descartó la idea. Aquello no iba a tener nada de digno. Pensó que si las cosas se ponían feas, podría precipitar el final. No le costaría nada provocar a Govart para que le asestase un golpe mortal.

Pensó que Auguste no habría tenido miedo al encontrarse solo e indefenso ante un hombre cuya intención hubiera sido matarlo. Así pues, su hermano pequeño tampoco tenía nada de que preocuparse.

Era más difícil desentenderse de la batalla, dejar sus planes a medias, aceptar que la fecha límite había llegado y había expirado, y que pasase lo que pasase ahora en la frontera, él no formaría parte de ello. Cómo no, el esclavo akielense supondría que las fuerzas verecianas lo habrían traicionado, tras lo cual lanzaría una ofensiva noble y suicida en Charcy que, seguramente y contra todo pronóstico, le acabaría dando la victoria.

Si ignoraba el hecho de que estaba herido y atado, era un uno contra uno, no lo tenía tan mal; de no ser porque advertía la mano invisible de su tío manejando los hilos, como siempre.

Uno contra uno. Debía pensar en lo que podría hacer a la hora de la verdad. En su mejor momento, no podría disputar un combate cuerpo a cuerpo con Govart y ganar. Y tenía el hombro dislocado. No conseguiría nada aunque pudiese luchar sin estar atado. Se lo dijo a sí mismo una vez, y otra, para así reprimir el deseo de forcejear, tan inherente y básico.

—Estamos solos —ratificó Govart—. Solos tú y yo. Mira. Mira bien. No hay salida. Ni siquiera tengo la llave. Cuando acabe contigo, vendrá alguien a abrir la celda. ¿Qué me dices?

—¿Qué tal el hombro? —preguntó Laurent.

El puñetazo lo tiró hacia atrás. Cuando levantó la cabeza, disfrutó de la mirada que le lanzaba Govart, del mismo modo que había disfrutado el golpe, aunque fuese un poco masoquista. Como se le veía en la cara, Govart volvió a atizarle. O controlaba el arrebato de histeria o el asunto acabaría demasiado rápido.

—Siempre me he preguntado qué poder tenías sobre él —admitió Laurent. Se obligó a mantener la voz firme—. ¿Acaso tienes una sábana con sangre y una confesión firmada?

—Crees que soy imbécil —le espetó Govart.

—Creo que sacas provecho de un hombre muy poderoso. Creo que lo que tienes de él, sea lo que sea, no te va a servir eternamente.

—Ya te gustaría a ti —le soltó Govart. Su voz estaba preñada de satisfacción—. ¿Quieres que te diga por qué estás aquí? Porque se lo pedí yo.

Me da lo que quiero. Sea lo que sea. Hasta al intocable de su sobrino.

—Soy una molestia para él —resumió el príncipe—. Y tú otra. Por eso nos ha juntado. Para que, tarde o temprano, uno se cargue al otro.

Se obligó a hablar sin excesiva emoción en la voz y se limitó a describir los hechos.

—El problema es que, cuando mi tío sea rey, ni los que tengan poder sobre él lo detendrán. Si me matas, dará igual lo que tengas de él. Seréis tú y él, y mi tío tendrá vía libre para hacerte desaparecer en una celda oscura a ti también.

Govart sonrió lentamente.

—Dijo que dirías eso.

El primer paso en falso, y lo había dado él. Los latidos de su corazón lo desconcentraban.

—¿Qué más te dijo que diría?

—Dijo que intentarías que hablase todo el rato. Que tenías la boca de una ramera. Dijo que me mentirías, que me engatusarías y que me darías coba. —La sonrisa se le ensanchó poco a poco—. Me dijo: «El único modo de asegurarte de que mi sobrino cierra el pico es cortándole la lengua».

Govart sacó un cuchillo mientras hablaba.

La habitación se tiñó de gris; su atención disminuyó y sus pensamientos se volvieron más lentos.

—Pero quieres oírlo —replicó Laurent, porque aquello era solo el principio y lo aguardaba un camino largo, sinuoso y cruento antes de llegar al final—. Quieres enterarte de todo. Hasta de la última sílaba entrecortada. Es lo único que mi tío no entiende de ti.

—Ah, ¿sí? ¿Qué es lo que no entiende?

—Que siempre has querido estar al otro lado de la puerta —repuso el príncipe—. Y ahora lo estás.

Hacia el final de la primera hora (aunque parecía que había pasado más tiempo), notaba muchísimo dolor y no era consciente de cuánto estaba retrasando o manejando la situación, si se le podía llamar así.

Llevaba la camisa abierta hasta la cintura y la manga derecha estaba ensangrentada. Su pelo era una maraña de sudor. Su lengua estaba intacta, pues tenía el cuchillo clavado en el hombro. Se apuntó un tanto.

Los pequeños triunfos están para disfrutarlos. El mango del cuchillo sobresalía en un ángulo extraño. Se lo había clavado en el derecho, de por sí dislocado, por lo que le dolía respirar. Triunfos. Había llegado hasta ahí, le

había causado cierta turbación a su tío, lo había detenido una o dos veces y le había obligado a rehacer sus planes. No se lo había puesto fácil.

Unas capas de gruesa piedra se interponían entre él y el mundo exterior. Resultaba imposible oír algo. Y era imposible que alguien lo oyese a él. La única ventaja con la que contaba era que había conseguido liberar la mano izquierda. No debía dejar que Govart se percatase, pues solo conseguiría que le rompiera el brazo. Cada vez le costaba más seguir un rumbo.

Como era imposible oír algo, dedujo —o había deducido, cuando estaba más desconectado— que quienquiera que lo hubiese metido en los calabozos con Govart volvería con una carretilla y un saco para llevárselo, y que esto sucedería en el momento acordado, ya que no había manera de que Govart hiciese alguna señal. Por lo tanto, tenía un único objetivo, el mismo de quien se dirige a un espejismo que se aleja: continuar vivo para entonces.

Oyó unos pasos cada vez más cerca y el chirrido metálico de una bisagra de hierro.

—Esto se está prolongando demasiado —se quejó Guion.

—Qué delicado… —refunfuñó Govart—. Acabamos de empezar. Te puedes quedar a mirar si quieres.

—¿Lo sabe? —se interesó Laurent.

Su voz sonaba un poco más ronca que al principio; su reacción al dolor era la normal. Guion frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—El secreto. Tu ingenioso secreto. Lo que sabes de mi tío.

—Calla —le espetó Govart.

—¿De qué habla?

—¿No te has preguntado nunca —empezó a decir Laurent— por qué mi tío lo mantuvo con vida? ¿Por qué lo ha colmado de vino y mujeres todos estos años?

—Te he dicho que te calles.

Aferró el puño del cuchillo con la mano y lo giró.

La oscuridad se cernió sobre él, por lo que solo fue vagamente consciente de lo que aconteció después. Oyó a Guion preguntar con voz débil y remota:

—¿De qué habla? ¿Tienes un acuerdo secreto con el rey?

—Tú no te metas. No es asunto tuyo.

Ese era Govart.

—Si tienes otro acuerdo, cuéntamelo ahora mismo.

Notó que Govart soltaba el cuchillo. Alzar la mano fue lo segundo más difícil que había hecho en su vida, después de levantar la cabeza. Govart se

estaba moviendo para encarar a Guion e impedir que se acercase a Laurent.

El príncipe cerró los ojos, rodeó la empuñadura con su temblorosa mano izquierda y se arrancó el cuchillo del hombro.

No pudo reprimir el leve gemido que se le escapó. Los dos hombres se volvieron cuando las torpes manos de Laurent cortaron las ataduras restantes. Se tambaleó hasta colocarse detrás de la silla. Agarraba el cuchillo con la izquierda y adoptó lo más parecido a una buena postura defensiva que podía lograr en ese momento. La habitación se movía. El mango del cuchillo estaba resbaladizo. Govart sonrió, divertido y complacido, como un mirón satisfecho al verse sorprendido por el último acto sin importancia de una representación.

—Vuelve a atarlo —dijo Guion, ligeramente enfadado pero sin meterle prisa.

Se colocaron cara a cara. Laurent no se hacía ilusiones sobre su habilidad para pelear con un cuchillo con la mano izquierda. Sabía que era una amenaza insignificante para Govart, incluso cuando no caminaba haciendo eses. Como mucho, solo tendría tiempo de asestar un cuchillazo antes de tenerlo encima. Daría igual. La estructura de masa muscular de Govart estaba cubierta por una segunda capa de grasa. Sería capaz de aguantar un cuchillazo de un oponente debilitado y más frágil y continuar luchando. El desenlace de su breve expedición en busca de la libertad era inevitable. Él lo sabía. Govart también.

Laurent lanzó una torpe cuchillada con la mano izquierda y Govart contraatacó sin piedad. Hasta el punto de que Laurent gritó a causa del dolor más desgarrador que había experimentado jamás.

Entonces, con el brazo derecho destrozado, el príncipe arrojó la silla.

El roble macizo golpeó a Govart en la oreja; sonó como si un mazo impactara contra una bola de madera. Govart se tambaleó y cayó. Laurent también, ligeramente; la fuerza del lanzamiento hizo que se moviera de un lado a otro de la celda. Guion se apresuró a desviarse de su trayectoria y se puso de espaldas contra la pared. Laurent empleó la energía que le quedaba en llegar a la puerta enrejada, situarse al otro lado, cerrarla de un tirón y girar la llave, que aún estaba en la cerradura. Govart no se levantó.

En el silencio que siguió, el príncipe dejó atrás los barrotes, salió a un pasillo despejado, se dirigió hasta la pared de enfrente y se dejó caer. A medio camino, se topó con un banco de madera que soportó su peso. Esperaba hallar el suelo.

Se le cerraron los ojos. Era vagamente consciente de Guion, que tiraba de los barrotes de la celda; vibraban y resonaban. Estaban encerrados a cal y canto.

Entonces emitió una risa, un sonido entrecortado, al notar la agradable y fresca sensación de la piedra contra su espalda. Le colgaba la cabeza.

—… traidor de pacotilla, ¿cómo te atreves a mancillar el honor de tu familia? Eres…

—Guion —lo interrumpió Laurent sin abrir los ojos—. Me has tenido atado y encerrado en una celda con Govart. ¿Crees que tus insultos van a herir mis sentimientos?

—¡Déjame salir!

Sus palabras rebotaron en las paredes.

—Eso ya lo he probado yo —repuso Laurent con tranquilidad.

—Te daré lo que quieras.

—Eso también lo he probado —respondió el príncipe—. No me gusta pensar que soy previsible, pero al parecer reacciono como lo haría cualquiera. ¿Tengo que decirte qué vas a hacer la primera vez que te clave el cuchillo?

Se le abrieron los ojos. Guion se apartó un paso de los barrotes; aquel gesto le supo a gloria al príncipe.

—Quería un arma —le explicó Laurent—. Pero no esperaba que alguien me la trajera a la celda.

—En cuanto pongas un pie fuera de aquí, serás hombre muerto. Tus aliados akielenses no te van a ayudar. Los has dejado morir como ratas en una trampa en Charcy. Te perseguirán —le aseguró Guion—. Y te matarán.

—Ya, soy consciente de que he faltado a mi cita —convino Laurent.

El pasadizo titiló. Se recordó a sí mismo que era solo la antorcha. Oyó el tono evocador de su voz.

—Tenía que encontrarme con un hombre. Cree en todo eso del honor y el juego limpio, e intenta que haga lo correcto. Pero ahora no está aquí. Por desgracia para ti.

Guion dio otro paso atrás.

—No puedes hacerme nada.

—Ah, ¿no? Me pregunto cómo reaccionará mi tío cuando se entere de que has matado a Govart y me has ayudado a escapar. —Y, con la misma voz evocadora, añadió—: ¿Crees que hará daño a tu familia?

Guion apretó los puños, como si todavía se aferrasen a los barrotes.

—Yo no te he ayudado a escapar.

—¿De veras? Me pregunto cómo empezó a circular ese rumor…

Laurent lo observaba por entre los barrotes. Sus facultades analíticas habían vuelto y sustituido lo que hasta ahora había sido una fijación constante por una única idea.

—Si algo tengo claro es lo siguiente: mi tío te dijo que si me capturabas, tendrías que permitirle a Govart que se acostase conmigo, lo cual fue un error táctico. Pero mi tío tenía las manos atadas por su acuerdo secreto con Govart. O a lo mejor le agradaba la idea. Y tú acataste su voluntad.

»Sin embargo, torturar al heredero hasta la muerte no era un acto que querías que se asociase a tu persona. No estoy seguro de por qué. Supongo que, pese a la asombrosa cantidad de pruebas que demuestran lo contrario, aún queda una mínima coherencia en el Consejo. Me encerraron en un módulo de celdas vacías y tú mismo traías la llave porque nadie más sabe que estoy aquí.

Se agarró el hombro con la mano izquierda, se apartó de la pared y caminó hacia delante. Guion, dentro de la celda, respiraba superficialmente.

—Nadie sabe que estoy aquí, lo que significa que nadie sabe que estás aquí. Nadie vendrá a mirar, nadie te encontrará.

Su voz sonaba firme mientras le aguantaba la mirada a Guion por entre los barrotes.

—Nadie ayudará a tu familia cuando mi tío aparezca por aquí lleno de dicha.

Veía el rostro contraído de Guion, la tensión en su mandíbula, la tirantez alrededor de sus ojos… Aguardó. Entonces, Guion preguntó con otro tono, con otra cara, sin emoción en la voz:

—¿Qué quieres?

Capítulo tres

DAMEN OBSERVÓ LA EXTENSIÓN del campo. Las fuerzas del regente eran ríos de un rojo más oscuro que atravesaban sus filas y se mezclaban con su ejército, como un chorro de sangre que se disemina cuando toca el agua. En el horizonte solo se veía destrucción; un torrente interminable de enemigos, tan numeroso que parecía un enjambre.

Pero en Marlas había presenciado cómo un solo hombre podía mantener todo un frente unido, gracias a su mera voluntad.

—¡Matapríncipes! —gritaban los hombres del regente.

Al principio se abalanzaron sobre él, pero cuando vieron lo que les sucedía a los hombres que lo hacían, se convirtieron en una masa confusa de cascos de caballo que se afanaban por retroceder.

No llegaron muy lejos. La espada de Damen se hundía en armaduras y en carne; el joven buscaba focos de poder para destruirlos e impedía que los soldados se colocaran en formación. Un comandante vereciano le plantó cara, pero él solo le permitió que sus espadas chocasen antes de proceder a cortarle el cuello de un tajo.

Sus rostros eran destellos impersonales medio protegidos por yelmos. Se fijaba más en los caballos y las espadas: la maquinaria mortal. Mataba, y los hombres o se apartaban de su camino o estaban muertos. Todo se redujo a un único objetivo: la decisión de mantener el poder y la concentración más tiempo del que resistiría cualquier humano, más horas que el adversario, porque aquel que cometiese un error estaba muerto.

Perdió a la mitad de sus hombres en el primer ataque. A continuación, arremetió de frente y mató a todos los que hacía falta con tal de frenar la primera oleada, y la segunda y la tercera.

Si hubiesen llegado refuerzos, los habrían machacado como a cachorritos recién nacidos, pero Damen no contaba con ellos.

Si en algo reparaba aparte de en el combate, era en una ausencia, una falta que persistía. Sus arranques de genialidad, su despreocupado manejo de la espada y su luminosa presencia a su lado eran ahora un vacío que Nikandros,

más seguro y más práctico, llenaba a medias. Se había acostumbrado a algo que había sido temporal, como el brillo que producía la euforia en sus ojos azules y que por un instante hacía que no pudiese apartar la vista de él. Todo eso se enredó en su interior y, durante la matanza, sintió un nudo fuerte y apretado.

—Como aparezca el príncipe de Vere, me lo cargo —intervino Nikandros, medio escupiendo las palabras.

Damen había roto tantas filas que disparar flechas y provocar el caos era peligroso para los dos bandos. En consecuencia, el número de saetas había menguado. Los sonidos también habían cambiado. Ya no se oían rugidos y gritos, sino gruñidos de dolor y de cansancio, sollozos; y el ruido que hacían las espadas al chocar era cada vez más tosco y menos frecuente.

Fueron unas horas fatales. La batalla llegó a su última etapa, encarnizada y al borde del colapso. Las filas se rompieron, se dispersaron y se sumieron en un revoltijo de geometría diezmado. Dejaban a su paso pilas de carne tan deteriorada que resultaba complicado diferenciar entre amigo y enemigo. Damen seguía a lomos de su caballo, aunque había tantos cuerpos en el suelo que los caballos se hundían en ellos. La tierra estaba húmeda y tenía los muslos embarrados a pesar de que era un verano seco, pues lo que cubría el suelo era sangre. Los relinchos de los caballos heridos que se revolvían sonaban con más fuerza que los alaridos de los hombres. Mantuvo a los hombres que lo acompañaban unidos y mató. Su cuerpo se abrió paso ignorando lo que le dictaban su físico y su cabeza.

En la otra punta del campo, atisbó el destello de un bordado rojo.

«Es así como los akielenses ganan las guerras, ¿no? ¿Por qué luchar contra todo el ejército si puedes limitarte a…?».

Damen clavó las espuelas en las ijadas de su caballo y atacó. Los hombres que se interponían entre él y su objetivo se desdibujaban. Apenas oía el sonido que hacía su espada ni veía las capas rojas de la guardia de honor vereciana antes de derribarlas. Los mató como si nada, uno tras otro, hasta que no quedó nadie que lo separase del hombre al que buscaba.

La hoja de Damen hendió el aire trazando un arco imparable y partió en dos al hombre de la cimera. Su cuerpo se inclinó de modo poco natural y cayó al suelo.

Damen desmontó y lo despojó del yelmo.

No era el regente. No sabía quién era; un títere, una marioneta cuyos ojos sin vida se le salían de las órbitas. Estaba metido en aquello como todos los demás. Damen arrojó el yelmo a un lado.

—Se acabó —sentenció Nikandros—. Se acabó, Damen.

Damen lo miró sin ver. Su amigo tenía la armadura abierta por el pecho, el cual le sangraba a causa de un corte; le faltaba la placa frontal. Empleó el diminutivo con el que llamaban a Damianos cuando era niño; el nombre de su infancia, reservado solo para sus allegados.

Damen se percató de que estaba de rodillas y de que su pecho, como el de su caballo, se movía arriba y abajo. Su puño aferraba el símbolo que llevaba el cadáver bordado en la ropa. Sentía que lo que rodeaban sus manos no era nada.

—¿Que se acabó? —masculló. Lo único en lo que podía pensar era que si el regente aún seguía con vida, no había terminado nada. La idea tardó en ocurrírsele después de tanto tiempo de vivir a base de acción y reacción y de moverse por impulso. Debía despertar. Los hombres arrojaban las armas a su alrededor—. Ni siquiera sé si hemos ganado nosotros o ellos.

—Nosotros —aseguró Nikandros.

Los ojos de Nikandros habían adquirido una expresión diferente. Y mientras Damen examinaba los destrozos que plagaban el campo de batalla, vio que los hombres lo miraban fijamente desde la distancia; el brillo de los ojos de Nikandros se reflejaba en sus semblantes.

Al volver en sí, vio, como si fuese la primera vez, los cuerpos de los hombres a los que había matado para llegar al señuelo que le había puesto el regente; pero, sobre todo, advirtió el rastro que había dejado a su paso.

El campo era un terraplén lleno de baches y cadáveres desperdigados. El suelo era un amasijo de carne, armaduras inservibles y caballos sin jinete. Durante las horas que se había pasado matando sin descanso, no había sido consciente de la magnitud de sus actos. Los rostros de los hombres a los que había liquidado le cruzaron la mente como un relámpago. Todos los que quedaban en pie eran akielenses y clavaban los ojos en Damen sin dar crédito.

—Encuentra a los verecianos de mayor rango que sigan con vida y diles que tienen permiso para enterrar a sus muertos —le ordenó Damen. Había una bandera akielense a su lado, en el suelo—. Akielos reclama Charcy.

Mientras se levantaba, Damen rodeó el asta de madera con la mano y la clavó en la tierra.

La bandera estaba desgarrada y se ladeaba por el peso del barro que manchaba la tela, pero aguantó en el sitio.

Y entonces lo vio, como si se tratase de un sueño, emergiendo de la bruma que le provocaba el cansancio, en la linde occidental del campo.

El heraldo atravesó el desolador paisaje a lomos de una yegua blanca y lustrosa que iba a medio galope. Tenía el cuello inclinado y la cola alta, y no dejaba de moverla. Hermoso e incólume, se burlaba de los hombres valerosos que habían entregado su vida en el campo. Su estandarte ondeaba a su espalda y tenía bordada la estrella azul y dorada brillante de Laurent.

El emisario se detuvo ante él. Damen observó el reluciente pelaje de la yegua, sin una pizca de tierra ni una gota de sudor que lo oscureciese, y, a continuación, reparó en la librea del mensajero, en perfecto estado y sin una mota de polvo tras el viaje. Las palabras le subieron por la parte posterior de la garganta.

—¿Dónde está?

El heraldo cayó al suelo de espaldas. Damen lo había levantado totalmente del caballo y lo había tirado al barro, donde yacía atontado y sin aliento, al tiempo que le hincaba la rodilla en la barriga y lo estrangulaba con una mano.

Él también resollaba. A su alrededor, las espadas estaban desenvainadas y las flechas, colocadas en los arcos y listas para ser disparadas. Damen apretó un poco más y, acto seguido, aflojó lo justo para que el emisario hablase.

El mensajero se colocó de lado y tosió cuando Damen lo soltó. Se sacó algo de la chaqueta. Un pergamino con dos líneas escritas.

«Tú tienes Charcy. Yo, Fortaine».

Se quedó mirando las palabras. Conocía esa letra; era inconfundible.

«Te espero en mi fuerte».

Fortaine hacía sombra incluso a Ravenel. Rezumaba poder y belleza, con sus altas torres y sus prominentes almenas cortando el cielo. Alcanzaba una altura escarpada y vertiginosa, y en todas las atalayas ondeaban los estandartes de Laurent. Los banderines, con su estampado de seda azul y dorada, parecían flotar en el aire sin esfuerzo alguno.

Damen detuvo su caballo cuando llegaron a la cima de la colina; su ejército, a su espalda, era una franja oscura de banderas y lanzas. Había ordenado a sus hombres que se pusieran en marcha; había sido tajante. La batalla aún no había terminado.

De los tres mil akielenses que habían luchado en Charcy, solo habían sobrevivido algo más de la mitad. Habían cabalgado, luchado y montado de nuevo. Únicamente habían dejado atrás una guarnición para que se ocupase de los cadáveres, las piezas de armadura dispersas por el campo de batalla y las armas sin dueño. Jord y los demás verecianos que se habían quedado para

luchar formaban un grupo reducido. Cabalgaban con Damen, nerviosos y sin saber muy bien qué hacer.

Para entonces, a Damen ya le habían comunicado a cuánto ascendía el número de fallecidos: mil doscientos de los suyos, seis mil quinientos del bando enemigo.

No le pasaba por alto que los hombres lo trataban diferente y retrocedían a su paso desde que había acabado la batalla. Había visto el miedo y el temor reverencial en sus rostros. La mayoría no había luchado a su lado nunca. Posiblemente no sabían qué esperar.

Y allí estaban. Habían llegado; sucios, mugrientos y algunos hasta heridos. Habían dejado el cansancio a un lado porque era lo que la disciplina les exigía y contemplaban las vistas que tenían delante.

Filas y filas de tiendas de campaña de colores acabadas en punta se erigían en el campo, fuera de las murallas de Fortaine. El sol iluminaba las tiendas, los estandartes y las sedas del elegante campamento. Era una ciudad de tiendas en la que acampaban los hombres de Laurent, descansados y de una pieza al no haber tenido que enfrentarse a la muerte esa mañana.

La elaborada prepotencia de ese despliegue era deliberada. Era como si dijese en un tono exquisito: «¿Os habéis dejado la piel en Charcy? Yo, mientras tanto, he estado aquí, mirándome las uñas».

Nikandros se detuvo a su lado.

—Tío y sobrino son iguales. Mandan a otros a pelear por ellos.

Damen guardaba silencio. Sentía en el pecho una dureza furibunda. Contempló la elegante ciudad de seda y, en su cabeza, vio a hombres muriendo en el campo de batalla de Charcy.

Un heraldo con un comité de bienvenida se dirigía hacia ellos. Llevaba el estandarte del regente en la mano; estaba rasgado y manchado de sangre.

—Iré yo solo —declaró Damen, y espoleó a su caballo.

Hacia la mitad del campo, se encontró con el emisario, al cual lo acompañaba un grupo de cuatro cortesanos inquietos que insistían con algo del protocolo. Damen apenas escuchó lo que decían.

—Tranquilos —dijo Damen—. Me está esperando.

Una vez dentro del campamento, desmontó y le lanzó las riendas a un criado que pasaba por allí. Hizo caso omiso del ajetreo que había provocado su llegada y de los mensajeros, que se afanaban en seguirlo a medio galope.

Sin ni siquiera quitarse los guanteletes, se encaminó a buen paso hacia la tienda. Reconocía sus altos pliegues festoneados y el estandarte con la estrella. Nadie lo detuvo. Ni siquiera cuando llegó a la tienda y echó al

soldado apostado en la entrada con una única orden: «Vete». No se molestó en comprobar si lo obedeció. El hombre le permitió pasar. Pues claro, si todo estaba planeado. Tanto si se presentaba manso como un corderito detrás del heraldo o, como ahora, sucio y sudoroso tras la batalla y con restos de sangre seca en aquellas zonas por las que no se había dado una rápida pasada con un paño, Laurent estaba preparado para recibirlo.

Apartó la solapa de la tienda con un brazo y entró.

Cuando la solapa se cerró a su espalda, se vio rodeado por una intimidad de seda. Estaba de pie en una tienda de campaña que parecía un pabellón. El techo, cuyo dosel estaba dispuesto a modo de cabezuela, era alto. Lo sostenían seis gruesos postes interiores envueltos con seda en espiral. A pesar de su tamaño, parecía que los encerraba allí dentro; la solapa que impedía el paso a su interior ayudaba a silenciar los sonidos provenientes del exterior.

Laurent había escogido aquel lugar. Se familiarizó con él. Había unos cuantos muebles: asientos bajos, cojines y, al fondo, una larga mesa, cubierta por manteles y cuencos de poca profundidad con peras y naranjas en almíbar. Como si fueran a picar dulces.

Apartó la mirada de la mesa para encontrarse con los ojos de la figura exquisitamente ataviada que apoyaba un hombro en el poste de la tienda.

—Hola, amante —saludó Laurent.

No sería fácil. Damen se obligó a asimilarlo. Se obligó a recorrer la elegante tienda con la armadura puesta, aplastando a su paso delicadas sedas bordadas con sus pies manchados de barro.

Arrojó el estandarte del regente sobre la mesa. Este aterrizó con estruendo. Era un revoltijo de lodo y seda manchada. Luego, dirigió la mirada hacia Laurent. Se preguntó qué veía el vereciano cuando lo miraba. Sabía que tenía un aspecto diferente.

—Hemos conquistado Charcy.

—Ya lo imaginaba.

Se obligó a tomar aire antes de continuar.

—Vuestros hombres creen que sois un cobarde. Nikandros cree que nos habéis engañado. Que nos enviasteis a Charcy para que muriésemos a manos de tu tío.

—¿Y tú te lo crees? —preguntó Laurent.

—No —respondió Damen—. Nikandros no os conoce.

—Y tú sí.

Damen observó la disposición del peso de Laurent, cómo se agarraba el cuerpo con cuidado. Su mano izquierda todavía descansaba con aire

despreocupado en el poste de la tienda.

Se acercó a él lentamente y le colocó una mano en el hombro derecho. Por un momento no ocurrió nada. Damen intensificó su agarre y le clavó el pulgar. Más fuerte. Vio que palidecía.

—Para —le ordenó Laurent al fin.

Lo soltó. Laurent había retrocedido y se agarraba el hombro, donde el azul de su jubón se había oscurecido. Le manaba sangre de algún lugar que acababan de vendar. El vereciano tenía los ojos muy abiertos y lo miraba de forma extraña.

—Vos no romperíais un juramento —dijo Damen una vez la sensación que tenía en el pecho se desvaneció—. Ni siquiera a mí.

Tuvo que obligarse a retroceder. La tienda era lo bastante grande como para permitirle el movimiento; cuatro pasos los separaron.

Laurent no contestó. Aún tenía una mano en el hombro y tenía los dedos pegajosos a causa de la sangre que los cubría.

—¿Ni siquiera a ti? —repitió Laurent.

Damen se obligó a mirar al príncipe. La verdad era una horrible presencia en su pecho. Pensó en la única noche que habían pasado juntos. Pensó en Laurent entregándose a él, vulnerable y con los ojos oscuros. Pensó en el regente, quien sabía abatir a un hombre.

En el exterior, dos ejércitos estaban listos para luchar. Había llegado el momento y no podía hacer nada para impedirlo. Recordó la constante sugerencia del regente: «Acuéstate con mi sobrino».

Lo había hecho, lo había seducido y se había ganado su favor.

Entendió que Charcy carecía de interés para el regente. No significaba nada para él. Su verdadera arma contra Laurent siempre había sido Damen.

—He venido a decirte quién soy.

El vereciano le resultaba muy familiar. Su color de pelo, su ropa ajustada, sus labios carnosos, que mantenía tensos o rígidamente contraídos, su implacable ascetismo, su insoportable mirada azul…

—Sé quién eres, Damianos —repuso Laurent.

Damen lo escuchó mientras parecía que el interior de la tienda cambiaba y los objetos adquirían otra forma.

—¿Pensabas —prosiguió Laurent— que no reconocería al hombre que mató a mi hermano?

Cada palabra era un trocito de hielo. Dolorosa, afilada. Una esquirla. Laurent hablaba con firmeza. Damen dio un paso atrás sin pensar. La cabeza le daba vueltas.

—Lo supe en palacio, cuando te trajeron a rastras ante mí —dijo Laurent. Sus palabras seguían siendo firmes, implacables—. Lo sabía en los baños, cuando ordené que te azotaran. Lo sabía…

—¿En Ravenel? —lo interrumpió Damen.

Le costaba respirar. Miró a Laurent mientras los segundos pasaban.

—Si lo sabías —aventuró Damen—, ¿cómo pudiste…?

—¿Dejar que me follases?

Le dolía tanto el pecho que apenas reparó en las señales que enviaba Laurent: su autocontrol; su rostro, siempre pálido, ahora estaba blanco.

—Necesitaba ganar en Charcy. Y eso has hecho. Ha valido la pena aguantar… —A continuación, Laurent pronunció las espantosas palabras de manera clara—:… tus torpes atenciones a cambio.

Aquello le hizo tanto daño que se quedó sin aire.

—Mientes. —El corazón le latía con fuerza—. Mientes. —Hablaba demasiado alto—. Pensabas que me iba a ir. Prácticamente me echaste. —Lo dijo a medida que la comprensión crecía en su interior—. Sabías quién era. Sabías quién era la noche que hicimos el amor.

Recordó a Laurent entregándose, no la primera vez, sino la segunda, más dulce y más lenta, lo tenso que estaba, cómo había…

—No hiciste el amor con un esclavo, lo hiciste conmigo. —Y aunque no era capaz de pensar en aquello con claridad, captó un atisbo de lo que sucedía, un atisbo lejano—. Pensaba que no lo ibas a hacer. Nunca se me ocurrió que fueras a… —Dio un paso al frente—. Laurent, hace seis años, cuando luché contra Auguste, yo…

—No pronuncies su nombre —espetó Laurent con esfuerzo—. No vuelvas a pronunciar su nombre jamás. Tú mataste a mi hermano.

A Laurent le costaba respirar y casi jadeaba al hablar. Se aferraba a la mesa de detrás con las manos tensas.

—¿Eso querías oír? ¿Que sabía quién eras y, aun así, dejé que me follases? El asesino de mi hermano. Lo mataste como si fuera una bestia en el campo de batalla.

—No —repuso Damen al tiempo que sentía retortijones en el estómago—, eso no es…

—¿Debería preguntarte cómo lo hiciste? ¿Qué aspecto tenía cuando tu espada lo atravesó?

—No.

—¿O acaso debería hablarte del hombre que era solo una ilusión, que me dio buenos consejos, que estuvo a mi lado y que nunca me mintió?

—Yo no te he mentido nunca.

Sus palabras adquirieron un cariz ominoso en el silencio que las siguió.

—«¿Laurent, soy vuestro esclavo?» —citó Laurent.

Sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

—No hables de eso como si… —le pidió.

—¿Como si qué?

—Como si hubiese sido a sangre fría, como si lo hubiese planeado. Como si no hubiésemos cerrado los ojos y hubiésemos fingido que era un esclavo. —Se obligó a decir la verdad—. Yo era tu esclavo.

—No había ningún esclavo —dijo Laurent—. Nunca existió. No sé qué clase de hombre tengo delante. Solo sé que lo estoy viendo por primera vez.

—Él está aquí, dentro de mí. —Le dolía el cuerpo como si le hubiesen arrancado la piel—. Somos la misma persona.

—Pues arrodíllate —le instó Laurent—. Bésame la bota.

Dirigió la mirada a los acusadores ojos azules de Laurent. La imposibilidad de hacerlo le provocaba un dolor agudo. No podía hacerlo. Solo podía contemplar a Laurent desde la distancia que los separaba. Las palabras lo herían.

—Tienes razón. No soy un esclavo —dijo—. Soy el rey. Maté a tu hermano. Y tengo tu fuerte.

Mientras hablaba, Damen sacó un cuchillo. Notó más que vio cómo la atención de Laurent se desviaba hacia él. Las señales eran sutiles: había entreabierto los labios y tenía el cuerpo en tensión. Laurent no miraba el cuchillo. Seguía con los ojos clavados en Damen, que le devolvía la mirada.

—Así que me vas a hablar como a un rey y me vas a decir por qué me has llamado.

Lentamente, Damen tiró el cuchillo al suelo de la tienda. Los ojos de Laurent no siguieron su trayectoria, sino que seguían clavados en él.

—¿No lo sabes? —se extrañó Laurent—. Mi tío está en Akielos.

Capítulo cuatro

—LAURENT, ¿QUÉ HAS HECHO?

—¿Te fastidia pensar que estará arrasando tu tierra?

—Sabes que sí. ¿Vamos a jugar ahora con la suerte de los países? Eso no te devolverá a tu hermano.

Se produjo un silencio violento.

—Mi tío sabía quién eras —admitió Laurent—. Ha estado todo este tiempo esperando a que nos acostásemos. Él mismo quería decirme quién eras y ver cómo me destrozaba. Ah, ¿ya lo suponías? ¿Y pensabas acostarte conmigo de todas formas? ¿No podías aguantarte las ganas?

—Tú me ordenaste que fuera a tus aposentos —rememoró Damen— y me tiraste sobre la cama. Te dije que no lo hicieras.

—Dijiste: «Besadme» —replicó Laurent con claridad—. Dijiste: «Laurent, necesito estar dentro de vos; se está tan bien, Laurent». —Cambió al akielense, como Damen cuando llegaba al orgasmo—. «Nunca había sentido algo así, no aguanto más, me voy a…».

—Para —lo detuvo Damen. Sus respiraciones eran rápidas, jadeos, como si hubiese realizado un gran esfuerzo. Miró fijamente a Laurent.

—Charcy era una distracción —prosiguió Laurent—. Me lo dijo Guion. Mi tío zarpó en dirección a Ios hace tres días, y ya ha arribado.

Damen se apartó tres pasos para asimilar la información. Se sorprendió y apoyó la mano en uno de los postes de la tienda.

—Ya veo. ¿Y mis hombres han de morir luchando contra él por ti, como hicieron en Charcy?

La sonrisa de Laurent no era amable.

—En la mesa hay una lista de suministros y tropas. Te la daré para ayudarte en la campaña en el sur.

—¿A cambio de qué? —preguntó Damen con voz firme.

—De Delpha —respondió el príncipe en el mismo tono.

Se sorprendió al recordar que se trataba de Laurent y no de cualquier otro joven de veinte años. La provincia de Delpha pertenecía a Nikandros, su

amigo y seguidor, que le había jurado lealtad. Era valiosa de por sí, rica, fértil y disponía de un buen puerto. También tenía valor simbólico, pues era el lugar donde Akielos había conseguido su mayor victoria y Vere había salido peor parada. Que le fuese devuelta afianzaría la posición de Laurent, pero debilitaría la suya.

No había ido preparado para negociar. Pero Laurent sí. Miraba al rey de Akielos en calidad de príncipe de Vere. Laurent había sabido quién era desde el principio. La lista, escrita de su puño y letra, había sido elaborada antes de ese encuentro.

Imaginar al regente en su tierra suponía un riesgo tan elevado que casi le daba náuseas. El regente ya controlaba a la guardia del palacio akielense, un presente para Kastor. Y ahora se encontraba en Ios, con sus escuadrones preparados para tomar la capital en cualquier momento mientras Damen estaba allí, a cientos de kilómetros de distancia, enfrentándose a Laurent y a su disparatado ultimátum.

—¿Lo tenías planeado desde el principio? —preguntó.

—Lo más difícil fue conseguir que Guion me dejara entrar en su fuerte —repuso Laurent con firmeza. El tono de su voz era algo más íntimo de lo habitual.

—En palacio, ordenaste que me golpeasen, me drogasen y me azotasen. ¿Y me pides que renuncie a Delpha? ¿Por qué no me dices mejor por qué no debería entregarte a tu tío a cambio de que me ayude a vencer a Kastor? —razonó Damen.

—Porque yo sabía quién eras. Y cuando mataste a Touars y humillaste a la facción de mi tío, hice que cada rincón de mi país se hiciera eco de la noticia. Así, si algún día volvías a ocupar el trono, la posibilidad de que mi tío y tú forjaseis una alianza quedaría descartada. ¿Quieres jugar contra mí? Te voy a destrozar.

—¿Que me vas a destrozar? —repitió Damen con cautela—. Si me opongo a ti, el trozo de tierra que te quedaría tendría un enemigo diferente a cada lado y tus esfuerzos se dividirían en tres direcciones.

—Créeme cuando te digo que tendrías toda mi atención —contestó el vereciano.

Damen dejó que sus ojos recorrieran lentamente a Laurent, donde se detuvo.

—Estás solo. No tienes aliados. No tienes amigos. Has demostrado que todo lo que decía tu tío de ti es cierto. Has cerrado tratos con Akielos. Si incluso te has acostado con un akielense; lo sabe todo el mundo. Te aferras a

la independencia con un solo fuerte y los jirones de una reputación. —Pronunció cada palabra con aplomo.

—Así que te voy a ofrecer las condiciones de esta alianza. Me darás todo lo que pone en la lista y, a cambio, te ayudaré a derrotar a tu tío. Delpha seguirá siendo de Akielos. No finjamos que tienes algo por lo que merezca la pena hacer un trato.

A continuación, se hizo el silencio. Él y Laurent estaban a tres pasos de distancia.

—Tengo algo. Algo que quieres.

Los fríos ojos azules de Laurent lo miraban fijamente. Había adoptado una actitud relajada. La luz que se filtraba en la tienda recaía en sus pestañas. Damen notó que esas palabras hicieron mella en él y su cuerpo estuvo a punto de reaccionar contra su voluntad.

—Guion ha aceptado declarar por escrito los detalles del acuerdo entre Kastor y mi tío para el que medió durante su época de embajador.

Damen se sonrojó. No esperaba que dijera eso, y Laurent lo sabía. Por un momento, lo que callaban se cernió sobre ellos como una sombra.

—Pero, por favor —lo apremió Laurent—, insúltame más. Dime más cosas de mi reputación hecha jirones. Dime todas las formas en que ponerme a cuatro patas para ti ha socavado mi posición. Como si el hecho de que el rey de Akielos me follara contra el colchón pudiera ser algo más aparte de humillante… Me muero de ganas de oírlo.

—Laurent…

—¿Pensaste que vendría aquí sin los medios para imponer mis condiciones? Tengo la única prueba de la traición de Kastor que trasciende tu palabra.

—Los hombres que importan solo necesitan mi palabra.

—Ah, ¿sí? Entonces rechaza mi oferta. Ejecutaré a Guion por traición y quemaré la carta en la vela más cercana.

Damen cerró los puños. Por encima de todo, se sentía superado, incluso cuando se dio cuenta de que Laurent estaba solo y tenía muy poco que ofrecer en sus negociaciones por su vida política. El príncipe vereciano debía de estar desesperado para proponerle luchar con Akielos; junto a Damianos de Akielos.

—¿Vamos a interpretar otra farsa? —preguntó Damen—. ¿A hacer como si nunca hubiera ocurrido?

—Si es eso lo que te preocupa, no sacaremos el tema, no sufras. Todos los hombres de mi campamento saben que me serviste en la cama.

—¿Así será nuestra relación? ¿Material? ¿Fría?

—¿Cómo pensabas que sería? —dijo Laurent—. ¿Creías que me llevarías a tu cama para una consumación pública?

Esas palabras lo hirieron.

—No haré esto sin Nikandros, y él no renunciará a Delpha.

—Lo hará cuando le entregues Ios.

Una idea formidable. Él no había pensado en qué ocurriría cuando venciese a Kastor, en quién sería el kyros de Ios, el puesto que por tradición ocupa el consejero más cercano al rey. Nikandros era el candidato perfecto.

—Veo que has pensado en todo —reconoció Damen con amargura—. No tenía que ser… Si me hubieses pedido ayuda, yo habría…

—¿Matado al resto de mi familia?

Cuando lo dijo, Laurent le daba la espalda a la mesa, estaba erguido y lo miraba fijamente. Con esfuerzo, Damen recordó que había atravesado con la espada al hombre al que había confundido con el regente; como si matar al regente fuese a expiar su culpa. No lo haría.

Pensó en todo lo que había hecho Laurent en ese rato y en la ventaja despiadada que le había permitido dirigir la reunión y asegurarse de que se cumplían sus condiciones.

—Enhorabuena —lo felicitó Damen—. Me vas a obligar a colaborar. Has conseguido lo que querías. Delpha, a cambio de que me ayudes en el sur. Nada se te entrega de buena gana, nada se hace de corazón, todo ha sido forzado, gracias a una planificación sin derramamiento de sangre.

—Entonces, ¿hay trato? Contesta.

—Hay trato.

—Bien —dijo Laurent.

Dio un paso atrás. Entonces, como si al fin uno de los pilares de su autocontrol hubiese cedido, el príncipe dejó caer todo su peso en la mesa de detrás, con la cara desprovista de color. Temblaba y tenía el nacimiento del pelo salpicado del sudor que le producía la herida.

—Ahora, márchate —espetó.

El heraldo le estaba hablando.

Damen oía lo que le decía como si el sonido viniera de muy lejos y, al rato, se enteró de que se había formado una partida con unos pocos de sus hombres para volver con él al campamento. Le dijo algo al emisario, o eso pensaba, pues el hombre se fue para que se subiera a su caballo.

Colocó una mano en la silla antes de montar y cerró los ojos un segundo. Laurent conocía su identidad y, aun así, había hecho el amor con él. Se preguntó qué mezcla de deseo y autoengaño le había permitido hacerlo.

Estaba destrozado por lo que había sucedido; herido, dolido, y un dolor punzante le recorría todo el cuerpo. No había notado los golpes que había recibido mientras peleaba hasta ahora, que lo asaltaban al unísono. Arrastraba el cansancio físico y oscilante de la refriega; no podía moverse, no podía pensar.

En su cabeza, lo visualizaba como un acontecimiento catastrófico, un desenmascaramiento que habría acabado pasase lo que pasase después. La violencia habría supuesto tanto un castigo como una liberación. Nunca había imaginado que seguiría y seguiría; que se sabría la verdad; que calaría tan hondo; que una presión le oprimiría el pecho y no lo abandonaría.

Laurent había reprimido la emoción contenida en sus ojos y aceptaría forjar una alianza con el asesino de su hermano, aunque no sentía nada más que aversión por él. Si el príncipe vereciano podía hacerlo, Damen también. Podría cerrar tratos sin involucrarse, hablar el lenguaje formal de los reyes.

El dolor por la pérdida no tenía sentido, pues Laurent nunca había sido suyo. Lo sabía. La delicada relación que había nacido entre ellos nunca había tenido derecho a existir. Siempre había tenido fecha de caducidad, y todo acabó cuando Damen tomó el trono.

Ahora tenía que regresar con sus hombres a su campamento. La vuelta fue rápida, menos de ochocientos metros separaban a sus ejércitos. Lo hizo con su deber en mente. Si sentía dolor, debía aguantarse; era una de las cosas que implicaba llevar la corona.

Todavía le quedaba una cosa por hacer.

Cuando finalmente desmontó, se había erigido una ciudad de tiendas akielense por orden suya; un reflejo de la vereciana. Se bajó de la silla y le pasó las riendas a un soldado. Para entonces, estaba exhausto de un modo puramente físico y le suponía un gran esfuerzo concentrarse. Tuvo que dejar a un lado el temblor que experimentaba en músculos, brazos y piernas.

Al este del campamento se encontraba su tienda, que le brindaba sábanas, un catre, un lugar para cerrar los ojos y descansar. No entró. En su lugar, hizo que Nikandros se dirigiera a la tienda de mando que habían montado en medio del campamento del ejército.

Ya era de noche y la entrada de la tienda estaba iluminada por antorchas ancladas a los postes que brillaban en tonos anaranjados y que llegaban a la

altura de la cintura. En el interior, seis braseros proyectaban sombras que bailaban en la mesa y el asiento estaba de cara a la entrada: un trono de audiencias.

Incluso el hecho de montar un campamento tan cerca de una tropa vereciana tenía a los hombres de los nervios. Contaban con patrullas de sobra y jinetes a galope, ojo avizor y prestos a soplar el cuerno cuando hiciese falta. Bastaba con que un vereciano lanzase una piedrecita para que el ejército al completo se pusiera en marcha.

Aún no sabían por qué estaban acampando allí; se habían limitado a cumplir órdenes. Nikandros sería el primero en conocer las novedades.

Recordó el orgullo de Nikandros el día que Theomedes le había entregado Delpha. Para él fue más que el hecho de recibir tierras, o piedra y mortero; fue una prueba de que había honrado la memoria de su padre. Y ahora Damen iba a arrebatársela, como un estadista despiadado.

Aguardó sin dar la espalda a lo que implicaba ser rey. Si podía renunciar a Laurent, podría hacer esto.

Nikandros entró en la tienda.

No le complacieron ni el ofrecimiento ni el coste. El kyros no pudo ocultar del todo el dolor que sentía al tiempo que buscaba una explicación, en vano. Damen le devolvió la mirada, fija e implacable. Habían jugado juntos de niños, pero ahora Nikandros se hallaba ante su rey.

—Tenemos que entregarle mi hogar al príncipe vereciano y se convertirá en tu principal aliado en la guerra.

—Sí.

—¿Y ya lo has decidido?

—Sí.

Damen recordó que esperaba que, al volver a casa, las cosas entre ellos fueran como en los viejos tiempos. Como si la amistad que compartían pudiera sobrevivir a sus habilidades políticas.

—Quiere enfrentarnos —resolvió Nikandros—. Lo tiene todo planeado. Pretende debilitarte.

—Lo sé. Así es él —convino Damen.

—Entonces… —Nikandros se detuvo y se apartó, frustrado—. Fuiste su esclavo. Nos abandonó en Charcy.

—Tenía un motivo.

—Pero no me lo vas a decir.

La lista de suministros y hombres que Laurent ponía a su disposición descansaba encima de la mesa. Era más de lo que Damen habría esperado,

pero, a su vez, constituía un número limitado. A grandes rasgos, equivalía a la aportación de Nikandros y a la suma que quizá otro kyros proporcionaría a su bando.

Delpha no valía eso. A juzgar por su expresión, Nikandros lo sabía tanto como él.

—Si pudiera ponértelo más fácil, lo haría —le aseguró Damen.

Se hizo el silencio mientras su amigo consideraba qué decir.

—¿A quién perderé? —preguntó Damen.

—A Makedon —contestó Nikandros—. A Straton. Puede que a los abanderados del norte. En Akielos, tus aliados se mostrarán menos serviciales y los plebeyos, menos hospitalarios, quizá incluso hostiles. Habrá problemas para mantener unida a la tropa durante la marcha y más problemas cuando luchemos.

—¿Qué más? —exigió saber.

—Los hombres hablarán… —empezó a decir el kyros. Escupía las palabras con repugnancia, no quería decirlo—. De…

—No —zanjó el tema Damen.

Entonces, como si Nikandros no pudiera evitarlo, dijo:

—Si al menos te quitaras el grillete…

—No. No lo haré —sentenció sin mirar abajo.

Nikandros se volvió y colocó las palmas de las manos en la mesa; apoyó su peso en ella. Damen veía la contención en los hombros de Nikandros y su espalda, donde se le habían formado nudos. Sus manos todavía descansaban en la mesa.

Damen rompió el amargo silencio.

—¿Y a ti? ¿Te perderé a ti?

Aquella fue la única flaqueza que se permitió mostrar. Lo dijo en un tono bastante firme y se obligó a esperar; no añadió nada más.

Como si las palabras surgieran de sus entrañas y contra su voluntad, Nikandros contestó:

—Quiero Ios.

Damen dejó escapar un suspiro. De pronto cayó en la cuenta de que Laurent no jugaba a enfrentarlos. Jugaba con Nikandros. Todo aquello suponía una pericia peligrosa; saber hasta dónde podría llegar la lealtad de Nikandros, y qué evitaría que se quebrase. La presencia de Laurent en la estancia era casi tangible.

—Escúchame, Damianos. Si alguna vez has apreciado mis consejos, escucha. No está de nuestra parte. Es vereciano y llevará un ejército a nuestro

país.

—Para luchar contra su tío. No contra nosotros.

—Si alguien matase a tu familia, no descansarías hasta acabar con él.

Las palabras se cernieron sobre ellos. Recordó los ojos de Laurent en la tienda mientras tejía la alianza en su propio beneficio.

Nikandros negó con la cabeza.

—¿O de verdad crees que te ha perdonado por matar a su hermano?

—No. Me odia —declaró con firmeza, sin titubear—. Pero odia más a su tío. Nos necesita. Y nosotros a él.

—¿Lo necesitas tanto como para despojarme de mi hogar porque él te lo ha pedido?

—Sí —confirmó Damen.

Observó cómo Nikandros lidiaba con aquella idea.

—Lo hago por Akielos —se defendió Damen.

—Si te equivocas, Akielos desaparecerá para siempre.

Habló con algunos soldados en el camino de vuelta a su tienda, una o dos palabras aquí y allá mientras recorría el campamento, una costumbre que adquirió cuando estuvo al mando por primera vez con diecisiete años. Los hombres se ponían firmes a su paso y solo decían «eminencia» si les hablaba. No se parecía a estar sentado alrededor de una fogata bebiendo vino, intercambiando historias triviales y especulaciones obscenas.

A Jord y los demás verecianos de Ravenel los habían enviado de vuelta con Laurent para reincorporarse a su ejército en las extravagantes tiendas de Fortaine. Damen no los había visto marcharse.

Era una noche cálida, así que solo usaban las hogueras para cocinar e iluminar el lugar. Sabía por dónde iba porque las perfectas filas del campamento akielense eran fáciles de seguir incluso a la luz de las antorchas. Los hombres, disciplinados y entrenados, habían hecho un trabajo rápido y eficiente, las armas se habían limpiado y almacenado, los fuegos estaban encendidos y las robustas estacas de las tiendas estaban clavadas en el suelo.

Su tienda estaba hecha con una tela blanca y lisa. No había mucha diferencia entre la suya y el resto, excepto por el tamaño y los dos guardias armados apostados en la entrada. Se pusieron firmes, sonrojados por el honor de cumplir con su deber; el rubor era más evidente en el guardia más joven, Pallas, que en Aktis, mayor, pero se reflejaba en la postura de ambos. Damen se aseguró de ofrecerles una breve señal de gratitud al pasar, tal y como correspondía.

Alzó la solapa de la tienda y dejó que se cerrara tras él.

El interior de la tienda era un espacio austero y abierto, iluminado por velas de sebo clavadas en unos portavelas. La intimidad fue como una bendición. No tenía que mantenerse erguido; podía dejar que el peso del agotamiento lo obligara a descansar. Su cuerpo se moría de ganas. Lo único que quería era quitarse la armadura y cerrar los ojos. En la intimidad, no tenía que ejercer de rey. Se detuvo y se enfrió. De repente, lo asaltó una sensación horrible, un temblor parecido al que provocan las náuseas.

No estaba solo.

Estaba desnuda, al pie del austero camastro, con sus turgentes pechos colgando y la frente besando el suelo. No la habían entrenado en palacio, por lo que no podía ocultar el hecho de que estaba nerviosa. Le habían apartado el pelo rubio de la cara y se lo habían recogido en un delicado moño, una costumbre norteña. Tendría diecinueve o veinte años y un cuerpo entrenado y listo para él. Había preparado el baño en una tina de madera sin adornos, para que, si lo deseaba, hiciera uso de él… o de ella.

Sabía que había esclavos acompañando al ejército de Nikandros, que los seguían con los carros y los suministros. Sabía que cuando regresara a Akielos, habría esclavos.

—Levanta —dijo con torpeza; una orden inapropiada para un esclavo.

Hubo un tiempo en que habría esperado algo así y habría sabido cómo comportarse en esa situación. Habría apreciado el encanto de sus rústicas habilidades del norte y se habría acostado con ella, si no esa noche, seguramente por la mañana. Nikandros lo conocía, y la joven era su tipo. Era la mejor del kyros, eso era evidente; una esclava de su séquito personal, tal vez incluso su favorita, porque Damen era su invitado y su rey.

La muchacha se levantó. Él no dijo palabra alguna. Llevaba un collar alrededor del cuello y esposas de metal en sus pequeñas muñecas. Eran como la que él…

—Eminencia —dijo ella en voz baja—. ¿Ocurre algo?

Damen dejó escapar un suspiro extraño y tembloroso. Se dio cuenta de que su respiración había sido irregular durante algún tiempo, de que su cuerpo se tambaleaba. De que llevaban demasiado rato en silencio.

—Nada de esclavos —ordenó—. Díselo al guardián. Que no envíe a nadie más. Durante la campaña, me vestirán un ayudante o un escudero.

—Sí, eminencia —contestó, obediente y confundida.

Mientras se dirigía a la entrada de la tienda ocultó que se le habían encendido las mejillas, o eso pretendía.

—Espera —dijo él. No podía dejar que fuera desnuda por el campamento —. Ten. —Se quitó la capa y se la colocó sobre los hombros. Sentía que estaba cometiendo un error que iba en contra de todo protocolo—. El guardia te escoltará de vuelta.

—Sí, eminencia —contestó la joven, pues no podía decir nada más.

Y, al fin, se quedó a solas.

Capítulo cinco

DESPUÉS DE QUE LA primera repercusión de la alianza afectase a Nikandros, el anuncio de la mañana fue menos personal, pero más difícil, y se hizo a mayor escala.

Los heraldos habían galopado de un lado a otro entre sus campamentos desde antes del amanecer. Los preparativos para el anuncio se habían llevado a cabo antes de que el campamento despertara bajo una luz grisácea. Organizar reuniones de ese tipo llevaba meses. Si no hubiese sido porque conocía a Laurent, habría pensado que la velocidad a la que se desarrollaba esta era vertiginosa.

Damen convocó a Makedon a la tienda de mando y ordenó a su ejército que se presentara ante él para escuchar su discurso. Se sentó en el trono de audiencias. A su lado, había un asiento de roble vacío y Nikandros estaba detrás de él. Observó a los soldados ocupar sus puestos; mil quinientos hombres disciplinados en filas. La vista de Damen abarcaba la extensión de los campos en su totalidad: su ejército formaba dos bloques frente a él separados por un camino despejado que conducía directamente al pie del trono de Damen, bajo su carpa.

Había sido decisión de Damen no comunicar la noticia a Makedon en privado; prefirió convocarlo allí para que escuchase su discurso, tan ajeno a lo que se avecinaba como los soldados. Era un riesgo, y cada faceta del mismo debía tratarse con cuidado. Makedon, con un cinturón con muescas, tenía el ejército provincial más grande del norte y, aunque técnicamente era un abanderado a las órdenes de Nikandros, era poderoso por derecho. Si se marchaba enfadado con sus hombres, acabaría con las posibilidades de Damen de salir victorioso en una campaña.

Damen se percató de la reacción de Makedon cuando el emisario vereciano entró galopando en su campamento. Makedon era muy irascible. Había desobedecido a reyes antes. Había roto el tratado de paz solo unas semanas antes y había lanzado un contraataque personal contra Vere.

—Su alteza, Laurent, príncipe de Vere y Acquitart —anunció el emisario, y Damen notó que los hombres que lo rodeaban en la tienda reaccionaron.

Nikandros no movió ni una pestaña, aunque Damen advirtió que estaba tenso. Se le aceleró el corazón, pero su rostro permanecía impasible.

Cuando un príncipe se reunía con otro se seguía un protocolo. No se saludaban a solas en una tienda diáfana. Ni acababa uno en el suelo de la sala de audiencias de palacio, encadenado.

La última vez que la realeza de Akielos y Vere se habían reunido solemnemente había sido hacía seis años, en Marlas, cuando el regente había capitulado ante el padre de Damen, el rey Theomedes. Por respeto a los verecianos, Damen no estuvo presente, pero recordaba la satisfacción de saber que la realeza vereciana se postraba ante su padre. Le gustó. Se dijo que seguramente le había gustado tanto como a sus hombres les disgustaba lo que estaba sucediendo hoy, y por las mismas razones.

Los estandartes verecianos eran visibles, inundaban el campo; seis en horizontal y treinta y seis en vertical, con Laurent cabalgando a la cabeza.

Damen aguardó, sentado con poderío en el trono de roble, con los brazos y los muslos desnudos al estilo akielense. Su ejército se desplegaba ante él en filas impecables e inmóviles.

No se produjo el alborozo que había recibido a Laurent a su llegada a las ciudades y pueblos de Vere. Nadie se desmayó ni aplaudió, ni arrojó flores a sus pies. El silencio reinaba en el campamento. Los soldados akielenses lo observaron atravesar sus filas para dirigirse al pabellón, iluminados por la luz del sol; sus armaduras, sus hojas afiladas y las puntas de sus lanzas destellaban tras pulirlas después de haberlas empleado recientemente para matar.

Pero se paseaba con la elegancia, la sencillez y la insolencia de siempre, con su brillante cabello al aire. No llevaba armadura ni ningún símbolo que identificase su rango salvo la diadema de oro que le ceñía la frente. Pero cuando bajó del caballo y le lanzó las riendas a un criado, todas las miradas estaban fijas en él.

Damen se levantó.

Toda la tienda reaccionó: los hombres se pusieron en pie, se revolvieron y miraron al suelo por respeto al rey. Laurent entró a grandes zancadas, con gracia; parecía totalmente ajeno a la reacción que despertaba su presencia. Bajó por el sendero que habían despejado para él, como si tuviese derecho a caminar tranquilamente por un campamento akielense. Los hombres de

Damen lo contemplaban del mismo modo que un hombre que veía a su enemigo pavonearse por su casa y no podía hacer nada por evitarlo.

—Mi hermano de Akielos —anunció Laurent.

Damen lo miró a los ojos sin pestañear. Todo el mundo sabía que en el idioma akielense los príncipes de naciones extranjeras se dirigían entre sí en clave fraternal.

—Nuestro hermano de Vere —respondió Damen.

Era consciente a medias del séquito de Laurent: lo acompañaban sirvientes uniformados, algunos desconocidos que esperaban fuera y varios cortesanos de Fortaine. Reconoció al capitán de Laurent, Enguerran. Identificó a Guion, el consejero más leal del regente, que, en algún momento de los últimos tres días, había cambiado de bando.

Damen alzó la mano con la palma hacia arriba y los dedos estirados. Laurent hizo lo propio con calma y colocó la mano encima de la de Damen. Sus dedos se tocaron.

Notaba las miradas de todos los akielenses de la tienda clavadas en él. Procedieron con lentitud. Los dedos de Laurent apenas rozaban los suyos. Notó el momento en que los hombres que lo rodeaban se dieron cuenta de lo que iba a suceder.

Al llegar al estrado, se sentaron mirando al exterior. Los asientos de roble idénticos se convirtieron en tronos.

La sorpresa azotó a los hombres y mujeres de la tienda como una ola y alcanzó a las filas de soldados allí reunidos. Todos veían cómo se habían sentado Laurent y Damen: el uno al lado del otro.

Damen sabía lo que eso significaba. Habían adoptado las posiciones de dos pares. Aquel gesto proclamaba igualdad.

—Os hemos reunido hoy aquí para que presenciéis nuestro acuerdo —dijo Damen con una voz clara que se oía por encima del barullo—. Hoy sellamos la alianza de nuestras naciones contra los farsantes y los usurpadores que pretenden hacerse con nuestros tronos.

Laurent se arrellanó en el asiento como si estuviera hecho para él y adoptó su postura favorita: una pierna estirada y una muñeca de huesos finos en equilibrio en el brazo del trono.

Estallidos de indignación, exclamaciones de furia y manos que volaban a las empuñaduras de las espadas. Laurent no parecía especialmente preocupado por aquello, ni por nada.

—En Vere es costumbre conceder un obsequio a tu camarada predilecto —dijo Laurent en akielense—. Así pues, Vere hace entrega de este regalo a

Akielos como símbolo de nuestra alianza, ahora y en los días venideros.

Levantó los dedos. Un criado vereciano se acercó con un almohadón a modo de bandeja en sus antebrazos extendidos.

Damen sintió que la tienda se desvanecía ante sus ojos.

Se olvidó de los hombres y mujeres que los observaban. Olvidó la necesidad de impedir que su ejército y sus generales se rebelasen. Solo tenía ojos para lo que descansaba en el cojín que el criado portaba al estrado.

El regalo de Laurent era un látigo vereciano hecho de oro, enrollado y único.

Damen lo reconoció. Tenía un mango tallado en oro, con un rubí o un granate incrustado de una forma muy particular en la base: entre las fauces de un gato enorme. Recordó que la vara de su portador tenía las mismas tallas y una larga cadena afiligranada que se había fijado al collar que le rodeaba el cuello. El gato de gran tamaño se parecía al símbolo del león de su propia casa.

Recordó la mano de Laurent dándole un pequeño tirón a la vara, algo más que exasperado. Recordó cuando estaba con las piernas separadas, las manos atadas y el pecho apoyado en la gruesa madera del poste y el látigo estaba a punto de golpearlo en la espalda. Recordó a Laurent poniéndose cómodo en la pared de enfrente, con los hombros apoyados, colocado de tal modo que no se perdiese ni la más mínima expresión del rostro de Damen.

Dirigió la mirada a Laurent. Sabía que se había sonrojado, notaba que le ardían las mejillas. No podía preguntar «¿Qué has hecho?» delante de los generales allí reunidos.

Fuera de la tienda sucedía algo.

Los ayudantes verecianos estaban colocando diez postes de azotes decorativos a intervalos regulares fuera de la tienda. Unos adiestradores verecianos bajaron a diez hombres de sus caballos como si fueran sacos de cereales, los desnudaron y los ataron.

Bajo la carpa, hombres y mujeres akielenses se miraban inquisitivamente; otros estiraban el cuello para ver lo que ocurría.

Frente al ejército allí reunido, los diez cautivos fueron empujados hacia los postes. Se movían a trompicones, pues tenían las manos atadas a la espalda y apenas podían mantener el equilibrio.

—Estos son los hombres que atacaron la aldea akielense de Tarasis —pregonó Laurent—. Son mercenarios de clanes pagados por mi tío que mataron a vuestra gente en un intento por enturbiar la paz entre nuestras naciones.

Ahora tenía toda la atención de la tienda. Los ojos de todos los akielenses estaban puestos en él, desde los soldados hasta los oficiales, incluso los generales. En especial, Makedon y sus soldados, que habían sido testigos de primera mano de la destrucción de Tarasis.

—El látigo y los hombres son la ofrenda de Vere a Akielos —prosiguió el vereciano, y luego volvió sus ojos azules y tiernos hacia Damen—. Los cincuenta primeros azotes son mi regalo para ti.

No podría haberlo detenido ni queriendo. El ambiente que reinaba en la tienda estaba cargado de satisfacción y aprobación. Sus hombres estaban deseosos de hacerlo, lo agradecían; se lo agradecían a Laurent, el joven de cabellos dorados que podía ordenar que se vapulease a unos hombres y contemplar la escena sin inmutarse.

Los adiestradores verecianos estaban clavando los postes en la tierra. Acto seguido, los zarandearon para ver si podrían soportar el peso de los hombres.

Una parte de la mente de Damen admitía que había dado en el clavo con el regalo y que era de una maestría exquisita: Laurent le estaba propinando un revés con una mano y, con la otra, acariciaba a sus generales del mismo modo que un hombre rascaría a un perro debajo de la barbilla.

—Vere es generosa —soltó Damen.

—Al fin y al cabo —repuso Laurent mientras le aguantaba la mirada—, recuerdo lo que te gusta.

Los hombres desnudos estaban sujetos.

Los adiestradores verecianos se colocaron en posición, cada uno de pie junto a uno de los prisioneros atados, todos sostenían un látigo. Se emitió una señal. Damen sintió que se le aceleraba el pulso cuando advirtió que iba a presenciar cómo Laurent mandaba despellejar vivos a diez hombres delante de sus narices.

—Es más —añadió el príncipe, alzando la voz para hacerse oír—, la munificencia de Fortaine es tuya. Sus médicos atenderán a tus heridos. Sus almacenes alimentarán a tus hombres. Vencer en Charcy fue una ardua tarea. Todo lo que Vere haya obtenido mientras peleabais es vuestro, y bien merecido. No me aprovecharé de las penalidades que puedan acontecer al legítimo rey de Akielos ni a su pueblo.

Nikandros le había asegurado que perdería a Straton y a Makedon, pero no había contado con que Laurent llegaría y lo controlaría todo, con el peligro que eso suponía.

La escena se prolongó durante mucho tiempo. Cincuenta latigazos, propinados con el ahínco de hombros y brazos en la espalda desnuda de un

hombre, constituían una empresa prolongada. Damen se obligó a contemplarlo todo. No miró a Laurent. Sabía por experiencia que este podía observar cómo desollaban a un hombre eternamente con sus profundos ojos azules. Recordó al detalle lo que había sentido cuando no le había quitado ojo mientras lo fustigaban.

Ensangrentados y hechos papilla, los hombres, que ya no eran hombres, fueron separados de los postes. Aquello también llevó tiempo, pues fue necesario más de un hombre para levantar a cada uno los cautivos, y nadie sabía con certeza quién estaba inconsciente y quién muerto.

—Nosotros también tenemos un regalo personal —intervino Damen.

Los ojos de los que se hallaban en la tienda se volvieron hacia él. El obsequio de Laurent había evitado una rebelión abierta, pero aún había una brecha que separaba a Akielos y Vere.

La noche anterior, en su tienda, en la oscuridad del ocaso, había sacado el regalo de sus bolsas y lo había mirado mientras lo sopesaba con las manos. Había pensado en ese momento en una o dos ocasiones. En sus pensamientos más íntimos imaginaba que se lo entregaba a solas. No había concebido que lo privado se tornaría en algo público y doloroso. Carecía de la habilidad de Laurent para herir con lo que más le importaba al otro.

Le tocaba a él consolidar la alianza entre sus naciones. Y solo había una forma de hacerlo.

—Todos los presentes saben que fuimos tus esclavos —empezó Damen. Lo dijo lo bastante alto como para que todos los que se congregaban en la tienda lo oyeran—. Hemos llevado tu grillete en la muñeca. Pero hoy, el príncipe de Vere demostrará que es nuestro igual.

Hizo un gesto para que uno de sus escuderos se acercase. Todavía estaba envuelto en tela. Notó que Laurent se tensaba de repente, aunque por fuera se mantenía impasible.

—Me lo pediste una vez —arguyó Damen.

El escudero retiró la tela para revelar un brazalete de oro. Sintió, más que ver, que Laurent se tensaba. Aquel brazalete era, sin lugar a dudas, la pareja del que llevaba Damen. La pasada noche un herrero lo modificó para que se ajustase a la muñeca de Laurent, más fina que la suya.

—Llévalo por mí —le pidió Damen.

Por un momento, pensó que no lo haría. Pero Laurent no tenía derecho a negarse en público.

El príncipe vereciano extendió la mano. Y esperó, con la palma estirada y mirando a Damen a los ojos.

—Pónmelo —ordenó Laurent.

Todas las miradas de la tienda estaban clavadas en él. Damen lo agarró de la muñeca. Tendría que desatarle la manga y subírsela.

Notaba los voraces ojos de los akielenses que se hallaban en la tienda, tan ansiosos por presenciar aquello como por los latigazos. Los rumores de que Damen había sido esclavo en Vere habían corrido como la pólvora por el campamento. Por su parte, ver al príncipe vereciano portando el brazalete dorado de un esclavo de cama de palacio era impactante e íntimo, un símbolo de que pertenecía a Damen.

Este notó el borde duro y curvo del brazalete al levantarlo. La mirada azul de Laurent permanecía tranquila, pero, bajo el pulgar de Damen, su pulso se había disparado.

—Mi trono por el tuyo —declaró Damen. Le subió la manga. Más piel desnuda de la que Laurent había mostrado jamás en público quedó a la vista de todos los presentes—. Ayúdame a recuperar mi reino y serás el rey de Vere.

Le puso el brazalete en la muñeca izquierda.

—Estoy encantado de llevar un regalo que me recuerda a ti —comentó Laurent.

El brazalete no se movía de su sitio. No apartó la muñeca, sino que la dejó apoyada en el brazo del trono, con los cordones desatados y el oro a la vista de todos.

Los cuernos resonaron a lo largo de las filas y se sirvieron refrigerios. Ahora, a Damen solo le quedaba soportar el resto de la ceremonia de bienvenida y, a su fin, firmar el tratado.

Se llevaron a cabo una serie de peleas de exhibición, que incluían una coreografía ensayada para la ocasión. Laurent las observó con una atención cortés que posiblemente ocultaba una atención real, pues le vendría bien familiarizarse con las técnicas de combate akielenses.

Damen observó que Makedon los miraba con una expresión impasible en el rostro. Frente al general de Nikandros, Vannes tomaba un piscolabis. Vannes había sido la embajadora del regente en la corte exclusivamente femenina de la emperatriz vaskiana, de quien se decía que dejaba que sus leopardos destrozaran a los hombres como deporte público.

Pensó en los tratos delicados con los clanes vaskianos que había maquinado Laurent en su viaje hacia el sur.

—¿Vas a decirme qué ha ganado Vannes al aliarse contigo? —preguntó Damen.

—No es ningún secreto. Será el primer miembro de mi consejo —contestó Laurent.

—¿Y Guion?

—Lo amenacé con acabar con sus hijos. Se lo tomó en serio. Ya había matado a uno.

Makedon se acercó a los tronos.

Se creó un clima de expectación a medida que el general avanzaba; los hombres en la tienda se movían para ver qué iba a hacer. El odio que Makedon sentía por los verecianos era conocido por todos. Aunque Laurent hubiera evitado una rebelión abierta, Makedon no iba a consentir que un príncipe vereciano le diese órdenes. El hombre se inclinó ante Damen y se enderezó; no mostró ninguna señal de respeto a Laurent. Miró fugazmente las peleas coreografiadas de los akielenses y, acto seguido, recorrió con los ojos a Laurent, despacio y con arrogancia.

—Si esto es una alianza entre iguales de verdad —empezó a decir Makedon—, es una pena que no podamos ver una demostración de lucha vereciana.

«Estás presenciando una ahora mismo y ni siquiera lo sabes», pensó Damen. Laurent mantuvo su atención puesta en Makedon.

—O un combate —propuso el general—. Vere contra Akielos.

—¿Sugieres desafiar a *lady* Vannes a un duelo? —preguntó Laurent.

Los ojos azules se encontraron con los marrones. Laurent había adoptado una postura relajada y Damen era plenamente consciente de lo que veía Makedon: a un joven al que le doblaba la edad; a un principito que eludía la batalla; a un cortesano con una elegancia perezosa que prefería mantenerse a cubierto.

—Nuestro rey tiene una reputación en el campo de batalla —afirmó Makedon mientras recorría a Laurent lentamente con la mirada—. ¿Qué tal una pelea de demostración entre vuestras majestades?

—Pero si somos como hermanos —contestó Laurent, sonriente. Damen notó que le rozaba las puntas de los dedos con las suyas; sus dedos se entrelazaron. Tenía una dilatada experiencia en reconocer cuándo Laurent reprimía sus emociones en un único gesto de repulsión.

Los heraldos trajeron el documento: tinta sobre papel, escrito en dos idiomas, uno al lado del otro para que ninguno de los dos estuviera por encima. Estaba redactado con palabras sencillas. No figuraban una infinidad de cláusulas y subcláusulas. Era una declaración concisa: Vere y Akielos se unían contra sus usurpadores y forjaban una alianza por una causa común.

Damen lo firmó. También Laurent. Damianos V y Laurent R, con una ele grande y enrevesada.

—Por nuestra maravillosa unión —concluyó Laurent.

Ya estaba hecho. Laurent se estaba levantando y los verecianos empezaban a marcharse; una marea azul de estandartes formaba una larga procesión que se alejaba por el campo.

Los akielenses también desfilaban hacia el exterior: los oficiales y los generales, los esclavos con permiso para irse… Hasta que se quedó a solas con Nikandros, cuyos ojos estaban fijos en él. Lo miraban con furia y con la clara certeza que solo poseía un viejo amigo.

—Le has dado Delpha —lo acusó Nikandros.

—No ha sido…

—¿Un regalo de cama? —completó su amigo.

—Te has pasado.

—¿Yo? Te recuerdo a Ianestra. Y a Ianora —replicó Nikandros—. Y a la hija de Eunides. Y a Kyra, la chica del pueblo…

—Ya basta. No voy a hablar del tema.

Había desviado la vista y reparado en la copa que tenía delante. Tras un segundo, la alzó. Le dio un trago al vino. Fue un error.

—No hace falta que hables, ya lo he visto —repuso Nikandros.

—Me da igual lo que hayas visto. No es lo que piensas.

—Pienso que es guapo e inalcanzable, y eso que en tu vida jamás te han dicho que no —caviló Nikandros—. Has obligado a Akielos a forjar una alianza porque el príncipe de Vere es rubio y tiene los ojos azules. —Y, entonces, añadió con una voz espantosa—: ¿Cuántas veces tiene que sufrir Akielos porque tú no puedes mantener la…?

—He dicho que ya basta, Nikandros.

Damen estaba enfadado. Quería hacer añicos el cristal que tenía entre los dedos y sentir el dolor tras haberse cortado.

—¿Crees, aunque sea lo más mínimo, que yo…? No hay nada —recalcó — más importante para mí que Akielos.

—¡Es el príncipe de Vere! ¡Akielos no le importa! ¿Me estás diciendo que no te influye el hecho de pensar en acostarte con él? ¡Abre los ojos, Damianos!

Damen se levantó del trono y se dirigió a la entrada de la tienda, amplia y despejada. Tenía una vista perfecta que abarcaba desde los campos hasta el campamento vereciano. Laurent y su séquito habían desaparecido en su

interior, pero las elegantes tiendas verecianas todavía lo miraban mientras sus pendones de seda ondeaban mecidos por el viento.

—Lo deseas. Es lógico. Parece una de las estatuas del jardín de Nereus, y es un príncipe, con el mismo estatus que tú. No te soporta, pero eso también tiene su parte atrayente —razonó Nikandros—. Así que acuéstate con él. Satisfaz tu curiosidad. Y cuando te hayas dado cuenta de que montar a un rubio es como montar a cualquier otro, pasa página.

El silencio se prolongó demasiado.

Notó la reacción de Nikandros, a su espalda. Miraba la copa de hito en hito. No pretendía verbalizarlo. «Le dije que era un esclavo y fingió creerme. Lo besé en las almenas. Hizo que sus criados me llevaran a su cama. Era nuestra última noche juntos, y se entregó a mí. Durante todo ese tiempo supo que yo era el hombre que había matado a su hermano».

Cuando se volvió, Nikandros tenía el rostro desencajado.

—Sí que ha sido un regalo de cama.

—Sí, me acosté con él —le confirmó Damen—. Solo fue una noche. Apenas se relajó. Tengo que reconocer que… lo deseaba. Pero él es el príncipe de Vere y yo, el rey de Akielos. Es una alianza política. La encara sin dejarse llevar por la emoción. Al igual que yo.

—¿Crees que me tranquiliza oír que es guapo, inteligente y frío? —preguntó Nikandros.

Sintió que se quedaba sin aire. Desde la llegada de Nikandros no habían hablado de esa noche de verano en Ios en la que su confidente le había advertido sobre otra persona.

—No es lo mismo.

—¿Laurent no es Jokaste?

—No soy el hombre que confió en ella —replicó Damen.

—Entonces no eres Damianos.

—Tienes razón —convino—. Damianos murió en Akielos, cuando no hizo caso a tus advertencias.

Recordó las palabras de Nikandros: «Kastor siempre ha creído que merecía reinar. Que le arrebataste el trono». Y su respuesta: «Él no me haría daño. Somos familia».

—Pues hazme caso ahora —le instó su amigo.

—Está bien. Sé quién es —reconoció Damen—, y que eso significa que no puedo tenerlo.

—No. Escúchame, Damianos. Confías ciegamente en la gente. Ves el mundo en términos absolutos: si crees que alguien es tu enemigo, nada te

disuadirá de armarte para enfrentarte a él. Pero cuando le das tu cariño… Cuando juras lealtad a un hombre, tu fe en él es inquebrantable. Lucharías por él con tu último aliento, desoirías cualquier palabra dicha en su contra e irías a la tumba con su lanza clavada en el costado.

—¿Acaso tú no lo harías por mí? —cuestionó Damen—. Sé lo que implica que estés a mi lado. Sé que si me equivoco, lo perderás todo.

Nikandros le sostuvo la mirada, suspiró y se detuvo un instante a restregarse la cara.

—El príncipe de Vere… —exhaló.

Cuando volvió a mirar a Damen, lo hizo de soslayo y con las cejas arqueadas. Por un momento, volvían a ser los niños que arrojaban lanzas que acababan a menos de dos metros de los blancos ocultos en el serrín.

—¿Te imaginas lo que habría dicho tu padre de haberlo sabido? —añadió Nikandros.

—Sí —respondió Damen—. ¿Qué chica del pueblo se llamaba Kyra?

—Todas. Damianos, no puedes confiar en él.

—Lo sé. —Apuró el vino. Todavía faltaban horas para que anocheciera y había trabajo por hacer—. Solo llevas una mañana con él y ya me estás advirtiendo. Tú espera a pasar un día con él.

—¿Lo dices porque mejora con el tiempo?

—No exactamente —contestó Damen.

Capítulo seis

EL PROBLEMA CONSISTÍA EN que no podían partir de inmediato.

Damen debería haber estado acostumbrado a trabajar con una tropa dividida, pues a esas alturas había adquirido bastante práctica. Pero aquella no era una pequeña horda de mercenarios, sino dos fuerzas poderosas que se odiaban desde tiempos inmemoriales, encabezadas por un general irascible en cada bando.

Makedon entró de morros en Fortaine para asistir a su primera reunión oficial. Damen, tenso, aguardaba en la sala de audiencias a que llegase Laurent. Lo observó entrar con su primera consejera, Vannes, y su capitán, Enguerran. Sinceramente, no estaba seguro de si iba a ser una mañana de dardos invisibles o de una retahíla de comentarios inauditos que dejarían a todo el mundo boquiabierto.

Lo cierto es que se mostró impersonal y profesional. Laurent fue exigente, estuvo concentrado y habló todo el tiempo en akielense. Vannes y Enguerran tenían menos soltura y Laurent tomó la delantera en la conversación, diciendo cosas como «falange», como si no se las hubiera enseñado Damen solo dos semanas antes, y dando una impresión tranquila y general de fluidez. El ligero ceño fruncido mientras trataba de dar con la palabra adecuada, el «¿Cuál es la palabra para…?» y el «¿Cómo se dice cuando…?» habían desaparecido.

—Es una suerte para él que hable tan bien nuestro idioma —dijo Nikandros mientras regresaban al campamento akielense.

—Nada que tenga que ver con él es cuestión de suerte —respondió Damen.

Cuando se quedó a solas, se asomó a la entrada de su tienda. Los campos que se extendían alrededor parecían pacíficos, pero pronto los ejércitos se desplegarían. El contorno rojo del horizonte se acercaría, el terreno que se elevaba y contenía todo lo que alguna vez había conocido. Lo rastreó con los ojos y, cuando terminó, le dio la espalda. No miró el floreciente y flamante campamento vereciano, donde las sedas de colores se alzaban con la brisa y el

ocasional sonido de risas o voces cantarinas acariciaba la mullida hierba del campo.

Acordaron que sus campamentos se mantendrían separados. Al ver las tiendas verecianas alzarse en los campos, con sus banderines, sus sedas y sus paneles multicolores, los akielenses los menospreciaron. No querían pelear con aquellos nuevos aliados tan finos y delicados. En ese sentido, la ausencia de Laurent en Charcy había sido un desastre. Su primer tropiezo táctico de verdad; todavía trataban de recobrarse.

Los verecianos también fueron desdeñosos, pero de otro modo. Los akielenses eran bárbaros que se juntaban con hombres despreciables y se paseaban por todas partes prácticamente en cueros. Oyó fragmentos de lo que se cuchicheaba en las lindes de su campamento, los gritos obscenos, las burlas y las mofas. Cuando Pallas pasó por delante, Lazar le silbó.

Y eso fue antes de los rumores más concretos, los murmullos entre los hombres, las conjeturas y las miradas de soslayo que le lanzó Nikandros durante una cálida noche de verano y que le llevaron a decir:

—Toma a una esclava.

—No —repuso Damen.

Se refugió en el trabajo y en el ejercicio físico. De día, se volcaba en la logística y la planificación, en los cimientos tácticos que facilitarían una campaña. Trazaba rutas. Establecía líneas de suministro. Dirigía entrenamientos. De noche, salía solo del campamento y, cuando no había nadie a la vista, sacaba su espada y practicaba hasta que acababa empapado en sudor, hasta que era incapaz de levantar su arma y se quedaba de pie, con los músculos temblorosos y la punta de su espada apuntando al suelo.

Se iba a la cama solo. Se desnudaba y se lavaba él mismo, y solo empleaba escuderos para realizar las tareas serviles que no requerían intimidad.

Se dijo que eso era lo que quería. Él y Laurent mantenían una relación profesional. Ya no los unía una amistad, a pesar de que esta nunca había sido posible. Sabía que mostrar a Laurent su país era una fantasía tonta que jamás se haría realidad; Laurent en Ios, apoyado en el balcón de mármol, volviéndose para saludarlo mientras disfruta del aire fresco y contempla el mar con ojos brillantes, maravillado por el paisaje.

Se puso a trabajar. Tenía tareas pendientes. Envió cartas a los kyroi de su tierra natal para anunciar su regreso. Pronto sabría hasta dónde llegaba el apoyo inicial que le profesaba su país y podría empezar a establecer las rutas y los avances que le garantizarían una victoria.

Entró en su tienda después de practicar durante tres horas con armas a solas. Los escuderos se encargarían de enjugar el sudor de su cuerpo húmedo, ya que había despachado a todos sus esclavos. Pero en vez de eso, se sentó a escribir cartas. Las velas titilaban ligeramente a su alrededor, sin embargo había luz suficiente para que llevase a cabo lo que tenía que hacer. Escribió de su puño y letra las misivas personales a sus conocidos. A ninguno le relató los detalles de lo que le había sucedido.

Al otro lado de los campos, al amparo de la noche, Jord, Lazar y los demás miembros de la Guardia del Príncipe se encontraban en algún lugar del campamento vereciano, trabajando a las órdenes del nuevo régimen. Pensó en Jord, alojado en la fortaleza que había sido el hogar de Aimeric. Lo recordó diciendo: «¿Te has preguntado alguna vez cómo te sentirías al descubrir que has servido al asesino de tu hermano? Creo que la sensación sería esta».

En una de esas horas vacías en las que solo el silencio inundaba su tienda, a solas con la muda actividad nocturna de un ejército, acabó de escribir su última carta.

Para Kastor, dejó un único recado: «Ya voy». No miró a ese mensajero partir.

«No sois ingenuo por confiar en vuestra familia».

Eso había dicho en una ocasión.

Guion se encontraba en una estancia que se parecía mucho a la habitación donde Aimeric se había desangrado, aunque se parecía poco físicamente a su hijo. No había ni rastro de sus rizos bruñidos ni de su mirada obstinada enmarcada por largas pestañas. Guion era un hombre de unos cuarenta y tantos años, con la figura de una persona poco activa. Al ver a Damen, se inclinó de la misma forma en que se habría postrado ante el regente: profunda y sinceramente.

—Su Majestad —saludó Guion.

—Hay que ver lo rápido que has cambiado de chaqueta.

Damen lo miró con desagrado. Por lo que apreciaba, Guion no estaba bajo ningún tipo de arresto. Tenía vía libre para pasearse por el fuerte y, en muchos aspectos, seguía siendo el testaferro de la fortaleza, por más que los hombres de Laurent ostentasen el poder. Fuera cual fuera el trato que Guion había cerrado con Laurent, había recibido mucho a cambio de su cooperación.

—Tengo un montón de hijos —alegó el hombre—, pero el suministro tiene un límite.

Damen suponía que, si Guion quería huir, sus opciones debían de ser limitadas. El regente no era un hombre indulgente. A Guion no le había quedado más remedio que acoger a akielenses en sus aposentos con cordialidad. Lo que lo irritaba era la facilidad con la que parecía haberse adaptado a este cambio: al lujo de sus habitaciones y a que lo que había hecho no tuviese consecuencias.

Pensó en los hombres que habían muerto en Charcy y, luego, en Laurent: en cómo apoyó su peso en la mesa de la tienda, cómo se agarró el hombro con la mano y en lo blanca que tenía la cara mientras exhibía la última expresión real que había mostrado.

Damen había acudido para averiguar lo que pudiera sobre los planes del regente, pero solo una pregunta asomaba en sus labios.

—¿Quién hirió a Laurent en Charcy? ¿Fuiste tú?

—¿No os lo ha dicho?

Damen no había hablado a solas con Laurent desde aquella noche en la tienda.

—No traiciona a sus amigos.

—No es ningún secreto. Lo capturé mientras se dirigía a Charcy. Lo llevé a Fortaine, donde negoció conmigo su libertad. Para cuando llegamos a un acuerdo, llevaba algún tiempo como prisionero en los calabozos y había sufrido un pequeño accidente en el hombro. La verdadera víctima fue Govart. El príncipe le propinó un terrible golpe en la cabeza. Murió al día siguiente mientras insultaba a médicos y chicos de cama.

—¿Que metiste a Govart en una celda con Laurent? —se extrañó Damen.

—Sí. —Guion extendió las manos—. Al igual que ayudé a provocar el golpe de Estado en vuestro país. Y ahora necesitáis mi testimonio para recuperar vuestro trono. Así funciona la política. El príncipe lo entiende. De ahí que se haya aliado con vos. —Guion sonrió—. Majestad.

Damen se obligó a hablar con mucha calma. Había ido para sonsacarle a Guion lo que no podía sonsacar a sus hombres.

—¿El regente sabía quién era yo?

—De ser así, enviaros a Vere habría sido un error de cálculo por su parte, ¿no os parece?

—Sí —aseveró Damen sin dejar de mirar a Guion. Observó cómo le subía la sangre a las mejillas, que se le tiñeron de rojo.

—Si el regente sabía quién erais —conjeturó Guion—, entonces esperaba que, a vuestra llegada a Vere, el príncipe os reconociera y metiera la pata. O

eso, o quería que el príncipe os metiera en su cama. Darse cuenta de lo que había hecho lo mataría. Qué suerte para vos que no haya sido así.

Miró a Guion, repugnado de repente por el doble sentido y la doble intención.

—Juraste el deber sagrado de preservar el trono para tu príncipe. Y, en lugar de eso, te volviste en su contra, por poder, para obtener beneficios personales. ¿Qué te ha reportado eso?

Por primera vez, vio que algo genuino destellaba en la expresión de Guion.

—Él mató a mi hijo —escupió Guion.

—Tú mataste a tu hijo —refutó Damen—. Cuando lo pusiste en el camino del regente.

Puesto que tenía experiencia en comandar a una tropa dividida, Damen ya sabía qué buscar: desaparición de comida; desviación de armas destinadas a alguna de las dos facciones; falta de lo imprescindible para realizar las labores diarias del campamento… Se había ocupado de todo en el trayecto de Arles a Ravenel.

Salvo de Makedon. El primer asalto se produjo cuando el general se negó a aceptar las raciones adicionales que les hacían llegar a sus tropas desde Fortaine. A los akielenses no se les mima. Si los verecianos deseaban disfrutar de toda esa comida de más, adelante.

Antes de que Damen abriese la boca para responder, Laurent anunció que también iba a cambiar cómo se repartían las provisiones entre sus tropas para que no hubiese diferencias. De hecho, todo el mundo, desde soldados hasta reyes, pasando por los capitanes de ambos escuadrones, recibiría la misma parte y el encargado de decidir las raciones que recibirían sería Makedon. ¿Les informaría el general de esto?

El segundo asalto fue la escaramuza que estalló en el campamento akielense: un akielense con la nariz ensangrentada, un vereciano con un brazo roto y Makedon sonriendo y diciendo que no había sido más que un combate amistoso. Solo un cobarde teme pelear.

Se lo dijo a Laurent, que decretó que, a partir de ese momento, todo aquel vereciano que pegase a un akielense sería ejecutado. Añadió que confiaba en el honor de los akielenses. Solo un cobarde golpea a un hombre al que no se le permite devolver el golpe.

Era como ver a un jabalí tratar de enfrentarse al infinito cielo azul. Damen recordó qué se sentía al someterse a la voluntad de Laurent. El vereciano

nunca había necesitado emplear la fuerza para hacer que los hombres lo obedecieran, del mismo modo que nunca había necesitado caerles bien para salirse con la suya. Laurent conseguía lo que quería porque, para cuando los hombres intentaban oponer resistencia, se daban cuenta de que se había adelantado a ellos haciendo uso de su amabilidad y no podían vencerlo.

De hecho, solo los akielenses murmuraban en señal de desacuerdo. Los hombres de Laurent se habían resignado a aceptar la alianza. A decir verdad, no había cambiado mucho la forma que tenían de referirse a su príncipe: frío, impasible… Solo que ahora era lo bastante frío como para acostarse con el asesino de su hermano.

—La jura debe hacerse como manda la tradición —dijo Nikandros—. Un banquete por la noche para los abanderados, con deportes ceremoniales, exhibición de combates y el okton. Nos reuniremos en Marlas.

Nikandros metió otra pieza en la caja de arena.

—Una ubicación fuerte —apostilló Makedon—. Solo la fortaleza es prácticamente inexpugnable. Nunca se han traspasado sus murallas; solo han capitulado.

Nadie miraba a Laurent. No habría sido significativo de ser así, pues su rostro estaba carente de emoción.

—Marlas es una fortaleza defensiva a gran escala, no dista mucho de Fortaine —le explicó Nikandros a Laurent más tarde—. Es lo bastante grande como para albergar tanto a nuestros hombres como a los vuestros, con numerosos cuarteles en el interior. Veréis su potencial cuando lleguemos.

—Ya he estado —repuso Laurent.

—Entonces, estaréis familiarizado con la zona —celebró Nikandros—. Así será más fácil.

—Sí —convino el príncipe vereciano.

Tiempo después, Damen sacó su espada y se encaminó a las lindes del campamento para practicar. Halló su claro predilecto entre la arboleda y dio comienzo a la serie de ejercicios que realizaba todas las noches.

Allí no había barreras para su destreza. Podía actuar con dureza, atacar, girar y obligarse a ser más rápido. En la cálida noche, su piel se perló rápidamente de sudor. Trabajó con ahínco para moverse sin descanso; acción y reacción, que lo anclaban todo a su cuerpo.

Vertió todo lo que sentía en el acto físico, en la simulación de la lucha. No podía quitársela de encima. Se le antojaba una presión continua. Cuanto más se acercaban, más fuerte se volvía.

¿Se quedarían en Marlas, en habitaciones contiguas, recibiendo a abanderados akielenses por la noche desde tronos idénticos?

Quería… No sabía lo que quería. Laurent lo había mirado cuando Nikandros había anunciado que irían al lugar donde Damen había matado a su hermano hacía seis años.

Oyó un ruido procedente del oeste.

Jadeante, se detuvo. Estaba cubierto de sudor. Lo oyó de nuevo, la leve risa ahogada, y luego, el silbido y un golpe sordo, las burlas, un gemido bajo. Al instante reconoció el peligro: alguien arrojó una lanza. Sin embargo, la risa era demasiado imprudente, sonaba demasiado alta para tratarse de un explorador enemigo. No era un ataque. Era un grupito de hombres saltándose las normas del ejército que se había escabullido por la noche para cazar o citarse en el bosque. Pensaba que sus hombres eran más disciplinados.

Fue a investigar, en silencio y ojo avizor. Dejó atrás una hilera de troncos oscuros. Sintió un destello de arrepentimiento y de culpa: sabía que aquellos hombres, que se habían saltado el toque de queda, no esperarían que apareciera su rey y los reprendiera en persona. Se le ocurrió que su presencia era desproporcionada en relación con su crimen.

Hasta que llegó al claro.

Un grupo de cinco soldados akielenses había salido del campamento para practicar lanzamiento de jabalina. Habían llevado un haz de lanzas y un blanco de madera del campamento. Las lanzas estaban en el suelo, no muy lejos de ellos. El blanco estaba fijado en un tronco. Tiraban por turnos desde una marca que habían hecho con el pie en la tierra. Uno se estaba colocando al tiempo que levantaba una lanza.

Sobre la tabla de madera, atado por las muñecas y los tobillos, pálido, atenazado por un miedo más intenso que el terror, había un chico abierto de brazos y piernas. A juzgar por su camisa desgarrada y medio desatada, el muchacho era a todas luces vereciano además de joven; de unos dieciocho o diecinueve años. Sus cabellos castaños claros eran una maraña y tenía un moretón en el ojo.

Ya le habían arrojado algunas lanzas. Se clavaban en el blanco como alfileres. Una sobresalía del hueco que había entre su brazo y su costado. Había otra situada a la izquierda de su cabeza. El chico tenía los ojos vidriosos y se mantenía inmóvil. Era evidente por el número de lanzas —y por su ubicación— que el objetivo de la competición era dar lo más cerca posible del muchacho sin llegar a acertar en él. El lanzador llevó el brazo hacia atrás.

Damen solo pudo quedarse de pie y ver que el lanzador giraba el brazo y soltaba la lanza, la cual trazó un arco claro y limpio. No podía intervenir, pues podría provocar que el lanzador errase el tiro y matase al chico. La lanza atravesó el aire y fue a parar exactamente adonde iba dirigida, entre las piernas del muchacho. Le rozó la carne y sobresalía del blanco, grotesca y con lascivia. Emitieron una risa procaz.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó Damen.

El que había arrojado la lanza se volvió; su expresión burlona se tornó en una de sorpresa e incredulidad. Los cinco enmudecieron y se postraron en el suelo.

—De pie —ordenó Damen—, como los hombres que os creéis que sois.

Estaba enfadado. Los hombres, que se estaban levantando, tal vez no lo percibían. No identificaban el lento caminar con el que se acercaba a ellos, ni el tono tranquilo con el que hablaba.

—A ver —empezó—, ¿qué hacéis aquí?

—Practicar para el okton —respondió una voz.

Damen les echó un vistazo, pero no dio con el que había hablado. Quienquiera que hubiese contestado había palidecido, pues todos estaban blancos y se los veía nerviosos.

Llevaban los cinturones dentados que los señalaban como hombres de Makedon: una muesca por cada muerte. Incluso cabía la posibilidad de que esperasen obtener la aprobación de su general por lo que habían hecho. A juzgar por su actitud, estaban inquietos y expectantes, como si no estuvieran seguros de la reacción de su rey y albergasen cierta esperanza de ser elogiados e irse de rositas.

—No habléis más —ordenó Damen.

Se acercó al chico. La manga de su camisa estaba prendida al árbol mediante una lanza. Le salía sangre de la cabeza allí donde una segunda lo había rozado. Damen vio que los ojos del muchacho se ensombrecían de terror a medida que se acercaba; la ira lo quemaba como ácido en las venas. Con una mano, aferró la lanza que estaba entre las piernas del joven y la sacó. A continuación, hizo lo propio con la que tenía cerca de la cabeza y con la que le sujetaba la manga de la camisa. Tuvo que desenvainar su espada para cortar las cuerdas que lo ataban y, con el ruido del metal, la respiración del muchacho se volvió audible y extraña.

El joven estaba muy magullado y se desplomó en cuanto estuvo desatado. Damen lo bajó al suelo. No solo lo habían usado para practicar el tiro al blanco. No solo le habían dado una paliza. Le habían puesto un brazalete de

hierro en la muñeca izquierda, igual al brazalete de oro que llevaba él, igual al brazalete de oro que rodeaba la muñeca de Laurent. A Damen se le revolvió el estómago cuando supo con exactitud qué le habían hecho a aquel joven y por qué.

El chico no hablaba akielense. No tenía ni idea de lo que ocurría ni de que estaba a salvo. Damen comenzó a hablarle en vereciano, despacio, con palabras tranquilizadoras, y tras un momento, los ojos vidriosos del joven lo miraron fijamente y parecían entenderlo.

—Decidle al príncipe que no contraataqué —le suplicó el chico.

Damen se volvió y dijo con voz firme a uno de los hombres:

—Trae a Makedon. Ya.

El hombre se fue. Los otros cuatro se quedaron en su sitio mientras Damen se apoyaba en una rodilla y volvía a dirigirse al chico tirado en el suelo. En voz baja y suave, Damen le siguió hablando. Los otros hombres no miraban porque su rango era demasiado bajo como para mirar a un rey a la cara. Apartaron la vista.

Makedon no acudió solo. Dos docenas de sus hombres llegaron con él. Luego, se presentó Nikandros, con otras dos docenas de sus hombres. Acto seguido, una marea de portadores de antorchas iluminaron el claro con luces anaranjadas y llamas danzarinas. La expresión sombría que exhibía Nikandros dejaba a las claras que había ido porque Makedon y sus hombres podrían necesitar a alguien que hiciera de contrapeso.

—Tus soldados han roto la paz —dijo Damen.

—Serán ejecutados —convino Makedon tras echarle un rápido vistazo al chico vereciano, cubierto de sangre—. Han mancillado el cinturón.

Estaba siendo sincero. A Makedon no le gustaban los verecianos. No le gustaba que sus hombres se deshonraran a sí mismos ante ellos. El general no quería ver ni el menor indicio de superioridad moral vereciana. Damen lo percibía, al igual que notaba que Makedon culpaba a los verecianos del ataque, del comportamiento de sus hombres y de que lo hubiesen llamado para rendir cuentas ante su rey.

La luz naranja de las antorchas era implacable. Dos de los cinco hombres forcejearon y se los sacó inconscientes del claro. A los demás se los ató juntos con trozos de la cuerda resistente y fibrosa con la que habían anudado al chico vereciano.

—Lleva al joven a nuestro campamento —le ordenó Damen a Nikandros, porque sabía exactamente lo que ocurriría si los soldados akielenses

devolvían al muchacho a los verecianos—. Que alguien traiga a Paschal, el médico vereciano. Y cuéntale al príncipe de Vere lo que ha ocurrido.

Su amigo asintió bruscamente en señal de obediencia y se marchó con el muchacho y parte de las antorchas.

—Los demás podéis retiraros. Tú no —dijo Damen.

La luz se desvaneció y el sonido se fue perdiendo entre los árboles hasta que se quedó a solas con Makedon mientras corría una brisa nocturna en el claro.

—Makedon del norte —dijo Damen—. Eras amigo de mi padre. Luchaste con él durante casi veinte años. Eso significa mucho para mí. Respeto la lealtad que le profesabas, como respeto tu poder y necesito a tus hombres. Pero si tus soldados vuelven a hacer daño a los verecianos, te las verás con la punta de mi espada.

—Eminencia —contestó Makedon, con la cabeza inclinada para que no se le vieran los ojos.

—Te encuentras en una delicada situación con Makedon —comentó Nikandros cuando regresó al campamento.

—Él se encuentra en una delicada situación conmigo —repuso Damen.

—Es tradicionalista y te considera su legítimo rey, pero solo dejará que lo presiones hasta cierto punto.

—No soy yo quien presiona.

No se retiró. Se encaminó a la tienda del campamento donde el joven vereciano estaba siendo atendido. Echó también a los guardias que había allí apostados y aguardó fuera a que saliese el médico.

Por la noche el campamento estaba tranquilo y a oscuras, pero aquella tienda se caracterizaba por tener una antorcha encendida en el exterior, y se veían las luces del campamento vereciano al oeste. Era consciente de la singularidad de su presencia —un rey que esperaba fuera de una tienda como un perro a su amo—, pero se acercó rápidamente a Paschal en cuanto salió de la tienda.

—Majestad —lo saludó el galeno, sorprendido.

—¿Cómo está? —dijo para romper el extraño silencio a un Paschal iluminado por las antorchas.

—Tiene contusiones, una costilla rota… —enumeró—. Ha sufrido una conmoción.

—No, me refería a…

Calló. Al cabo de un buen rato, Paschal contestó, despacio:

—Está bien. El corte del cuchillo fue limpio. Ha perdido mucha sangre, pero no le quedarán secuelas. Se recuperará enseguida.

—Gracias —dijo Damen. Y añadió—: No espero… —Se detuvo—. Sé que he traicionado tu confianza y que te mentí sobre quién era. No espero que me perdones.

Sus palabras eran incongruentes y hablaba con torpeza. Se sentía raro y jadeaba.

—¿Podrá montar mañana? —preguntó.

—¿Para ir a Marlas, decís? —inquirió Paschal.

Hubo una pausa.

—Todos hacemos lo que tenemos que hacer —aseveró Paschal.

Damen no dijo nada. El médico prosiguió momentos más tarde.

—Vos también debéis prepararos. Solo podréis enfrentaros a los planes del regente en lo más profundo de Akielos.

Una fresca brisa nocturna le acarició la piel.

—Guion asegura que no sabe lo que el regente planea hacer en Akielos.

Los ojos marrones de Paschal lo miraron de hito en hito.

—Todos los verecianos saben lo que se propone hacer en Akielos.

—¿Qué?

—Reinar —sentenció Paschal.

Capítulo siete

LA PRIMERA COALICIÓN MILITAR entre Vere y Akielos partió de Fortaine por la mañana, después de que ejecutasen a los hombres de Makedon. Hubo muy pocos contratiempos y la moral de los soldados se vio reforzada gracias a las ejecuciones públicas.

Aunque no fue el caso de Makedon. Damen observó al general revolverse en la silla y, luego, tirar con fuerza de las riendas. Sus hombres formaban una hilera de capas rojas que se extendían a lo largo de la mitad de la línea.

Sonaron los cuernos. Se alzaron los estandartes. Los heraldos ocuparon sus puestos. El emisario akielense se situó a la derecha, el vereciano a la izquierda, y procuraron que sus estandartes estuviesen a la misma altura. El heraldo vereciano se llamaba Hendric y tenía unos brazos muy fuertes, pues los estandartes pesaban.

Damen y Laurent cabalgaban el uno al lado del otro. Ninguno montaba el mejor caballo. Ninguno llevaba la armadura más cara. Damen era más alto, pero, como había apuntado Hendric con una expresión inescrutable, no se podía hacer nada al respecto. Damen descubrió que Hendric tenía algo en común con Laurent: no era fácil saber cuándo bromeaba.

Condujo su caballo al lado de el del príncipe vereciano, a la cabeza de la fila. Era un símbolo de su unidad; el príncipe y el rey montaban juntos, como amigos. No apartaba la vista del camino.

—En Marlas, dormiremos en habitaciones contiguas —le informó Damen —. Así lo exige el protocolo.

—Por supuesto —aceptó Laurent. Tampoco le quitaba ojo al camino.

Laurent no daba señales de dolor y estaba sentado con la espalda recta, como si no le hubiera pasado nada en el hombro. Se mostró agradable con los generales e incluso mantuvo una amena conversación con Nikandros cuando este le habló.

—Espero que el joven herido os fuese devuelto sin incidentes.

—Gracias, regresó con Paschal —dijo Laurent.

«¿A por un ungüento?», estuvo a punto de soltar Damen, pero se calló.

Marlas estaba a un día de camino y avanzaban a buen ritmo. Los ruidos llenaban el aire. Los soldados y los batidores iban delante, mientras que los sirvientes y los esclavos iban a la zaga. Unos pájaros alzaron el vuelo y un rebaño de cabras huyó despavorido ladera abajo cuando pasaron por su lado.

Por la tarde llegaron al pequeño puesto de mando del que se encargaban los soldados de Nikandros y que supervisaba una torre de señal akielense. Lo atravesaron.

El paisaje al otro lado no parecía distinto: fértiles campos de hierba, verdes tras una primavera de lluvias abundantes, erosionado en los acantilados por los que pasaban. Instantes después sonaron los cuernos, triunfantes y desoladores al mismo tiempo; el cielo y el vasto paisaje abierto que los rodeaba amortiguaron el sonido.

—Bienvenido a casa —dijo Nikandros.

Akielos. Tomó una bocanada de aire akielense. Durante los meses que había estado cautivo, pensaba en ese momento. No pudo evitar mirar a Laurent, a su lado; mantenía una actitud y un semblante relajados.

Atravesaban la primera aldea. Cerca de la frontera, las grandes granjas tenían muros de piedra rudimentarios por fuera, y algunas se asemejaban a fortalezas improvisadas, con puestos de observación o sistemas de defensa de comprobada eficacia. No les sorprendería que desfilase el ejército, y Damen estaba preparado para las diferentes reacciones de sus compatriotas.

Había olvidado que solo hacía seis años que Delpha había pasado a ser una provincia akielense y, que antes de eso, durante toda su vida, estos hombres y mujeres habían sido ciudadanos de Vere.

Los rostros mudos de hombres, mujeres y niños se apiñaban en las puertas y bajo los toldos mientras el ejército marchaba por sus tierras.

Atenazados por el miedo, habían salido de sus hogares para contemplar los primeros estandartes verecianos que se izaban en aquel territorio en seis años. Uno había fabricado una estrella tosca con palos. Una niña la sostenía en alto; un reflejo de lo que veía.

«El estandarte de la estrella significa algo aquí, en la frontera», había dicho Laurent en una ocasión.

El príncipe vereciano guardaba silencio, cabalgaba erguido a la cabeza de la fila. No reconocía a su pueblo, con su lengua, sus costumbres y sus lealtades verecianas y su humilde vida en la frontera. Viajaba con un ejército de akielenses, que eran quienes tenían el pleno dominio de la provincia. Mantenía la vista al frente; Damen hacía lo propio, al tiempo que sentía la eterna presión de su destino a cada paso que daba.

Recordaba con exactitud qué aspecto tenía, de ahí que no lo reconociese en un principio: la montaña de lanzas partidas había desaparecido y no había surcos en la tierra, ni hombres bocabajo sobre el barro.

Marlas era ahora una ladera de hierba y flores silvestres que se mecían de un lado a otro con la suave brisa. En verano hacía mucho viento y un calor agradable. Por todas partes se oía a los insectos zumbar; era un sonido soporífero. Una libélula se zambulló en el aire a toda velocidad. Los caballos vadearon la hierba alta. Se incorporaron al vasto sendero al tiempo que el sol moteaba su camino.

A medida que la columna de hombres atravesaba los campos, Damen buscó algún vestigio de lo que había acontecido. Ni rastro. Nadie hizo comentarios al respecto. Nadie dijo: «Fue aquí». Empeoró conforme se acercaban, como si la única prueba de que se había librado una batalla allí fuese la sensación que anidaba en su pecho.

Y, entonces, el fuerte emergió en el horizonte.

Marlas siempre había gozado de esplendor. Era una fortaleza vereciana de categoría. Sus almenas y murallas eran altas. La elegancia de sus arcos dominaba los verdes campos.

Aún se veía, desde la distancia. Era una excelente muestra de la arquitectura vereciana. Prometía un interior de altas galerías abiertas, con figuras talladas, filigranas doradas y azulejos decorativos.

De repente, Damen recordó el día de las ceremonias de la victoria, los tapices desgarrados, las banderas acuchilladas…

Los akielenses se apiñaban alrededor de las puertas, los hombres y las mujeres se esforzaban por echar un vistazo a su rey, que había regresado. Los soldados akielenses llenaron el patio interior; sus estandartes colgaban de todos los miradores, leones dorados sobre un fondo rojo.

Damen observó el patio. Los parapetos se habían reformado. La mampostería se había cortado. La misma piedra se había retirado para ser usada en nuevas construcciones, sus espléndidos tejados y torres se habían nivelado al estilo akielense.

Damen se dijo que él pensaba que la ornamentación vereciana era un desperdicio. En Arles, sus ojos habían rogado por alivio; había deseado diariamente un tramo de pared lisa. Todo lo que veía ahora era el piso vacío con sus baldosas levantadas, el techo en ruinas, la desnuda piedra, despojada dolorosamente.

Laurent bajó de su caballo y dio las gracias a Nikandros por la bienvenida. Pasó por delante de las filas de soldados akielenses, en impecable formación.

En el interior, los jefes de la fortaleza se reunieron, emocionados y orgullosos, por encontrarse y servir a su rey. Damen y Laurent se presentaron de forma conjunta a los oficiales del hogar que los servirían durante su estancia allí. Se movieron desde el primer grupo de habitaciones hasta el segundo, doblaron la esquina y entraron en la sala de observación.

Había dos docenas de esclavos.

Estaban dispuestos en dos filas, postrados, con la frente en el suelo. Todos eran varones, de edades comprendidas quizá entre los diecinueve hasta los veinticinco años, con diferentes aspectos y diferentes colores. Sus ojos y labios resaltaban gracias a la pintura. Junto a ellos, se encontraba el guardián de los esclavos, esperando.

Nikandros frunció el ceño.

—El rey ya ha dejado clara su preferencia por no tener ningún esclavo.

—Estos esclavos se proporcionan para uso del huésped de nuestro rey, el príncipe de Vere.

Kolnas, el guardián de los esclavos, se inclinó respetuosamente.

Laurent caminó hacia delante.

—Me gusta aquel —dijo.

Los esclavos estaban vestidos al estilo norteño, con ligeras sedas vaporosas que se enrollaban a través de la anilla que llevaban al cuello y cubrían muy poco. Laurent señaló al tercer esclavo de la izquierda, una oscura cabeza inclinada.

—Excelente decisión —dijo Kolnas—. Isander, un paso adelante.

Isander tenía la piel olivácea y era ágil como un cervatillo, con el pelo y los ojos oscuros: el típico akielense. Tenía eso en común con Nikandros… Y con Damen. Era más joven que él, tendría diecinueve o veinte años. Un varón, ya fuera por deferencia a las costumbres verecianas o para acomodarse a las preferencias que se le asumían a Laurent. Se parecía al mejor esclavo de Nikandros, pensó Damen. Era raro que se lo entregaran a los invitados. No, era nuevo; no había estado en ninguna cama. Nikandros nunca le ofrecería a la realeza menos que la primera noche de un esclavo.

Damen frunció el ceño. Isander se había ruborizado profundamente por el honor de ser elegido. Irradiaba timidez. Se levantó y, luego, se arrodilló a una distancia de un cuerpo frente a los demás, ofreciéndose con toda la elegancia y la gracia de un esclavo de palacio, demasiado bien entrenado como para colocarse de forma pretenciosa delante de Laurent.

—Vamos a prepararlo y os lo traeremos al ocaso para su primera noche —informó Kolnas.

—¿Su primera noche? —inquirió Laurent.

—Los esclavos son entrenados en las artes del placer, pero no se acuestan con nadie hasta su primera noche —contestó Kolnas—. Aquí se emplea el mismo entrenamiento estricto y clásico que se utiliza en el palacio real. Las habilidades se adquieren a través de la instrucción y se practican a través de métodos indirectos. El esclavo permanece completamente intacto, se mantiene puro para el primer uso de Su Alteza.

Laurent miró a Damen a los ojos.

—Nunca aprendí a dirigir a un esclavo de cama —dijo Laurent—. Enséñame.

—No hablan vereciano, alteza —explicó Kolnas—. En el idioma akielense, utilizar la forma normal de tratamiento es adecuado. Dirigir cualquier acto de servicio es honrar a un esclavo. Cuanto más personal es el servicio, mayor es el honor.

—¿De veras? Ven —añadió el príncipe.

Isander se levantó por segunda vez, con un leve temblor en el cuerpo, mientras se colocaba tan cerca como podía antes de bajar de nuevo al suelo, con las mejillas teñidas de un color rojo brillante. Parecía un poco aturdido por la atención. Laurent le acercó la punta de la bota.

—Bésala —ordenó. No le quitaba los ojos de encima a Damen.

Tenía la bota hermosamente girada y las ropas impecables a pesar del largo viaje. Isander le besó la punta del dedo del pie; luego el tobillo. Damen pensó que ahí es donde su piel quedaría expuesta si hubiese llevado sandalias. Entonces, en un momento de indescriptible osadía, Isander se inclinó y frotó la mejilla contra el cuero de la bota en la pantorrilla de Laurent, un signo de intimidad excepcional y de su deseo de agradar.

—Buen chico —dijo Laurent, inclinándose para acariciar los rizos oscuros de Isander, mientras al joven se le cerraban los ojos y volvía a sonrojarse.

Kolnas se pavoneó, satisfecho de que su selección fuera apreciada. Damen vio que la gente de la fortaleza a su alrededor también se mostraba complacida después de haber hecho todo lo posible para que Laurent se sintiera bienvenido. Ellos habían considerado con intensa atención la cultura y las prácticas verecianas. Todos los esclavos eran increíblemente atractivos, y todos eran varones, por lo que el príncipe podría utilizarlos en la cama sin desdeñar las costumbres verecianas.

Era inútil. Había dos docenas de esclavos, mientras que el número de veces que Laurent había mantenido relaciones sexuales en su vida probablemente podía contarse con los dedos de una mano. Laurent se iba a

limitar a meter a veinticuatro jóvenes en sus aposentos para sentarse sin hacer nada. Ni siquiera serían capaces de desatar su atuendo vereciano.

—¿Puede también servirme en los baños? —preguntó el príncipe.

—Y en el banquete de los abanderados de esta noche cuando presten juramento, si os place, alteza —contestó Kolnas.

—Me place —convino Laurent.

Se suponía que debía sentirse diferente por haber vuelto a casa.

Sus escuderos lo envolvieron en las vestimentas tradicionales. Una tela enrollada alrededor de la cintura y por encima del hombro, el tipo de atuendo ceremonial akielense que podía quitarse tomando un extremo y girando. Llevaron sandalias para sus pies y el laurel para su cabeza, y realizaron los movimientos rituales en silencio mientras él permanecía inmóvil. No era apropiado que hablaran ni miraran a su persona.

«Eminencia». Notaba que estaban incómodos, su necesidad de degradarse; ese tipo de cercanía a la realeza permitía únicamente la sumisión extrema por parte de los esclavos.

Despachó a sus siervos, igual que había hecho con los del campamento, y después permaneció en el silencio de su habitación, esperando a sus escuderos.

Sabía que Laurent se alojaba en la habitación contigua, separada de él por una sola pared. Damen estaba en los aposentos del rey, habitación que ordenaba construir cualquier lord en posesión de un fuerte con la esperanza de que el monarca hiciese un alto en el camino allí. Pero ni siquiera el más optimista de los antiguos señores de Marlas habría podido imaginar que los cabezas de dos familias reales los visitarían al mismo tiempo. Para preservar sus arreglos de escrupulosa igualdad, Laurent se alojaba en los aposentos de la reina, tras la pared.

Isander probablemente estaba atendiéndolo, haciendo su mejor esfuerzo con las cintas. Tendría que desatar los cordones de la nuca de su traje de equitación de cuero antes de sacarlos a través de los ojales. O quizá Laurent había tomado a Isander en los baños, donde lo habría desnudado. Isander se ruborizaría de orgullo por haber sido elegido para la tarea. «Atiéndeme». Damen apretó los puños.

Devolvió su mente a los asuntos políticos. Ahora Laurent y él podrían reunirse con los líderes de las provincias más pequeñas del norte en la sala, donde habría vino y manjares, y los abanderados de Nikandros entrarían, uno a uno, a prestar juramento y engrosar las filas de su ejército.

Cuando le colocaron en su sitio la última hoja de laurel y la última pieza de tela quedó enrollada en su lugar, Damen se dirigió con sus escuderos hacia la sala.

Hombres y mujeres se reclinaban en divanes, en medio de mesas bajas dispersas o en bancos bajos y acolchados. Makedon se inclinó y tomó una rodaja de naranja pelada. Pallas, el apuesto campeón oficial, se reclinaba en una sencilla postura que dejaba a la vista su sangre aristocrática. Straton se había subido la falda y había extendido las piernas sobre el diván, cruzadas por los tobillos. Todo aquel que por su rango u oficio tenía derecho a estar allí estaba formado y, con cada norteño de pie reunido para prestar juramento, la sala estaba llena.

Los verecianos presentes estaban en su mayoría erguidos, detenidos de forma incómoda en pequeños grupos, y uno o dos se reclinaban cautelosamente en el borde de un asiento.

La sala estaba repleta de esclavos.

Los siervos, ataviados con faldas de tela, transportaban manjares en pequeños platos. Abanicaban a los huéspedes akielenses reclinados con las hojas de palma tejidas. Un esclavo varón llenó una copa de vino no muy profunda para un noble akielense. Un esclavo ofreció una pila de agua de rosas y una mujer akielense sumergió los dedos sin mirar ni siquiera al siervo. Oyó las cuerdas punteadas de una cítara y vislumbró los medidos pasos de baile de un esclavo, solo por un momento, antes de atravesar las puertas.

Cuando Damen entró, la sala se sumió en el silencio.

No se oyó la floritura de ningún clarín ni el anuncio de un heraldo, tal y como habría sucedido en Vere. En cuanto puso un pie dentro, todos se postraron. Los huéspedes se levantaron de sus lechos para luego arrodillarse, con la frente en la piedra. Los esclavos se inclinaron hasta formar ángulos de noventa grados. En Akielos, los reyes no elevaban su estatus. Eran los demás quienes tenían que arrodillarse.

Laurent no se levantó. No estaba obligado a hacerlo. Se limitó a observar desde su diván mientras toda la sala se postraba. Había cultivado una elegante postura desgarbada; su brazo cubría el respaldo de su asiento y su pierna sobresalía, revelando el arco de un muslo exquisitamente cubierto. Sus dedos oscilaban en el aire y la seda arrugada le rodeaba la rodilla.

Isander estaba postrado, a escasos centímetros de los casualmente tapados dedos de Laurent, con su esbelto cuerpo desnudo. Llevaba una ligera prenda de vestir como la tela de un hombre vaskiano. El collar le encajaba como una

segunda piel. Laurent se sentó relajado, cada línea de su cuerpo arreglado con buen gusto en el sillón.

Damen se obligó a caminar hacia delante a través del silencio. Sus divanes idénticos estaban juntos.

—Hermano —lo saludó Laurent gratamente.

Los ojos de todos los presentes en la sala estaban fijos en él. Sentía sus miradas, su insatisfecha curiosidad. Oyó los murmullos —«Es realmente él, Damianos. Está vivo»—, acompañados por las miradas descaradas, que lo observaban y contemplaban el brazalete de oro en su muñeca y a Laurent, con sus ropas verecianas, un ornamento exótico. «Así que ese es el príncipe de Vere». Y bajo esas palabras se ocultaba un rumor que nunca se pronunció en voz alta.

Laurent se mostraba escrupulosamente correcto a simple vista; su impecable comportamiento, incluso su uso del esclavo, constituía un acto de etiqueta irreprochable. En Akielos, a los anfitriones les agradaba que un invitado aprovechara su hospitalidad. Y a los akielenses les gustaba que su familia real tuviera esclavos: era un signo de virilidad y poder, y una causa de gran orgullo.

Damen se sentó. Era demasiado consciente de que Laurent estaba junto a él. Desde donde se encontraba, veía la totalidad de la sala; un mar de cabezas inclinadas. Hizo un gesto e indicó que todo el mundo en la sala debía levantarse. Vio a Barieus de Mesos, el primero de los abanderados después de Makedon, un hombre de unos cuarenta años con el pelo oscuro y una barba cortada al ras. También a Arato de Charon, que había llegado a Marlas con seiscientos hombres. Euandros de Itys, junto a un grupito de arqueros, se encontraba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho al fondo de la sala.

—Abanderados de Delpha. A estas alturas ya tenéis pruebas de que Kastor mató al rey, nuestro padre. Sabéis que se ha aliado con el usurpador, el regente de Vere. Ahora, el regente tiene tropas apostadas en Ios, listas para hacerse con Akielos. Esta noche, apelamos a vuestro juramento de uniros a nosotros y a nuestro aliado, Laurent de Vere, para luchar contra ellos.

Se hizo una pausa incómoda. Makedon y Straton se habían comprometido a apoyarlo en Ravenel, pero eso había sido antes de que Damen se aliara con Laurent. Se les pedía a estos hombres que aceptaran a Laurent y a Vere a primera vista, cuando solo una generación los separaba de la guerra.

Barieus dio un paso adelante.

—Quiero garantías de que Vere no tendrá demasiada influencia sobre Akielos.

«Demasiada influencia».

—Habla claro.

—Dicen que el príncipe de Vere es vuestro amante.

Silencio. Nadie se habría atrevido a hablar de esa manera en la corte de su padre. Su odio hacia Vere, hacia su propia posición, nuevamente precaria, era una señal de la volatilidad de los jefes militares. La pregunta generó ira.

—No es de tu incumbencia con quién nos acostamos.

—Si nuestro rey se acuesta con un vereciano, sí —replicó Barieus.

—¿Les digo lo que pasó entre nosotros? Quieren saberlo —intervino Laurent.

El príncipe comenzó a desatarse el puño de la manga y sacó los cordones a través de los ojales. Luego, abrió el tejido para exponer el fino dorso de su muñeca y el inconfundible brazalete de oro de los esclavos.

Damen sintió el murmullo de asombro que recorrió la sala, percibió su trasfondo lascivo. Oír que el príncipe de Vere llevaba un brazalete de esclavo akielense era distinto a verlo. Se produjo una terrible conmoción. El brazalete de oro era un símbolo de la propiedad de la familia real akielense.

Laurent apoyó la muñeca elegantemente en el brazo curvo del diván; la manga abierta recordaba a Damen un delicado cuello de camisa abierto, con los cordones desatados.

—A ver si he entendido la pregunta —dijo Laurent en akielense—. ¿Estás preguntando si me he acostado con el hombre que mató a mi hermano?

Laurent vestía el brazalete de esclavo con total indiferencia. El príncipe vereciano no tenía dueño; la arrogancia aristocrática de su postura así lo reflejaba. Laurent siempre había tenido una cualidad esencial: era intocable. Cultivaba una gracia intachable en el diván, con su perfil cincelado y las rendijas de mármol que tenía por ojos, como si fuera una estatua. Era inconcebible pensar que dejaría que alguien se acostase con él.

—Hay que ser frío como el hielo para acostarte con el asesino de tu hermano —dijo Barieus.

—Ahí tienes tu respuesta —contestó Laurent.

Hubo un silencio durante el que Laurent le sostuvo la mirada a Barieus.

—Sí, eminencia.

Barieus inclinó la cabeza e, inconscientemente, empleó el akielense «eminencia», en lugar de los títulos verecianos «alteza» o «majestad».

—¿Y bien, Barieus? —preguntó Damen.

El hombre se arrodilló a dos pasos del estrado.

—Prestaré juramento. Veo que el príncipe de Vere está de vuestro lado. Es correcto que os juremos lealtad aquí, en el lugar de vuestra mayor victoria.

Cuando la jura finalizó, dio las gracias a los abanderados. Entonces llegó la comida, que marcó el final del acto y el comienzo del festín, e hizo gala de su satisfacción.

Los esclavos llevaron la comida. Los escuderos sirvieron a Damen, pues había dejado claras sus preferencias. Era un extraño arreglo que disgustó a todos los que estaban en la sala.

Isander sirvió a Laurent. El joven estaba completamente enamorado de su amo. Se esforzaba sin cesar por hacerlo bien, seleccionando cada manjar para que Laurent degustara. Solo le llevaba lo mejor, en platos pequeños y poco profundos, y rellenaba el aguamanil para que Laurent se limpiara los dedos. Lo hizo todo a la perfección; era discreto, atento y nunca llamaba la atención hacia sí mismo.

Pero sus pestañas sí llamaban la atención. Damen se obligó a mirar a otra parte.

Dos esclavos estaban tomando posición en el centro de la sala. Uno llevaba una cítara y el otro estaba junto a él; un esclavo mayor, elegido por su habilidad para recitar.

—Tocad *La caída de Inachtos* —dijo Laurent, y un murmullo de aprobación recorrió la sala.

Kolnas, el guardián de los esclavos, felicitó al príncipe vereciano por su conocimiento de las epopeyas akielenses.

—Es una de tus favoritas, ¿verdad? —comentó Laurent, mirando a Damen.

En efecto. La había pedido en innumerables ocasiones, en noches como esa, en los salones de mármol de su casa. Siempre le había gustado escuchar la descripción de akielenses reduciendo a sus enemigos, mientras Nisos se disponía a matar a Inachtos y a tomar su ciudad amurallada. No quería oírla en ese momento.

Separado de sus hermanos,
Inachtos golpea sin fuerza a Nisos.
Allí donde un millar de espadas
han fracasado, Nisos levanta una.

Las conmovedoras notas de la canción de batalla provocaron una explosión de gran aprobación entre los abanderados. El respeto que sentían hacia Laurent crecía con cada estrofa. Damen agarró una copa de vino. La encontró vacía. Marcada.

Llegó el vino. En cuanto alzó la copa, vio que Jord se acercaba al lugar donde Guion estaba sentado con su esposa, Loyse, a la izquierda de Damen. Era a Loyse y no a Guion a quien Jord se acercaba. La mujer le lanzó una mirada rápida.

—¿Sí?

Se hizo una pausa incómoda.

—Solo quiero deciros… que lamento vuestra pérdida. Vuestro hijo era un buen luchador.

—Gracias, soldado.

Loyse le dispensó la mínima atención que una dama brindaría a un criado y retomó la conversación con su esposo.

Antes de que se diera cuenta, Damen había levantado la mano y convocado a Jord cuando este hubo terminado. Al acercarse al estrado, Jord hizo las tres reverencias con tan poca gracia como un hombre que estrena armadura.

—Tienes buen olfato —soltó Damen.

Era la primera vez que hablaba con él desde la batalla de Charcy. Sentía lo diferente que era la ocasión con respecto a las noches en las que se habían sentado alrededor de una hoguera a compartir historias. Sentía lo diferente que era todo. Jord lo miró durante un largo rato y, luego, señaló a Laurent con la barbilla.

—Me alegro de que seáis amigos —dijo Jord.

La luz era muy brillante. Apuró la copa de vino.

—Pensé que cuando se enterara de quién eras, juraría venganza —añadió Jord.

—Lo sabía desde el principio —dijo Damen.

—Está bien que confiéis el uno en el otro. Creo que antes de que llegaras no confiaba en nadie.

—Es cierto.

La risa se intensificó mientras se extendía en ráfagas por la sala. Isander le traía a Laurent un racimo de uvas en un platito. El príncipe le dijo algo en señal de aprobación y le indicó que se uniera a él en el diván. Isander resplandecía, atontado y tímido. Bajo la atenta mirada de Damen, el muchacho escogió una sola uva del racimo y se la llevó a Laurent a los labios.

El príncipe se inclinó. Enroscó un dedo en uno de los rizos de Isander y permitió que lo alimentara, uva a uva; un príncipe con un nuevo favorito. Al otro lado del pasillo, Damen vio que Straton tocaba el hombro del esclavo que

lo servía, una señal de que deseaba retirarse discretamente y disfrutar de las atenciones de su siervo en privado.

Alzó el vino sin pensar. La copa estaba vacía. Straton no era el único akielense que se marchaba con un esclavo; hombres y mujeres de toda la sala aprovechaban la ocasión. El vino y los esclavos que representaban la batalla estaban haciendo desaparecer todas las inhibiciones. Las voces akielenses sonaban con fuerza, envalentonadas por el vino.

Laurent se inclinó todavía más para susurrarle algo íntimamente al oído a Isander y, luego, cuando la recitación alcanzó su punto culminante, un choque de espadas como el martilleo de su pecho, Damen vio que Laurent le tocaba el hombro a Isander y se levantaba.

Recordó las palabras de Torveld: «Apuesto a que nunca pensaste que un príncipe podría sentir celos de un esclavo. En este momento me cambiaría por ti al instante».

—Perdón.

La corte entera se puso en pie mientras él se levantaba de su trono en forma de diván. Trató de seguir a Laurent y se quedó atrapado en la ceremonia. La sala era una estancia sofocante llena de cuerpos y ruido, y mientras una cabeza rubia desaparecía por la puerta, él era detenido por un grupo tras otro que le impedían el paso. Debería haber tenido una esclava consigo; la multitud se habría desvanecido al entender que el rey deseaba intimidad.

Salió a grandes zancadas y enfiló el pasillo, que estaba desierto. El corazón le latía con fuerza. Dobló la primera esquina y fue a parar a un tramo del pasaje. Esperaba captar la figura de Laurent retirándose. En su lugar, se encontró con una bóveda austera, desnuda y desprovista de su celosía vereciana.

Bajo ella se encontraba Isander, de pie con sus ojos de corderito; parecía confundido y abandonado.

Su confusión era tal que por un momento se quedó mirando a Damen con los ojos desorbitados antes de que pareciera entender lo que sucedía y se postrara en el suelo, con la frente sobre la piedra.

—¿Dónde está? —preguntó Damen.

Isander estaba bien entrenado, aunque esa noche las cosas no hubiesen ido como esperaba; aunque se le pidiese informar de ese hecho a su rey, por muy mortificante que fuera.

—Su Alteza de Vere ha ido a dar un paseo.

—¿Un paseo adónde?

—Puede que un adiestrador en el establo conozca su destino. Este esclavo puede ir a preguntar.

Un paseo, de noche, solo, tras abandonar un banquete en su honor.

—No —contestó Damen—. Ya sé dónde está.

Por la noche, nada era igual, sino un paisaje de recuerdos. De vieja piedra y antigua roca colgante, de reinos caídos.

Damen salió del castillo y cabalgó hacia el campo que él recordaba, donde diez mil hombres akielenses se habían enfrentado al ejército vereciano. Guio a su caballo con cuidado por la parte en la que el suelo hacía bajada y se ampliaba. Losas de piedra, un tramo de escaleras; esparcidos por Marlas se hallaban los restos de algo más antiguo; más antiguo que la batalla, un testigo mudo de arcos rotos y caídos, paredes cubiertas de musgo.

Se acordó de los bloques de piedra que pertenecían en parte a la tierra; se acordó de la forma en que los frentes habían tenido que vadear y dividirse en torno a ellos. Precedían a la batalla, y precedían a Marlas; eran los restos de un imperio caído hacía mucho tiempo. Eran una estrella polar para sus recuerdos, una señal del pasado en un campo que podría haberlo borrado todo.

Estaba más cerca. Aproximarse era complicado porque sus recuerdos eran afilados. Aquel era el lugar donde su flanco izquierdo había caído. Aquel era el lugar donde había ordenado a los hombres atacar a las filas que no hubieran caído, al estandarte con la estrella que no hubiera flaqueado. Aquel era el lugar donde había matado al último miembro de la Guardia del Príncipe y se había encontrado cara a cara con Auguste.

Desmontó y ató las riendas del caballo a la columna de piedra agrietada de un pilar con mucha vegetación. El paisaje era viejo, al igual que las piedras; y se acordó del paisaje, se acordó de la tierra dividida y la desesperación de la lucha.

Salvando un último saliente de piedra, vio la curva de un hombro a la luz de la luna, una holgada camisa blanca, sin sus capas exteriores, unas muñecas y un cuello al aire. Laurent estaba sentado en un promontorio de piedra. Se había quitado la chaqueta, algo raro en él. Estaba sentado encima.

Una piedra se deslizó bajo su talón. El príncipe se volvió. Por un momento, Laurent lo observó con los ojos abiertos, juveniles, y luego la expresión de su mirada cambió, como si el universo hubiera cumplido una promesa ineludible.

—Estupendo —dijo.

—Pensé que quizá querrías…

—¿Querría?

—Un amigo —añadió Damen. Utilizó la palabra que había empleado Jord. Sentía una opresión en el pecho—. Si prefieres que me vaya, lo haré.

—¿A qué vienen tantos reparos? —dijo Laurent—. Vamos a follar.

Lo dijo con la camisa desatada, el viento la sacudía. Se miraron.

—Eso no es lo que quería decir.

—Puede que no sea lo que querías decir, pero es lo que quieres —dijo Laurent—. Quieres follarme.

Cualquier otro que hubiese dicho aquellas palabras habría estado borracho. Laurent estaba peligrosamente sobrio. Damen recordó la sensación de la palma de su mano en el pecho, empujándolo hacia atrás en la cama.

—Has pensado en ello desde Ravenel. Desde Nesson.

Conocía ese estado de ánimo. Debió de haberlo esperado. Se obligó a decir las palabras.

—Estoy aquí porque se me ha ocurrido que tal vez querías hablar.

—Pues no mucho.

—De tu hermano.

—Nunca me tiré a mi hermano —dijo Laurent en un tono extraño—. Eso es incesto.

Estaban en el lugar donde había muerto su hermano. Damen, que se sentía desorientado, se dio cuenta de que no iban a hablar de eso, sino de lo siguiente.

—Tienes razón —contestó Damen—. He estado pensando en ello desde Ravenel. No he podido dejar de pensar en ello.

—¿Por qué? —preguntó Laurent—. ¿Tan bueno fui?

—No. La mitad del tiempo follaste como un virgen. El resto del tiempo…

—¿Como si supiera qué hacer?

—Como si supieras a lo que estabas acostumbrado.

Vio el impacto de sus palabras. Laurent se balanceaba, como si hubiera recibido un golpe.

—No estoy seguro de que me haga falta tu particular estilo de sinceridad justo en este momento.

—No me inclino por la sofisticación en la cama, por si te lo preguntas.

—Ya —dijo Laurent—. Te gusta que sea simple.

Dejó salir todo su aliento de la garganta. Se puso de pie, indefenso; no estaba preparado para esto. «¿Usarás incluso eso en mi contra?», quiso decir,

pero no lo hizo. Laurent también jadeaba, aunque su respiración se mantenía firme.

—Tuvo una muerte digna —se obligó a decir Damen—. Luchó mejor que cualquier otro hombre que haya conocido. Fue una lucha justa, y no sintió dolor. El final llegó rápido.

—¿Fue como destripar a un cerdo?

Damen sintió que se tambaleaba. A duras penas oyó el estruendo del sonido. Laurent se giró bruscamente para mirar en la oscuridad, donde el sonido sonaba con más fuerza: unos cascos de caballo tronaban cada vez más cerca.

—¿También has enviado a tus hombres a buscarme? —preguntó el vereciano con la boca torcida.

—No —negó Damen, y empujó a Laurent con fuerza para apartarlo de la vista, tras uno de los enormes bloques de piedra desmoronados.

Al cabo de un segundo, la tropa estaba encima de ellos, al menos doscientos hombres, de modo que el aire estaba cargado con el paso de los caballos. Damen presionaba a Laurent firmemente contra la roca y lo mantenía en su sitio con el cuerpo. Los jinetes no aminoraron la marcha, ni siquiera en aquel suelo inestable en la oscuridad, y cualquier hombre en su camino sería pisoteado y acabaría destrozado, pateado por las pezuñas de los animales. Descubrieron que era una amenaza real, la roca fría estaba bajo sus palmas y el golpeteo de los cascos y los letales y pesados caballos provocaban un lúgubre estremecimiento.

Notaba a Laurent contra él; la tensión apenas contenida, la adrenalina mezclada con su aversión a la cercanía, la urgencia en él de soltarse y huir, ahogado por la necesidad.

De repente, pensó en la chaqueta de Laurent, que yacía expuesta en el promontorio, y en sus caballos, amarrados a cierta distancia. Si los descubrían, los capturarían, o quizá algo peor. No sabían quiénes eran esos hombres. Clavó los dedos en la piedra y sintió el musgo y los fragmentos desmoronados debajo. Los caballos pasaron zumbando con el ímpetu de un arroyo.

Y, para entonces, ya se habían marchado. Se habían ido tan rápido como habían llegado, desapareciendo a través de los campos hacia su destino en el oeste. Los cascos de caballo se desvanecieron. Damen no se movió; sus pechos se tocaban y notaba los jadeos de Laurent en su hombro.

El vereciano lo empujó para levantarse hasta quedar de pie de espaldas a él. Respiró con dificultad.

Damen se puso en pie y apoyó la mano contra la piedra. Observó el paisaje de formas extrañas detrás de él. Laurent no se volvió de nuevo hacia él; se limitó a permanecer tranquilo. Una vez más, era una pálida figura con una fina camisa.

—Yo sé que no eres frío —dijo Damen—. No fuiste frío cuando ordenaste que me ataran al poste. No fuiste frío cuando me tiraste a la cama.

—Tenemos que irnos —contestó Laurent sin mirarlo—. No sabemos quiénes eran esos jinetes, ni cómo han conseguido burlar a nuestros exploradores.

—Laurent…

—¿Una lucha justa? —repitió Laurent, volviéndose hacia él—. No hay luchas justas. Siempre hay uno más fuerte.

Entonces, las campanas de la fortaleza comenzaron a repicar; era el sonido de una advertencia. Sus centinelas habían reaccionado tarde a la presencia de jinetes desconocidos. Laurent se inclinó para agarrar su chaqueta y se encogió para ponérsela. Los cordones le colgaban. Damen soltó las riendas de la columna de piedra y llevó a los caballos. El príncipe subió en silencio a la silla y espoleó a su caballo, y ambos cabalgaron a gran velocidad de vuelta a Marlas.

Capítulo ocho

PODRÍA HABER SIDO UNA simple intrusión. La decisión de Damen de seguir a los jinetes obligó a los hombres a cabalgar junto a él en la penumbra que precede al amanecer. Salieron de Marlas y se dirigieron al oeste a través de los extensos campos. Pero no encontraron nada hasta que llegaron al primer poblado.

Primero, percibieron el olor. Un denso y acre olor a humo que soplaba desde el sur. Las granjas más lejanas estaban desiertas y ennegrecidas por el fuego, que aún ardía en algunos lugares. Había grandes extensiones de tierra quemada que espantaban a los caballos con su alarmante calor a su paso.

Empeoró cuando entraron con los animales en la aldea. Como comandante experimentado, Damen sabía lo que sucedía cuando los soldados cabalgaban por tierras pobladas. Una vez advertidos, tanto los jóvenes como los viejos, las mujeres y los hombres, intentaban dirigirse al campo y utilizaban las colinas como refugio, junto a su mejor ganado o las provisiones que pudiesen reunir. Si no eran advertidos, quedaban a merced del líder de la tropa; el más benevolente haría que sus hombres pagaran por las provisiones que habían tomado y por las hijas e hijos con los que se habían entretenido. Al principio.

Pero debido a que aquello era diferente a la vibración que producen los cascos en la noche, sumidos en una confusión enardecedora, no tuvieron oportunidad de escapar; solo contaron con el tiempo suficiente para atrancar las puertas.

Encerrarse dentro de sus hogares era un recurso instintivo, pero no útil. Cuando los soldados prendieron fuego a las casas, tendrían que haber salido.

Damen desmontó. Sus talones pisaron la tierra ennegrecida y observó los restos que quedaban de la aldea. Laurent estaba deteniendo a su caballo detrás de él; era una pálida y delgada figura en comparación con Makedon y el resto de los akielenses que cabalgaban a la tenue luz del amanecer.

Había una sombría familiaridad en los rostros verecianos y akielenses. Breteau se encontraba en las mismas condiciones. Y Tarasis. Aquella no era la única aldea desprotegida que había quedado arrasada por un ataque.

—Envía a una partida tras los jinetes. Nosotros nos quedaremos aquí para enterrar a los muertos.

Mientras hablaba, Damen vio que un soldado liberaba a un perro de la cadena de la que tiraba. Con el ceño fruncido, observó que este atravesó a toda velocidad la aldea, se detuvo en una de las construcciones más alejadas y comenzó a rascar la puerta.

Frunció más el ceño. La edificación estaba alejada del conjunto de casas. Permanecía intacta. La curiosidad hizo que se acercara; las botas se le tiñeron de gris a causa de la ceniza. El perro emitía un gemido agudo y chirriante. Llevó la mano a la puerta de la casa y se dio cuenta de que estaba cerrada. Habían echado el pestillo por dentro.

A su espalda, una temblorosa voz infantil dijo:

—Ahí no hay nada. No entres.

Se volvió. Era una criatura de nueve años, de género indeterminado; probablemente era una niña. Pálida, había emergido de la pila de leña amontonada junto a la pared de la edificación.

—Ya que no hay nada, entremos —contestó Laurent. El príncipe se mantenía tranquilo, con su sempiterna y exasperante lógica, a medida que avanzaba a pie; a su lado se encontraban tres soldados verecianos.

—Es solo una vieja construcción —arguyó la niña.

—Mira. —Laurent se arrodilló frente a la chica y le enseñó la estrella de su anillo—. Somos amigos.

—Mis amigos están muertos —respondió la niña.

—Echad la puerta abajo —ordenó Damen.

Laurent apartó a la niña. Después de que un soldado la golpease dos veces con el hombro, la puerta cedió. Damen cambió la empuñadura de la espada por la del cuchillo y se adentró en el reducido espacio.

El perro se apresuró tras él. Dentro, había un hombre tumbado encima de la paja esparcida en el suelo sucio, con la punta de una lanza rota sobresaliéndole de la barriga y una mujer entre el hombre y la puerta, armada únicamente con el otro extremo de la lanza.

La habitación olía a sangre. El líquido rojo había empapado la paja, donde, cubierta de cenizas, el semblante del hombre mudaba a causa de la sorpresa.

—Mi señor —dijo mientras, con la lanza en la barriga, intentaba ayudarse de un brazo para ponerse en pie para su príncipe.

No miraba a Damen, sino a Laurent, que estaba en la entrada detrás de él.

Sin molestarse en echar un vistazo, Laurent gritó:

—¡Llamad a Paschal!

Entró en el rústico espacio, dejó atrás a la mujer, pero no sin antes arrebatarle el asta de la lanza de las manos y arrojarla lejos. Luego, se arrodilló en el suelo mugriento, donde el hombre se había vuelto a desplomar sobre la paja. Lo miraba fijamente; lo había reconocido.

—No pude detenerlos —se excusó el hombre.

—Túmbate —lo apremió Laurent—. El galeno está en camino.

El hombre respiró ruidosamente. Intentaba explicar que solo era un viejo criado de Marlas. Damen miró la pequeña y sencilla habitación. Aquel hombre había luchado contra jóvenes soldados a caballo para defender a los aldeanos. Tal vez era el único del lugar que había recibido algún tipo de entrenamiento, aunque, de ser así, habría sido en el pasado; era viejo. No obstante, había luchado. La mujer y su hija habían tratado de ayudarlo y esconderlo. No importaba. Esa lanza lo mataría.

Todo eso pasaba por la mente de Damen mientras se giraba. Vio el reguero de sangre. La mujer y la niña habían arrastrado al anciano hasta el interior. Pasó por encima de la sangre y se arrodilló delante de la niña, tal y como había hecho Laurent.

—¿Quién ha sido? —Ella no respondió al principio—. Te juro que lo encontraré y se lo haré pagar.

La muchacha lo miró a los ojos. Damen pensó que oiría fragmentos enturbiados por el miedo, una descripción truncada; creyó que, como mucho, lograría descubrir el color de una capa. Pero la niña pronunció el nombre con claridad, como si lo llevara grabado en el corazón.

—Damianos —contestó—. Ha sido Damianos. Dijo que era su mensaje para Kastor.

Cuando se abrió paso para salir, el paisaje había perdido el color y se le nublaba la vista.

Tenía la mano apoyada en un tronco cuando volvió en sí. Temblaba de ira. Unos soldados que gritaban su nombre habían cabalgado hasta allí en la oscuridad. Habían matado a aldeanos con sus espadas, los habían quemado vivos en sus casas; un movimiento planeado que tenía la intención de dañarlo políticamente. Se le revolvía el estómago como si estuviera enfermo. Al pensar en las tácticas de aquellos a los que se enfrentaba, sintió que en su interior crecía algo oscuro y sin nombre.

Una brisa hizo crujir las hojas. Al mirar a su alrededor, algo cegado, advirtió que se había dirigido hacia una pequeña arboleda, como si buscase

escapar de la aldea. Era un sitio lo bastante alejado de las dependencias en ruinas como para no mandar a sus hombres allí previamente, por lo que él fue el primero en verlo. Lo vio antes de que se le despejara la cabeza.

Había un cadáver cerca del límite de la arboleda.

No era el cadáver de un aldeano. Estaba bocabajo; era un hombre, despatarrado en un ángulo nada natural y con armadura. Damen se apartó con brusquedad del árbol y se acercó; el corazón le latía con furia. Ahí estaba la respuesta, un responsable. Ahí se encontraba uno de los hombres que había atacado la aldea, que se había arrastrado allí para morir sin que sus compañeros se percatasen. Damen le dio la vuelta al cadáver con la punta de la bota, hasta que quedó bocarriba, de cara al cielo.

El soldado tenía rasgos akielenses y un cinturón dentado le ceñía la cintura.

«Ha sido Damianos. Dijo que era su mensaje para Kastor».

Sin darse cuenta, se puso en movimiento. Pasó por delante de las construcciones y de sus hombres, que cavaban fosas para enterrar a los muertos; sorprendentemente, la tierra chamuscada aún estaba cálida bajo sus pies. Vio a un hombre quitándose las cenizas y enjugándose el sudor del rostro con la manga. También vio a otro hombre arrastrando un cuerpo sin vida hacia una de las fosas. Antes de siquiera pensarlo, agarró a Makedon por el cuello de la camisa y lo empujó hacia atrás.

—Te daré el honor que no mereces de un juicio por combate —dijo Damen—. Y, después, te mataré por lo que has hecho aquí.

—¿Lucharás contra mí?

Damen desenvainó su espada. Los soldados akielenses empezaban a congregarse a su alrededor; la mitad de ellos eran hombres de Makedon, todos llevaban el cinturón.

Como el cadáver. Como todos los soldados que habían asesinado a gente en aquella aldea.

—Desenvaina —lo instó Damen.

—¿Con qué motivo? —Makedon miró a su alrededor con desdén—. ¿Por los verecianos muertos?

—Desenvaina —insistió.

—Esto es obra del príncipe. Te ha puesto en contra de tu pueblo.

—No hables —contestó Damen—, a menos que sea para rendirte, antes de que te mate.

—No voy a fingir que la muerte de estos verecianos me remuerde la conciencia.

Makedon desenvainó su arma.

Damen sabía que el general era un campeón; el invicto guerrero del norte. Le sacaba más de quince años a Damen. Se decía de él que marcaba su cinturón una vez por cada cien muertes. Hombres de todas partes de la aldea tiraron sus palas y cubos para rodearlos.

Algunos de ellos, en concreto los hombres de Makedon, conocían la destreza de su general. La expresión del hombre era la de una persona versada dispuesta a dar una lección a un advenedizo. Pero le cambió con el transcurso de la pelea.

Makedon había escogido el brutal estilo de lucha popular en el norte, pero Damen era lo bastante fuerte para rechazar sus tremendos mandobles e igualarlos. Ni siquiera necesitó recurrir a su velocidad o técnica superiores. Él y Makedon midieron sus fuerzas.

El primer golpe hizo que Makedon retrocediese tambaleándose. El segundo le arrebató la espada de las manos.

Se avecinaba el tercero; la muerte acerada atravesaría el cuello de Makedon.

—¡Alto!

Laurent interrumpió el combate con un inconfundible tono de orden.

Makedon desapareció. Laurent estaba en su lugar. Había empujado con fuerza al general al suelo y la espada de Damen apuntaba directamente al cuello desnudo de Laurent.

Si Damen no hubiese obedecido, si todo su cuerpo no hubiese reaccionado a aquella sonora orden, le habría cercenado la cabeza a Laurent.

Pero en cuanto oyó la orden del príncipe, reaccionó instintivamente y se le tensaron todos los nervios. Su espada se detuvo a un pelo del cuello de Laurent.

A Damen le costaba respirar. El vereciano se había abierto camino solo hacia el improvisado campo de batalla. Sus hombres, corriendo detrás de él, se habían detenido en el perímetro de los espectadores. El acero rozó la fina piel del cuello de Laurent.

—Un milímetro más y tendrás que gobernar dos reinos —dijo Laurent.

—Quítate de en medio, Laurent. —Le falló la voz.

—Mira a tu alrededor. Este ataque ha sido planeado a sangre fría, urdido para que tu gente desconfíe de ti. ¿Acaso Makedon piensa así?

—Mató a gente en Breteau. Arrasó toda una aldea en Breteau, como ha ocurrido aquí.

—Aquello fue en represalia por el ataque de mi tío en Tarasis.

—¿Acaso vas a defenderlo? —se extrañó Damen.

—Cualquiera puede llevar un cinturón dentado —respondió Laurent.

Agarró la espada con más fuerza y, por un momento, quiso cortar a Laurent. Aquella sensación creció en él, espesa y caliente.

Envainó la espada con fuerza. Sus ojos examinaron a Makedon, que respiraba de manera irregular mientras miraba a uno y otro alternativamente. Habían hablado rápidamente en vereciano.

Damen le dijo:

—Te acaba de salvar la vida.

—¿Debería darle las gracias? —preguntó Makedon, tendido en el suelo.

—No —interrumpió Laurent, en akielense—. Si fuera por mí, ya estarías muerto. Tus meteduras de pata le hacen un favor a mi tío. Te he salvado la vida porque nuestra alianza te necesita, y yo necesito esta alianza para derrocar a mi tío.

El olor a carbón impregnaba el ambiente. Damen se había dirigido a grandes zancadas a un terreno desierto y elevado desde donde veía toda la extensión de la aldea. Ruinas ennegrecidas; parecía una cicatriz en la tierra. Por el este aún salía humo de los escombros desparramados por el suelo.

Se evaluarían los daños. Pensó en el regente, a salvo en el palacio de Ios. «Este ataque ha sido planeado a sangre fría, urdido para que tu gente desconfíe de ti. ¿Acaso Makedon piensa así?». Kastor tampoco pensaba así. Había sido otra persona.

Se preguntó si el regente sentiría la misma furia y la misma determinación que él. Se preguntó cómo podía tener la seguridad de que podía ser así de cruel, una y otra vez, y no esperar que hubiese consecuencias.

Oyó unos pasos que se acercaban y dejó que lo alcanzaran. Quería decirle a Laurent: «Siempre he creído que sabía cómo sería enfrentarse a tu tío. Pero no. Hasta hoy nunca se había enfrentado a mí». Se volvió para decírselo.

Pero no era Laurent. Era Nikandros.

—Quienquiera que haya sido quería que culpara a Makedon y perdiera el apoyo del norte —dijo Damen.

—No crees que haya sido Kastor.

—Tú tampoco.

—Doscientos hombres no pueden cabalgar durante días por campo abierto sin que nadie lo note —contestó Nikandros—. Si han hecho esto sin alertar a nuestros exploradores, ni a nuestros aliados, ¿de dónde han salido?

No era la primera vez que veía un ataque urdido para incriminar a akielenses. Había sucedido en palacio, cuando los sicarios habían ido a por

Laurent con cuchillos akielenses. Recordaba con claridad la procedencia de aquellas armas.

Damen miró atrás, a la aldea, y luego al estrecho y sinuoso camino que llevaba al sur.

—Sicyon —respondió.

La arena de entrenamiento de Marlas consistía en una gran habitación con paneles de madera; tenía un parecido sorprendente con la arena de entrenamiento de Arles: los suelos estaban cubiertos de serrín y había un grueso poste de madera en una punta. Por la noche, las antorchas iluminaban las paredes flanqueadas por bancos y cubiertas por un arsenal de armas que colgaban de ellas: cuchillos con y sin vaina, lanzas cruzadas y espadas.

Damen despachó a los soldados, los escuderos y los esclavos. Luego, agarró la espada más pesada de la pared. Le gustó levantar aquel peso y, después de preparar su cuerpo para la tarea, la blandió una y otra vez.

No estaba de humor para discutir ni para hablar con nadie. Había ido al único sitio donde podía expresar físicamente lo que sentía.

El sudor empapó el algodón blanco. Se desnudó de cintura para arriba y utilizó su ropa para secarse la cara y la nuca. Después, la arrojó a un lado.

Le sentaba bien esforzarse intensamente. Sentir agotamiento en cada tendón, concentrar cada músculo de su cuerpo en una sola actividad. Necesitaba sentir esa conexión con la tierra y esa seguridad, entre tantas tácticas repugnantes, engaños y hombres cuyas armas eran las palabras, las sombras y la traición.

Peleó hasta que solo fue un cuerpo, hasta que le ardió la carne, hasta que le rugió la sangre, hasta que el caliente sudor le resbaló por la piel; hasta que todos sus esfuerzos se centraron en una sola cosa: el poder del pesado acero que podía dar muerte. Cuando se detuvo, solo quedaba el silencio y el sonido de su respiración. Se volvió.

Laurent lo observaba desde la entrada.

No sabía cuánto llevaba ahí. Había entrenado durante una hora, o quizá más. El sudor hacía que su piel brillase y perlaba sus músculos. No le importó. Sabía que ambos tenían asuntos pendientes. Por lo que a él respectaba, podían seguir así.

—Si tan enfadado estás —dijo Laurent—, deberías pelear contra un oponente real.

—No hay nadie…

Damen se detuvo, pero las palabras tácitas quedaron suspendidas en el aire, peligrosamente cargadas con la verdad. No había nadie lo bastante bueno para enfrentarse a él. No de ese humor. Con lo enfadado que estaba, no podría contenerse y acabaría matando a su adversario.

—Estoy yo —dijo Laurent.

Era una mala idea. El tamborileo que sentía en sus venas le decía que era una mala idea. Observó a Laurent agarrar una espada de la pared. Recordó cómo había manejado su arma en su duelo con Govart; sus propios dedos ansiaron empuñar una. También recordó otras cosas. El tirón que había sentido en el collar dorado cuando Laurent tiró de la cadena. El latigazo en la espalda. El puñetazo de un guardia mientras estaba de rodillas. Oyó su propia voz, densa y pesada.

—¿Quieres que te tumbe de espaldas?

—¿Crees que podrás?

Laurent había arrojado a un lado la vaina de su espada. Yacía en el serrín, mientras él, con calma, se colocaba en posición.

Damen alzó la espada. No se sentía con ánimos de ser cuidadoso.

Había advertido a Laurent. Con ese aviso bastaba.

Atacó. Se produjo una sonora secuencia de tres golpes que Laurent contrarrestó girando para que su espalda no diera a la puerta, sino a la arena de entrenamiento. Cuando Damen volvió a la carga, el vereciano utilizó el espacio que tenía detrás y retrocedió.

Mucho. Enseguida Damen comprendió que estaba usando la misma estrategia que había desconcertado a Govart, que esperaba que la lucha fuera más directa y que, en su lugar, descubrió que era difícil acorralar a Laurent. La espada del príncipe lo provocaba, se escabullía sin rematar los golpes. Laurent lo atraía para después recular.

Era un fastidio. Laurent era un buen espadachín, pero no se estaba esforzando. Tres golpecitos. Para entonces, ya habían recorrido toda la arena y se acercaban al poste. La respiración de Laurent no se había alterado.

La siguiente vez que Damen arremetió, Laurent esquivó el golpe y rodeó el poste, por lo que la arena de entrenamiento volvió a quedar a su espalda.

—¿Vamos a estar moviéndonos arriba y abajo todo el rato? Pensaba que me empujarías, aunque fuera un poco —dijo Laurent.

Damen asestó un golpe; empleó toda su fuerza y su brutal velocidad. Laurent solo tuvo tiempo de levantar la espada. Las hojas emitieron un chirrido metálico al chocar. Observó que la fuerza del impacto atravesaba las

muñecas y los hombros de Laurent, que estuvo a punto de caer de espaldas. Para su satisfacción, el vereciano perdió el equilibrio y retrocedió tres pasos tambaleándose.

—¿Así, dices? —preguntó Damen.

Laurent se recompuso y dio otro paso atrás. Miró a Damen con los ojos entornados. Había algo diferente en su actitud; ahora recelaba.

—Pensaba dejarte recorrer la arena algunas veces —prosiguió Damen— y derribarte después.

—Creía que me habías seguido hasta este lado de la arena porque no podías derribarme.

En esa ocasión, cuando Damen atacó, Laurent puso todo su empeño para aguantar el golpe y, mientras una hoja bajaba deslizándose por la otra entre temblores, aprovechó que Damen tenía la guardia baja para atacar. Sobresaltado, este se vio obligado a adoptar una postura defensiva y solo logró lanzarlo hacia atrás con una oleada de estocadas.

—Eres bueno —dijo Damen, complacido.

La respiración de Laurent ya estaba un poco alterada; aquello también satisfacía a Damen. No tuvo tiempo de apartarse ni recuperarse y avanzó. Laurent tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para soportar y bloquear sus ataques. El aluvión de golpes hizo que le temblasen la muñeca, el antebrazo y el hombro. Llegados a ese punto, Laurent ya desviaba las estocadas a dos manos sistemáticamente.

Desviaba los golpes y contraatacaba a una velocidad mortífera. Era ágil y podía darse la vuelta con muy poco espacio. Damen se quedó cautivado y arrobado por lo que veía. No había tratado de obligar a Laurent a cometer errores… aún; eso vendría después. El manejo de la espada de Laurent era fascinante, como un rompecabezas de filigrana, complejo, confeccionado con delicadeza pero sin fisuras a la vista. Casi le daba pena ganar.

Damen se apartó y comenzó a caminar en círculos alrededor de su oponente mientras le ofrecía tiempo para recuperarse. El sudor empezaba a oscurecer el pelo de Laurent y se le había acelerado la respiración. El príncipe cambió la espada de mano discretamente y dobló la muñeca.

—¿Qué tal el hombro? —preguntó Damen.

—Mi hombro y yo —respondió Laurent— estamos a la espera de ver un combate de verdad.

El vereciano levantó la espada, listo para atacar. A Damen le satisfacía obligarlo a manejarla de verdad. Damen rechazó sus exquisitos contraataques y los convirtió en patrones que recordaba a medias.

Laurent no era Auguste. Tenía una constitución distinta y una mente más peligrosa. Sin embargo, se parecían en algo: percibía el eco de una técnica similar, un estilo semejante; tal vez los había instruido el mismo maestro, tal vez eso era lo que ocurría cuando un hermano menor imitaba al mayor en el patio de entrenamiento.

Lo notaba entre ellos, del mismo modo que lo advertía todo entre ellos. El engañoso manejo de la espada se parecía mucho a las trampas que Laurent tendía a todo el mundo, a las mentiras, a los embustes, a la elusión de una lucha directa en favor de las tácticas que empleaban todos los que lo rodeaban para conseguir sus objetivos, ya fuera una remesa de esclavos o una aldea de inocentes.

Desvió la espada de Laurent, le clavó la empuñadura de la suya en el estómago y lo arrojó al suelo; su cuerpo aterrizó con tanta fuerza en el serrín que se quedó sin aire.

—No puedes vencerme en una lucha real —dijo Damen.

Le apuntaba con la espada a la nuez. Laurent estaba tirado en el suelo con las piernas separadas y una rodilla flexionada. Hundió los dedos en el serrín. Su pecho se elevaba y bajaba bajo su fina camisa. La punta de la espada de Damen pasó de su garganta a su delicado vientre.

—Ríndete —le aconsejó.

Entonces se produjo una explosión de oscuridad y polvo. Damen cerró los ojos con fuerza en un acto reflejo y la punta de su espada retrocedió un centímetro mientras Laurent torcía el brazo y le arrojaba un puñado de serrín a la cara. Para cuando Damen abrió los ojos, Laurent había rodado sobre sí mismo y se había levantado, espada en ristre.

Era un truco que usaban los niños y que no tenía cabida en las peleas entre hombres. Mientras se limpiaba el serrín con el antebrazo, Damen miró a Laurent, que respiraba con dificultad y exhibía una nueva expresión.

—Luchas con las tácticas propias de un cobarde —comentó Damen.

—Lucho para ganar —respondió el vereciano.

—No eres lo bastante bueno para eso.

La mirada de Laurent fue la única advertencia que recibió antes de que arremetiera contra él con una fuerza mortífera.

Damen retrocedió bruscamente hacia un lado y levantó la espada, pero aun así le cedió terreno. Hubo un momento de pura concentración, unos bordes plateados en los que debía concentrarse por completo. Laurent estaba atacando con todas sus fuerzas. Se habían acabado los ataques elegantes, los

bloqueos despreocupados. Al tirarlo de espaldas había roto alguna barrera en Laurent, que luchaba con evidente emoción en los ojos.

Y, con regocijo, Damen arremetió contra las embestidas, se enfrentó a los mejores movimientos de Laurent y, poco a poco, lo hizo recular.

No obstante, no se parecía en nada a su lucha con Auguste, que había pedido a sus hombres que se abstuvieran de entrometerse. La espada de Laurent cortó la cuerda que sujetaba el estante que contenía las armas y Damen tuvo que apartarse si no quería que le aplastara la cabeza. El príncipe le arrojó un banco con una potente patada. La armadura que había acabado en el serrín pasó a formar parte de una pista de obstáculos que los obligó a emplear un juego de pies irregular.

Laurent le lanzaba de todo; se servía de todo cuanto encontraba, como un loco. Y, sin embargo, todavía era incapaz de ganar terreno.

Laurent se agachó al llegar al poste en lugar de detener el golpe y la espada de Damen atravesó el aire con violencia y se hundió en la viga de madera. Se clavó tan hondo que tuvo que soltar la empuñadura y esquivar un golpe antes de sacarla.

Durante esos segundos, el príncipe se inclinó y agarró un cuchillo que se había caído de uno de los bancos volcados. Con letal precisión, se lo arrojó a Damen a la garganta.

Este lo desvió con la espada y continuó avanzando. Arremetió y las espadas chocaron, deslizándose hacia la espiga. El hombro de Laurent tembló y Damen hizo más fuerza, con el propósito de obligarlo a soltar la espada.

Estampó a Laurent contra la pared. El vereciano emitió un sonido de pura frustración con la garganta mientras le rechinaban los dientes y se quedaba sin aire. Damen continuó ejerciendo presión, colocó el antebrazo en su cuello y lanzó su espada a un lado mientras Laurent, con la mano libre, sacaba un cuchillo de la vaina colgada en la pared y lo llevaba hacia el costado desprotegido de Damen.

—Ni se te ocurra —espetó Damen, y con la mano libre atrapó la muñeca de Laurent y la estrelló contra la pared dos veces. Entonces, Laurent aflojó el agarre y el cuchillo cayó.

El cuerpo de Laurent se retorcía contra el suyo, intentando liberarse; un instante de violento forcejeo animal que unió sus calientes cuerpos empapados de sudor. Damen se sobrepuso y los apretó a los dos contra la pared, lo justo para impedir que Laurent se moviera, pero este lo golpeó en la garganta con su brazo libre tan fuerte que Damen se ahogó y retrocedió. Entonces, Laurent le propinó un rodillazo con todas sus fuerzas.

Lo veía todo negro, pero su instinto de luchador lo empujaba a seguir. Tiró a Laurent al suelo, donde impactó con dureza contra el serrín. Por un momento, se quedó sin aire, pero enseguida se levantó, aturdido, con su mirada maligna fija en Damen. El vereciano intentó volver a agarrar el cuchillo; sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura, pero ya era demasiado tarde.

—Ya basta —espetó Damen.

Le asestó un fuerte rodillazo en la barriga, lo tiró de espaldas y él también se agachó. Agarró la muñeca de Laurent firmemente y la golpeó de nuevo contra el serrín para que soltara el cuchillo. Su cuerpo se arqueaba sobre el del príncipe; lo sujetaba con su peso y con las manos, que aferraban sus muñecas. Se tensó bajo su agarre. El pecho de Laurent subía y bajaba, acalorado. Apretó más.

Al verse sin escapatoria, Laurent profirió un último y desesperado ruido. Entonces, se quedó inmóvil al fin, jadeando. Su mirada furibunda destilaba rencor y frustración.

Ambos resollaban. Damen notaba cómo se resistía el cuerpo de Laurent.

—Dilo —dijo Damen.

—Me rindo —sentenció, apretando los dientes. Volvió la cabeza a un lado.

—Quiero que sepas —respondió con una voz densa y pesada— que podría haber hecho esto en cualquier momento mientras estaba esclavizado.

—Quítate de encima —ordenó Laurent.

Se apartó. El príncipe fue el primero en levantarse del suelo. Se apoyó en el poste con una mano. Tenía serrín en la espalda.

—¿Quieres que lo diga? ¿Que diga que no podría haberte vencido nunca? —Elevó el tono—. No podría haberte vencido nunca.

—No. No eres lo bastante bueno. Habrías acudido a mí en busca de venganza y te habría matado. Eso es lo que habría ocurrido. ¿Es lo que querías?

—Sí —contestó Laurent—. Él era lo único que tenía.

Las palabras flotaron entre ellos.

—Sé que nunca fui lo bastante bueno —añadió Laurent.

—Tu hermano tampoco —repuso Damen.

—Te equivocas. Él era…

—¿Qué?

—Mejor que yo. Te habría… —Laurent se interrumpió. Cerró los ojos con fuerza y, con un resoplido que se asemejaba a una risa, concluyó—:…

detenido.

Lo dijo como si fuera consciente de lo ridículo que sonaba.

Damen recogió el cuchillo y, cuando Laurent abrió los ojos, se lo colocó en la mano. Con firmeza, se apuntó con él al abdomen; adoptaron una pose que no les era ajena. El príncipe tenía la espalda contra el poste.

—Detenme —dijo Damen.

Lo vio en el semblante de Laurent: estaba librando una batalla interna contra su deseo de utilizar el cuchillo.

—Sé lo que se siente —le dijo.

—Estás desarmado —le recordó Laurent.

«Y tú». No lo dijo. No tenía sentido. Sintió que la atmósfera cambiaba. Agarró a Laurent con menos fuerza. El cuchillo hizo un ruido sordo al caer al serrín.

Se obligó a retroceder para que no sucediera. Miraba fijamente a Laurent a dos pasos de distancia; le faltaba el aliento, y no se debía al esfuerzo.

A su alrededor, el desorden de su pelea estaba esparcido por la arena de entrenamiento: bancos volcados, piezas de armaduras tiradas por el suelo y un estandarte medio rasgado en la pared.

—Ojalá… —empezó a decir Damen.

Pero no podía borrar el pasado con palabras y Laurent no se lo agradecería en caso de que lo hiciera. Recogió su espada y abandonó la estancia.

Capítulo nueve

A LA MAÑANA SIGUIENTE, TUVIERON que sentarse juntos. Damen ocupó su lugar al lado de Laurent en los elevados estrados que dominaban la verde pradera que conformaba la arena, con el único deseo de armarse y cabalgar para llevar la lucha a Karthas. No deberían estar celebrando un torneo, sino camino al sur.

Los tronos se encontraban bajo un toldo de seda, dispuesto para proteger la delicada piel de Laurent del sol. Era una medida innecesaria, pues Laurent tenía casi todo el cuerpo cubierto. El sol brillaba con primor sobre el campo, las gradas escalonadas y las laderas cubiertas de vegetación: era el escenario perfecto para disputar una competición de excelencia.

Damen llevaba los brazos y los muslos al aire. Iba vestido con un quitón corto sujeto al hombro. A su lado, Laurent mantenía una expresión inalterable y fija; parecía el cuño de una moneda. Después se sentaba la nobleza vereciana: *lady* Vannes, que le susurraba algo al oído a su nueva mascota hembra; Guion y su esposa Loyse y el capitán Enguerran. A continuación, estaba la Guardia del Príncipe: Jord, Lazar y los demás. Llevaban la librea azul y estaban de pie, en formación. Los estandartes de estrellas ondeaban por encima de su cabeza.

A la derecha de Damen se sentaba Nikandros y, a su lado, había un asiento vacío que evidentemente pertenecía a Makedon.

El general no era el único ausente. La falta de los soldados de Makedon se hacía evidente en las pendientes cubiertas de hierba y en las gradas escalonadas, lo que lo dejaba con la mitad de sus hombres. Ya sin la rabia del día anterior, Damen se dio cuenta de que, en la aldea, Laurent había puesto en peligro su vida para evitar precisamente esto; se había colocado delante de una espada para intentar que Makedon no desertase.

Una parte de Damen reconoció, con cierta culpa, que probablemente Laurent no merecía ser arrastrado por la arena de entrenamiento por ello.

—No vendrá —dijo Nikandros.

—Dale tiempo —contestó Damen. Pero Nikandros tenía razón. No se lo veía por ningún lado.

Sin mirar al otro lado de Damen, Nikandros añadió:

—Vuestro tío ha aniquilado a la mitad de nuestro ejército con doscientos hombres.

—Y un cinturón —añadió Laurent.

Damen observó las gradas medio llenas y las laderas de hierba, donde verecianos y akielenses por igual se agolpaban para ver mejor; dedicó una larga mirada a las tiendas cerca de las gradas reales, donde los esclavos preparaban viandas, y otras más lejanas, en las que los ayudantes organizaban a los primeros atletas que iban a competir.

—Así, al menos, alguien más tendrá oportunidad de ganar en el lanzamiento de jabalina —comentó Damen.

Se puso en pie. Como si de una ola se tratara, todos los que lo flanqueaban lo imitaron, así como aquellos que se apiñaban en las gradas escalonadas y en el prado. Levantó la mano, tal y como habría hecho su padre. Puede que fueran un grupo heterogéneo de luchadores norteños que se reunía en torno a una arena provincial e improvisada, pero eran sus hombres. Y aquellos eran sus primeros juegos como rey.

—Hoy rendimos homenaje a los caídos. Verecianos y akielenses luchamos juntos. Enfrentaos con honor. Que comiencen los juegos.

El tiro al blanco provocó unas controversias que hicieron las delicias de todos. Para sorpresa de los akielenses, Lazar ganó en la prueba de tiro con arco. Y para su satisfacción, Aktis ganó en la de lanzamiento de jabalina. Los verecianos silbaron al ver las piernas desnudas de los akielenses y sudaron, cubiertos por sus mangas largas. En las gradas, los esclavos subían y bajaban rítmicamente los abanicos y llevaban copas de vino que todos bebían, excepto Laurent.

Un akielense llamado Lydos ganó la pelea con tridentes. Jord venció en el combate con montante. El joven soldado Pallas ganó en el de espada corta y, después, el combate con lanza. Luego, se dirigió al campo para intentar obtener una tercera victoria en lucha libre.

Avanzaba desnudo, como mandaba la costumbre akielense. Era un joven apuesto con el físico de un campeón. Elon, su oponente, era un muchacho del sur. Se sirvieron aceite de los contenedores que les acercaron sus asistentes y se ungieron el cuerpo con él. A continuación, rodearon los hombros del otro con los brazos y, a la señal, comenzaron a empujar.

Los espectadores aclamaban mientras los competidores luchaban; sus cuerpos tiraban el uno del otro con una sucesión de resbaladizos agarres, hasta que Pallas logró que Elon acabara en el suelo, jadeando. La multitud prorrumpió en gritos.

El vencedor subió al estrado, victorioso. Su pelo era una maraña aceitosa. El público, expectante, enmudeció. Era una costumbre antigua y muy apreciada.

Pallas se arrodilló ante Damen, rebosante de alegría tras haber obtenido tres victorias consecutivas.

—Lores y damas, si os complace —empezó Pallas—, reivindico el honor de combatir con el rey.

La multitud murmuró en señal de aprobación. Pallas era una joven promesa y todo el mundo quería ver luchar al rey. Allí, muchos de los entendidos en combate vivían para presenciar aquel tipo de lances, en los que el mejor de todos se enfrentaba al campeón del reino.

Damen se levantó del trono y se quitó el broche del hombro. Su atuendo cayó al suelo y el público manifestó su aprobación a gritos. Los ayudantes recogieron la ropa mientras él bajaba del estrado y se adentraba en el campo.

Ya en el terreno, ahuecó las manos, las metió en el contenedor que sostenía un asistente y, acto seguido, se embadurnó el cuerpo desnudo de aceite. Inclinó la cabeza en dirección a Pallas, quien, por lo que advirtió Damen, estaba emocionado, nervioso y eufórico. Le colocó la mano en el hombro y Pallas hizo lo propio.

Lo disfrutó. Pallas era un digno oponente, y era un placer sentir el esfuerzo y los jadeos de un cuerpo entrenado a conciencia cerca del suyo. El encuentro duró aproximadamente dos minutos. Damen rodeó el cuello de Pallas con el brazo y apretó fuerte. Encajó cada ataque y cada forcejeo hasta que a su oponente se le agarrotaron los músculos a causa del esfuerzo. Estaba exhausto y temblaba. El combate estaba ganado.

Satisfecho, Damen permaneció inmóvil mientras los ayudantes le quitaban el aceite y lo secaban con toallas. Regresó al estrado, donde extendió los brazos para que los ayudantes le abrochasen de nuevo su atuendo.

—Ha estado bien —dijo, mientras volvía a sentarse en el trono junto a Laurent. Hizo señas para que le sirvieran vino—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondió Laurent, que desvió la mirada. Estaban despejando el campo para el okton.

—¿Qué toca ahora? Tengo el presentimiento de que podría ser cualquier cosa —comentó Vannes.

En el campo estaban colocando los blancos para el okton a intervalos regulares. Nikandros se levantó.

—Voy a examinar las lanzas que se utilizarán en el okton. Sería un honor que me acompañaras —dijo el kyros.

Se lo decía a Damen. Revisar cada detalle de su equipamiento con esmero para el okton había sido un hábito de Damen desde niño. Le gustaba que, en la calma que reinaba entre combate y combate, el rey se pasease por las tiendas, inspeccionara las armas y saludase a los asistentes y a sus futuros contrincantes mientras se preparaban para montar.

Se puso en pie. De camino a la tienda, rememoraron torneos pasados. Damen estaba invicto en el okton, pero Nikandros era su mayor rival y destacaba en sus lanzamientos con giro. A Damen se le levantó el ánimo. Le sentaría bien competir de nuevo. Alzó la solapa de la tienda y entró.

No había nadie. Damen se volvió a tiempo de ver a Nikandros acercándose a él.

—¿Qué…?

Su amigo le hizo daño al sujetarle el brazo con brusquedad. Aunque estaba sorprendido, no hizo ademán de zafarse de él, pues ni por un segundo consideraba a Nikandros una amenaza. Permitió que lo hiciese retroceder de un empujón, lo agarrara del hombro y tirase de la tela con fuerza.

—Nikandros…

Desconcertado, miró fijamente al kyros. La ropa le colgaba de la cintura. Nikandros tenía los ojos clavados en él.

—Tu espalda.

Damen se sonrojó. Nikandros lo miraba como si hubiese tenido que verlo de cerca para creerlo. La revelación lo conmocionó. Sabía… Sabía que tenía cicatrices. Sabía que las tenía en los hombros y que recorrían la mitad de la espalda. Sabía que se las habían curado como es debido. La piel no le tiraba. No le dolían, ni siquiera cuando practicaba con la espada hasta agotarse. Los apestosos ungüentos que le había administrado Paschal habían surtido efecto. Pero nunca se las había mirado en un espejo.

Ahora su espejo eran los ojos de Nikandros; tenía una mirada de horror absoluto. Su amigo le dio la vuelta y le pasó las manos por la espalda, como si tocándolas constatase lo que sus ojos se negaban a creer.

—¿Quién ha sido?

—Yo —contestó Laurent.

Damen se volvió.

El príncipe vereciano estaba de pie en el recibidor de la tienda. Mantenía una postura elegante y su indolente mirada azul estaba posada en Nikandros.

—Quería matarlo —prosiguió Laurent—, pero mi tío no me lo permitió.

Nikandros, impotente, dio un paso adelante, pero Damen ya lo había agarrado del brazo. La mano del kyros voló hacia la empuñadura de su espada. Miraba a Laurent con furia.

—También me la chupó —añadió Laurent.

—Eminencia, solicito permiso para desafiar al príncipe de Vere a un duelo de honor para vengar su afrenta —pidió Nikandros.

—Permiso denegado —respondió Damen.

—¿Ves? —dijo Laurent—. Él me ha perdonado por el asuntillo del látigo. Yo lo he perdonado por el asuntillo de cargarse a mi hermano. Alabada sea la alianza.

—Le habéis arrancado la piel de la espalda.

—No fui yo. Yo me limité a observar cómo lo hacía mi hombre —contestó el vereciano, que lo miraba con los ojos entrecerrados.

Nikandros parecía a punto de vomitar a causa del esfuerzo que le suponía contener la ira.

—¿Cuántos latigazos fueron? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¡Podría haber muerto!

—Esa era la idea —repuso Laurent.

—Ya basta —los interrumpió Damen, que agarró a Nikandros para que no continuara. Y añadió—: Vete. Ya. ¡Ya!

Pese a lo enfadado que estaba, Nikandros no desobedecería una orden directa. Su entrenamiento estaba profundamente arraigado en él. Damen se plantó frente a Laurent con casi toda la ropa hecha un ovillo en la mano.

—¿A qué ha venido eso? Conseguirás que deserte.

—No lo hará. Es tu servidor más leal.

—Entonces quieres pincharlo hasta que explote.

—¿Querías que le dijese que no me lo pasé bien cuando la verdad es que lo disfruté? —preguntó Laurent—. Mi parte favorita fue cuando estaba a punto de acabar y te derrumbaste.

Estaban solos. Podía contar las veces que habían estado juntos a solas desde que habían pactado la alianza. Una en la tienda, cuando se enteró de que Laurent estaba vivo. Otra en Marlas, de noche, a la intemperie. Y otra dentro, rodeados de espadas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Damen.

—He venido a buscarte —contestó Laurent—. Nikandros tardaba mucho.

—No tenías por qué venir. Podrías haber enviado a un mensajero.

En la pausa que siguió, Laurent miró de reojo sin querer. Un extraño cosquilleo le recorrió la piel. Damen se dio cuenta de que Laurent estaba mirando el pulido cristal del espejo que tenía detrás, el reflejo de sus cicatrices. Sus miradas volvieron a cruzarse. No era habitual pillar a Laurent desprevenido, pero una sola mirada lo había delatado. Los dos lo sabían.

Damen notó cuánto le dolía.

—¿Admirando tu obra?

—Te requieren en las gradas.

—Te acompañaré en cuanto me haya vestido. A no ser que quieras ayudarme con el broche.

—Póntelo tú —espetó el príncipe vereciano.

La pista para el okton estaba prácticamente delimitada para cuando volvieron y se sentaron juntos sin mediar palabra.

El ambiente estaba caldeado. El okton despertaba eso en el público: peligro; existía el riesgo de que alguien quedase mutilado. El segundo de los dos blancos estaba clavado en sus puntales y los ayudantes dieron el visto bueno. Era un día caluroso y la expectación se manifestaba como el zumbido de un insecto, que creció hasta convertirse en un bullicio en el lado sudoeste del campo.

La llegada de Makedon a lomos de su caballo, armado y con un cuadro de hombres a sus espaldas, provocó cierto ajetreo en las gradas. Nikandros se estaba levantando del asiento y tres de sus guardias estaban a punto de desenvainar.

Makedon se plantó ante las gradas para encarar a Damen directamente.

—Te has perdido el lanzamiento de jabalina —dijo Damen.

—Han atacado una aldea en mi nombre —repuso Makedon—. Quiero la oportunidad de vengarme.

El general tenía una voz autoritaria que resonaba en las gradas. Él era consciente, así que la proyectó con la intención de que todos los espectadores que se habían reunido allí para ver los juegos lo oyeran.

—Tengo ocho mil hombres dispuestos a luchar con vos en Karthas. Pero no pelearemos a las órdenes de un cobarde o de un líder inexperto que todavía tiene que demostrar su valía en el campo de batalla.

Makedon miró a la pista que habían montado en el campo para el okton y, luego, clavó los ojos en Laurent.

—Juraré lealtad si el príncipe monta con nosotros —dijo Makedon.

Damen oyó la reacción de los que lo rodeaban. Saltaba a la vista que el príncipe de Vere era menos atlético que Damen. Era cierto que evitaba los campos de entrenamiento. Ningún akielense lo había visto luchar o ejercitarse. No había participado en ningún combate ese día. Se había limitado a sentarse en una pose elegante y relajada, como en ese momento.

—Los verecianos no entrenan para el okton —dijo Damen.

—En Akielos, al okton se lo conoce como el deporte de los reyes —dijo Makedon—. Nuestro rey saltará al campo. ¿Acaso el príncipe de Vere carece de arrestos para montar contra él?

Negarse sería humillante, pero sería peor aceptar y dejar clara su ineptitud para luchar. Los ojos del general decían exactamente lo que quería: volver al redil con la condición de desacreditar a Laurent.

Damen esperaba que Laurent se retiraría, que eludiría la situación, que se las apañaría para encontrar las palabras que lo sacarían del apuro. El sonido de las banderas ondeando era audible. Las gradas estaban en silencio, atentas a un solo hombre.

—¿Por qué no? —dijo Laurent.

Una vez montado, Damen encaró la pista, sosteniendo a su caballo en la línea de salida. Su montura se movió, díscola, impaciente por que el cuerno diese la señal. Dos caballos después del suyo, atisbó el brillante cabello de Laurent.

Las puntas de las lanzas de Laurent eran azules. Las de Damen, rojas. En cuanto a los otros tres competidores, Pallas, tres veces campeón, empuñaba lanzas con las puntas verdes. Aktis, que había resultado vencedor en el lanzamiento de jabalina en terreno llano, las tenía blancas. Lydos, negras.

El okton era una demostración de competitividad que consistía en arrojar lanzas a caballo. Considerado el deporte de los reyes, era una prueba de puntería, atletismo y habilidad a caballo: los competidores debían cabalgar entre dos blancos haciendo un ocho al tiempo que lanzaban. Después, en medio de los cascos, que avanzaban a una velocidad letal, cada jinete debía inclinarse continuamente para coger más lanzas y, acto seguido, empezaba otra vuelta sin detenerse: ocho en total. El desafío consistía en darle a la diana el mayor número de veces posible y, al mismo tiempo, en esquivar las lanzas de los demás jinetes.

Pero el verdadero desafío del okton era este: si errabas el tiro, podías alcanzar a tu oponente y matarlo. Y si era él el que fallaba, morías tú.

De niño, Damen había participado a menudo en el okton. Pero esta prueba no era tan sencilla como subirse a un caballo y ver si sonaba la flauta porque

se te daba bien arrojar lanzas. Eso daba igual. Él había pasado meses practicando a lomos de un caballo en la arena de entrenamiento hasta que sus profesores le habían permitido competir.

Sabía que a Laurent se le daba bien montar a caballo. Damen lo había visto cabalgar a toda velocidad por un terreno irregular. Lo había visto hacer girar a su caballo en el aire en medio de una batalla al tiempo que mataba con precisión.

También podría arrojar una lanza. Probablemente. Los verecianos no usaban la lanza como arma de guerra, pero sí para cazar jabalíes. Así que en alguna ocasión habría arrojado una subido a un caballo.

Pero todo eso carecía de importancia cuando se trataba del okton. Habían muerto hombres. Caían o quedaban lisiados de por vida, ya fuera por una lanza o porque los pisasen los cascos al caer. Por el rabillo del ojo, Damen veía a los médicos, entre ellos Paschal; aguardaban en los laterales, listos para poner vendas y dar puntos. Se jugaban mucho, pues dos reyes se enfrentaban en el campo. Todos se jugaban mucho.

Damen no podría socorrer a Laurent durante el torneo. Con dos ejércitos observando, debía ganar para defender su estatus y su posición. Los otros tres jinetes akielenses tendrían incluso menos escrúpulos, pues lo más seguro es que solo quisiesen vencer al príncipe vereciano en el deporte de reyes.

Laurent agarró la primera lanza y encaró la pista con aspecto tranquilo. Había algo intelectual en la manera en que evaluaba el campo que lo diferenciaba de los demás jinetes. Para Laurent, la actividad física no era instintiva y, por primera vez, Damen se preguntó si la disfrutaba. Laurent había sido un ratón de biblioteca de niño antes de transformarse en una persona completamente distinta.

No disponía de más tiempo para pensar. Salían por turnos. Laurent desenvainó primero. El cuerno sonó; la multitud gritó. Por un instante, el vereciano cabalgó por el campo solo, con los ojos de cada espectador posados en él.

No tardó en quedar patente que si Makedon esperaba demostrar que los verecianos eran inferiores, en este caso al menos sus esperanzas habían sido en vano. Laurent sabía montar. Con una figura delgada y equilibrada, las bellas proporciones de su cuerpo estaban en comunicación con su caballo sin apenas esfuerzo. Arrojó la primera lanza: la punta azul dio en el blanco. El público voceó. Sonó el segundo cuerno y Pallas salió, cabalgando rápidamente detrás de Laurent, y luego el tercero, y Damen entró galopando.

Con la realeza de países enemigos en el campo, el okton se convirtió en uno de los acontecimientos más escandalosos que se puedan imaginar. De soslayo, Damen vislumbró el arco que trazaba una lanza azul; era Laurent haciendo su segunda diana y una verde de Pallas haciendo lo propio. La de Aktis aterrizó a la derecha del centro. El tiro de Lydos fue corto y su lanza fue a parar a la hierba, lo que obligó al caballo de Pallas a virar.

Damen esquivó a este con pericia y los ojos fijos en el campo; no necesitaba ver dónde aterrizaban sus lanzas para saber que daban justo en el centro. Conocía el juego lo bastante bien para saber que debía mantener toda su atención en el campo.

Hacia el final de la primera vuelta resultaba evidente quiénes eran los auténticos competidores: Laurent, Damen y Pallas daban en el blanco. Aktis, más acostumbrado al terreno llano, no poseía la misma habilidad a caballo. Lydos tampoco.

Al llegar al momento culminante, Damen se agachó para tomar su segundo juego de lanzas sin aminorar la marcha. Se arriesgó a echarle un vistazo a Laurent y lo vio colocarse delante del caballo de Lydos para lanzar, sin importarle que la lanza de este pasase a quince centímetros de él. Laurent lidiaba con el peligro del okton comportándose como si no existiera.

Otro blanco. El público estaba entusiasmado; la tensión aumentaba con cada tiro. Era extraño que alguien hiciese un okton perfecto, y más tres jinetes en el mismo torneo, pero Damen, Laurent y Pallas todavía tenían que errar un tiro. Oyó el golpe seco cuando una lanza dio en el blanco a su izquierda. Aktis. Quedaban tres vueltas. Dos. Una.

La pista era un mar de caballos, lanzas letales y cascos que arrancaban el pasto. Se precipitaron a la última vuelta, alentados por la euforia y el éxtasis de la multitud. Damen, Laurent y Pallas iban empatados y, por un segundo, pareció algo perfecto, equilibrado, como si formaran parte de un todo.

Cualquiera podría haber cometido ese fallo. Un simple error de cálculo. Aktis arrojó su lanza demasiado pronto. Damen lo vio; vio la lanza abandonar la mano de Aktis, vio su trayectoria, vio cómo asestaba un golpe tremendo, pero no al blanco, sino al puntal que lo sostenía.

Los cinco jinetes iban a tal velocidad que les resultó imposible frenar. Lydos y Pallas arrojaron sus lanzas. Ambos tiros fueron directos, pero el blanco, que se bamboleaba y se doblaba sin su puntal, ya no estaba en su sitio.

La lanza de Lydos, que cortaba el aire en la otra punta de la pista, alcanzaría a Pallas o a Laurent, que estaba a su lado.

Sin embargo, Damen solo pudo proferir un grito de advertencia que el viento le robó, pues la segunda lanza, la que había arrojado Pallas, iba directa a él.

No podía esquivarla. No sabía dónde estaban los demás jinetes, no podía arriesgarse a esquivarla y que la lanza hiriese a alguno.

Actuó sin pensar. La lanza iba directa a su pecho. Damen la agarró al vuelo, por el asta, con fuerza. Se movía con tanta potencia que le dislocó el hombro. Amortiguó el impacto y apretó los muslos para no caerse de la silla. Captó fugazmente la cara de asombro de Lydos, que estaba a su lado; oyó los chillidos del público. Apenas pensaba en él o en lo que había hecho. Solo tenía ojos para la otra lanza, que volaba en dirección a Laurent. Tenía el corazón en un puño.

En el otro extremo de la pista, Pallas estaba inmóvil. Acongojado, el joven debía tomar una decisión: esquivar la lanza y arriesgarse a que aquel acto de cobardía acabase con la vida de un príncipe o quedarse donde estaba y permitir que le atravesase la garganta. Su destino estaba ligado al de Laurent y, a diferencia de Damen, saldría mal parado decidiese lo que decidiese.

El príncipe lo sabía. Como Damen, lo había previsto: había observado cómo cedía el puntal y había estimado las consecuencias. Eso le valió unos segundos adicionales; Laurent no titubeó. Soltó las riendas y, mientras Damen contemplaba cómo la lanza volaba directa hacia él, saltó, no para apartarse, sino para interponerse en su trayectoria. Aterrizó en el caballo de Pallas e hizo que se movieran a la izquierda. Pallas, aturdido, se tambaleó, pasmado, y Laurent utilizó su cuerpo para impedir que cayera. La lanza los pasó de largo y aterrizó en la hierba alta, como si de una jabalina se tratase.

El público enloqueció.

Laurent hizo oídos sordos. Extendió el brazo y, con cuidado, le birló la lanza que le quedaba a Pallas. Entonces, con el caballo de Pallas al galope, y mientras la gente gritaba enfervorecida, la arrojó al centro del último blanco.

Tras terminar el okton con una lanza más que Pallas y Damen, Laurent dio un pequeño rodeo y miró a Damen a los ojos. Enarcó sus pálidas cejas, como si dijera: «¿Y bien?».

Damen sonrió. Levantó la lanza que había atrapado y, desde su posición al final de la pista, la arrojó. Atravesó toda la longitud del campo y, con un golpe seco, dio en el blanco, junto a la lanza de Laurent, donde permaneció, vibrando.

Se desató el caos.

Al acabar, se ciñeron el laurel el uno al otro. El gentío los llevó en brazos al estrado entre vítores. Damen bajó la cabeza para recibir el premio de manos de Laurent. Este renunció a su diadema de oro para hacerle sitio a la corona de hojas.

Corrió el alcohol. La camaradería que tenían ahora era una ambrosía embriagadora y resultaba muy fácil dejarse llevar por ella. Damen sentía algo cálido en el pecho cada vez que miraba a Laurent. Por ello, no lo miraba a menudo.

Cuando la tarde dio paso a la noche, entraron para acabar el día acompañados de copas bajas de vino akielense y las suaves notas de una cítara. Los hombres empezaban a comportarse como compañeros, y aunque tendrían que haberlo sido desde el principio, aquello le dio esperanzas —esperanzas de verdad— para la campaña del día siguiente.

Los juegos habían sido un éxito y, al menos, habían servido de algo. Sus hombres cabalgarían como uno solo y, de abrirse una grieta en el centro, nadie se enteraría. Tanto a él como a Laurent se les daba bien disimular.

El príncipe tomó asiento en uno de los sofás de la sala como si hubiese nacido para eso. Damen se sentó a su lado. Las velas, recién encendidas, iluminaban las expresiones de los hombres de su alrededor, mientras la luz del ocaso sumía el resto del salón en una apacible y débil penumbra.

Y de esa penumbra emergió Makedon.

Lo flanqueaba un pequeño séquito: dos soldados con sus cinturones dentados y un esclavo. Cruzó la estancia y se detuvo ante Laurent.

La habitación al completo enmudeció. Makedon y Laurent se miraban. El silencio se prolongó.

—Piensas como una víbora —dijo Makedon.

—Y tú como un toro viejo —contestó Laurent.

Se miraban de hito en hito.

Al cabo de un buen rato, el general le hizo señas a su esclavo, que se acercó con una botella de cuerpo voluminoso que contenía licor akielense y dos copas achatadas.

—Beberé contigo —le dijo Makedon.

La expresión de este no cambió. Era como si una pared impermeable ofreciera una puerta. El estupor se propagó por toda la sala, que tenía la mirada puesta en Laurent.

Damen era consciente del orgullo que Makedon se había tenido que tragar para hacer semejante ofrecimiento: un gesto de amistad a un principito que no salía de palacio y al que doblaba en edad.

El príncipe echó un vistazo al vino que el esclavo había servido y Damen supo con certeza absoluta que, si aquello era vino, Laurent no bebería.

Damen se mentalizó para cuando llegase el momento en que cada ápice de benevolencia que Laurent se había granjeado se fuese al garete, se ofendiesen los principios de la hospitalidad akielense y Makedon saliera con una actitud altiva para no volver jamás.

Laurent tomó la copa que tenía delante, la apuró y la devolvió a la mesa.

Makedon asintió ligeramente con la cabeza en señal de aprobación, alzó su copa y se la bebió de un trago.

—Otra —exigió.

Al rato, cuando hubo un montón de copas volcadas y esparcidas por la mesa baja, Makedon se inclinó hacia delante y le dijo a Laurent que tenía que probar la griva, la bebida de su región. Laurent se la bebió de un trago y le dijo que sabía a bazofia.

—¡Ja, ja, es verdad! —contestó Makedon, que prosiguió a contar cómo fueron sus primeros juegos, cuando Ephagin ganó el okton.

A los abanderados se les empañaron los ojos y todo el mundo se tomó otra copa. Después, la muchedumbre lanzó vítores cuando Laurent consiguió colocar tres copas vacías en equilibrio una encima de la otra y a Makedon se le caían las suyas.

Más tarde, el general se acercó a Damen y le dio este serio consejo:

—No deberías juzgar a los verecianos con tanta dureza. Saben beber.

Dicho esto, Makedon agarró a Laurent del hombro y le habló de la caza en su región. Ya no había tantos leones como en los viejos tiempos, pero todavía quedaban enormes bestias dignas de que un rey las cazase. Siguió rememorando escenas de caza durante varias copas más, lo cual despertó un fuerte compañerismo. Todos se pusieron a brindar por los leones y Makedon volvió a coger a Laurent del hombro como gesto de despedida. Entonces, se levantó para retirarse a la cama. Los portaestandartes lo siguieron haciendo eses.

Laurent mantuvo una postura correcta hasta que se hubieron marchado todos. Tenía las pupilas dilatadas y las mejillas ligeramente sonrosadas. Damen colocó el brazo detrás del respaldo de su asiento y esperó.

Al cabo de un buen rato, Laurent dijo:

—Tendrás que ayudarme a levantarme.

No contaba con que Laurent se desplomaría sobre él, pero así fue. Le rodeó el cuello con un brazo en ademán afectuoso y, de repente, Damen se quedó sin aire al sentir al vereciano entre sus brazos. Lo tomó por la cintura para estabilizarlo y el corazón le latió a un ritmo errático. Era algo agradable y tremendamente ilícito. Notó un dolor en el pecho.

—El príncipe y yo nos retiramos —dijo Damen, e hizo señales a los esclavos que quedaban para que se marcharan.

—Es por aquí —añadió Laurent—. Creo.

Los últimos vestigios de la reunión se hallaban desparramados por todo el salón. Había copas de vino y divanes desocupados. Dejaron atrás a Philoctus de Eilon, tumbado en uno con la cabeza entre los brazos; dormía tan profundamente como si estuviese en su cama. Estaba roncando.

—¿Es la primera vez que te vencen en el okton?

—Técnicamente hemos empatado —repuso Damen.

—Técnicamente. Te dije que se me daba bien montar a caballo. Cuando hacía carreras con Auguste en Chastillon, siempre le ganaba. Con nueve años me di cuenta de que me dejaba ganar. Y yo que pensaba que tenía un poni muy rápido… Estás sonriendo.

Así era. Se encontraban en un pasillo. La luz de la luna entraba por los arcos abiertos a su izquierda.

—¿Estoy hablando mucho? No tolero nada el alcohol.

—Ya lo veo.

—Es culpa mía. No bebo nunca. Debería haberme dado cuenta de que con hombres así lo necesitaría, y haber hecho un esfuerzo para… conseguir tolerarlo un poco… —Hablaba en serio.

—¿Así funciona tu mente? —preguntó Damen—. Y ¿a qué te refieres con que no bebes nunca? No te quejes tanto, que la noche que te conocí estabas borracho.

—Esa noche —aclaró Laurent—, hice una excepción. Dos botellas y media. Me tuve que obligar a bebérmelas. Pensaba que sería más fácil si estaba borracho.

—¿Qué pensaste que sería más fácil? —preguntó Damen.

—¿Qué? —dijo Laurent—. Pues tú.

A Damen se le pusieron los vellos de punta. El príncipe ofreció su respuesta en voz baja y como si fuese algo evidente. Tenía los ojos vidriosos y aún rodeaba el cuello de Damen con el brazo. Se miraban fijamente, detenidos en el pasillo en penumbra.

—Mi esclavo de cama akielense —dijo Laurent—, conocido por ser el hombre que mató a mi hermano.

Damen sintió dolor al respirar.

—No falta mucho —le aseguró.

Atravesaron pasajes, dejaron atrás los altos arcos y las ventanas dispuestas a lo largo de la parte norte con sus enrejados verecianos. No era raro que dos jóvenes deambulasen juntos por los pasillos, tambaleándose tras correrse una juerga, ni siquiera entre príncipes. Por un momento, Damen podría fingir que eran lo que parecían: aliados. Amigos.

Los guardias apostados a ambos lados de la entrada estaban entrenados para no reaccionar al ver a miembros de la realeza inclinándose los unos encima de los otros. Cruzaron las puertas que conducían al exterior y entraron en la estancia más recóndita. La cama baja y abatible era de estilo akielense, con los pies tallados en mármol. Era sencilla, con vistas al cielo desde los pies hasta el cabezal curvo.

—Que no entre nadie —ordenó Damen a los guardias.

Era consciente de lo que implicaba que Damianos se metiese en una alcoba con un joven en brazos y ordenase que nadie entrase, pero lo ignoró. Si a Isander se le ocurría de repente un motivo alarmante para que el frígido príncipe de Vere hubiese renunciado a sus servicios, que así fuera. Laurent, sumamente reservado, no querría a su gente presente mientras lidiaba con los efectos de una noche de borrachera.

El vereciano se levantaría con un dolor de cabeza terrible que daría rienda suelta a su lengua viperina; compadecería a quien se topase con él en ese estado.

En cuanto a Damen, iba a darle un empujoncito en la parte baja de la espalda a Laurent para que salvase entre tambaleos los cuatro pasos que lo separaban de la cama. Damen se quitó el brazo del príncipe del cuello y se separó de él. Laurent dio un paso por sus propios medios y se tocó la chaqueta mientras parpadeaba.

—Atiéndeme —le dijo sin pensar.

—¿Por los viejos tiempos? —dijo Damen.

Se equivocó al decir eso. Dio un paso adelante y tocó los lazos de la chaqueta de Laurent. Comenzó a desatarlos. Sintió la curva de las costillas de Laurent mientras pasaba los lazos por los ojales.

Los cordones se le enredaron al llegar a la muñeca. Le supuso algo de esfuerzo quitárselos y le arrugó la camisa al hacerlo. Damen se detuvo con las manos todavía dentro de la chaqueta.

Bajo la fina tela de la camisa de Laurent se hallaba el vendaje que le había puesto Paschal en el hombro para fortalecérselo. Sintió una punzada al verlo. Laurent no le habría permitido vérselo de haber estado sobrio; aquello suponía una enorme violación de su intimidad. Pensó en las dieciséis lanzas que había arrojado haciendo un esfuerzo continuo con el brazo y el hombro después de dejarse la piel el día anterior.

Damen dio un paso atrás y dijo:

—Ya puedes decir que el rey de Akielos te ha servido.

—Podría haberlo dicho de todas formas.

Iluminada por la lámpara, la habitación estaba bañada en una luz anaranjada que revelaba su sencillo mobiliario: unas sillas bajas y una mesa pegada a la pared con un cuenco de frutas que alguien acababa de recoger. Laurent tenía otro aspecto con la camiseta blanca que llevaba bajo la camisa. Tras él, la luz se concentraba en la cama, el aceite quemaba en un pequeño recipiente bruñido y la luz incidía en las almohadas revueltas y los pies tallados en mármol.

—Te echo de menos —confesó Laurent—. Echo de menos nuestras conversaciones.

Aquello era demasiado. Recordó estar atado al poste donde habían estado a punto de matarlo; sobrio, Laurent había dejado claro dónde estaba el límite, y era consciente de que se había pasado de la raya, de que ambos lo habían hecho.

—Estás borracho —le dijo Damen—. Tú no eres así. Tendría que llevarte a la cama.

—Pues hazlo —lo animó Laurent.

Condujo al príncipe con decisión hasta la cama y lo tiró sobre ella, como habría hecho cualquier soldado para ayudar a su amigo borracho a llegar al catre de su tienda.

Laurent se quedó donde Damen lo había dejado, bocarriba y con la camisa medio abierta, el pelo revuelto y la guardia baja. Dejó caer la rodilla a un lado y su respiración se ralentizó como si estuviera dormido. La fina tela de su camisa se ceñía a su piel y subía y bajaba con cada movimiento de su pecho.

—¿No te gusto así?

—Tú no eres así…, en absoluto.

—Ah, ¿no?

—No. Me matarás cuando se te pase la borrachera.

—Ya he intentado matarte. Me parece que no lo conseguiré. No dejas de desmontarme todos los planes.

Damen encontró una jarra de agua, le sirvió un poco en una copa achatada y la dejó en la mesa baja que había junto a la cama de Laurent. Vació el cuenco de frutas y lo puso en el suelo, a un lado, para que lo usase como haría un soldado borracho con un yelmo vacío.

—A dormir la mona. Por la mañana, ya nos castigarás, olvidarás lo que ha pasado o fingirás que no te acuerdas.

Obró con bastante acierto, aunque se dio cuenta de que, antes de servirle el agua, le llevó un rato recobrar el aliento. Extendió las manos en la mesa y, algo jadeante, se dejó caer en ella. Colocó la chaqueta de Laurent en una silla. Cerró los postigos para que no le molestase la luz del sol por la mañana. Después, fue hasta la puerta y se volvió para echar un último vistazo a la cama.

A Laurent le venían pensamientos sueltos mientras se sumía en el sueño y dijo:

—Sí, tío.

Capítulo diez

DAMEN SONREÍA. Estaba tumbado de espaldas, con un brazo por encima de la cabeza y la sábana enroscada a la parte inferior de su cuerpo. Llevaba despierto desde que habían asomado las primeras luces, quizá hacía una hora.

Los sucesos de la noche anterior, infinitamente complejos a la luz de las velas en la intimidad de la alcoba de Laurent, se habían reducido a un único y maravilloso hecho aquella mañana.

Laurent lo echaba de menos.

Al pensarlo, sentía que una oleada de dicha ilícita lo embargaba. Recordaba a Laurent mirándolo fijamente. «No dejas de desmontarme todos los planes». El príncipe estaría furioso cuando asistiese a la reunión de esa mañana.

—Qué contento estás —recalcó Nikandros cuando entró en el salón. Damen le dio una palmadita en el hombro y ocupó su sitio en la larga mesa.

—Tomaremos Karthas —anunció Damen.

Había citado a los abanderados al encuentro. Sería su primer ataque a un fuerte akielense y pensaban ganar con prontitud y de manera definitiva.

Pidió que le llevaran su caja de arena predilecta. Dibujada con trazos profundos y rápidos, la estrategia era clara; no hubo cabezas que chocasen al acercarse para mirar detenidamente las líneas de tinta de un mapa. Straton llegó con Philoctus. Ambos se subieron la falda para sentarse. Makedon estaba allí con Enguerran. Vannes se remangó la falda de modo parecido para tomar asiento.

Laurent entró sin su gracia habitual, como un leopardo con jaqueca al que había que rodear con pies de plomo.

—Buenos días —dijo Damen.

—Buenos días —respondió Laurent tras una pausa de centésimas, como si, por primera vez en su vida, el leopardo no estuviera muy seguro de qué hacer.

El príncipe se sentó en el asiento de roble a modo de trono junto a Damen y procuró mantener la vista al frente.

—¡Laurent! —lo saludó afectuosamente Makedon—. Acepto encantado tu invitación para salir a cazar contigo en Acquitart cuando acabe la campaña.

Le dio una palmadita en el hombro.

—Mi invitación… —se extrañó Laurent.

Damen se preguntó si le habrían dado una palmadita en el hombro en su vida.

—He enviado a un emisario a mi casa esta misma mañana para decirles que empiecen a preparar lanzas ligeras para las gamuzas.

—¿Ahora cazas con verecianos? —preguntó Philoctus.

—Una copa de griva y caes redondo —declaró Makedon. Volvió a darle una palmadita en el hombro a Laurent—. ¡Pues este de aquí se tomó seis! ¿Te atreves a poner en duda su fuerza de voluntad? ¿O la firmeza del brazo que usa para cazar?

—La griva de tu tío no —dijo alguien con horror.

—Con nosotros dos por ahí sueltos se extinguirán las gamuzas en las montañas. —Otra palmadita—. Ahora iremos a Karthas a demostrar nuestra valía en batalla.

Aquello provocó una oleada de camaradería entre los soldados. Laurent no estaba acostumbrado a ese tipo de relación y no sabía qué hacer.

Damen se sintió casi reacio a acercarse a la caja de arena.

—Meniados de Sicyon envió a un heraldo para reunirse con nosotros. A su vez, atacó nuestra aldea con la intención de sembrar la discordia e incapacitar a nuestro ejército —dijo Damen mientras dibujaba una señal en la arena—. Hemos enviado jinetes a Karthas para proponerle rendirse o luchar.

Lo había hecho antes del okton. Karthas era el típico fuerte akielense destinado a prever ataques; unos guardias vigilaban el camino de acceso desde sus atalayas, al estilo tradicional. Confiaba en que lo lograrían. Por cada torre que cayese, menos defensas le quedarían a Karthas. Ese era tanto el punto fuerte como el débil de las fortalezas akielenses: desperdigaban recursos en lugar de unificarlos en una única muralla.

—¿Has enviado jinetes para anunciar tus planes? —preguntó Laurent.

—Los akielenses lo hacemos así —explicó Makedon, como si le hablase a su sobrino favorito pero un poco cortito—. Una victoria honorable impresionará a los kyroi y nos granjeará la aceptación que necesitamos para el Salón de los Reyes.

—Entiendo. Gracias —dijo Laurent.

—Atacaremos por el norte —prosiguió Damen—. Aquí y aquí —añadió al tiempo que dibujaba marcas en la arena—, y nos habremos hecho con la

primera torre de vigilancia antes de asaltar el fuerte.

Las tácticas eran directas. Las discutieron y pronto llegaron a una conclusión. Laurent no habló mucho. Las pocas preguntas que tenían los verecianos acerca de las maniobras akielenses las hizo Vannes, que se mostró satisfecha con las respuestas. Tras recibir las órdenes que debían seguir durante la marcha, los hombres se levantaron con la intención de irse.

Makedon le estaba explicando los beneficios del té de hierro a Laurent. Cuando este se masajeó la sien con una delicadeza cultivada, el general le comentó mientras se ponía en pie:

—Deberías decirle a tu esclavo que te traiga uno.

—Tráeme uno —dijo Laurent.

Damen se levantó. Y se detuvo.

Laurent se quedó muy quieto. Damen permaneció ahí, parado y visiblemente incómodo. No se le ocurría ninguna otra razón para haberse levantado.

Alzó la vista y sus ojos se cruzaron con los de Nikandros, que lo miraba fijamente. Su confidente estaba con un grupito a un lado de la mesa, los últimos hombres que quedaban en el salón. Él había sido el único que había visto y oído lo que acababa de ocurrir. Damen seguía inmóvil.

—La reunión ha concluido —anunció Nikandros a los demás hombres en un tono excesivamente alto—. El rey se dispone a partir.

Despejaron el salón y se quedó a solas con Laurent. La caja de arena con la marcha hacia Karthas explicada en detalle los separaba. La cáustica mirada que le ofrecía Laurent no se debía en absoluto a la reunión.

—No pasó nada —zanjó Damen.

—Pasó algo —replicó Laurent.

—Te emborrachaste —le explicó Damen—. Te llevé a tus aposentos. Me pediste que te atendiera.

—¿Y?

—Te atendí —admitió Damen.

—¿Y? —repitió el príncipe.

Pensaba que tener ventaja sobre un Laurent con resaca sería una experiencia más bien divertida, de no ser porque daba la impresión de que Laurent estaba a punto de vomitar. Y no a causa de la resaca.

—Para el carro. Estabas demasiado borracho como para saber tu nombre, ya no digamos con quién estabas o qué hacías. ¿De verdad crees que me aprovecharía de ti en ese estado?

Laurent no le quitaba los ojos de encima.

—No —contestó, incómodo, como si solo al considerar la pregunta en su totalidad se diera cuenta de cuál era la respuesta—. No creo.

Seguía blanco y con el cuerpo en tensión. Damen aguardó.

—¿Es que… —empezó Laurent. Le llevó un buen rato acabar de formular la pregunta—… dije algo?

Laurent continuaba tenso, como si fuera a salir huyendo. Miró a Damen a los ojos.

—Dijiste que me echabas de menos —reconoció.

Laurent se ruborizó; sus mejillas se tiñeron de un rojo llamativo e intenso.

—Ya veo. Gracias por… —Veía a Laurent paladear la mordacidad de su afirmación—… resistirte a mis insinuaciones.

Se hizo el silencio, lo que permitió que se oyeran voces detrás de la puerta que no tenían nada que ver con ellos, ni con la sinceridad del momento, casi dolorosa, como si se encontraran de nuevo en los aposentos de Laurent, al lado de la cama.

—Yo también te echo de menos —le confesó—. Estoy celoso de Isander.

—Isander es un esclavo.

—Yo también lo fui.

Lo estaba pasando mal. Laurent lo miró a los ojos con una mirada cristalina.

—Tú nunca fuiste un esclavo, Damianos. Tú has nacido para reinar, como yo.

Se encontraba en la antigua casa cuartel del fuerte.

Se estaba más tranquilo allí. Casi no se oía a los akielenses trajinar. Las gruesas piedras acallaban todos los ruidos y solo estaban la construcción, los huesos de Marlas, y los tapices y las celosías tirados por el suelo ante sus ojos.

Era un fuerte magnífico. Lo veía en la sombra de su elegancia vereciana, en la sombra de lo que había sido y de lo que, tal vez, podría volver a ser. Aquello era un adiós. No regresaría, y, en caso de hacerlo, sería diferente, pues lo haría en calidad de invitado. El fuerte pasaría a manos de Vere de nuevo, como debía ser. Marlas, que tanto esfuerzo había costado conquistar, sería devuelta.

Se le hacía raro pensarlo. Lo que una vez había sido un símbolo de la victoria akielense ahora parecía un símbolo de todo lo que había cambiado en él, de cómo veía las cosas ahora, con otros ojos.

Se dirigió a una puerta antigua y se detuvo. Había un soldado apostado allí, una formalidad. Damen le hizo una seña para que se apartara a un lado.

Era un conjunto de habitaciones acogedoras y bien iluminadas. Un fuego ardía en el hogar y había unos cuantos muebles: asientos abatibles akielenses, un baúl de madera con cojines y una mesa delante de la chimenea con un tablero de juego y sus piezas.

La niña de la aldea, rechoncha y pálida, estaba sentada frente a una mujer mayor que vestía una falda gris. Unas monedas relucientes, usadas para jugar a un juego infantil, estaban esparcidas por la mesa. Cuando Damen entró, la niña se levantó espantada y las monedas tintinearon al caer al suelo.

La mujer mayor también se puso en pie. La última vez que Damen la había visto, lo había alejado de una cama con la punta rota de una lanza.

—Lo que ocurrió en vuestra aldea… Juré que encontraría a los responsables y que haría que pagasen por ello. Hablaba en serio —dijo Damen en vereciano—. Si así lo deseáis, las dos tenéis un sitio aquí, entre amigos. Marlas volverá a ser de Vere. Os lo prometo.

Pero la mujer replicó:

—Nos han dicho quién eres.

—Entonces sabes que tengo el poder para cumplir lo que prometo.

—Te crees que porque nos des… —La mujer calló.

Se plantó al lado de la niña y, con sus rostros pálidos, formaron un muro de contención. Se dio cuenta de que sobraba.

—Mejor vete —le aconsejó la niña—, estás asustando a Genevot.

Damen miró a Genevot. La mujer temblaba; de furia, no de miedo. Estaba furiosa con él y por que estuviera allí.

—No es justo lo que le pasó a tu aldea —le dijo Damen—. Ninguna lucha lo es. Siempre hay alguien más fuerte. Pero haré justicia, te lo juro.

—Ojalá los akielenses nunca hubieran venido a Delfeur —dijo la niña—. Ojalá hubiera habido alguien más fuerte que tú.

Y, dicho esto, le dio la espalda. Era un gesto que requería valor; era una niña en presencia de un rey. A continuación, se dispuso a coger una moneda del suelo.

—No pasa nada, Genevot —la calmó la niña—. Mira, te enseño un truco. Mira mi mano.

Sintió un cosquilleo al reconocer el eco de otra presencia, un aplomo familiar y doloroso que la niña había copiado para esconder la moneda y extender el puño.

Sabía quién había estado allí antes que él, quién se había sentado con ella y se lo había enseñado. No era la primera vez que veía ese truco. Y a pesar de que con ocho años su juego de manos era algo torpe, consiguió meterse la moneda en la manga, de manera que, cuando volvió a abrir la mano, no había nada.

En el campo que se desplegaba ante Marlas se congregaban los dos ejércitos con sus acompañantes: los batidores, los heraldos, las carretas con las provisiones, el ganado, los médicos y los aristócratas, entre los cuales se encontraban Vannes, Guion y su esposa, Loyse, a quien, en caso de que se desencadenara una batalla campal, habría que apartar y llevar al campamento para que se pusiera cómoda mientras los soldados luchaban.

Estrellas y leones se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Había tantos estandartes alzados que parecían más una flota que una fila de hombres marchando. Damen observaba la alineación a lomos de su caballo y se preparó para ocupar su lugar a la cabeza.

Vio a Laurent, también montado; una espícula rubia y ceñuda. Estaba sentado con la espalda recta, su lustrosa armadura relucía y tenía una mirada fría y autoritaria. Tal y como tenía la cabeza a causa de la griva, puede que fuera buena idea que pronto estuviese matando gente.

Cuando Damen volvió la vista al frente se encontró a Nikandros mirándolo.

Su semblante era distinto al de esa mañana, y no solo porque hubiese presenciado que respondía a la orden de Laurent al finalizar la reunión. Damen tiró de las riendas.

—Te has enterado de lo que cotilleaban los esclavos.

—Has dormido en los aposentos del príncipe de Vere.

—Fueron diez minutos. Si crees que me lo tiré en ese rato, me subestimas.

Nikandros no hizo que su caballo se apartase.

—Jugó con Makedon en la aldea. Lo engañó por completo, igual que a ti.

—Nikandros…

—No. Escúchame, Damianos. Vamos a Akielos porque el príncipe de Vere ha decidido llevar su lucha a tu país. La que saldrá perjudicada de esta guerra será Akielos. Y cuando cesen las batallas y Akielos esté agotada tras la lucha, alguien se ofrecerá a tomar las riendas del país. Procura ser tú. Al príncipe de Vere se le da muy bien mandar y manipular a los que lo rodean para salirse con la suya.

—Ya veo. ¿Intentas advertirme de nuevo que no me acueste con él?

—No —contestó Nikandros—. Sé que te acostarás con él. Solo digo que, cuando te lo permita, pienses qué quiere.

Solo faltaba Damen, que espoleó a su caballo y lo condujo al lado del de Laurent mientras ellos tomaban posiciones juntos. Laurent estaba sentado con la espalda erguida en la montura de su lado: era una silueta de metal bruñido. No quedaba ni rastro del joven indeciso de esa mañana, únicamente un perfil implacable.

Sonaron los cuernos. Tocaron los clarines. Los dos ejércitos unidos comenzaron a desfilar al completo; dos rivales que cabalgaban juntos. Azul y rojo.

No había nadie en las torres de vigilancia.

Eso era lo que gritaban los batidores mientras regresaban para revelar sus inquietantes noticias a lomos de caballos empapados de sudor que batían el suelo con fuerza. Damen gritó para responderles. Había que gritar si querías que te oyesen por encima de la cacofonía de ruidos: las ruedas, los caballos, los sonidos metálicos de las armaduras, el estruendo de la tierra y el ensordecedor sonido de los cuernos que hacía su ejército al marchar. La fila abarcaba desde la cima hasta el horizonte; era una hilera de cuadrados partidos que recorrían campos y colinas. Todo el ejército estaba listo para bajar y atacar las torres de Karthas.

Pero en las torres no había nadie.

—Es una trampa —sentenció Nikandros.

Damen le ordenó a un grupito que se separara del ejército principal y tomase la primera torre. Él los observó desde la cima. Fueron a medio galope, desmontaron, tomaron un ariete de madera y forzaron la puerta. La torre era un extraño bloque que se recortaba en el horizonte. No había movimiento. No era sino una construcción de piedra inerte que debería haber estado ocupada pero que, en cambio, estaba desierta. A diferencia de una ruina, reclamada por la naturaleza para formar parte de su paisaje, la torre vacía desentonaba. Era una señal de que algo iba mal.

Observó que sus hombres, del tamaño de hormigas, entraban en la torre sin esfuerzo. Se hizo un silencio inesperado y sobrecogedor que duró unos minutos, durante los cuales no pasó nada. Acto seguido, sus hombres salieron, montaron y trotaron hasta el grupo para ponerlos al corriente.

Ni trampas. Ni defensas. Ni suelos en malas condiciones que los hicieran caer estrepitosamente, ni tinas con aceite hirviendo, ni arqueros escondidos, ni hombres con espadas asomando por detrás de las puertas. No había nada.

La segunda torre estaba vacía, y la tercera, y la cuarta.

Se dio cuenta de lo que ocurría a medida que contemplaba el fuerte, los muros de cal, gruesos, grises y más bajos que los anteriores, y las fortificaciones de ladrillo de barro cocido que había encima. La torre de dos pisos era baja, tenía un techo de tejas y estaba destinada a albergar arqueros. Pero las aspilleras no estaban iluminadas y nadie disparaba desde ellas. No había estandartes. Ni ruidos.

Damen lo corrigió:

—No es una trampa. Es una retirada.

—De ser así, huían de algo —contestó Nikandros—. De algo que los tenía atemorizados.

Oteó el fuerte en lo alto de la loma y, luego, al ejército que se extendía a su espalda: un kilómetro y medio de rojo al lado de un azul peligroso y reluciente.

—De nosotros —constató Damen.

Dejaron atrás las rocas dentadas y subieron el empinado montículo que conducía al fuerte. La puerta que daba al patio delantero estaba abierta y la cruzaron sin problemas. El patio constaba de cuatro torres pequeñas que se cernían sobre ellos y los encerraban en un silencioso callejón sin salida.

Las torres pequeñas habían sido diseñadas para que de ellas lloviera un fuego que atrapase a los ejércitos que se acercasen a la puerta. Estaban tranquilas y en silencio cuando los hombres de Damen utilizaron el ariete de madera para romper las enormes puertas y entrar en el fuerte principal.

Una vez dentro, el silencio irreal se intensificó. El atrio rodeado de columnas estaba desierto y ya no corría el agua calma de la fuente, sencilla a la par que elegante. Damen vio un cesto tirado del revés en el suelo de mármol. Un gato desnutrido se lanzó a la pared.

Damen no era ningún necio y advirtió a sus hombres sobre las trampas, las provisiones contaminadas y los pozos envenenados. Avanzaron poco a poco por los espacios públicos desiertos y las residencias privadas del fuerte.

Los vestigios de la retirada se hacían más evidentes allí: muebles desordenados que habían vaciado a toda prisa, un tapiz predilecto que ya no estaba colgado en la pared y otro que continuaba allí. En las caóticas viviendas veía lo que había sucedido en el último minuto, el consejo de guerra de urgencia, la decisión de huir. Quienquiera que hubiese ordenado el ataque a la aldea, no había obtenido el efecto deseado. En vez de poner a Damianos en contra de su general, había convertido a su ejército en una única potencia y había hecho que su nombre sembrase el miedo por el campo.

—¡Aquí! —gritó una voz.

Habían encontrado una puerta bloqueada con una barrera en la parte más recóndita del fuerte.

Hizo una señal a sus hombres para que obrasen con precaución. Era el primer indicador de resistencia, el primer indicio de peligro. Se agolparon dos docenas de soldados y él les asintió con la cabeza para que procedieran. Tomaron el ariete de madera y astillaron las puertas hasta que cedieron.

Al otro lado se encontraron un solar iluminado y espacioso que aún conservaba los muebles, de una belleza exquisita: todos, desde el elegante diván reclinable con sus volutas talladas en los pies hasta las mesitas de bronce, permanecían intactos.

Y vio lo que lo aguardaba en el fuerte desierto de Karthas.

Estaba sentada en el diván. Siete mujeres se ocupaban de ella: dos eran esclavas, otra una doncella ya entrada en años y las demás eran damas de alta cuna y pertenecían a su casa. Había alzado las cejas al oír el estruendo, como si se tratase de una leve y desagradable violación del protocolo.

No había llegado al Triptolme a tiempo de dar a luz. Pretendía que el ataque en la aldea detuviese o retrasase a Damen, y al no salir como había planeado, la habían abandonado. Se había puesto de parto demasiado pronto. A juzgar por sus tenues ojeras de color sepia había ocurrido hacía poco. Eso explicaba también por qué la habían dejado atrás: estaba demasiado débil como para acompañar a los demás en su huida. Así que se había quedado sola con las mujeres dispuestas a permanecer a su lado.

Lo sorprendió ver que se habían quedado tantas. Tal vez las había obligado: u os quedáis u os corto la garganta. Pero no. Siempre se le había dado bien inspirar lealtad.

Su cabello rubio le caía formando un tirabuzón sobre el hombro, tenía las pestañas espesas y su cuello era tan elegante como una columna. Estaba un poco pálida y le habían salido unas arruguitas en la frente, pero eso no conseguía deslucir sus facciones, de una perfección elevada y clásica; antes parecería que las realzaban, como el acabado de un florero.

Era preciosa. Como siempre sucedía con ella, era algo que notabas al principio y que luego te veías obligado a olvidar, pues era lo menos peligroso de su persona. La verdadera amenaza era su mente, reflexiva y calculadora, y que ahora mismo lo observaba tras su fría mirada azul.

—Hola, Damen —lo saludó Jokaste.

Se obligó a mirarla. Se obligó a recordar cada parte de ella, la forma en que había sonreído, cómo se había acercado despacio con sus sandalias

mientras él permanecía colgado de unas cadenas y el roce de sus elegantes dedos en su rostro magullado.

A continuación, se volvió hacia el soldado raso de su derecha para ordenarle una tarea banal que no estaba a su altura y que no significaba nada.

—Llévatela —dijo—. El fuerte es nuestro.

Capítulo once

SE ENCONTRABA EN EL solar de las mujeres, con su luz, sus espaciosas estancias y su diván, ahora desocupado y tallado en un diseño sencillo. Desde la ventana se veía el camino que conducía a la primera torre.

Jokaste los habría visto llegar desde allí, coronar la lejana colina y acercarse cada vez más; habría observado su avance hacia el fuerte. Habría visto partir a los suyos, llevarse consigo comida, carretas y soldados, huir hasta que en el camino no hubo nadie, hasta que se hizo el silencio, hasta que apareció el segundo ejército, lo bastante lejos como para estar en silencio pero cada vez más cerca.

Nikandros se colocó a su lado.

—Hemos encerrado a Jokaste en una celda del ala este. ¿Algo más?

—¿Qué tal desnudarla y enviarla a Vere como esclava? —sugirió Damen sin apartarse del alféizar.

Su amigo respondió:

—No quieres hacer eso.

—No —convino—. Quiero hacerle algo peor.

Lo dijo con la vista fija en el horizonte. Sabía que no permitiría que fueran irrespetuosos con ella. La recordó en los baños de los esclavos, pisando las frías baldosas de mármol para llegar hasta él. Veía su huella en los ataques que habían tenido lugar en la aldea, en la estratagema para inculpar a Makedon.

—Nadie tiene permitido hablar con ella o entrar en su celda. Ofrecedle todas las comodidades. Pero que no se acerque a ningún hombre. —Ya no era ningún tonto. Conocía sus dotes—. Pon a tus mejores soldados en su puerta, a los más leales, y que no les gusten las mujeres.

—Asignaré a Pallas y Lydos —contestó Nikandros con un asentimiento, y se marchó a cumplir lo que le habían ordenado.

Al estar familiarizado con la guerra, Damen sabía lo que tocaba ahora. No obstante, sintió una triste satisfacción cuando sonó el primer aviso en las torres de vigilancia; el sistema de alarma al completo cobró vida: sonaron los

cuernos de las torres interiores, sus hombres se pusieron a gritar órdenes, tomaron posiciones en las almenas y salieron en tropel para guarnecer las puertas. Puntuales.

Meniados había huido. Damen tenía en su poder el fuerte y a la influyente prisionera política que era Jokaste. Y él y sus ejércitos se dirigían al sur.

Los heraldos del regente habían llegado a Karthas.

Sabía qué veían los verecianos cuando lo miraban: un bárbaro en su salvaje esplendor.

No hizo nada para atenuar esa impresión. Se sentó vestido con la armadura en el trono. Llevaba los musculosos muslos y brazos al aire. Observó al heraldo del regente entrar en el salón.

Laurent estaba sentado a su lado en un trono idéntico. Damen dejó que el heraldo del regente los viera, dos reyes flanqueados por soldados akielenses ataviados con armaduras de guerra hechas para matar. Dejó que procesara la sala de piedra desnuda de un fuerte provincial, repleta de soldados armados con lanzas, en la que el Mataprÿncipes se sentaba junto al príncipe vereciano en el estrado, ataviado con el mismo cuero bruto que sus soldados.

Permitió que viese también a Laurent, la imagen de realeza unida que ofrecían. Laurent era el único vereciano en una sala atestada de akielenses. A Damen le gustaba. Le gustaba tenerlo a su lado y que el heraldo del regente viera que el príncipe tenía a Akielos de su parte, a Damianos de Akielos, en la arena de guerra que había escogido.

El heraldo del regente iba acompañado de una partida de seis hombres: cuatro guardias ceremoniales y dos dignatarios verecianos. Caminar por un salón de akielenses armados los ponía nerviosos, aunque se acercaron a los tronos con actitud insolente y no hincaron la rodilla. El emisario del regente se detuvo en seco al llegar a los escalones del estrado. Miró a Damen con arrogancia.

Damen se había desplomado en el trono y presenció lo que ocurría repantigado a sus anchas. En Ios, los soldados de su padre habrían agarrado al heraldo del brazo para obligarlo a postrarse y, acto seguido, le habrían pisado la cabeza para que besase el suelo con la frente.

Alzó ligeramente los dedos. Con ese ademán imperceptible, impidió que sus hombres hicieran lo mismo en esa ocasión. Damen recordaba con claridad lo que había sucedido la última vez. Recibieron al heraldo del regente con prisas en un patio, Laurent estaba pálido, batiendo el suelo con fuerza a lomos de su caballo, y giraba su montura para encarar al emisario de su tío.

Recordaba la arrogancia del heraldo, sus palabras y el saco de arpillera enganchado a su silla.

Era el mismo heraldo. Damen reconoció su pelo, ahora más oscuro, su tez, sus espesas cejas y el bordado estampado en la chaqueta vereciana que llevaba atada. Su comitiva formada por cuatro guardias y dos oficiales se detuvo tras él.

—Asumimos que el regente se rindió en Charcy —dijo Damen.

El heraldo enrojeció.

—El rey de Vere envía un mensaje.

—El rey de Vere está sentado con nosotros —aclaró Damen—. No admitimos que su tío reclame el trono. Es un impostor.

El emisario se obligó a fingir que no había oído nada. Miró a Laurent.

—Laurent de Vere. Vuestro tío os brinda su amistad de buena voluntad. Os ofrece la oportunidad de recuperar vuestro buen nombre.

—¿Y no me trae una cabeza en una bolsa? —preguntó Laurent.

Su tono era afable. Estaba sentado en una postura relajada, tenía una pierna estirada y reposaba la muñeca con elegancia en el brazo de madera; el cambio de poder era evidente. Ya no era el sobrino que iba por libre y luchaba únicamente en la frontera. Era una fuerza significativa que se había impuesto hacía poco y que contaba con tierras y ejército propio.

—Vuestro tío es un buen hombre. El Consejo ha exigido vuestra cabeza, pero vuestro tío no les hará caso. No dará crédito a los rumores que dicen que os habéis vuelto contra vuestro pueblo. Quiere daros la oportunidad de demostrar lo que valéis.

—Demostrar lo que valgo —se mofó Laurent.

—Un juicio justo. Venid a Ios. Plantaos ante el Consejo y defendeos. Si os declaran inocente, os devolverán lo que es vuestro.

—Lo que es mío. —Era la segunda vez que Laurent repetía las palabras del heraldo.

—Vuestra Alteza —dijo uno de los dignatarios, y a Damen le sorprendió reconocer a Estienne, un aristócrata inferior de la facción de Laurent.

Estienne hizo gala de su buena educación y se quitó el sombrero.

—Vuestro tío ha sido justo con los que se consideran vuestros seguidores. Lo único que quiere es recibiros con los brazos abiertos. Os aseguro que el juicio es una mera formalidad para aplacar al Consejo —dijo Estienne mientras aferraba el sombrero—. Aunque haya habido algunas… indiscreciones sin importancia, bastará con que os mostréis arrepentido para que os abra su corazón. Sabe tan bien como vuestros seguidores que lo que se

rumorea de vos en Ios no es… No puede ser cierto. Vos no traicionaríais a Vere.

Laurent miró a Estienne únicamente durante un instante y, acto seguido, devolvió su atención al heraldo.

—¿Me devolverán lo que es mío? ¿Dijo eso? Dime sus palabras exactas.

—Si os presentáis a juicio en Ios —dijo el heraldo—, os devolverán lo que es vuestro.

—¿Y si me niego?

—Si os negáis, os ejecutarán —sentenció el emisario—. Vuestra muerte se hará pública y será la de un traidor. Se expondrá vuestro cuerpo en las puertas de la ciudad para que todo el mundo lo vea. Lo que quede no recibirá sepultura. No se os enterrará con vuestro padre y vuestro hermano. Se eliminará vuestro nombre del registro familiar. Vere no os recordará y arrojarán vuestras posesiones. Esa es la promesa del rey y mi mensaje.

Laurent no dijo nada, se sumió en un silencio que no era propio de él. Damen se percató de las señales imperceptibles: la tensión en sus hombros y su mandíbula. Entonces, miró al heraldo con intensidad.

—Vuelve con el regente —dijo Damen—, y dile esto: todo lo que por derecho pertenece a Laurent le será devuelto cuando sea rey. Las falsas promesas de su tío no nos tientan. Somos los reyes de Akielos y Vere. Mantendremos nuestra postura y nos encontraremos con él en Ios en cuanto nos pongamos a la cabeza de nuestros ejércitos. Se enfrentará a la unión de Vere y Akielos. Y nuestro poder lo hará caer.

—Alteza —dijo Estienne, que ahora agarraba el sombrero, inquieto—. Por favor. ¡No podéis apoyar a este akielense, no después de lo que se ha dicho de él, no después de lo que ha hecho! Los crímenes de los que se le acusa son peores que los vuestros.

—¿Y de qué se me acusa? —preguntó Damen con absoluto desdén.

El emisario respondió en un akielense perfecto. Proyectó la voz para que llegase a todos los rincones del salón.

—Eres un parricida. Mataste a tu propio padre, el rey Theomedes de Akielos.

Mientras en el salón se desataba el caos, los akielenses gritaban de furia y los espectadores se ponían en pie de un salto, Damen miró al heraldo y dijo en voz baja:

—Lleváoslo de mi vista.

Pegó un brinco de su trono y se dirigió hasta una ventana. Era muy pequeña y tenía un cristal muy grueso, por lo que el patio se veía borroso. Habían despejado el salón a su orden. Intentó estabilizar su respiración. En el salón, los akielenses habían proferido gritos de indignación y de furia. Se dijo que no habría nadie que pensase ni por un segundo que él había…

Le iba a estallar la cabeza. El hecho de que Kastor hubiese matado a su padre y después mintiese de esa manera, adulterase la verdad y se fuese de rositas lo ponía furioso y hacía que se sintiera impotente.

Le costaba digerir tal injusticia. Se le antojaba el desgarro que ponía punto y final a su relación, como si antes de ese momento hubiera habido alguna esperanza de llegar a Kastor y, ahora, un abismo insalvable los separase. Era peor que convertirlo en prisionero, peor que convertirlo en esclavo. Kastor lo había convertido en el asesino de su padre. Notó la influencia de la sonrisa del regente, su tono de voz dulce y de persona razonable. Pensó en las mentiras del regente difundiéndose, arraigándose; en el pueblo de Ios, que lo consideraba un asesino y en la muerte de su padre, deshonrada y usada en su contra.

Para que su gente desconfiase de él, para que sus amigos renegasen de él, para convertir lo mejor de su vida, lo que más había querido en un arma para herir…

Se volvió. Laurent estaba de pie solo al fondo del salón.

De repente, empezó a ver doble y contempló al príncipe vereciano tal cual estaba: aislado. El regente era el artífice; había hecho que el número de gente que lo apoyaba mermase y había puesto a su pueblo en su contra. Se acordó de cuando había intentado convencer a Laurent de que el regente era benevolente en Arles; había sido tan ingenuo como Estienne. Toda la vida le habían dicho lo mismo.

Con voz firme y comedida, afirmó:

—Se cree que me va a provocar. No puede. Ni me voy a dejar llevar por la ira ni me voy a precipitar. Voy a reclamar las provincias de Akielos una a una y, cuando marche sobre Ios, le haré pagar por lo que ha hecho.

Laurent se limitó a seguir observándolo con una expresión ligeramente evaluadora en el rostro.

—Dime que no estás considerando su oferta —le pidió Damen.

El vereciano no respondió de inmediato. Damen añadió:

—No puedes ir a Ios. No te van a someter a ningún juicio. Te matará.

—Me sometería a juicio —repuso Laurent—. Es lo que quiere. Quiere que demuestre que no soy apto. Quiere que el Consejo lo ratifique como rey y, así,

gobernar y que su reivindicación sea totalmente legítima.

—Pero…

—Me sometería a juicio —lo interrumpió Laurent en un tono bastante firme—. Tendría una fila de testigos que jurarían que soy un traidor. Laurent, el depravado haragán que vendió su país a Akielos y se abrió de piernas para el matapríncipes akielense. Y cuando no me quedase ninguna reputación que mantener, me llevarían a la plaza pública para asesinarme ante una multitud. No estoy considerando su oferta.

Al mirarlo, Damen reparó en que quizá el juicio tuviese algún atractivo irresistible para Laurent, quien, muy en el fondo, debía de desear limpiar su nombre. Pero el príncipe estaba en lo cierto: cualquier juicio sería una sentencia de muerte, una representación concebida para humillarlo y, posteriormente, acabar con él; y todo ello por la espantosa orden del regente de que fuese un espectáculo público.

—Entonces, ¿qué?

—Hay algo más —dijo Laurent.

—¿A qué te refieres?

—A que mi tío no le tiende la mano a alguien para que se la rechace. Nos ha enviado al heraldo por un motivo. Hay algo más. —Y añadió casi sin ganas—: Siempre hay algo más.

Se oyó un ruido en la entrada. Damen se volvió para ver a Pallas vestido con el uniforme completo.

—Es *lady* Jokaste —dijo Pallas—. Quiere veros.

Durante el tiempo que su padre estuvo moribundo, ella y Kastor continuaron con su aventura.

Eso era lo único en lo que podía pensar mientras miraba fijamente a Pallas. Aún tenía el pulso acelerado por la acusación y la traición de Kastor. Pensó en su padre, que se debilitaba con cada respiración. Nunca se lo había comentado a Jokaste; de hecho, nunca había sido capaz de hablar de ello con nadie, pero, en ocasiones, había abandonado el lecho de su padre enfermo en busca de consuelo en ella, en su cuerpo, sin mediar palabra.

Era consciente de que no estaba en sus cabales. Quería arrancarle la verdad con las manos desnudas. «¿Qué has hecho? ¿Qué planeasteis tú y Kastor?». Era consciente de que, en ese estado, se mostraría indefenso ante Jokaste, cuya especialidad, como la de Laurent, era buscar el punto débil de su víctima y presionarla.

Echó un vistazo a Laurent y, sin emoción en la voz, dijo:

—Encárgate tú.

Laurent se quedó mirándolo un buen rato, como si buscase algo en su semblante. Acto seguido, asintió sin articular palabra y se encaminó a los calabozos.

Pasaron cinco minutos. Diez. Soltó una palabrota, se apartó de la ventana e hizo lo que sabía que no debía hacer. Abandonó el salón y descendió los desgastados escalones de piedra que conducían a las celdas. Al llegar a la reja de la última puerta, oyó una voz al otro lado y se detuvo.

Las celdas de Karthas eran frías, húmedas, estrechas y se encontraban bajo tierra, como si Meniados de Sicyon no hubiera previsto nunca tener prisioneros políticos, lo cual era probable. La temperatura había bajado; hacía más frío allí, bajo el fuerte, rodeado de piedra labrada. Atravesó la primera puerta, los guardias se cuadraron y se adentró en un pasillo con el suelo desnivelado. La segunda puerta tenía unas rejas firmes a través de las cuales se atisbaba el interior de la celda.

La vio recostada en un asiento tallado de forma exquisita. Su celda estaba limpia y muy amueblada; Damen había ordenado que le llevaran tapices y cojines de su solar.

Laurent se encontraba de pie delante de ella.

Damen se detuvo, oculto entre las sombras que había tras la puerta enrejada. Verlos juntos le revolvió el estómago. Oyó una voz fría que le resultaba familiar.

—No vendrá —le aseguró Laurent.

Parecía una reina. Llevaba el pelo recogido en una trenza, sujeta con un gancho con una perla; una corona de rizos dorados y elegantes sobre su cuello largo y esbelto. Estaba sentada en un asiento bajo y reclinable, y algo en su postura evocaba la de su padre, el rey Theomedes, en su trono. Encima del sencillo vestido blanco asido a los hombros llevaba un chal bordado en seda de un bermellón espléndido que alguien le había permitido quedarse. Bajo sus arqueadas cejas doradas se encontraban sus ojos de color añil.

El parecido entre ella y Laurent, tanto en el color de piel como en la frialdad, la inteligencia, la falta de sentimientos y la indiferencia con que se miraban era tal que resultaba perturbador y extraordinario al mismo tiempo.

Entonces, Jokaste dijo en un vereciano claro y sin acento:

—Damianos me ha enviado a su chico de cama. Rubio, de ojos azules y tan tapadito como una doncella. Eres justo su tipo.

—Sabes quién soy —advirtió Laurent.

—El príncipe de moda —contestó Jokaste.

Hubo una pausa.

Damen necesitaba dar un paso adelante, anunciar que estaba allí y detener lo que ocurría. Observó que Laurent se apoyó en la pared.

Y dijo:

—Si me estás preguntando si me lo he follado, la respuesta es sí.

—Creo que los dos sabemos que no eras tú el que daba. Tú estabas bocarriba con las piernas en alto. No ha cambiado tanto.

La voz de Jokaste era tan refinada como su porte, como si las palabras de Laurent o las suyas mismas no pudiesen impedirle mostrar sus impecables modales.

—La cuestión es cuánto te gustó.

Damen colocó una mano en la madera que había al lado de la rejilla para estar lo más atento posible a la respuesta de Laurent. Cambió de postura para intentar atisbar su rostro.

—¿Conque esas tenemos, eh? ¿Vamos a compartir historietas? ¿Quieres que te diga cuál es mi postura favorita?

—Supongo que se parecerá a la mía.

—¿Encerrada? —aventuró Laurent.

Le tocaba a ella hacer una pausa. Empleó ese tiempo para examinar detenidamente sus rasgos, como si estuviese comprobando la calidad de la seda. Se los veía muy a gusto a los dos. Era a Damen a quien el corazón le iba a mil.

—¿Me estás preguntando cómo fue? —preguntó ella.

Damen no se movió, no respiró. Conocía a Jokaste, conocía el peligro. Se quedó clavado en el sitio mientras Jokaste seguía analizando la cara de Laurent.

—Laurent de Vere. Dicen que eres frígido. Que rechazas a todos tus pretendientes, que no ha habido ningún hombre lo bastante bueno para hacer que te abras de piernas. Creo que pensaste que sería una experiencia salvaje y de mucho contacto físico, y puede que una parte de ti incluso quisiese que fuera así. Pero ambos sabemos que Damen no hace el amor así. Te lo hizo despacio. Te besó hasta que empezaste a desearlo.

—Por mí puedes continuar —la instó Laurent.

—Dejaste que te desnudara. Permitiste que te pusiera las manos encima. Dicen que odias a los akielenses, pero consentiste que uno se metiera en tu cama. No esperabas sentir lo que sentiste cuando te tocó. No imaginabas lo que sería tenerlo encima, que te dedicase toda su atención y que te deseara.

—Te has saltado la parte cerca del final, cuando estaba disfrutando tanto que me permití olvidar lo que había hecho.

—No puede ser… eso es lo que pasó de verdad.

Otra pausa.

—Qué emocionante, ¿verdad? —Jokaste retomó la conversación—. Nació para ser rey. No es un suplente o una segunda opción como tú. Reina sobre los hombres solo con respirar. Cuando entra en una habitación, se adueña de ella. La gente lo quiere. Igual que a tu hermano.

—Mi difunto hermano —completó Laurent—. ¿Es ahora cuando pasamos a la parte en que me abro de piernas para el asesino de mi hermano? Cuéntamela de nuevo.

No vio el rostro de Laurent mientras lo decía, pero su tono de voz sonaba natural, como lo era su elegante modo de apoyarse en el muro de piedra de la celda.

—¿Cuesta cabalgar junto a un hombre que es más rey que tú? —preguntó Jokaste.

—Que Kastor no te oiga llamarlo así.

—¿O acaso es eso lo que te gusta? Que Damen sea lo que tú nunca serás. Que tenga seguridad, confianza en sí mismo y poder de convicción. Anhelas eso. Cuando proyecta todo eso en ti, te hace sentir que eres capaz de hacer cualquier cosa.

—Ahora los dos estamos siendo sinceros —señaló el príncipe.

Hubo una pausa diferente. Jokaste volvió a mirar fijamente a Laurent.

—Meniados no abandonará a Kastor para unirse a Damianos —declaró Jokaste.

—¿Por qué no?

—Porque cuando Meniados huyó de Karthas, lo animé para que se fuese con Kastor, quien lo matará por dejarme aquí sola.

Damen se quedó helado.

—Ahora, dejemos a un lado los cumplidos de rigor. Poseo cierta información. Me ofrecerás clemencia a cambio de lo que sé. Negociaremos, y cuando hayamos llegado a un acuerdo que nos beneficie a ambos, regresaré a Ios con Kastor. Al fin y al cabo, Damianos te ha enviado aquí para eso —dijo Jokaste.

Parecía que Laurent también se dedicaba a estudiarla. Cuando se decidió a hablar, el tono que empleó no fue precisamente de urgencia.

—No. Me ha enviado para que te diga que no eres importante. Te quedarás aquí hasta que lo coronen en Ios y, luego, te ejecutarán por traición.

No volverá a verte nunca.

Laurent se apartó de la pared.

—Pero gracias por la información sobre Meniados —añadió el vereciano —. Ha sido muy útil.

Casi había llegado a la puerta cuando ella volvió a hablar.

—No me has preguntado por mi hijo.

Laurent se detuvo y se volvió.

Entronizada en el diván reclinable, tenía un aspecto majestuoso, como una reina esculpida en un friso de mármol que presidía una estancia.

—Se adelantó. Fue un parto largo. Duró de la noche a la mañana. Es un niño. Lo estaba mirando a los ojos cuando nos enteramos de que los soldados de Damen estaban en camino. Tuve que dejar que se marchara, por seguridad. Separar a una madre de su hijo… ¡qué horror!

—¿Y ya está? ¿En serio? —preguntó Laurent—. ¿Unos cuantos pinchazos y el pésimo encanto de la maternidad? Pensaba que eras una adversaria. ¿De verdad creías que la suerte de un hijo bastardo conmovería a un príncipe de Vere?

—Debería —replicó Jokaste—. Es el hijo de un rey.

El hijo de un rey.

Damen estaba mareado, como si se moviese el suelo bajo sus pies. Había pronunciado aquellas palabras con total tranquilidad, como todos sus comentarios, pero aquello lo cambiaba todo; la idea de que podía ser… de que era…

Su hijo.

Todo seguía un patrón: que el parto se hubiese adelantado; que Jokaste se hubiese ido muy al norte para dar a luz, a un lugar en el que se pudiese ocultar la fecha de nacimiento, y que en Ios se hubiese tapado con varias prendas los primeros meses de embarazo para que no se enteraran ni él ni Kastor.

Las facciones de Laurent habían palidecido a causa de la conmoción. Se quedó mirando fijamente a Jokaste como si lo hubiese pegado.

Incluso asombrado como se hallaba, el absoluto horror de Laurent se le antojaba desmesurado. Damen no lo entendía; no entendía la mirada del príncipe ni la de Jokaste.

Entonces, Laurent dijo, horrorizado:

—Has enviado al hijo de Damianos con mi tío.

—¿Ves? Soy una adversaria. No voy a pudrirme en una celda. Le dirás a Damen que exijo verlo. Te aseguro que esta vez no enviará a un chico de cama.

Capítulo doce

ERA RARO QUE SOLO pudiese pensar en su padre.

Estaba en sus aposentos, sentado en el filo de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y se restregaba los ojos con la base de las manos.

Laurent se había girado y lo había visto por entre las rejas; eso era lo último de lo que había sido plenamente consciente. Retrocedió un paso, luego otro y, después, se volvió y subió las escaleras a empujones, rumbo a los cuarteles. Lo veía todo borroso. Nadie lo había molestado desde entonces.

Necesitaba estar en silencio y a solas y disponer de tiempo para pensar, pero no lo lograba; el martilleo que resonaba en su cabeza era demasiado fuerte y los sentimientos que anidaban en su pecho estaban hechos una maraña.

Puede que tuviese un hijo, y solo podía pensar en su padre.

Era como si se hubiera roto una membrana protectora y todas las emociones que había reprimido quedasen a la vista tras esa grieta. No le quedaba nada más por contener, solo la terrible e intensa sensación que le provocaba el hecho de que le negasen una familia.

El último día que pasó en Ios, estaba de rodillas mientras su padre le acariciaba el cabello con esfuerzo. Por aquel entonces era demasiado ingenuo y estúpido como para darse cuenta de que la enfermedad de su padre en realidad se trataba de un asesinato. El olor a sebo y a incienso y la respiración forzada de su padre creaban una mezcla densa. Las palabras de su progenitor estaban hechas de aliento, no había ni rastro de su voz grave.

«Di a los médicos que me pondré bien», le había dicho su padre. «Deseo ser testigo de todos los logros de mi hijo cuando suba al trono».

Solo había conocido a uno de sus progenitores. Para él, su padre era un conjunto de ideales, un hombre al que admiraba, al que se esforzaba por complacer, una figura ejemplar con la que se comparaba. Desde su muerte, no se había permitido pensar en nada ni sentir nada que no fuera la certeza de que regresaría, de que vería su hogar de nuevo y recuperaría su trono.

Se sentía como si estuviera ante su padre y este le atusase el pelo, algo que jamás volvería a hacer. Siempre había querido que estuviera orgulloso de él, pero le había acabado fallando.

Hubo un ruido en la entrada. Alzó la vista y vio a Laurent.

Damen respiró entrecortadamente. El príncipe entró y cerró la puerta. Tendría que lidiar también con eso. Trató de recomponerse.

Entonces, Laurent dijo:

—No. No he venido a… He venido y punto.

De pronto, reparó en que la habitación estaba a oscuras, pues había anochecido y nadie había acudido a encender las velas. Debía de llevar horas ahí dentro. Alguien no había dejado entrar a los criados. Ni a nadie. Alguien había hecho que tanto los generales como los nobles y las personas que tenían asuntos pendientes con el rey se fuesen por donde habían venido. Cayó en la cuenta de que había sido Laurent quien había procurado que estuviese solo. Y su gente, al temer al fiero y desconocido forastero, había obedecido las órdenes del príncipe y no había entrado. Se sentía estúpido y profundamente agradecido.

Miró a Laurent con la intención de decirle cuánto significaba eso para él, aunque, dado el estado en el que se encontraba, tardaría un rato en ser capaz de hablar.

Antes de que pudiera decir algo, notó los dedos de Laurent en la nuca; el contacto lo tomó desprevenido en medio de la vorágine que sentía mientras el vereciano se limitaba a atraerlo hacia sí. Al venir de él, fue un abrazo torpe, amable, inusitado y frío, pues era evidente que le faltaba experiencia.

Si alguna vez le habían ofrecido algo así de adulto, no lo recordaba. Ni siquiera recordaba haberlo necesitado, aunque tal vez le hacía falta desde que habían sonado las campanas en Akielos y no se había permitido pedirlo nunca. Se acercó a él y cerró los ojos.

Pasó el tiempo. Era consciente de sus latidos, lentos pero fuertes, de su delgadez y del calor que desprendía. Resultaba agradable por otro motivo.

—Te estás aprovechando de mis buenas intenciones —le susurró Laurent al oído.

Él se tiró hacia atrás, pero no se apartó del todo; Laurent tampoco parecía esperar que lo hiciera. El príncipe movió las sábanas cuando se acomodó a su lado, como si para ellos fuera normal estar sentados juntos, con los hombros a punto de tocarse.

Esbozó una media sonrisa.

—¿No me vas a dar uno de tus llamativos pañuelos verecianos?

—Usa lo que llevas puesto. Total, miden casi lo mismo.

—Pobres verecianos, siempre tan susceptibles. Todas esas muñecas y esos tobillos…

—Y esos brazos y esos muslos y el resto del cuerpo…

—Mi padre está muerto.

Esas palabras ponían punto y final a su relación. Había enterrado a su padre en Akielos, bajo los pasillos silenciosos rodeados de columnas, donde el dolor y el caos de sus últimos días no volverían a molestarlo. Miró a Laurent.

—Para ti era un belicista. Un rey violento con espíritu guerrero que invadió tu país con la excusa más pobre del mundo, ávido de tierras y gloria para Akielos.

—No —contestó Laurent—. No tenemos por qué hablar de esto ahora.

—Un bárbaro con ambiciones bárbaras que solo sabía gobernar con la espada. Lo odiabas —prosiguió Damen.

—Te odiaba a ti —lo corrigió el príncipe—. Te odiaba tanto que pensaba que me ahogaría en ese odio. Si mi tío no me lo hubiese prohibido, te habría matado. Y después, me salvaste la vida y siempre estabas cuando te necesitaba; también te odiaba por eso.

—Maté a tu hermano.

El silencio y el dolor se prolongaron. Se obligó a mirar a Laurent, una presencia luminosa y afilada a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Damen.

Se lo veía pálido a la luz de la luna; contrastaba con las oscuras sombras que los envolvían.

—Sé lo que es perder a tu familia —respondió Laurent.

En el cuarto reinaba la calma. No se oía ningún movimiento al otro lado de las paredes, ni siquiera a esas horas. En un fuerte nunca había silencio; los soldados, los ayudantes y los esclavos ya se encargaban de que así fuera. En el exterior, los guardias hacían sus rondas nocturnas. Los centinelas, que acechaban en la oscuridad, patrullaban las murallas.

—¿Crees que tenemos un futuro juntos? —soltó Damen. Notó que Laurent se quedaba muy quieto a su lado.

—¿Te refieres a si volveré a meterme en tu cama durante el poco tiempo que nos queda?

—Me refiero a que tenemos el centro. Todo lo que hay desde Acquitart a Sicyon es nuestro. ¿No podríamos crear un nuevo reino y gobernarlo juntos? ¿O acaso soy peor opción que una princesa patrense o la hija del Imperio?

Se obligó a decir solo eso, aunque las palabras se le agolpaban en la garganta. Aguardó. Le sorprendió lo mucho que le dolía la espera; y cuanto más esperaba, más sentía que no podría soportar la respuesta. Estaba en un sinvivir.

Cuando se obligó a mirar a Laurent, este lo observaba con ojos oscuros y le dijo en voz baja:

—¿Cómo puedes confiar en mí después de lo que te ha hecho tu propio hermano?

—Porque él era falso —repuso Damen en la quietud del fuerte—. Y tú eres auténtico. En mi vida he conocido a un hombre más auténtico que tú. Creo que si te entregase mi corazón, lo tratarías con ternura.

Laurent giró la cabeza para que Damen no le viese la cara, pero veía el vaho que emitía. Al cabo de un rato, el príncipe le contestó en voz baja:

—Cuando me haces el amor así, no puedo pensar.

—Pues no pienses —lo animó.

Damen se percató del cambio en el ambiente, de la tensión, mientras las palabras libraban una batalla en su interior.

—No… —titubeó Laurent—. No juegues conmigo. No tengo… No tengo forma de… defenderme de ti.

—No estoy jugando contigo.

—Yo…

—No pienses —le aconsejó Damen.

—Bésame —le pidió Laurent, que se sonrojó; un rubor intenso le tiñó las mejillas.

«No pienses», le había dicho Damen, pero Laurent era incapaz de obedecerlo. Incluso quedarse ahí sentado después de lo que había dicho requería librar una batalla mental.

Las palabras flotaban en el aire. Lo había dicho sin pensar y, aunque estaba abochornado, no se retractó. Aguardó. El cuerpo le temblaba de la tensión.

En lugar de acercarse a él, Damen le tomó la mano, la atrajo hacia sí y le besó la palma una vez.

Durante la única noche que habían pasado juntos, había aprendido a distinguir cuándo tomaba a Laurent por sorpresa o desprevenido. Costaba saber cómo iba a reaccionar, su falta de experiencia no se parecía a nada que conociese. Y así se lo demostraba ahora, mirándolo con esos ojos tan oscuros, sin saber qué hacer.

—Digo…

—¿No te dejo pensar?

Laurent no respondió. Damen esperó. El fuerte estaba en calma.

—No soy… —empezó a decir Laurent. Y al ver que pasaba demasiado tiempo, prosiguió—: No soy tan inocente como para que me tengas que llevar de la manita a cada paso.

—Ah, ¿no?

Y entonces lo entendió. El recelo que mostraba Laurent en esos momentos no era como los altos muros de una ciudadela protegida, sino el de un hombre que no estaba nada acostumbrado a bajar la guardia.

Tras un instante, dijo:

—En Ravenel, hacía… hacía mucho tiempo que no… que no me acostaba con nadie. Estaba nervioso.

—Lo sé —admitió Damen.

—Ha habido… —contestó Laurent, pero se interrumpió—. Solo ha habido otro.

—Yo tengo algo más de experiencia —reconoció Damen en voz baja.

—Ya, salta a la vista enseguida.

—Ah, ¿sí? —preguntó ligeramente complacido.

—Sí.

Miró a Laurent. Estaba sentado justo en el filo de la cama y aún le apartaba un poco la cara. Una luz tenue permitía ver las formas de los arcos, los muebles, la cama, acolchada desde los pies hasta el cabezal curvo, y la base de esta, de un mármol rígido.

Le dijo en voz baja:

—Nunca te haría daño.

Por la rara forma de respirar del príncipe, advirtió que no lo creía, y se percató de lo que había dicho.

—Sé que te he hecho daño —concedió Damen.

Laurent se esmeraba en permanecer inmóvil, se esmeraba hasta en respirar. No se volvió para mirar a Damen.

—Te hice daño.

—Ya vale, para —le urgió Laurent.

—No estuvo bien. Solo eras un niño. No te merecías lo que te pasó.

—He dicho que vale.

—¿Tanto te cuesta oírlo?

Pensó en Auguste y en que ningún niño se merecía perder a su hermano. En el cuarto reinaba la calma. Laurent no lo miró. Con toda la intención del mundo, Damen se recostó. Relajado, apoyó las manos en la cama. No

alcanzaba a comprender las fuerzas que se revolvían en el interior de Laurent, pero un impulso lo empujó a hablar.

—Durante mi primera vez no dejé de moverme. Estaba impaciente y no tenía ni idea de qué hacer. No es como en Vere, la gente no se acuesta en público para que los demás lo veamos. Todavía me ocurre cuando estoy a punto de acabar. Me concentro tanto que me descontrolo.

Se hizo un silencio demasiado largo. No quiso romperlo, pues se percató de que Laurent estaba tenso.

—Me gustó que me besaras —dijo Laurent con esfuerzo—. Cuando me tomaste con la boca… Era la primera vez que… hacía eso. Me gustó que me…

Laurent comenzó a jadear en cuanto Damen se incorporó.

Había besado a Laurent como esclavo, nunca siendo él. Ambos notaron la diferencia, la expectación que precedía al beso era tan intensa que parecía que ya se estuviesen besando.

Los centímetros que los separaban no eran nada y lo eran todo. Laurent reaccionaba de varias maneras cuando lo besaba: o se tensaba o se volvía vulnerable o se acaloraba. Lo que más le gustaba era que se tensara, como si solo ese gesto fuese demasiado para él, como si lo superase. Y aun así, se lo había pedido: «Bésame».

Damen levantó la mano, enterró sus dedos en el pelo suave y corto de la nuca de Laurent y le rodeó el cuello. Nunca habían estado tan cerca, no tras haber confesado quién era.

Cuanto más se acercaba Damen, más se tensaba el príncipe; estaba rozando el límite.

—No soy tu esclavo —le recordó Damen—. Soy un hombre.

Le había pedido que no pensase porque era más fácil que decirle: «Tómame por quien soy».

De pronto, no pudo soportarlo. Quería hacerlo sin fingir, sin excusas. Se enroscaba el pelo de Laurent en los dedos con ahínco.

—Soy yo —prosiguió Damen—. Soy yo. Estoy aquí, contigo. Di cómo me llamo.

—Damianos.

Sintió que a Laurent se le partía el alma al decirlo; su nombre era una confesión, una afirmación sincera que salía de él. Laurent se había abierto en canal para él y no tenía nada que esconder. Lo oía llamarlo matapríncipes.

Laurent se estremecía mientras se besaban, como si, al abandonarse al dolor que le provocaba haber cambiado a su hermano por su amante, estuviera

en una realidad ajena a Damen en la que leyenda y hombre confluían. Aunque quizá fuera un impulso autodestructivo lo que movía a Laurent, Damen no era lo bastante noble como para rendirse. Quería hacerlo; un deseo puramente egoísta lo invadió al recordar que Laurent sabía quién era y, aun así, quería acostarse con él.

Empujó al príncipe y se colocó encima de él. Este lo agarraba del pelo con fuerza, pero, tapado hasta el cuello como iba, solo podían besarse. Pese a ser una maraña de brazos y piernas, no estaban lo bastante cerca. Damen, indefenso, pasaba las manos por las ceñidas prendas mientras Laurent lo besaba con desesperación. El deseo ardía con un resplandor doloroso.

Formaba parte del beso, como debía ser. Le pesaba el cuerpo, sentía otro tipo de penetración. Los temblores de Laurent no se correspondían con los de una barrera que se hace añicos, sino que eran los estremecimientos propios de alguien cuyas barreras caen una tras otra y dan paso a lugares inexplorados, cada uno más recóndito que el anterior.

«Matapríncipes».

El vereciano se escurrió y empujó a Damen para ponerse encima y mirarlo desde arriba. Respiraba deprisa y, bajo la tenue luz que los envolvía, se le veían las pupilas dilatadas. Por un instante, se miraron fijamente. Laurent lo recorrió de arriba abajo con unos ojos oscuros; tenía las rodillas a cada lado de los muslos de Damen. Era su única oportunidad para detenerse, para irse.

En cambio, Laurent se lanzó a por el broche dorado con forma de león que llevaba Damen al hombro y se lo arrancó de un tirón. Rodó por el suelo de mármol y acabó en el extremo más alejado de la cama, a la derecha.

Las ropas cayeron, pues ya no estaban sujetas, y el cuerpo de Damen quedó a la vista de Laurent.

—Yo…

Damen se apoyó en un brazo en un acto reflejo para incorporarse, pero la mirada de Laurent lo detuvo.

Era plenamente consciente de que estaba recostado, desnudo, y de que tenía a Laurent encima, sentado a horcajadas. Aún llevaba sus lustrosas botas puestas y el cuello de la chaqueta subido y bien apretado. De repente, tuvo la frágil ilusión de que Laurent se levantaría y se pasearía por los aposentos o se sentaría en una silla delante de él y le daría unos sorbitos al vino con las piernas cruzadas mientras Damen se quedaba en la cama con el cuerpo al aire.

Pero no ocurrió nada de eso. Laurent se llevó las manos al cuello. Sin dejar de mirar a Damen a los ojos, despacio, se desató uno de los cordones que le ajustaban el cuello de la chaqueta.

El calor que notó al verlo hacer ese gesto fue superior a sus fuerzas. La cruda realidad de sus identidades se imponía. Ese era el hombre que había ordenado que lo azotaran, el príncipe de Vere, su nación enemiga.

Damen advirtió que Laurent jadeaba. Veía lo que se proponía en sus ojos oscuros. El príncipe se estaba desnudando para él, cordón tras cordón, y a medida que se abría la chaqueta cada vez más, dejaba a la vista la fina camisa blanca que llevaba debajo.

A Damen le ardía la piel. Primero le quitó la chaqueta como quien quita una coraza. Parecía más joven vestido solo con una camisa. Atisbaba la cicatriz que tenía en el hombro, fruto de una cuchillada; se le había curado hacía poco. El pecho de Laurent se movía arriba y abajo. Se le iba a salir el corazón por la boca. Laurent se llevó los brazos a la espalda y se quitó la camisa.

Contemplar la piel de Laurent lo impactó. Quería tocarla, recorrerla con las manos, pero estaba clavado en el sitio, embargado por la intensidad de aquel momento. Era evidente que el príncipe estaba tenso, desde sus pezones, duros y rosados, hasta los firmes músculos de su abdomen, y por un momento se limitaron a contemplarse, atrapados en la mirada del otro. No era piel lo único que quedó expuesto.

Y Laurent dijo:

—Sé quién eres. Sé quién eres. Eres Damianos.

—Laurent —gimió Damen mientras se incorporaba. No pudo evitarlo: le subió las manos por los muslos, todavía tapados, para agarrarlo de la cintura desnuda. Estaban piel con piel. Le temblaba todo el cuerpo.

Laurent se movió ligeramente y se sentó a horcajadas en el regazo de Damen con los muslos separados. Colocó la mano en la plana superficie de su pecho, encima de la marca que le había dejado Auguste; el contacto hizo que se resintiera. En la tenue luz, su hermano, afilado como un cuchillo, se interponía entre ellos. La cicatriz de su hombro fue lo último que había hecho. Acto seguido, Damen lo había asesinado.

El beso parecía una herida, como si al dárselo Laurent se estuviese atravesando con el cuchillo. Lo besaba con un deje de desesperación, como si necesitara hacerlo; se aferraba a Damen con los dedos mientras se movía, inseguro.

Damen gimió; se sentía egoísta por desearlo. Clavaba los pulgares con fuerza en la carne de Laurent. Le devolvió el beso a sabiendas de que lo hería, de que los hería a ambos. Los dos actuaban desesperados. Sentían una

necesidad acuciante imposible de satisfacer y se percató de que Laurent, al igual que él, también se esforzaba por cubrirla sin darse cuenta.

Tenía pensado hacerle el amor despacio, pero era como si, cuando llegaban al límite, no les quedase más remedio que acelerar. La respiración ligeramente entrecortada de Laurent, los besos apremiantes con los que buscaban acercarse más, Laurent quitándose las botas y despojándose de las capas de seda fina propia de reyes…

—Hazlo.

Laurent se estaba entregando a sus brazos, se ofrecía a él como la primera noche que habían pasado juntos; le estaba brindando su cuerpo, desde la curva de su espalda hasta la inclinación de su cabeza gacha.

—Hazlo. Quiero que lo hagas. Quiero…

Damen no se pudo resistir a abalanzarse hacia delante, subirle la mano por la espalda y acercarse a su objetivo para restregarse contra él despacio, como si lo tomara con dulzura. Laurent arqueó la espalda y a Damen le faltó el aire.

—No podemos, no tenemos…

—Me da igual —replicó Laurent.

El príncipe se estremeció y dio un respingo que no quería decir otra cosa que quería que lo tomase por detrás. Durante un segundo, se movieron ligeramente por instinto, hasta quedar pegados.

No iba a funcionar. La condición física era un obstáculo para el deseo. Enterró la cara en su cuello y gimió. Le recorrió el cuerpo con las manos. De pronto tuvo una fantasía muy explícita y deseó que Laurent fuese una mascota o un esclavo y que su cuerpo no necesitase someterse a un entrenamiento exhaustivo ni que lo persuadiesen para penetrarlo. Sentía que estaba a punto de perder el control y que llevaba así días, meses.

Quería estar dentro de él. Quería sentir que Laurent se entregaba a él por completo. Quería que no hubiese ninguna duda de que el príncipe le había permitido adentrarse en su interior, de que le había dejado hacerlo a él. «Soy yo». Se preparó, como si, con un solo gesto, fuese a entrar en su cuerpo.

Damen le recorrió los muslos con las manos y se los separó un poco. A la vista quedó algo rosa, pequeño y tenso, impenetrable, como el cáliz de una flor.

—Hazlo. Ya te he dicho que me da igual…

Hubo un estruendo. La habitación estaba en penumbra y Damen fue a por el quemador de aceite apagado con tanta torpeza que se le cayó al suelo de mármol y se hizo añicos. Primero, probó a meterle los dedos embadurnados

en óleo. No era una imagen elegante: él, apoyado en la espalda de Laurent, usando como guía una única mano. No entraba del todo.

—Déjame entrar —le pidió, y Laurent hizo un ruido nuevo. Damen apoyó la cabeza entre sus omóplatos. Respiraba entrecortadamente—. Déjame estar dentro de ti.

Aprovechó que cedió un poco para adentrarse despacio. Notaba cada centímetro de su cuerpo mientras el cuarto se desdibujaba a causa de la sensación que lo embargaba. Solo existía eso, el roce de su pecho con su espalda, la inclinación de la cabeza de Laurent y el pelo de su nuca, empapado en sudor.

Damen jadeaba. Era consciente de su peso y de su insistencia, y de Laurent, debajo de él. Se impulsó hacia delante ayudándose de los codos. Entonces, apoyó la frente en el cuello del príncipe y se abandonó a la sensación.

Estaba dentro. Se sentía puro y vulnerable. Nunca había sido más él; Laurent le había dejado penetrarlo pese a saber quién era. Ya se estaba moviendo. El príncipe ahogó un gemido de impotencia en las sábanas: dijo «sí» en vereciano.

Damen se agarró a él con más fuerza en un acto reflejo y enterró la frente en su cuello mientras un calor invadía todo su cuerpo tras escuchar esa declaración de placer. Quería estar lo más pegado posible a Laurent. Quería sentir sus músculos colaborando con él y sus movimientos, que lo animaban a seguir, de modo que cada vez que mirara a Laurent recordase que habían compartido ese momento.

Le rodeó el pecho con el brazo y entrelazó el muslo con el suyo. Aún tenía los dedos aceitosos y envolvía con ellos la parte más excitada y sincera de Laurent. El cuerpo de este reaccionó y trató de encontrar su propio placer. Se movían al unísono.

Se sentía bien. Se sentía muy bien y quería más, quería llegar hasta el final, quería que aquello no acabase jamás. Apenas era consciente de que estaba farfullando en su idioma.

—Te deseo —dijo Damen—. Te deseo desde hace tiempo, nunca he sentido esto por nadie…

—Damen —respondió Laurent sin poder contenerse—. Damen.

La inminente llegada del orgasmo hacía que le temblase el cuerpo. No recordaba bien el momento exacto en que había colocado a Laurent de espaldas, la breve separación, la necesidad de volver a estar dentro de él, la boca del príncipe abriéndose bajo la suya, el tirón que notó cuando Laurent lo

agarró del cuello para que volviese a enterrarse en él. Aplastó a Laurent con su cuerpo y, estremecido por el calor, volvió a adentrarse en él despacio y con firmeza.

Laurent estaba preparado, así que se hundió del todo y de una sola vez. Damen adoptó el ritmo que le pedía el cuerpo. Estaban enredados y follaban con frenesí, sin parar. Estaban perdidos el uno en el otro y, cuando se miraron a los ojos, Laurent volvió a pronunciar su nombre, como si con eso lo dijese todo, como si con su identidad bastase para hacerlo temblar y resollar.

Prueba de ello fue el grito que dio cuando se corrió con Damen dentro de él y su nombre en los labios. Damen estaba absorto; se abandonó a la sensación por completo. El orgasmo le llegó con una vibración intensa que solo era una parte del placer irresistible y fulgurante que lo ahogaba y lo sumió en la inconsciencia.

Capítulo trece

DAMEN AMANECIÓ CON LA figura de Laurent a su lado; iluminaba la cama con su presencia, tan cálida como maravillosa.

Irradiaba alegría, y se permitió mirarlo adormilado; era todo un lujo. Estaba tumbado con la sábana enroscada en la cintura mientras el sol de la mañana lo espolvoreaba con oro. Una parte de Damen había esperado que se marchase, como ya había hecho en una ocasión, que se hubiese desvanecido como las brumas del sueño. La intimidad que habían compartido la noche anterior podría haber sido demasiado para uno de los dos, o para ambos.

Le acarició la mejilla con una sonrisa. Laurent estaba abriendo los ojos.

—Damen —dijo el príncipe.

A Damen le dio un vuelco el corazón, pues lo había dicho con una voz queda, ligeramente avergonzado y contento. Solo había pronunciado su nombre en otra ocasión: la noche anterior.

—Laurent —dijo Damen.

Se miraban fijamente el uno al otro. Para regocijo de Damen, Laurent se estiró para acariciarlo de arriba abajo. Lo miraba como si no terminase de creer que estuviera ahí, como si ni siquiera el hecho de tocarlo fuese confirmación suficiente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Damen con una sonrisa.

—Eres muy… —empezó a decir Laurent, y mientras se sonrojaba, añadió—:… atractivo.

—¿En serio? —se extrañó Damen con una voz sonora y cálida.

—Sí —aseveró Laurent.

Damen esbozó una sonrisa más amplia, se estiró entre las sábanas y se deleitó con la idea; se sentía absurdamente complacido.

—Bueno —admitió Damen, que se giró para mirar a Laurent al cabo de un rato—, tú también.

Laurent agachó un poco la cabeza, a punto de estallar en carcajadas. Y, como un tonto, le contestó con cariño:

—La mayoría me lo dice nada más verme.

¿Era la primera vez que se lo decía? Damen miró a Laurent, que ahora estaba recostado de lado. Estaba un poco despeinado y había un brillo burlón en sus ojos. Dulce y simple por la mañana, la belleza de Laurent era arrebatadora.

—Lo habría hecho —aclaró Damen— si hubiese tenido ocasión de cortejarte como es debido. Si me hubiese presentado ante tu padre con mucha ceremonia. Si nuestros países hubiesen sido… aliados. —Notó que su humor cambiaba al pensar en el pasado. No pareció que Laurent se percatase.

—Gracias, pero sé exactamente cómo habría sido. Tú y Auguste os habríais dado palmaditas en la espalda el uno al otro y habríais asistido a torneos, y yo os habría seguido con la esperanza de llamar tu atención y que me mirases de reojo.

Damen se quedó muy quieto. La facilidad con la que hablaba de Auguste suponía una novedad, por lo que no quiso perturbarlo.

Al cabo de un momento, Laurent añadió:

—Le habrías caído bien.

—¿Incluso después de empezar a cortejar a su hermano pequeño? —preguntó Damen con cautela.

Vio que Laurent se detuvo como cuando lo sorprendían para, acto seguido, mirarlo a los ojos.

—Sí —afirmó en voz baja mientras un ligero rubor le teñía las mejillas.

No pudieron resistirse a besarse, y fue un beso tan dulce y oportuno que Damen sintió cierto dolor. Se apartó. La realidad del mundo exterior lo aplastaba.

—Yo… —No podía decirlo.

—No, escúchame —le pidió mientras lo agarraba con firmeza de la nuca—. No voy a dejar que mi tío te haga daño. —La mirada fija de Laurent transmitía tranquilidad, como si hubiese tomado una decisión y quisiese que Damen lo supiera—. Es lo que vine a decirte anoche. Yo me encargaré.

—Prométeme… —dijo sin pensar—. Prométeme que no le dejaremos…

—Te lo prometo.

Lo decía en serio, su tono era sincero; nada de jueguecitos, solo la verdad. Damen asintió y lo agarró con más fuerza. El beso que se dieron entonces tenía reminiscencias de la desesperación de la noche anterior y albergaba la necesidad de aislarse del mundo exterior y quedarse un rato más envuelto en la capa protectora que formaban los brazos de Laurent alrededor de su cuello. Damen se colocó encima de él y encajó su cuerpo con el suyo. Se les resbaló

la sábana. El lento balanceo empezaba a convertir el beso en algo más profundo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Laurent mientras se volvía hacia el sonido.

—Laurent…

Damen se escandalizó. No dejaba nada a la imaginación y, cuando se abrió la puerta, Pallas entró en los aposentos. Laurent lo saludó sin ningún pudor.

—¿Sí? —le preguntó el príncipe, impasible.

El joven abrió la boca. Damen se hacía una idea de lo que veía Pallas: a Laurent como la fantasía de un virgen al que se acaban de follar, y a él claramente encima, excitadísimo. Se ruborizó hasta la punta de las orejas. En Ios podía tener escarceos amorosos con un amante mientras un esclavo doméstico se ocupaba de sus quehaceres en sus aposentos, pero solo porque un esclavo estaba tan por debajo de su estatus que carecía de importancia. La idea de que un soldado lo viera hacer el amor con Laurent hacía que le explotase la cabeza. Ni siquiera se le conocían amantes, ya no digamos…

Pallas se obligó a mirar el suelo.

—Mis disculpas, eminencia. Vengo a que me digáis cuáles son vuestras órdenes para esta mañana.

—Ahora mismo estamos ocupados. Que un criado prepare los baños y nos traiga comida a media mañana —dispuso Laurent como el gerente que levanta la vista de su escritorio.

—Sí, eminencia.

Pallas se volvió sin mirarlos y se dirigió a la puerta.

—¿Qué pasa? —Laurent miró a Damen, que se había separado de él y estaba sentado, tapándose con la sábana. Ante el creciente placer del descubrimiento que acababa de hacer, añadió—: ¿Acaso eres tímido?

—En Akielos no se hace… —explicó Damen—… delante de los demás.

—¿Ni siquiera el rey?

—Mucho menos el rey —replicó, para quien el rey seguía siendo, en parte, su padre.

—Entonces ¿cómo sabe la corte si los reyes han consumado su matrimonio?

—¡El rey ya sabe si se ha consumado o no! —contestó Damen, horrorizado.

Laurent lo miró fijamente. A Damen le sorprendió que el príncipe agachase la cabeza, pero le sorprendió aún más que le empezasen a temblar

los hombros. Entre risotadas, le dijo:

—Pero si luchaste con él desnudo.

—Estábamos compitiendo —alegó Damen, que se cruzó de brazos. Se le ocurrió que los verecianos no tenían dignidad, y no dejó de pensarlo ni siquiera cuando Laurent se incorporó y lo calmó un poco con un delicioso beso en los labios.

Más tarde le preguntó:

—¿De verdad el rey de Vere consuma su matrimonio delante de la corte?

—De la corte, no —explicó Laurent como si Damen acabase de decir una estupidez mayúscula—. Del Consejo.

—¡Guion es miembro del Consejo! —recordó.

Luego, se tumbaron juntos y Damen recorrió con la mano la cicatriz que Laurent tenía en el hombro, la única parte de su piel que estaba ajada, tal y como ahora sabía de primera mano.

—Siento que Govart esté muerto. Sé que intentaste mantenerlo con vida.

—Pensé que sabía algo que podría usar contra mi tío. Da igual. Ya se nos ocurrirá otra cosa para pararle los pies.

—No me has contado lo que ocurrió.

—No fue nada. Hubo una pelea con cuchillos. Me solté, y Guion y yo llegamos a un acuerdo.

Damen lo miró fijamente.

—¿Qué ocurre?

—Que Nikandros no se lo va a creer —contestó Damen.

—No veo por qué no.

—Te hicieron prisionero, después te escapaste tú solito de los calabozos de Fortaine y, no se sabe cómo, conseguiste por el camino que Guion cambiase de bando…

—Bueno —dijo Laurent—, no a todo el mundo se le da tan mal escapar como a ti.

Damen suspiró y se echó a reír como no habría creído posible teniendo en cuenta lo que le aguardaba fuera. Recordó a Laurent luchando con él en las montañas, protegiendo su costado malherido.

—Cuando perdiste a tu hermano, ¿te ofreció alguien consuelo?

—Sí. Más o menos.

—Me alegro —dijo Damen—. Me alegro de que no estuvieses solo.

Laurent se apartó y se incorporó. Se quedó un rato sentado sin hablar. Se tapó los ojos con las palmas de las manos.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

A Damen le pareció que el mundo exterior volvía a entrometerse mientras se incorporaba a su lado.

—Tendríamos que…

—Sí —convino Laurent mientras se volvía hacia él y le enterraba los dedos en el pelo—. Pero tenemos toda la mañana.

Después hablaron.

Unos criados les llevaron un desayuno compuesto por frutas, queso cremoso, miel y panes en fuentes circulares. Se sentaron a la mesa de una de las habitaciones que daban a su cámara. Damen se colocó en la silla más cercana a la pared. Ya había recuperado el broche dorado y se lo había fijado al hombro para que le sujetase sus vestiduras de algodón. Laurent estaba sentado en una pose relajada. Solo llevaba unos pantalones y una camisa holgada; el cuello y las mangas seguían desabrochados. Estaba hablando.

En voz baja y tono serio, Laurent le hizo un resumen de la situación tal y como él la veía y le explicó sus planes y las posibles contingencias. Damen se percató de que el príncipe le estaba mostrando una parte de sí mismo que no había compartido con nadie, y aunque fuese una experiencia nueva y algo reveladora, se sintió atraído por las complejas tramas políticas. Laurent nunca exponía sus ideas; siempre se guardaba sus maquinaciones para sí y tomaba decisiones solo.

Cuando los sirvientes acudieron a recoger los platos, Laurent los observó entrar y marcharse y, a continuación, miró a Damen.

—No tienes esclavos.

Esas palabras dejaban una pregunta en el aire.

—No logro imaginar por qué —repuso Damen.

—Si ya no recuerdas para qué sirven los esclavos, puedo refrescarte la memoria —se ofreció Laurent.

—Odias la esclavitud. Te revuelve el estómago —sentenció en tono categórico—. Si yo hubiese sido cualquier otro, me habrías liberado la primera noche. —Buscó la cara de Laurent—. Cuando discutí contigo por los esclavos en Arles no intentaste hacerme cambiar de opinión.

—Este no es un tema sobre el que tengamos que intercambiar ideas. No hay nada que decir al respecto.

—Habrá esclavos en Akielos. Somos una cultura esclavista.

—Ya.

Pero Damen insistió:

—¿Acaso las mascotas y sus contratos son tan diferentes? ¿Acaso Nicaise tuvo alternativa?

—Él eligió ser el pobre que no tenía otro modo de sobrevivir, el niño indefenso ante sus mayores y el hombre que obedece a su rey, lo cual no se parece en absoluto a decidir, y aun así es más de lo que se le permite a un esclavo.

De nuevo, le sorprendió oír de la boca de Laurent sus opiniones personales. Se lo imaginó ayudando a Erasmus. Se lo imaginó yendo a ver a la chica de la aldea y enseñándole un truco de manos. Por primera vez, captó un destello de cómo sería Laurent cuando subiera al trono. No lo veía como al sobrino sin preparación del regente ni como al hermano menor de Auguste, sino como a él mismo, un joven con un abanico de talentos que había aceptado el reto de convertirse en líder a una edad muy temprana porque no tenía más remedio. «Yo me pondría a su servicio», pensó, y solo esa frase ya era un poco reveladora.

—Sé qué piensas de mi tío, pero él no es… —prosiguió Laurent tras una pausa.

—Ah, ¿no?

—No le hará daño —le aseguró—. Ya sea tuyo o de Kastor, para él es una ventaja. Una ventaja que usará contra ti, contra tus ejércitos y contra tus hombres.

—O sea que crees que saldré más perjudicado si mi hijo está vivo y entero que si estuviese mutilado o muerto.

—Exacto —convino el príncipe mientras lo miraba a los ojos.

Hablaba en serio. A Damen le dolían todos los músculos del esfuerzo que le suponía no pensar en ello. No pensar en algo más sombrío, lo que debía evitar a toda costa. En su lugar, trató de pensar en un modo de proceder, pero le resultaba imposible.

Un ejército al completo formado por verecianos y akielenses estaba listo para marchar al sur. Llevaba meses aunando fuerzas con Laurent, sentando una base de poder, estableciendo líneas de suministros y atrayendo a soldados a su causa.

Y de un solo golpe el regente había dejado a su ejército inservible, incapaz de moverse o luchar porque, de hacerlo…

—Mi tío sabe que no irás a por él mientras tenga al niño —dijo Laurent. Y con calma y firmeza añadió—: Así que lo recuperaremos.

Buscó si había cambiado en algo, pero seguía poseyendo esa aura de mujer fría e inalcanzable y todavía lo miraba de la misma forma tan particular. Tenía el mismo color de piel que Laurent. Su misma mente matemática. Eran tal para cual, excepto por su presencia, que era distinta. Había una parte de Laurent que siempre estaba en tensión, incluso cuando aparentaba estar tranquilo. La intachable compostura de Jokaste traslucía serenidad, hasta que te dabas cuenta de que era peligrosa. Quizá ambos tenían un corazón de acero similar.

Le habían permitido volver a instalarse en su solar, pero con fuertes medidas de seguridad. Y allí lo aguardaba. Estaba sentada con elegancia y sus damas la rodeaban como las flores de un jardín. No parecía preocuparle estar encarcelada, ni siquiera daba la impresión de ser consciente de ello.

Tras inspeccionar la habitación detenidamente, se sentó en la silla que había delante de ella, hizo como si los soldados que habían entrado detrás de él no existieran y preguntó:

—¿Existe ese niño?

—Ya te he dicho que sí —confirmó Jokaste.

—No hablaba contigo —replicó Damen.

Las mujeres que la servían, sentadas alrededor de Jokaste, eran de diferentes edades: la mayor tendría unos sesenta años y la más joven rondaría los veinticuatro, la edad de Jokaste. Supuso que las siete llevaban tiempo con ella. La de la trenza negra le sonaba vagamente. ¿Se llamaba Kyrina? Las dos esclavas también le resultaban ligeramente familiares. No reconocía ni a la doncella de avanzada edad ni a las demás damas de alta cuna. Se entretuvo mirándolas. Todas guardaban silencio. Le devolvió la mirada a Jokaste.

—Te voy a decir lo que va a pasar. Te van a ejecutar. Te van a ejecutar digas lo que digas o hagas lo que hagas. Pero les perdonaré la vida a tus mujeres si acceden a contestar a mis preguntas.

Silencio. Ninguna habló ni dio un paso al frente.

—Cogedlas —les indicó a los soldados que tenía a su espalda.

Pero Jokaste intervino:

—Así solo conseguirás que maten al niño.

—No hemos corroborado que haya un niño.

La mujer sonrió como si estuviera encantada de haber dado con una mascota a la que embaucar.

—Nunca has sido un buen estratega. No creo que tengas lo que hay que tener para enfrentarte a mí.

—He cambiado.

Los soldados se habían detenido, pero su presencia hacía que las damas murmurasen mientras Damen se recostaba en la silla.

—Kastor lo matará. Le diré a Kastor que el niño es tuyo y lo matará. Ni se le pasará por la cabeza que podría sacarle partido.

—Creo que Kastor mataría a cualquier niño que creyese mío. Pero no tienes manera de hacerle llegar tu mensaje.

—La nodriza del niño le dirá a Kastor la verdad si me matas —replicó Jokaste.

—Si te mato.

—Exacto.

—Si te mato —dijo Damen—, pero no a tus mujeres.

Hubo una pausa.

—Ese plan solo te protege a ti. Estas mujeres van a morir a no ser que hablen conmigo.

—Sí que has cambiado —reconoció Jokaste—. ¿O es que estás usando el poder que te da el trono? ¿Con quién estoy negociando en realidad?

—Empieza por esa —le ordenó al soldado que tenía más cerca mientras le hacía una señal con la cabeza.

No fue bonito. Las mujeres opusieron resistencia y hubo gritos. Damen observó a los soldados prender a las mujeres y sacarlas a rastras de la habitación sin inmutarse. Kyrina luchó con uñas y dientes para zafarse del agarre de dos soldados y se postró con la frente en el suelo.

—Eminencia…

—No —la reprendió Jokaste.

—Eminencia. Vos tenéis compasión. Tengo un hijo. Perdonadme la vida, eminencia.

—Kyrina, no —ordenó Jokaste—. No será capaz de acabar con todas por que seáis leal a vuestra señora.

—Perdonadme la vida. Os contaré todo lo que sé, lo juro.

—No —clamó Jokaste.

—Adelante —la animó Damen.

Kyrina habló sin levantar la cabeza. El recogido que llevaba había desaparecido durante el forcejeo y ahora su larga melena estaba desparramada por el suelo.

—Hay un niño. Se lo llevaron a Ios.

—Ya vale —la exhortó Jokaste.

—No sabemos si es vuestro. Ella afirma que sí.

—Ya basta, Kyrina.

—Hay más —adivinó Damen.

—Eminencia… —empezó a decir Kyrina.

—¡No! —bramó Jokaste a su vez.

—Mi señora no confía en el regente de Vere para que vele por sus intereses. Si llegado el momento no pudiese salvarse de otro modo, la nodriza os traería al niño… a cambio de liberar a Jokaste.

Damen se recostó en la silla y miró a Jokaste con las cejas ligeramente arqueadas.

Se agarraba la falda con los puños, pero habló con voz tranquila.

—¿Te crees que has trastocado mis planes? No puedes violar mis condiciones. La nodriza no saldrá de Ios. Si vas a hacer el intercambio, tendrás que llevarme allí y hacerlo en persona.

Damen miró a Kyrina, que levantó la cabeza y asintió.

Al parecer, Jokaste creía que le resultaría imposible ir a Ios y que no existía ningún lugar donde fuese seguro intentar llevar a cabo un intercambio.

Pero sí que había un sitio en el que dos enemigos podían encontrarse sin temer una emboscada. Un lugar ancestral sujeto a leyes estrictas en el que se realizaban ceremonias. Desde tiempos remotos, los kyroi se reunían allí con total seguridad, al amparo del decreto de paz permanente y del ejército de soldados que se encargaban de hacerlo cumplir. Los reyes acudían allí a que los coronasen y los nobles iban a resolver disputas. Sus restricciones eran sagradas y permitían discutir sin empuñar una lanza o derramar sangre como en los primeros días de Akielos, en los que imperaba un espíritu guerrero.

El hecho de que pareciese obra del destino lo atraía.

—Haremos el intercambio en un lugar en el que ningún hombre puede llevar a un ejército o desenvainar una espada so pena de muerte —dictaminó Damen—. Haremos el intercambio en el Salón de los Reyes.

Ya no quedaba mucho por hacer. Se llevaron a Kyrina a una antecámara para preparar el mensaje que entregarían a la nodriza. Escoltaron a las mujeres fuera. Y él y Jokaste se quedaron a solas.

—Felicita al príncipe de Vere de mi parte —dijo la mujer—. Eres un necio si confías en él. Tiene sus propios planes.

—Nunca lo ha ocultado —repuso Damen.

La contempló, sola en el diván. No pudo evitar recordar el día que se conocieron. Se la habían ofrecido a su padre. Era la hija de un noble de título menor de Aegina, y él no le quitó los ojos de encima. Le hicieron falta tres meses de cortejo para estrecharla entre sus brazos.

—Elegiste a un hombre que estaba empeñado en destruir su propio país. Elegiste a mi hermano y mira dónde te ha llevado eso. No tienes ni posición ni amigos. Hasta tus mujeres te han dado la espalda. ¿No crees que es una pena que tengamos que acabar así?

—Sí —convino ella—. Kastor tendría que haberte matado.

Capítulo catorce

COMO NO PODÍA METER a Jokaste en un saco y cruzar la frontera e internarse en el territorio de Kastor con su cuerpo, el trayecto planteaba ciertos desafíos logísticos.

Con el fin de justificar que llevasen dos carretas y séquito, fingirían ser mercaderes de ropa. El engaño no superaría un examen minucioso. Llevarían rollos de tela en las carretas. Pero también estaría Jokaste. Al salir al patio, la mujer observó los preparativos con una calma que dejaba entrever que seguiría a rajatabla los planes de Damen, pero que, a la primera de cambio, los echaría por tierra con una sonrisa.

El verdadero problema no era ni siquiera la farsa, sino tener que superar las patrullas de la frontera. Puede que fingir ser mercaderes de ropa les sirviera para adentrarse en Akielos sin dificultades, pero no los ayudaría a superar a los guardias fronterizos. Damen estaba bastante seguro de que no franquearían a aquellos a los que Jokaste ya hubiese advertido de su posible llegada. Damen pasó dos infructuosas horas junto a Nikandros intentando trazar una ruta que les permitiese atravesar la frontera con dos carretas sin alertar a las patrullas, y otra hora igual de improductiva a solas, mirando fijamente el mapa hasta que Laurent se dejó caer por allí y esbozó un plan tan descabellado que Damen había transigido con la sensación de que le iba a explotar la cabeza.

Llevaban consigo a sus mejores soldados, a esos pocos elegidos que habían despuntado en los juegos: Jord, vencedor en espada corta; Lydos, en tridente; Aktis, en lanza; el joven Pallas, triple campeón; Lazar, que le había silbado, y un puñado de sus mejores lanzadores y espadachines. Laurent incorporó a Paschal a la expedición y Damen trató de no pensar mucho en los motivos que habían llevado a Laurent a considerar que les haría falta un médico.

Y, por disparatado que fuese, también llevarían a Guion. El lord de Fontaine sabía manejar la espada. El remordimiento que sentía lo convertía en la persona más dispuesta a luchar por Damen. Y si pasaba lo peor, la

declaración de Guion derrocaría a la regencia. Laurent explicó todo esto de forma resumida y le dijo a Guion en tono agradable:

—Tu esposa puede acompañar a Jokaste en el trayecto.

Guion entendió lo que quería decir más rápido que Damen.

—Ya veo. ¿Mi mujer es la ventaja por mi buen comportamiento?

—Exacto —contestó Laurent.

Damen observaba por una ventana del segundo piso mientras, en el patio, se congregaban dos carretas, dos mujeres de la nobleza y doce soldados, de los cuales diez eran soldados y los otros dos eran Guion y Paschal con cascos de metal.

Llevaba el sencillo atuendo blanco de un viajante y un guante de cuero que le llegaba hasta la muñeca y le tapaba el brazalete de oro. Esperaba a que Laurent llegase para discutir los puntos más delicados de su disparatado plan. Damen agarró la jarra de cristal y sirvió vino en una de las copas achatadas dispuestas para la ocasión.

—¿Conoces los turnos de las patrullas fronterizas?

—Sí, nuestros batidores han…

Laurent estaba en la puerta ataviado con un quitón de algodón blanco sin adornos.

A Damen se le cayó la jarra.

Se le resbaló de los dedos y, al golpear la piedra, se hizo añicos. Las esquirlas salieron disparadas.

Laurent llevaba los brazos, la garganta y la clavícula al aire. Asimismo, enseñaba los muslos casi en su totalidad, sus largas piernas y su hombro izquierdo. Damen lo miró fijamente.

—Llevas ropa akielense —afirmó.

—Pues como todos —replicó el príncipe.

Damen reparó en que la jarra se había roto y que ya no podría darle un buen trago al vino. Laurent sorteó los trozos de cerámica vestido con su corta túnica de algodón y sus sandalias y se puso al lado de Damen para ver el mapa que había desplegado en la mesa de madera.

—En cuanto sepamos cómo se turnan las patrullas, sabremos cuándo acercarnos —dijo Laurent, y se sentó.

—Tenemos que ir en cuanto empiecen a rotar para disponer del mayor tiempo posible antes de que regresen al fuerte a informar.

Se le había subido el quitón al sentarse.

—Damen.

—Sí, perdona —se disculpó Damen, que añadió—: ¿Qué decías?

—Las patrullas.

El plan no era menos descabellado por explicarlo con todo lujo de detalles, entre ellos la distancia y el tiempo aproximados. Corrían un riesgo enorme si fracasaban. Llevarían a tantos soldados como pudieran justificar, pero si los descubrían y llegaban a las manos, perderían. Solo contaban con doce soldados. «Bueno, casi», se corrigió Damen al recordar a Paschal y Guion.

Una vez en el patio, miró al grupito que había reunido. Abandonarían a los ejércitos que tanto tiempo les había llevado crear. Vannes y Makedon se quedarían para defender juntos la red que habían organizado, desde Ravenel hasta Sicyon, pasando por Fortaine y Marlas. Laurent le había asegurado que Vannes controlaría a Makedon.

Debería haber sabido que nunca se iba a enfrentar al regente con un ejército. Siempre había estado claro que sería así, con una partida de hombres solos e indefensos que iban por el campo.

Nikandros lo recibió en el patio con las carretas preparadas y su reducida cuadrilla lista para partir. Los soldados solo tenían que saber qué función iban a desempeñar en el proyecto. Damen les dio instrucciones concisas. Pero Nikandros era su amigo y merecía saber cómo cruzarían la frontera.

Así que le contó el plan de Laurent.

—Es deshonroso —se escandalizó Nikandros.

Se estaban acercando al centinela apostado en la frontera del sur, entre Sicyon y la provincia de Mellos. Damen oteó a la patrulla, compuesta por cuarenta hombres, que impedía el paso. A continuación se encontraba la torre de vigilancia, que también estaría guarnecida y que podría enviar un mensaje al fuerte principal mediante la red que formaban las torres. Veía a los hombres con las armas en ristre. Llevaban rato observándolos desde la torre aproximarse despacio con sus carretas.

—Es mi deseo reafirmar que me opongo con todas mis fuerzas —insistió Nikandros.

—Tomo nota —le hizo saber Damen.

De pronto, reparó en lo endeble que era el engaño, en que la carreta sobraba, en que sus soldados se mostraban incómodos, pues les habían tenido que repetir cientos de veces que no lo llamasen eminencia, y en la amenaza que representaba la propia Jokaste, que aguardaba en la carreta con su gélida mirada.

El peligro era real. Si Jokaste conseguía desatarse, quitarse la mordaza y hacer algún ruido, o si miraban en las carretas, los apresarían y, acto seguido, los matarían. Como mínimo había cincuenta hombres en la torre de vigilancia, y a eso había que sumarles los cuarenta que patrullaban el camino. No pasarían si luchaban.

Damen se obligó a ponerse a las riendas de la carreta y reanudó la marcha despacio; no cayó en la tentación de acelerar, sino que se acercó al puesto fronterizo a paso lento.

—Alto —ordenó el guardia.

Damen frenó. Nikandros frenó. Los doce soldados frenaron. Las carretas chirriaron al detenerse y Damen alargó el «so» que gritó a los caballos.

El capitán se aproximó a ellos. Llevaba yelmo e iba a lomos de un alazán. Una capa corta y roja ondeaba por encima de su hombro derecho.

—Identificaos.

—Estamos escoltando a *lady* Jokaste de vuelta a Ios tras dar a luz —le informó Damen. No había nada que confirmase o negase esta afirmación aparte de una carreta tapada y vacía que deslumbraba con la luz del sol.

Notaba que Nikandros se mostraba disconforme a su espalda. El capitán replicó:

—Según nuestros informes, a *lady* Jokaste la hicieron prisionera en Karthas.

—Vuestros informes son erróneos. *Lady* Jokaste está en esa carreta.

Hubo una pausa.

—¿En esa?

—Sí.

Otra pausa.

Damen, que decía la verdad, miraba al capitán con la firmeza que le había visto a Laurent. No surtió efecto.

—Seguro que a *lady* Jokaste no le importará responder a unas preguntas.

—Pues yo creo que sí —refutó Damen—. Fue muy clara cuando pidió que no la molestasen.

—Tenemos órdenes de registrar las carretas que quieran pasar. La señora tendrá que disculparnos —dijo el capitán con otro tono. Le había puesto demasiadas objeciones. No sería prudente volver a interrumpirlo.

Aun así, Damen soltó:

—No puede irrumpir así…

—Abra la carreta —ordenó el capitán, que hizo caso omiso de sus súplicas.

Con el primer intento, pareció más que llamase con torpeza a la puerta de su señora que descubriese un cargamento ilícito. No hubo respuesta. Volvió a probar. Nada. Tercera vez.

—¿Veis? Está durmiendo. ¿De verdad va a…?

El capitán gritó:

—¡Abra!

Se oyó como si se astillase algo, como si aporreasen un cerrojo de madera con un mazo. Damen se obligó a no hacer nada. Nikandros agarró la empuñadura de la espada con el semblante tenso, listo para intervenir. Se abrió la puerta.

Se hizo un silencio que solo rompieron unas voces apagadas que mantenían un diálogo. Siguieron así un rato más.

—Mis disculpas, señor —dijo el capitán tras salir de la carreta con la cabeza muy gacha—. *Lady* Jokaste es libre de ir donde le plazca, faltaría más. —Se había puesto rojo y había empezado a sudar—. Por petición de la señora, os acompañaré personalmente hasta el último control fronterizo para asegurarme de que os dejan pasar.

—Gracias, capitán —dijo Damen muy dignamente.

—¡Dejadlos pasar! —gritó.

—Veo que los rumores acerca de la belleza de *lady* Jokaste no eran exagerados —le comentó el capitán de hombre a hombre mientras serpenteaban por el campo.

—Espero que de ahora en adelante habléis de *lady* Jokaste con el mayor de los respetos, capitán —dijo Damen.

—Por supuesto, sí. Mis disculpas.

El capitán ordenó que todos sus soldados los saludasen en señal de respeto cuando sus caminos se separaron en el último puesto de control. Avanzaron tres kilómetros y, cuando una colina tapó el puesto y no hubo peligro, la carreta se detuvo y se abrió la puerta. Entonces apareció Laurent, ataviado únicamente con una camisa vereciana holgada que llevaba de forma desaliñada por fuera de los pantalones. Nikandros lo miró a él, después a la carreta y de nuevo a él.

Y preguntó:

—¿Cómo has convencido a Jokaste para que les siguiese el juego a los guardias?

—No lo he hecho —respondió Laurent.

Lanzó un montón de seda azul que tenía en las manos a un soldado para que se deshiciese de él y, a continuación, se puso la chaqueta y se encogió de

hombros con un aire bastante varonil.

Nikandros no apartaba la vista de él.

—No le des demasiadas vueltas —le recomendó Damen.

Tenían dos horas hasta que los centinelas volviesen al fuerte principal y se dieran cuenta de que *lady* Jokaste no había llegado. A esas alturas, el capitán empezaría a advertir lo que ocurría. Los hombres de Kastor no tardarían en perseguirlos batiendo el suelo.

Jokaste le ofreció una mirada glacial cuando le quitaron la mordaza y la desataron. Su piel había respondido al cautiverio como la de Laurent: la cuerda de seda le había dejado ronchas rojas en las muñecas. Laurent le tendió la mano para sacarla de la carreta de suministros y llevarla de vuelta a la carreta principal con el ademán aburrido propio de los verecianos. Los ojos de ella también reflejaban hastío cuando se la aceptó.

—Tienes suerte de que nos parezcamos —le dijo Jokaste mientras bajaba. Se miraron el uno al otro como dos reptiles.

Para eludir las patrullas de Kastor, se dirigían a una especie de refugio al que Damen iba cuando era niño, la finca de Heston de Thoas. Estaba rodeada de árboles frondosos y disponía de lugares de sobra donde esconderse hasta que pasasen las patrullas y ya no se interesasen tanto por ellos. Pero lo importante era que Damen se había pasado horas en sus vergeles y sus viñedos mientras su padre tomaba un ágape con Heston en sus viajes por las provincias del norte. El noble era extremadamente leal y acogería a Damen para protegerlo de un ejército invasor.

Era terreno conocido. En verano, las laderas rocosas de Akielos se cubrían de matorrales y arbustos y las extensiones de superficie agrícola se impregnaban del aroma a azahar. Escaseaban las zonas boscosas con árboles que pudieran ocultarlos y sentía que no podían esconder la carreta en ninguna. Con el peligro de las patrullas acechando, a Damen le convencía cada vez menos el plan de dejar las carretas desguarnecidas y marcharse para reconocer el terreno y que Heston supiera que estaba allí. Pero no tenían alternativa.

—No os detengáis —le ordenó Damen a Nikandros—. No tardaré. Me llevaré a nuestro mejor jinete.

—Ese soy yo —dijo Laurent mientras hacía girar a su caballo.

Fueron raudos y veloces. El príncipe cabalgaba confiado y ligero en la silla. Cuando se encontraban más o menos a un kilómetro de la finca, desmontaron y ataron los caballos en un sitio que no se veía desde el camino. Continuaron a pie. Apartaban las matas a su paso, a veces con el cuerpo.

Damen dijo al tiempo que se quitaba una rama de la cara:

—Pensaba que no volvería a hacer estas cosas cuando fuera rey.

—Subestimas las exigencias de la realeza akielense —se burló Laurent.

Damen pisó un tronco carcomido. El bajo de la ropa se le había enganchado en un arbusto y tiró de él. Esquivó el borde afilado de una roca de granito.

—Cuando era pequeño el sotobosque abultaba menos.

—O quizá eras tú el que abultaba menos —contestó Laurent mientras apartaba la rama baja de un árbol para Damen. Algo crujió bajo sus pies al pasar.

Llegaron a la cima de la última cuesta a la vez. Su destino se desplegaba ante sus ojos.

La finca de Heston de Thoas se componía de una amplia serie de construcciones bajas y asépticas de mármol acanalado que daban a jardines privados y, de ahí, a pintorescos huertos de nectarinas y albaricoques.

Al verla, Damen solo podía pensar en lo mucho que le gustaría entrar ahí para compartir la belleza de su arquitectura con Laurent y descansar mirando la puesta de sol desde el balcón abierto. Heston se mostraría hospitalario y cariñoso, pediría que les llevasen manjares sencillos y discutiría con él temas filosóficos de difícil comprensión.

Toda la finca estaba salpicada de rocas que sobresalían oportunamente de la fina capa de barro. Damen observó adónde llevaban: formaban un camino por el que se podía pasar sin ser visto que iba desde la maraña de árboles en la que se encontraba con Laurent hasta la verja de la casa. A partir de ahí, sabía cómo ir al estudio de Heston, cuyas puertas daban a los jardines; allí lo hallaría a solas.

—Alto —dijo Laurent.

Damen se detuvo. Siguió la mirada del príncipe y vio a un perro holgazaneando, encadenado cerca de un pequeño corral con caballos que había en la parte occidental de la finca. Tenían el viento a favor y al perro aún no le había dado por ladrar.

—Hay demasiados caballos —advirtió Laurent.

Damen volvió a mirar el corral y se le cayó el alma a los pies. Al menos cincuenta caballos atestaban una pequeña zona campestre que no estaba diseñada para albergarlos; se quedarían sin pasto enseguida.

Y no eran los corceles más ligeros, esos que se criaban para que los montasen aristócratas. Pertenecían a soldados, tenían el pecho grande y sus

músculos podían soportar el peso de un jinete con armadura. Los habían traído de Kesus y Thrace para abastecer a las guarniciones del norte.

—Jokaste —dijo Damen.

Apretó los puños. Seguramente Kastor recordaba que habían cazado allí cuando eran más jóvenes, pero solo Jokaste podría haber adivinado que Damen se detendría en aquel lugar si se dirigía al sur, así que había enviado hombres antes de que eso ocurriera para que no pudiese refugiarse en un lugar seguro.

—No puedo dejar a Heston a merced de los hombres de Kastor —dijo Damen—. Estoy en deuda con él.

—Solo estará en peligro si te encuentran aquí, porque lo considerarán un traidor —razonó Laurent.

Se miraron a los ojos y se entendieron al instante y sin necesidad de hablar: tenían que hallar otro modo de desviar las carretas del camino, y debían hacerlo evitando a los centinelas apostados en la finca de Heston.

—A unos kilómetros al norte hay un riachuelo que atraviesa el bosque —recordó Damen—. Ocultará nuestras huellas y nos apartará del camino.

—Me encargaré de los centinelas —se ofreció el príncipe.

—Pero te has dejado el vestido en la carreta.

—Gracias, pero conozco otras maneras de sortear a un guardia.

Se entendieron. La luz que se filtraba entre los árboles moteaba el pelo de Laurent; lo tenía más largo que en palacio y estaba un poco despeinado. Tenía una ramita en la cabeza.

—El riachuelo está pasada la segunda cuesta. Te esperaremos en el segundo meandro bajando el río —le informó Damen.

Laurent asintió y se esfumó sin decir nada.

No quedó ni rastro de una cabeza rubia, pero el perro consiguió soltarse y atravesó el campo como una flecha en dirección adonde se encontraban encerrados los caballos desconocidos. El ladrido agudo del perro tuvo el efecto esperado en un corral atestado de caballos: los animales corcovearon y salieron disparados del cercado. El pasto del jardín privado de Heston era excelente. Cuando la valla cedió, los caballos salieron en tropel para pacer allí, en los campos de cultivo adyacentes y a lo lejos, en la colina oriental. El arrebato de emoción del perro los alentó. Al igual que el fantasma que desató las cuerdas y abrió la valla con la gracia de una sílfide.

Damen regresó junto a su caballo y forzó una sonrisa al oír a unos akielenses gritar a lo lejos: «¡Los caballos! ¡Rodeadlos!». Pero no había

caballos con los que rodear a los demás. Se iban a dejar los pies tratando de atrapar a las monturas mientras se dedicaban a insultar a perritos.

Ahora le tocaba a él. Cuando regresó al galope con las carretas, se dio cuenta de que eran incluso más lentas de lo que recordaba. Aunque se movían lo más rápido posible, parecía que se arrastraban por la campiña. Damen deseó que fueran más rápido, lo cual era una sensación parecida a la de gritarle a un caracol que corriera. Sentía la opresión ardiente de las llanuras que parecían extenderse kilómetros con sus matorrales de formas extrañas esparcidos por el paisaje.

Nikandros tenía mala cara. Guion y su esposa estaban nerviosos. Probablemente sentían que eran los que más tenían que perder, pero en realidad todos iban a perder lo mismo: la vida. Todos menos Jokaste, que se limitó a preguntar con suavidad:

—¿Problemas en la casa de Heston?

El riachuelo destelló a través de los árboles cuando lo vislumbraron a lo lejos. Una de las carretas estuvo a punto de volcar cuando al fin se desviaron del camino y descendieron precariamente en dirección al arroyo. La otra carreta chirriaba y avanzaba dando tumbos de una forma que no auguraba nada bueno mientras pasaba por el lecho del río. Hubo un espantoso momento en que pareció que las carretas no podrían surcar las aguas poco profundas y que se iban a quedar ahí atrapados, expuestos y visibles desde el camino. Doce soldados desmontaron; el agua les llegaba por la mitad de las espinillas, calzadas con sandalias, y se dejaron la piel desembarrancando los vehículos. Damen se plantó detrás de la carreta más grande y empujó con todos sus músculos en tensión. Poco a poco, la carreta se desplazó hacia los remolinos más pequeños, hacia los guijarros y las piedrecitas, y cruzó el arroyo en dirección a los árboles.

El sonido de unos cascos hizo que Damen levantase la cabeza de golpe.

—Escondeos. Ya.

Salieron en desbandada para ocultarse en el soto que tenían delante. Llegaron justo un segundo antes de que la patrulla emergiera por detrás de la cuesta; los hombres de Kastor cabalgaban a toda velocidad. Damen se detuvo, paralizado. Jord y los verecianos formaban un grupo hermético y los akielenses, otro. Damen tuvo el absurdo impulso de taparle el hocico a su caballo para ahogar sus resoplidos. Miró arriba y vio que Nikandros tapaba la boca a Jokaste y la sujetaba con firmeza por detrás con una expresión seria en el interior de la carreta.

Los hombres de Kastor se acercaban batiendo el suelo y Damen trató de no pensar en las roderas apenas disimuladas, en las ramas dobladas, en las hojas arrancadas de los matorrales y en todas las señales que habían dejado al sacar dos carretas del camino. Un mar de capas rojas galopaba directo hacia ellos… y los dejó atrás para dirigirse a la finca de Heston.

Al rato, el ruido de cascos cesó. Se hizo el silencio y pudieron respirar. Damen aguardó unos cuantos minutos y luego les hizo una señal con la cabeza para que avanzasen. Los caballos bajaron el río chapoteando, se apartaron del camino y se adentraron en el bosque.

Hacía más frío a medida que entraban en la arboleda. La brisa procedente del riachuelo era fresca y las hojas los protegían del calor del sol. Solo se oía la corriente y sus pasos, amortiguados por los árboles.

Damen ordenó que se detuvieran en el segundo meandro y esperaron. Intentó no pensar en las probabilidades que había de que Kastor recordara el día en que habían encontrado ese arroyo mientras cazaban de niños y en si se lo habría contado a Jokaste con cariño. De ser así, según su meticuloso plan, ya habría soldados aquí o yendo a por ellos.

Se oyó una ramita partirse y todos llevaron las manos a las espadas; akielenses y verecianos desenvainaron sin hacer ruido. Damen aguardó en el tenso silencio que se hizo. Se oyó otro chasquido.

Y entonces vio una cara blanca y una camisa aún más blanca; una silueta que se acercaba a ellos con agilidad usando los árboles como punto de apoyo.

—Llegas tarde —le reprochó Damen.

—Te he traído un recuerdo.

Laurent lanzó a Damen un albaricoque. Este notaba que los hombres del príncipe estaban exultantes aunque no lo demostrasen, mientras que a los akielenses se los veía un poco aturdidos. Nikandros le pasó las riendas a Laurent.

—¿Así hacéis las cosas en Vere?

—¿Con eficacia, quieres decir? —se regodeó Laurent.

Y subió a su caballo.

El riesgo de fallar era elevado. Avanzaban lentamente por el lecho del río porque tenían que proteger las carretas. Los jinetes iban a la cabeza para asegurarse de que ni el arroyo se hacía más profundo ni la corriente se volvía más rápida y de que el cauce todavía era de un esquisto suave con suficiente agarre para las ruedas.

Damen les ordenó que parasen. Salieron a la orilla, pues había un afloramiento rocoso que serviría para ocultar una hoguera pequeña. Asimismo, había restos de granito que también podrían ofrecerles protección. Damen reconoció las formas tras haberlas visto en Acquitart y más recientemente en Marlas, aunque las ruinas que había allí solo eran los restos de una muralla y las piedras estaban desgastadas y cubiertas de maleza.

Pallas y Aktis pusieron sus habilidades a prueba y pescaron con arpón. Asaron los peces, los desmenuzaron, los envolvieron con hojas y se los comieron acompañados de vino fortificado. Le daba el toque dulce que le faltaba al pan y al queso duro que comían cada día por el camino. Los caballos, atados para pasar la noche, olisqueaban la tierra ligeramente mientras pastaban. Jord y Lydos harían la primera guardia; los demás se sentaron en semicírculo alrededor de la hoguera.

Cuando Damen se unió a ellos, se pusieron en pie con torpeza y permanecieron así, incómodos. Antes, Laurent le había arrojado a Damen su petate y le había pedido que lo deshiciera. Pallas había estado a punto de retarlo a un duelo por el insulto. No sabían sentarse a comer queso con su rey como si nada. Damen sirvió una copa de vino y se la pasó al soldado que tenía al lado, que resultó ser Pallas. Se hizo un largo silencio durante el cual fue evidente que el joven estaba haciendo acopio de valor para estirar el brazo y tomarla.

Y en ese punto muerto llegó Laurent, que se dejó caer junto a Damen y con una voz carente de emoción se lanzó a contar la aventura en el burdel que le había valido el vestido azul. Era una historia tan indecente y obscena que hizo que Lazar se sonrojara, y tan divertida que Pallas tuvo que enjugarse las lágrimas de la risa que le entró. Los verecianos fueron al grano cuando le preguntaron a Laurent cómo había escapado del burdel, lo que dio lugar a respuestas directas y más lágrimas, pues todos tenían un concepto de los burdeles y los traducían con mucha gracia, tanto cuando lo hacían bien como cuando lo hacían mal. Corrió el vino.

Los akielenses no se quedaron atrás y le contaron a Laurent cómo habían escapado de los soldados de Kastor, que se habían agachado en el lecho del arroyo, que las carretas eran lentísimas y que se habían escondido detrás de las frondas. Pallas hizo una imitación aceptable de la forma de montar de Paschal. Lazar tenía el semblante relajado y observaba a Pallas con admiración. No era la imitación lo que lo maravillaba. Damen dio un mordisco al albaricoque.

Cuando se levantó al cabo de un rato, todos volvieron a recordar que era el rey, pero olvidaron el estricto protocolo, por lo que se fue bastante contento al petate que había deshecho, como le habían ordenado. Se tumbó encima mientras oía a los demás prepararse para irse a dormir.

Le sorprendió un poco oír pasos y el débil sonido de otro petate al caer al suelo junto a él. Laurent se tendió; estaban juntos bajo las estrellas.

—Apestas a caballo —se quejó Damen.

—Así esquivé al perro.

Sintió una punzada de felicidad y no dijo nada; se limitó a quedarse tumbado de espaldas mirando las estrellas.

—Como en los viejos tiempos —comentó Damen, aunque la verdad era que nunca había vivido un momento así.

—Mi primer viaje a Akielos —dijo Laurent.

—¿Te gusta?

—Se parece a Vere, pero con menos sitios para bañarse.

Cuando lo miró de soslayo, el príncipe parecía su reflejo: estaba tumbado a su lado en la misma postura que él y lo observaba.

—El arroyo está ahí.

—¿Quieres que me pasee desnudo por el campo akielense de noche? —Y añadió—: Tú apestas a caballo tanto como yo.

—Más —refutó Damen, sonriente.

Laurent era una figura pálida iluminada por la luna. Más allá, el campamento dormía y las ruinas de granito acabarían derrumbándose con el tiempo y arrastradas por la corriente.

—Son artesianas, ¿no? Del antiguo Imperio de Artes. Dicen que abarcaba nuestros países.

—Como las ruinas de Acquitart —dijo Laurent, que no añadió: «Y las de Marlas»—. Mi hermano y yo jugábamos ahí de críos a que matábamos a todos los akielenses y restaurábamos el antiguo imperio.

—Mi padre pensaba igual.

«Y mira cómo acabó». Laurent tampoco dijo eso. Respiraba tranquilo, como si estar tumbado al lado de Damen lo relajase e hiciera que le entrase sueño.

Y Damen dijo sin pensar:

—Hay un palacio de verano en las afueras de Ios. Mi madre diseñó los jardines. Dicen que está construido sobre cimientos artesianos. —Recordó los tortuosos caminos, las delicadas orquídeas del sur en flor y las ramitas de azahar—. En verano corre la brisa y hay fuentes y senderos para ir a caballo.

—No era propio de él estar tan nervioso y se le había acelerado el pulso. Entonces, añadió casi con timidez—: Cuando todo esto acabe… podríamos irnos con los caballos una semana. —No se había atrevido a hablar del futuro desde la noche que pasaron juntos en Karthas.

Notó que Laurent se movía con cuidado. Hizo una pausa extraña. Instantes después, el príncipe le dijo en voz baja:

—Me parece bien.

Damen volvió a tumbarse. Esas palabras lo embargaron de dicha mientras se permitía mirar el vasto manto de estrellas de nuevo.

Capítulo quince

CON LA SUERTE QUE tenían era de esperar que la carreta que había aguantado cinco días en el lecho de un riachuelo se rompiese nada más reincorporarse al camino.

Se desplomó como un niño malhumorado ahí en medio; los pasajeros de la segunda carreta se apretujaban detrás, molestos. Lazar salió de debajo de la carreta con una mancha en la mejilla y dictaminó que el eje se había roto. Damen, que, como príncipe de sangre, no destacaba reparando carretas, asintió con conocimiento de causa y ordenó a sus hombres que la arreglaran. Así pues, desmontaron y se pusieron manos a la obra; talaron un árbol joven y utilizaron la madera para apuntalar la carreta.

Fue entonces cuando apareció en el horizonte un escuadrón de soldados akielenses.

Damen alzó una mano para pedir silencio; silencio total. El martilleo cesó. Todo cesó. Por toda la llanura se veía claramente al escuadrón trotando en estricta formación: cincuenta soldados que se dirigían al noroeste.

—Como vengan hacia aquí… —temió Nikandros en voz baja.

—¡Eo! —gritó Laurent. Se estaba subiendo a lo alto de la carreta ayudándose de la rueda delantera. Una vez arriba, comenzó a agitar una tira de seda amarilla de forma ostensible para llamar su atención—. ¡Eh, vosotros! ¡Akielenses!

A Damen se le hizo un nudo en la garganta y dio un paso adelante, impotente.

—¡Haz que pare! —lo apremió Nikandros, que avanzó de manera similar. Demasiado tarde. En el horizonte, el escuadrón estaba dando la vuelta como una bandada de estorninos.

Era demasiado tarde para detenerlo. Demasiado tarde para agarrarlo del tobillo. El escuadrón los había visto. De nada le sirvió imaginarse a sí mismo estrangulando a Laurent por unos instantes. Damen miró a Nikandros. Los superaban en número y no tenían donde esconderse en esa gran planicie. Los hombres de la partida se cuadraron ligeramente a medida que el escuadrón se

aproximaba. Damien calculó la distancia que había entre él y el soldado más cercano, las probabilidades que tenía de matarlos, de matar a los hombres suficientes para que los demás tuviesen las mismas oportunidades.

Laurent estaba bajando de la carreta con la tira de seda aún en la mano. Saludó al escuadrón con voz sosegada y una versión exagerada de su acento vereciano.

—Gracias, oficial. ¿Qué habría sido de nosotros si no os hubieseis detenido? Llevamos dieciocho rollos de tela de Argos a Milos y, como es evidente, Christofle nos ha vendido una carreta defectuosa.

Al oficial en cuestión se lo reconocía porque montaba el mejor caballo. Tenía el pelo corto y oscuro bajo el yelmo y una expresión severa que solo podía deberse a una instrucción exhaustiva. Buscó a un akielense y encontró a Damen.

Damen trató de mantener una expresión anodina y no mirar las carretas. La primera rebosaba de telas, pero en la segunda se encontraban Jokaste, Guion y su esposa, apretujados. En cuanto se abriesen las puertas, los descubrirían. No habría vestido azul que los salvase.

—¿Sois mercaderes?

—Sí.

—¿Nombre? —preguntó el oficial.

—Charls —contestó Damen, pues era el único mercader que conocía.

—¿Eres Charls, el famoso mercader de telas de Vere? —consultó el oficial, escéptico, como si conociese bien ese nombre.

—No —contestó Laurent, como si hubiese dicho la mayor estupidez del mundo—. Yo soy Charls, el famoso mercader de telas de Vere. Él es mi ayudante, Lamen.

El silencio se apoderó del lugar y el oficial observó a Laurent y, después, a Damen. Luego, miró la carreta; se fijó al detalle en cada abolladura, en cada mota de polvo, en cada indicio de que habían realizado un largo viaje.

—Pues me parece que se os ha roto un eje, Charls —dictaminó al fin.

—Supongo que tus hombres no pueden ayudarnos a repararlo, ¿no? —conjeturó Laurent.

Damen lo miró fijamente. Los rodeaban cincuenta soldados akielenses a lomos de sus caballos. Y Jokaste estaba en la carreta.

El oficial respondió:

—Buscamos a Damianos de Akielos.

—¿Quién es Damianos de Akielos? —preguntó Laurent.

Su cara lo decía todo mientras miraba al oficial a caballo sin pestañear con sus ojos azules.

—Es el hijo del rey —contestó Damen sin pensar—. El hermano de Kastor.

—No digas tonterías, Lamen. El príncipe Damianos está muerto —lo reprendió Laurent—. Difícilmente va a ser el hombre al que se refiere el oficial. —Y, entonces, le dijo al oficial—: Pido perdón en nombre de mi ayudante. No está al tanto de los asuntos akielenses.

—Al contrario, se cree que Damianos de Akielos está vivo y que llegó a esta provincia con sus hombres hace seis días. —El oficial hizo un gesto a su escuadrón para que se acercara—. Damianos está en Akielos.

Damen no daba crédito a lo que veía: el oficial estaba haciendo señas a sus hombres para que arreglasen la carreta. Un soldado pidió a Nikandros un trozo de madera para asegurar la rueda. Nikandros se lo pasó sin mediar palabra. Estaba ligeramente aturdido; Damen se veía así cuando rememoraba algunas de las aventuras que había vivido con Laurent.

—Cuando reparemos la carreta, os acompañaremos a la posada —dijo el oficial—. Allí estaréis a salvo. El resto de la guarnición está apostada allí.

Empleó el mismo tono que Laurent cuando había preguntado quién era Damianos.

De repente quedó claro que no estaban libres de sospecha. Puede que un oficial provinciano no se sintiera cómodo encarándose con un mercader de renombre por el camino y registrándole las carretas. Pero, en una posada, podía hacer que sus hombres las inspeccionasen a su antojo. ¿Para qué exponerse a una pelea en el camino con una docena de guardias cuando su guarnición los recibiría con los brazos abiertos?

—Gracias, oficial —contestó Laurent sin titubear—. Guíanos.

El oficial se llamaba Stavos y, una vez arreglada la carreta, se puso al lado de Laurent. Todos trotaban con la espalda recta de camino a la posada. El aire de confianza de Stavos se intensificó mientras cabalgaban, lo que le confirmó a Damen que su vida corría peligro. Sin embargo, si se mostraban reticentes, dejarían claro que eran culpables. Solo podía seguir adelante.

La posada era uno de los mesones más grandes de Mellos y estaba concebida para albergar a los huéspedes más poderosos. Su entrada consistía en una serie de verjas enormes por las que carretas y carruajes accedían a un patio central con campo de sobra para las bestias de carga que van a paso lento y pesado y establos para los caballos buenos.

La sensación de peligro creció en Damen a medida que atravesaban las verjas que llevaban al patio lleno de baches. Había un barracón bastante grande; resultaba evidente que la posada era el punto de encuentro de los militares de la zona. Aquel era un acuerdo bastante habitual en las provincias: mercaderes y viajeros de alta cuna agradecían y hasta subvencionaban la presencia de militares, la cual ensalzaba un establecimiento con respecto a las habituales tabernas, en las que ni siquiera un esclavo con algo de honor se arriesgaría a comer. Contó cien soldados.

—Gracias, Stavos. Nos puedes dejar aquí.

—De eso nada, entraré con vosotros.

—Está bien —aceptó Laurent sin vacilar ni un ápice—. Lamen, ven.

Damen lo siguió hasta el interior; era plenamente consciente de que lo estaban separando de sus hombres. Laurent se limitó a entrar en la posada.

La construcción tenía los techos altos, al estilo akielense, y un fuego inmenso ardía en el hogar. Por un instante, el olor a carne asada invadió la sala. Había únicamente otro grupo de huéspedes; se los entreveía por un pasillo abierto. Estaban sentados a una mesa y mantenían una animada discusión. A la izquierda, había una escalera de piedra que conducía a los dormitorios del segundo piso. Dos soldados akielenses habían tomado posición en la entrada, otros dos estaban apostados en la puerta más alejada y el propio Stavos había llevado consigo a una pequeña escolta compuesta por cuatro soldados.

A Damen se le ocurrió que las escaleras sin barandilla les darían ventaja en una pelea… como si pudieran enfrentarse a una guarnición entera los dos solos. Era algo absurdo. Quizá podría arrollar a Stavos y hacer un trueque con él: lo dejaría vivir a cambio de que los liberase.

Stavos estaba presentando a Laurent al mesonero.

—Este es Charls, el famoso mercader de telas de Vere.

—Ese no es Charls, el famoso mercader de telas de Vere —afirmó el mesonero con la vista puesta en Laurent.

—Os aseguro que soy yo.

—Te aseguro que no. Charls, el famoso mercader, ya está aquí.

Hubo una pausa.

Damen miró a Laurent como al hombre que se dirige a la raya dibujada en el suelo en una competición de lanzamiento de jabalina después de que el último oponente haya hecho diana.

—No puede ser. Llamadlo.

—Eso, que venga —añadió Stavos, y permanecieron a la espera mientras un camarero se iba con el grupo de huéspedes a la sala de al lado. Damen no tardó en oír una voz familiar.

—¿Quién es el impostor que dice ser y…?

Se encontraron cara a cara con Charls, el mercader de telas de Vere.

Charls había cambiado muy poco en los meses transcurridos desde que se habían visto; tenía la misma expresión de mercader serio y las mismas vestimentas de brocado pesado que parecían caras. Tenía casi cuarenta años y un carácter entusiasta atemperado por la soltura que había perfeccionado durante años de trabajo.

Charls echó un vistazo a los inconfundibles ojos azules y al cabello rubio de su príncipe, a quien había visto por última vez en el regazo de Damen vestido de mascota en una taberna de Nesson. Los ojos se le salían de las órbitas. Y con un esfuerzo hercúleo, gritó:

—¡Charls!

—Si él es Charls, entonces ¿tú quién eres? —preguntó el oficial a Charls.

—Pues… —titubeó Charls—… yo soy…

—Es Charls, lo conozco desde hace ocho años —aseveró el posadero.

—Cierto. Él es Charls, y yo también. Somos primos —explicó Charls con el mejor de los ánimos—. Nos llamamos así por nuestro abuelo Charls.

—Gracias, Charls. Este hombre cree que soy el rey de Akielos —dijo Laurent.

—Yo solo he dicho que quizá eras un espía del rey —aclaró Stavos de mala gana.

—¿Un espía del rey cuando ha subido los impuestos y amenaza con llevar a toda la industria textil a la ruina?

Damen miraba a cualquier lado menos a Laurent, mientras que los demás no le quitaban ojo a su tez clara, a sus pálidas cejas arqueadas y a sus manos extendidas, un gesto vereciano en armonía con su acento.

—Estaremos todos de acuerdo en que no es el rey de Akielos —dijo el posadero—. Si Charls pone la mano en el fuego por su primo, la guarnición debería darse por satisfecha.

—Pues claro que pongo la mano en el fuego por él —voceó Charls.

Al cabo de un momento, Stavos hizo una reverencia rígida.

—Mis disculpas, Charls. Toda precaución es poca.

—No tienes por qué disculparte, Stavos. Tu guardia es motivo de orgullo —respondió Laurent, que también le ofreció una breve y rígida reverencia.

Después, se quitó la capa de montar y se la pasó a Damen para que la llevara.

—¡Otra vez de incógnito! —dijo Charls con disimulo mientras conducía a Laurent a su mesa junto al fuego—. ¿De qué se trata en esta ocasión? ¿Una misión para la corona? ¿Un encuentro secreto? No temáis, alteza, es un honor guardar vuestro secreto.

Charls presentó a Laurent a los seis hombres de la mesa y cada uno expresó su sorpresa y deleite al conocer al joven primo de Charls en Akielos.

—Este es Guilliame, mi ayudante.

—Este es Lamen, mi ayudante —dijo Laurent.

Así acabó Damen en una mesa llena de mercaderes verecianos en una posada de Akielos hablando de telas. El grupo de Charls estaba compuesto por seis hombres en total, todos comerciantes. Laurent encontró asiento cerca de Charls y Mathelin, el comerciante de sedas. Lamen fue relegado a un pequeño taburete de tres patas a un extremo de la mesa.

Unos criados les llevaron pan sin levadura bañado en aceite, aceitunas y carnes cortadas del asador. Decantaron el vino tinto en cuencos y se lo bebieron en copas. Era un vino decente y no había ni flautistas ni bailarines, que era lo mejor que se podía esperar de una posada pública, pensó Damen.

Dado que compartían el mismo rango, Guilliame se acercó a hablar con él.

—Lamen. No es un nombre muy común.

—Es patrense —dijo Damen.

—Hablas muy bien akielense —contestó alto y despacio.

—Gracias.

Nikandros se detuvo con incomodidad cerca de un extremo de la mesa. Frunció el ceño cuando se dio cuenta de que tenía que informar a Laurent.

—Ya hemos descargado las carretas, Charls.

—Gracias, soldado —dijo Laurent, que añadió para los demás—: Normalmente nos movemos por Delfeur, pero me han obligado a ir al sur. Nikandros es un kyros terrible —dijo Laurent lo bastante alto como para que Nikandros lo oyera—. No sabe nada de telas.

—Muy cierto —concordó Mathelin.

—¡Vetó el comercio de seda kemptiana y, cuando intenté vender seda de Varenne, la gravó con cinco soles el rollo! —dijo Charls.

Recibieron sus palabras con las exclamaciones de desaprobación que merecían y la conversación pasó a centrarse en las dificultades del comercio en la frontera y los disturbios que asolaban los convoyes. Si era cierto que

Damianos había regresado al norte, Charls esperaba que ese fuera su último envío antes de que cerraran los caminos. Se avecinaba una guerra; los aguardaban tiempos difíciles.

Especularon sobre el precio del grano en tiempos de guerra y sobre cómo afectaría a productores y agricultores. Nadie sabía mucho de Damianos ni por qué su príncipe se había aliado con él.

—Charls se encontró con el príncipe de Vere en una ocasión —le susurró Guilliame a Damen en tono cómplice—, en una taberna de Nesson, disfrazado de… —Y añadió en voz más baja—:… prostituto.

Damen miró a Laurent, inmerso en la conversación; recorrió lentamente con los ojos esos rasgos que tan bien conocía, su expresión serena, que la luz de la lumbre bañaba en oro.

—¿En serio?

—Charls me dijo: «Piensa en la mascota más cara que hayas visto en tu vida y multiplícala por dos».

—¿De veras?

—Por supuesto, Charls lo reconoció al momento, pues no consiguió disimular sus aires principescos y su nobleza de espíritu.

—Por supuesto —convino Damen.

En la otra punta de la mesa, Laurent hacía preguntas acerca de las diferencias de comercio entre culturas. Charls explicó que a los verecianos les gustaban las telas recargadas y teñidas, los tejidos y los adornos, y que los akielenses se fijaban más en la calidad; a decir verdad, sus telas eran más sofisticadas y su estilo, en apariencia sencillo, dejaba a la vista todos los detalles del tejido. Era más difícil comerciar allí por varias razones.

—¿Y si animas a los akielenses a llevar mangas? A lo mejor así vendes más tela —propuso Laurent.

Todos rieron educadamente ante la broma y uno o dos rostros lo miraron con inseguridad, como si el joven primo de Charls hubiese dado sin querer con una buena idea.

Sus hombres dormían en los edificios anexos. Damen el ayudante comprobó el estado de los soldados y las carretas y vio que Jord y casi todos los demás se habían acostado ya. Guion también estaba en una de las construcciones, inquieto. Paschal roncaba. Lazar y Pallas compartían manta. Nikandros estaba despierto y se hallaba con los dos soldados que vigilaban las carretas en las que dormían Jokaste y Loyse, la esposa de Guion.

—Todo está tranquilo —informó Nikandros.

El mesonero salió farol en mano y atravesó el patio para decirle a Lamen que tenía la alcoba preparada, la segunda puerta a la derecha.

Damen siguió el farol. El interior de la posada estaba a oscuras y en silencio. Charls y su grupo se habían retirado y solo las últimas brasas ardían en el fuego del asador. Las escaleras de piedra estaban pegadas a la pared y no tenían barandilla, típico de la arquitectura akielense, pero confiaban bastante en que sus clientes se mantuviesen sobrios.

Subió las escaleras. Sin el farol, todo estaba en penumbra, pero encontró la segunda puerta a la derecha y la abrió.

La habitación era acogedora y sencilla. Las paredes de piedra estaban cubiertas por una gruesa capa de yeso y, en la chimenea, ardía un fuego que hacía entrar en calor. Había una cama, una mesa de madera con una jarra y dos ventanitas con alféizares pronunciados y los cristales tintados; la estancia estaba bien iluminada. Había tres velas encendidas: un despilfarro con una llama escasa que aportaba a la habitación un brillo cálido y agradable.

El halo de su luz envolvía a Laurent, todo de crema y oro. Se acababa de bañar y se le estaba secando el pelo. Había cambiado el atuendo de algodón akielense por un camisón vereciano. Le iba grande y lo llevaba holgado y con los cordones colgando. Había quitado las sábanas de la camita de estilo akielense y las había amontonado frente al fuego; hasta había apartado el colchón limpio y lo había colocado al lado de un jergón más pequeño que había allí.

Damen miró las sábanas y dijo con cautela:

—El posadero me ha dicho que venga.

—Se lo he pedido yo.

Se estaba acercando. Damen notó que el corazón le latía más deprisa, incluso cuando se quedó quieto y trató de no arriesgarse a dar nada por sentado.

Y Laurent dijo:

—Es nuestra última oportunidad de disfrutar de una cama en condiciones antes del encuentro en el Salón de los Reyes.

Damen no tuvo oportunidad de responderle que había desarmado la cama, pues Laurent ya se le había echado encima. Automáticamente, agarró a Laurent de los costados, por encima de la tela de su fino camisón. Se estaban besando. Laurent había enterrado los dedos en su pelo y lo atraía hacia sí. El sudor y la suciedad de tres días a caballo manchaban la piel limpia y fresca de Laurent.

No parecía importarle; parecía incluso que le gustaba. Damen lo empujó contra la pared y tomó su boca. Laurent olía a jabón y algodón fresco. Damen se aferró a su cintura.

—Tendría que bañarme —le susurró al oído a Laurent mientras detenía los labios junto a la delicada piel de detrás de su oreja.

Volvieron a besarse, con ardiente pasión.

—Pues báñate.

Laurent lo empujó y Damen se quedó mirándolo desde la distancia. Reclinado contra la pared, el príncipe le señaló la puertecita de madera con la barbilla.

—¿O es que quieres que te atienda? —le preguntó con las cejas arqueadas.

Miró los jabones y las toallas limpias que había en la habitación contigua, la gran bañera de madera llena de agua humeante y el cubo pequeño que había al lado. Lo habían dispuesto todo con antelación; un criado había llevado las toallas y el agua caliente. En realidad, las señales de que todo había sido preparado eran muy propias de Laurent, a pesar de que Damen nunca las había experimentado de él en ese contexto.

Laurent no lo siguió, sino que lo dejó asearse; una tarea funcional. Le gustó quitarse el polvo y la tierra del camino. Había algo tentador en el hecho de separarse para pasar un tiempo acicalándose. No habían tenido el lujo de prolongar sus momentos de pasión, de hacer el amor despacio y sin prisas como en una primera noche. Sus pensamientos se enlazaron con todas las cosas que aún tenían pendientes.

Se enjabonó a fondo. Se mojó el pelo, se lo frotó, se secó con la toalla y salió de la bañera de madera.

Cuando regresó a la alcoba, estaba rojo por el vapor y el agua, se había enrollado la toalla a la cintura y le caían gotitas de las puntas del pelo al torso y a los hombros desnudos.

Allí también había señales de que todo había sido preparado, y entonces lo vio claro: las velas encendidas, las camas juntas y el propio Laurent, limpio y vestido con un camisón. Pensó en que lo estaría esperando con expectación. Era encantador; resultaba evidente que Laurent no estaba seguro de qué debía hacer exactamente y, sin embargo, había querido tenerlo todo controlado. Cómo no.

—¿Es la primera vez que agasajas a un amante? —preguntó Damen, que con solo pronunciar la última palabra ya se sonrojó. Vio que a Laurent le ocurría lo mismo.

—¿Te has bañado?

—Sí.

El príncipe vereciano estaba en la otra punta del cuarto, cerca de la cama desnuda. Se lo veía tenso a la luz de las llamas, pero tenía los nervios de acero.

—Da un paso atrás —le pidió Laurent.

Damen tuvo que mirar atrás un momento, pues se iba a dar con la pared. El jergón y las sábanas estaban en el suelo, a su izquierda. La pared era un muro firme a su espalda.

—Pon las manos en la pared —le ordenó Laurent.

Las llamas de las velas titilaron y Damen fue más consciente de la estancia en la que se encontraba. El príncipe se estaba acercando; los ojos se le habían oscurecido. Al mismo tiempo, Damen extendió las manos sobre la pared que tenía detrás.

Laurent no le quitaba ojo. El cuarto estaba en silencio, las gruesas paredes hacían que solo se oyese el fuego; incluso el exterior no era más que un reflejo de la luz de las velas en los cristales tintados de la ventana.

—Quítate la toalla —dijo Laurent.

Damen apartó una mano de la pared y tiró de la toalla. Esta se desenrolló y cayó al suelo.

Observó la reacción de Laurent al contemplar su cuerpo. Los vírgenes y los inexpertos tendían a ponerse nerviosos, lo cual disfrutaba como un reto; la vacilación se tornaba entusiasmo y placer. En el fondo, le gustó ver que Laurent reaccionaba de una manera un tanto similar. Al fin, el príncipe apartó la vista de donde la había posado por acto reflejo.

Dejó que Laurent lo observara, que viera su cuerpo desnudo, que advirtiera que estaba claramente excitado. Las llamas de la chimenea de piedra crepitaban con fuerza al devorar el joven leño.

—No me toques —dijo Laurent.

Y se arrodilló en el suelo de la posada.

Aquella simple imagen lo dejó sin palabras y sin pensamientos. A Damen se le aceleró el pulso violentamente, incluso cuando trató desesperadamente de no dar por hecho que a ese gesto lo seguiría otro necesariamente.

Laurent no lo miraba; contemplaba su desnudez. Entreabrió la boca. Estaba más tenso ahora que se encontraba más cerca de la causa de su nerviosismo. Damen notó su aliento entrecortado.

Iba a hacerlo. «Cuando ves a una pantera abriendo la boca, no te sacas la polla». Damen no se movió, no respiró. Laurent lo tocó con la mano y él se

limitó a quedarse de pie con las manos y la espalda apoyadas en la pared. La idea de que el frígido príncipe de Vere fuese a chupársela se le antojaba imposible. Laurent apoyó una mano en la pared.

Veía los planos del rostro de Laurent desde otro ángulo. Sus pálidas pestañas escondían los ojos azules que había debajo. La tranquila alcoba era un escenario surrealista compuesto por muebles sencillos y una cama desnuda. Laurent le rozó la punta con los labios.

Damen tiró la cabeza hacia atrás. Le quemaba la piel. Emitió un ruido áspero y grave de urgencia. Era un momento de pura emoción, y cerró los ojos.

Los abrió a tiempo de ver a Laurent retrocediendo, por lo que podría habérselo imaginado todo, de no ser porque tenía la punta húmeda.

Confinado contra la pared, Damen notaba la aspereza del yeso en las palmas. El príncipe tenía los ojos muy oscuros, el pecho le subía y bajaba al ritmo de su respiración jadeante mientras volvía a inclinarse. Saltaba a la vista que batallaba con algo.

—Laurent —gimió.

Laurent había vuelto a rozarle el miembro con la boca entreabierta. Damen resollaba. Quería moverse, embestir, pero no podía. Era demasiado y no era suficiente al mismo tiempo. Trataba de dominar su cuerpo, luchaba contra los instintos de su naturaleza para quedarse quieto.

Clavó los dedos en el yeso. Fuera cual fuera la batalla que Laurent estaba librando en su cabeza, esta no impedía que hiciese gala de su lentitud, de la sensual atención que ignoraba todo ritmo o deseo de llegar al orgasmo pero era sumamente insoportable. Estaba seguro de que Laurent lo había notado, que había paladeado las gotas saladas de su deseo, de su necesidad. Al pensar en eso sintió que no podía más; estaba al borde del clímax.

No se lo había imaginado así. Conocía la boca de Laurent, sabía lo despiadada que podía ser. La consideraba su principal arma. En su día a día, el príncipe tensaba sus labios carnosos y esbozaba una línea rígida con ellos. Todo en su boca eran crueles curvas. Damen había visto a Laurent destrozar a gente con esa boca.

Ahora, sus labios se entregaban al placer; había cambiado las palabras por el miembro de Damen.

Iba a correrse en su boca. Cayó en la cuenta de ese hecho único y asombroso un segundo antes de que Laurent llegara hasta la base con un largo y practicado deslizamiento. Sintió calor y se corrió en un momento sin poder evitarlo, demasiado pronto, abrumado, sobrepasado. Se convulsionó, incluso

mientras luchaba por no moverse. Se le tensó el estómago y se aferraba al yeso con los dedos.

Al cabo de unos instantes, abrió los ojos. Tenía la cabeza apoyada en la pared y vio que Laurent, cuyos ojos se habían oscurecido, se apartaba de él. Casi había esperado que Laurent escupiera en el fuego con cuidado, pero no lo hizo. Se lo había tragado. Se tapaba la boca con la mano y permaneció todo el tiempo cerca de la ventana observando a Damen un tanto receloso.

Damen se alejó de la pared.

Cuando alcanzó al príncipe, volvió a colocar la mano en la pared, esta vez a un lado de la cabeza de Laurent. Veía que el pecho se movía arriba y abajo en el espacio que los separaba; era indudable que a Laurent lo había excitado lo que acababa de hacer.

Estaba claro que el vereciano no sabía cómo procesarlo, y su cautela se debía en parte a que no sabía lo que ocurriría a continuación; era una de las extrañas lagunas de experiencia que tenía y que Damen había sido incapaz de predecir.

En la penumbra, Laurent dijo:

—Un intercambio justo, ¿no?

—No sé. ¿Qué quieres?

Los ojos de Laurent estaban muy oscuros. Damen prácticamente veía cómo se debatía y se tensaba cada vez más. Por un momento, creyó que el príncipe no iba a contestar, pues la verdad de su deseo lo volvía demasiado vulnerable.

—Enséñame cómo sería —contestó Laurent.

Se sonrojó después de decirlo. Se había expuesto con esas palabras; era un joven inexperto apoyado en la pared enyesada de la posada.

Fuera los aguardaba el paraje hostil de Akielos, lleno de enemigos y gente que los quería muertos, un paisaje peligroso que debían atravesar para ponerse a salvo.

Allí estaban solos. La luz de las velas doraba el cabello de Laurent y hacía que le brillasen las pestañas y el cuello. Damen se imaginó que lo estaba cortejando en alguna tierra extraña en la que no había ocurrido nada entre ellos, que le estaba haciendo el amor con palabras en un balcón tras abandonar una fiesta; tal vez sería de noche y les llegaría el olor de las flores del jardín. Era un pretendiente que desafiaba los límites de su atención.

—Te cortejaría —declaró Damen— con la elegancia y la cortesía que mereces.

Deshizo el primer lazo del camisón de Laurent y comenzó a abrírsela; se atisbaba el hueco de la garganta. El príncipe había separado los labios y apenas respiraba.

—No nos mentiríamos —aseveró Damen.

Desató el segundo lazo y sintió el suave latido de su propio corazón y el calor de la piel de Laurent mientras sus dedos iban a por el tercero.

—Tendríamos tiempo para estar juntos —añadió.

Y a la cálida luz de la llama, llevó la mano a la mejilla de Laurent y se inclinó para besarlo en los labios con dulzura.

Notó su sorpresa, como si no esperara que lo besase después de lo que acababa de hacer. Tras un momento, Laurent le devolvió el beso. Besaba como no hacía ninguna otra cosa. Con sencillez y sin artificio, como si besar fuese un asunto serio. Y reflejaba una sensación expectante, como si esperara a que Damen tomara el control.

Al ver que no lo haría, Laurent inclinó cabeza de otra forma y sus dedos se hundieron en el cabello de Damen, todavía húmedo tras el baño. El beso se intensificó por orden de Laurent. Damen sentía el cuerpo del príncipe contra el suyo. Le metió la mano por dentro de su camisón abierto; le gustó extender la mano ahí. Era el gesto posesivo con el que no habría soñado antes de esa noche y una parte de él todavía esperaba que Laurent lo matara por hacer algo así. El vereciano dejó de besarlo unos instantes, cerró los ojos e hizo un ruidito que lo animó a seguir; toda su atención estaba en el tacto de Damen.

—Te gusta ir despacio —le susurró cerca del oído.

—Sí —contestó Laurent.

Le besó el cuello con mucha delicadeza, incluso mientras le acariciaba despacio por debajo del camisón. La piel superfina de Laurent era mucho más sensible que la suya, a pesar de que durante el día se tapaba por completo con las ropas más austeras posibles. Se preguntó si Laurent reprimía las sensaciones por el mismo motivo por el que se debatía ahora para reconocerlas con la mandíbula apretada.

Su cuerpo empezó a despertar de nuevo mientras pensaba en hundirse en Laurent despacio, con la lentitud que le gustaba, y permanecer así durante un buen rato, hasta que no supieran dónde terminaba uno y dónde empezaba el otro.

Cuando Laurent se despojó del camisón y se quedó desnudo ante él como había hecho en una ocasión en los baños tiempo atrás, Damen no pudo evitar dar un paso adelante y rozarle la piel con las yemas al tiempo que seguía con

la mirada sus dedos mientras bajaban del pecho a la cadera. El cuerpo de Laurent era de un dorado cremoso a la luz de la llama.

Laurent lo miraba a su vez, como si el físico de Damen fuese más notable ahora que los dos estaban desnudos. El príncipe lo tiró a las sábanas y lo tocó como si quisiera recordar la forma de su cuerpo y lo que sentía al tocarlo, como si quisiera clasificar todas las partes de su cuerpo y memorizarlas.

Damen sintió el calor del fuego en su piel mientras se besaban. Laurent se apartó; parecía que había tomado una decisión, respiraba deprisa pero siguiendo un ritmo.

—Haz que me corra —le pidió, y llevó la mano de Damen a su entrepierna.

Damen cerró la mano. Puede que ahora le costase más respirar.

—¿Así?

No. Más despacio.

No se produjo ningún cambio evidente en Laurent, aunque entreabrió la boca y cerró ligeramente los ojos. Las reacciones de Laurent siempre habían sido sutiles, sus preferencias nunca habían sido obvias. No había podido correrse en Ravenel, donde Damen se había metido su miembro en la boca. Damen se percató de que no sabía si podría hacerlo ahora.

Redujo la velocidad de tal modo que, por un momento, no hubo nada más que un fuerte agarre y el lento movimiento de su pulgar en la cabeza. Notaba el miembro erecto y colorado de Laurent en la mano; le gustaba sentir su peso. Tenía una forma preciosa y estaba en proporción con su dueño. Pasó los nudillos por la fina línea de vello dorado que le bajaba desde el ombligo.

El interés renovado de su cuerpo había pasado de una excitación perezosa a una plena e intensa; estaba listo para montarlo, incluso cuando olvidaba su excitación y observaba cómo Laurent intentaba bajar la guardia.

Notó la represión, el férreo control que ejercía Laurent sobre su cuerpo. Se le tensó el estómago y apretó la mandíbula. Sabía lo que significaba. Damen no dejó de mover la mano.

—¿No te gusta correrte?

—¿Pasa algo? —contestó Laurent entre jadeos. El tono que empleó no se pareció al que usaba habitualmente.

—No, en absoluto. Te diré cómo ha sido cuando termine.

Laurent maldijo una vez, sucintamente, y el mundo dio un vuelco: de pronto, el príncipe estaba encima de él, totalmente excitado. Tumbado de espaldas, Damen notaba el colchón de paja debajo mientras lo miraba. Su

propio deseo se avivó al cambiar de posición. Agarró el miembro de Laurent y le dijo:

—Venga.

Se sentía ridículo por atreverse a decirle a Laurent qué hacer en cualquier ámbito.

La primera embestida fue pausada y percibió un calor opresivo en la mano. Laurent lo miraba a los ojos. Notaba que era una experiencia nueva para Laurent, como lo era para él. Se preguntó si se habría acostado con alguien en serio, y dio un respingo al darse cuenta de que no. El calor que se apoderó de él no era agradable. Y entonces, al igual que Laurent, se encontró de repente en un lugar que le era ajeno.

—Yo nunca he… —farfulló Damen.

—Ni yo —dijo Laurent—. Serás el primero con el que lo haga.

Todo se magnificó: la sensación del miembro de Laurent hundiéndose tan cerca del suyo, el lento movimiento de caderas, el rubor de la piel… El fuego quemaba demasiado y, con la palma en el costado de Laurent, notó que el músculo se flexionaba al ritmo. Lo miró a los ojos, que mostraban más de lo que se imaginaba. Lo revelaban todo, y Laurent respondió con más embestidas.

—Y tú el primero con el que yo lo haga —confesó sin pensar.

—Pensaba que en Akielos la primera noche era especial —dijo Laurent.

—Para un esclavo, sí —confirmó Damen—. Para un esclavo lo es todo.

El primer estremecimiento de Laurent llegó con su primer sonido, que emitió de forma inconsciente por el esfuerzo; su cuerpo lo dominaba ahora. Se miraban con los ojos abiertos como platos. La excitación de Damen estaba fuera de control. Ambos llegaron al orgasmo pese a no estar en el cuerpo del otro, aunque eran uno.

Laurent jadeaba encima de él. Su cuerpo aún se sacudía por los temblores. Los intervalos entre ellos eran cada vez más largos. Había girado la cabeza a un lado para no mirar a Damen, como si hubiesen compartido demasiadas cosas. Este tenía la mano sobre la piel colorada de Laurent, notaba cómo le latía el corazón. Percibió que se movía demasiado pronto.

—Voy a…

El príncipe se separó y Damen se tumbó de espaldas con un brazo por encima de la cabeza; él tardaba más en recuperarse. Con Laurent ausente, volvió a sentir el calor del fuego en la piel y oyó el chasquido y el chisporroteo de las llamas.

Observó que Laurent cruzaba la habitación para ir a buscar toallas y una jarra de agua antes de que su respiración se hubiera estabilizado. Sabía que Laurent era quisquilloso después de hacer el amor, y le gustaba saberlo, le gustaba conocer sus peculiaridades. El vereciano se detuvo a tocar con los dedos el borde de la mesa de madera y se limitó a respirar en la penumbra. Los hábitos postcoitales de Laurent también eran una excusa para satisfacer su necesidad de tener un momento a solas, y Damen era consciente de ello.

Cuando regresó, Damen dejó que Laurent lo secara con la dulce e inesperada atención que también caracterizaba su comportamiento en la cama. Bebió un sorbo de la copa de agua que le ofreció el príncipe y él le sirvió agua a cambio, lo cual sorprendió a Laurent, que estaba sentado en las sábanas con la espalda recta y parecía incómodo.

Damen se estiró a sus anchas y aguardó a que Laurent hiciera lo mismo. Le llevó más minutos que a cualquier otro amante. Finalmente, avergonzado y tenso, Laurent se acostó a su lado. El vereciano era el que estaba más cerca del fuego, la única fuente de luz que quedaba en la habitación y que creaba luces y sombras por todo su cuerpo.

—Todavía lo llevas.

Se le escapó. En la muñeca, Laurent llevaba el brazalete de oro, del color de su pelo a la luz del fuego.

—Tú también.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué —respondió Laurent.

Estaban juntos, con las sábanas, el colchón y los cojines planos de por medio. Damen se tumbó bocarriba y miró al techo. Notaba los latidos de su propio corazón.

—Me pondré celoso cuando te cases con tu princesa patrense —espetó Damen.

La habitación se sumió en el silencio tras aquella confesión; volvía a oír el fuego y era demasiado consciente de su respiración. Al cabo de un momento, Laurent contestó.

—No habrá ninguna princesa patrense ni ninguna hija del Imperio.

—Es tu deber continuar con tu linaje.

No sabía por qué le había dicho eso. Había marcas en el techo, sin enyesar y revestido de paneles, y apreciaba las oscuras espirales y las vetas de madera.

—No. Seré el último. Mi linaje termina conmigo.

Damen se dio la vuelta y vio que Laurent no lo estaba mirando; él también tenía los ojos fijos en algún punto en la tenue luz.

—Nunca se lo he dicho a nadie —admitió en voz baja.

Damen no quería romper el silencio que siguió, el palmo de distancia que separaba sus cuerpos, ni el espacio prudente que había entre ellos.

—Me alegra que estés aquí —dijo Laurent—. Siempre pensé que tendría que enfrentarme a mi tío solo.

Se volvió para mirar a Damen y sus ojos se encontraron.

—No estás solo.

Laurent no respondió con palabras, pero le sonrió y se estiró para tocarlo.

Se separaron de Charls al cabo de seis días, tras adentrarse en la provincia más meridional de Akielos.

Había sido un trayecto sinuoso y relajado en el que zumbaban los insectos y se detenían a descansar por la tarde para no sufrir las inclemencias del calor. Con la caravana de carretas de Charls se hacían respetar, así que dejaron atrás a las patrullas de Kastor sin problemas. Jord enseñó a jugar a los dados a Aktis, quien le enseñó unas palabras en concreto en akielense. Lazar perseguía a Pallas con la confianza perezosa que haría que el soldado akielense se levantara la falda en cuanto se detuvieran en algún sitio con algo de intimidad. Paschal ofreció consejos gratis a Lydos, quien se alejó aliviado por hallar solución a sus dolencias.

En los días de demasiado calor buscaban cobijo en posadas y casas de campo, y en una ocasión se alojaron en una granja enorme donde se alimentaron de pan, queso duro e higos, y de dulces akielenses de miel y nueces que atrajeron a las avispas en el calor pegajoso.

En los exteriores de la granja, Damen se sentó en una mesa delante de Paschal, que señaló con la barbilla a Laurent, visible a lo lejos, a la sombra de un árbol.

—No está acostumbrado al calor.

Era cierto. Laurent no estaba hecho para el verano akielense y, durante el día, corría a refugiarse a la sombra de las carretas, o se quedaba bajo los toldos o los árboles frondosos de los sitios donde paraban a descansar. Pero no daba más señales de ello; ni se quejaba ni eludía el trabajo.

—Nunca me has contado cómo acabaste en la facción de Laurent.

—Era el galeno del regente.

—O sea que atendías a su gente.

—Y a sus chicos.

Damen no dijo nada.

Tras un momento, Paschal añadió:

—Antes de morir, mi hermano servía en la Guardia del Rey. A diferencia de él, yo nunca juré lealtad al rey, pero me gusta pensar que lo estoy haciendo ahora.

Damen bajó al arroyo. Laurent estaba apoyado en el tronco de un ciprés joven. Llevaba sandalias y el quitón de algodón blanco, holgado y maravilloso. Contemplaba el paisaje: Akielos, bajo un vasto cielo azul.

Las colinas descendían hasta una costa lejana, donde el océano brillaba y había casas apiñadas, blancas como las velas de un barco y con formas geométricas similares. La arquitectura poseía la elegancia sencilla que los akielenses valoraban en su arte, sus matemáticas y su filosofía, y a la cual había visto a Laurent reaccionar en silencio durante el trayecto.

Damen se detuvo un momento, pero Laurent se volvió y dijo:

—Qué bonito.

—Qué calor —replicó Damen. Fue a la orilla, llena de guijarros, se inclinó y mojó un trapo en el agua clara del riachuelo. Se acercó a él—. Ven —musitó después.

Tras una leve vacilación, Laurent inclinó la cabeza hacia delante y permitió que Damen se deleitase rociándole agua fría en la nuca mientras cerraba los ojos y emitía un suave y dulce sonido de alivio. Solo así de cerca se podía apreciar el ligero rubor de sus mejillas y las gotitas de sudor que le humedecían las raíces del pelo.

—Alteza, Charls y los mercaderes se están preparando para partir —informó Pallas, que los había pillado con las cabezas muy juntas.

Un hilo de agua descendía por la nuca de Laurent. Damen alzó la vista con la palma apoyada en la áspera corteza del árbol.

—Entiendo que antes eras un esclavo y que Charls te ha liberado —le dijo Guilliame mientras se preparaban para separarse. Guilliame hablaba muy en serio—. Quiero que sepas que Charls y yo nunca hemos comerciado con esclavos.

Damen contemplaba la sobrecogedora belleza de los árboles nudosos. Se sorprendió al decir:

—Damianos abolirá la esclavitud cuando sea rey.

—Gracias, Charls. No podemos exponerte más —dijo Laurent, que se estaba despidiendo de los mercaderes.

—Ha sido un honor cabalgar con vos —dijo Charls.

Laurent le estrechó la mano.

—Cuando Damianos de Akielos suba al trono, dile mi nombre y que me ayudaste. Te pagará bien por tus telas.

Nikandros estaba mirando a Laurent.

—Es muy…

—Te acostumbrarás —le aseguró Damen, que se alegraba por dentro, pues no era del todo cierto.

Acamparon por última vez en un bosquecillo que los mantenía a cubierto, en la linde de la vasta llanura donde el Salón de los Reyes coronaba la única pendiente.

Se veía a lo lejos, altas murallas de piedra y columnas de mármol, un sitio de reyes. Al día siguiente, él y Laurent irían allí y se reunirían con la nodriza, que se entregaría a sí misma y a su pequeño y valioso cargamento a cambio de que liberasen a Jokaste. Miró hacia allí y creyó en el futuro; sintió una esperanza real.

Con la mente embotada por los pensamientos de esa mañana, se tendió en su petate al lado de Laurent y se durmió.

El príncipe yació junto a Damen hasta que el campamento se quedó en silencio. Entonces, cuando Damen dormía y nadie podría detenerlo, se levantó, atravesó el campamento a solas y se dirigió a la carreta enrejada en la que estaba Jokaste.

Se había hecho tarde y el cielo akielense estaba cubierto de estrellas. Estar ahí, a punto de culminar sus planes, era extraño. Estaba a punto de poner fin a todo.

Se encontraba donde nunca había imaginado y sabía que por la mañana todo habría acabado, o, al menos, su parte. Laurent pasó con sigilo junto a los soldados dormidos y se encaminó hacia las carretas, inmóviles y silenciosas, a cierta distancia.

Entonces, como no debía haber testigos, permitió a los guardias que se retirasen. Las cosas malas se hacían a oscuras. En la carreta entraba el aire nocturno, pero los barrotes de hierro de la puerta interior mantenían a la prisionera dentro. Se plantó ante ella. Jokaste lo había visto todo y, como había esperado, ni se sobresaltó ni gritó ni suplicó ayuda. Se limitó a mirarlo tranquilamente por entre los barrotes.

—Así que tienes tus propios planes.

—Sí —afirmó Laurent.

Dio un paso adelante y abrió la puerta enrejada de la carreta.

Retrocedió. No estaba armado. Le ofrecía un camino a la libertad. No muy lejos, había un caballo ensillado. Ios estaba a medio día de viaje.

Jokaste no salió por la puerta; en su lugar, lo miró fijamente. En sus ojos fríos se veían todos los motivos por los que abandonar la carreta era una trampa.

Y Laurent dijo:

—Creo que es hijo de Kastor.

Jokaste no respondió y se hizo un silencio durante el cual se limitó a observarlo. Laurent la miraba a su vez. El campamento seguía tranquilo. No se oía nada salvo la brisa y la noche.

—Creo que lo viste claro. Era el crepúsculo de Akielos. Se acercaba el final y Damianos no escucharía a nadie. El único modo de salvarle la vida era convencer a Kastor de que lo enviase a Vere como esclavo. Pero para hacer eso, tenías que meterte en su cama.

No se inmutó, pero notó que se había producido un cambio en ella: había adoptado una nueva y cautelosa actitud. Azotada por el frío aire nocturno, le había enviado un mensaje contra su voluntad. Le había revelado algo. Estaba enfadada y, por primera vez, asustada.

—Pienso que es hijo de Kastor porque no creo que usases al hijo de Damen en su contra.

—Eso es que me subestimas.

—¿Tú crees? —le preguntó mientras le sostenía la mirada—. Ya lo veremos.

Laurent lanzó la llave a la carreta y aterrizó delante de ella, que permanecía inmóvil.

—Me dijiste que nos parecíamos. ¿Me habrías abierto la puerta a mí? No lo sé. Pero le abriste una a él.

—¿Me estás diciendo que la única diferencia entre nosotros es que elegí al hermano equivocado?

Su voz carecía de toda inflexión, de modo que solo rezumaba burla y una ligera amargura.

A medida que las estrellas empezaron a moverse por el cielo, Laurent se imaginó a Nicaise de pie en el patio, con un puñado de zafiros.

—No creo que hayas elegido —aseveró Laurent.

Capítulo dieciséis

LAURENT LE ASEGURÓ QUE lo mejor era mantener a Jokaste dentro de la carreta hasta que se hubiese realizado el intercambio, por lo que fueron solos al Salón de los Reyes.

Eso se ajustaba al protocolo del lugar. En el Salón de los Reyes se hacía cumplir sus leyes contrarias a la violencia con rigor. Era un santuario, un lugar para parlamentar que se regía por un decreto de paz desde hacía siglos. Los peregrinos podían entrar, pero los grupos de soldados no estaban permitidos dentro de sus murallas.

El trayecto hasta allí consistía en tres tramos. Primero había que atravesar las extensas llanuras. Después, pasar las puertas. Y, por último, entrar en el vestíbulo, y de ahí acceder a la cámara interior que albergaba la Piedra del Rey. El Salón de los Reyes era una corona de mármol blanco en el horizonte que dominaba la vasta y polvorienta llanura desde la única loma que había. Todos los soldados del Salón de los Reyes, vestidos de blanco, los verían llegar: dos humildes peregrinos a caballo dispuestos a hacer una ofrenda.

—Estáis a punto de entrar en el Salón de los Reyes. Manifestad vuestro propósito.

Casi no se le oía, pues les hablaba desde nada menos que quince metros de altura. Damen se protegió los ojos del sol con la mano y gritó:

—¡Somos viajeros! ¡Vamos a la Piedra del Rey a rendir homenaje!

—Viajero, presta juramento y sé bienvenido.

Una cadena chirrió y el rastrillo se levantó. Atravesaron la enorme y pesada puerta de hierro, rodeada por cuatro inmensas torres de piedra, como en Karthas, y subieron con sus caballos hasta las puertas.

Una vez dentro, desmontaron y se encontraron con un hombre mayor cuya capa blanca estaba asida a su hombro por un broche de oro. Cuando entregaron con mucha ceremonia una gran cantidad de oro como tributo, se acercó a ellos para colocarles una banda blanca alrededor del cuello. Damen tuvo que agacharse un poco.

—Este es un lugar de paz. Ni se asestan golpes ni se desenvainan espadas. El hombre que perturbe la paz del Salón de los Reyes deberá someterse a la justicia del monarca. ¿Prestáis juramento? —preguntó el anciano.

—Sí —contestó Damen.

El hombre se volvió hacia Laurent, que también dio su palabra:

—Sí.

Y entraron.

No esperaba la tranquilidad del lugar, las diminutas flores que crecían en las laderas cubiertas de hierba que conducían al antiguo salón ni los enormes bloques de piedra prominente, vestigios de su primera estructura. Solo había estado allí durante ceremonias; los kyroi y sus hombres abarrotaban las laderas y su padre se erguía poderoso en el salón.

La primera vez que había estado allí era un bebé y su padre lo sostuvo en alto para presentárselo a los kyroi. Damen había oído la historia en múltiples ocasiones. El rey lo había alzado, conocía la alegría de la nación por el nacimiento de un heredero tras años de abortos naturales de una reina aparentemente incapaz de tener hijos.

En las versiones de la historia nadie hablaba del pequeño Kastor de nueve años, que observaba desde un rincón la ceremonia en la que concedían a un bebé lo que le habían prometido a él.

Lo habían coronado allí. Había convocado a los kyroi como había hecho Theomedes tiempo atrás y lo habían coronado a la vieja usanza, acompañado de los kyroi y con los rostros impasibles de los centinelas del Salón de los Reyes mirando.

Ahora esos centinelas los flanqueaban. Formaban una guarnición militar independiente que siempre estaba presente. Se había elegido a los mejores de cada provincia con una neutralidad escrupulosa para que sirvieran durante dos años. Vivían en el complejo de edificios de apoyo, abarrotaban los cuarteles y los gimnasios, donde dormían, despertaban y entrenaban con una disciplina impecable.

El mayor honor de un soldado era participar en los juegos anuales y que lo escogieran de entre los mejores para servir en el Salón de los Reyes y respetar sus estrictas leyes.

—Nikandros sirvió aquí dos años —dijo Damen.

A sus quince años, se había sentido muy orgulloso del logro de Nikandros, incluso mientras lo abrazaba y sentía lo que significaba que su mejor amigo lo abandonara para servir con los mejores luchadores de

Akielos. Tal vez, detrás de sus palabras, su voz destiló algo más, algo que ignoraba.

—Te pusiste celoso.

—Mi padre decía que tenía que aprender a liderar, no a seguir.

—Tenía razón —contestó Laurent—. Eres un rey en territorio de reyes.

Habían atravesado las puertas. Empezaron a subir los escalones de la ladera cubierta de hierba hacia los pilares de mármol que marcaban la entrada al salón. En cada tramo, había centinelas de guardia ataviados con capa blanca.

Cientos de reinas y reyes de Akielos habían sido coronados allí, el cortejo recorría el mismo camino que ellos: subían las escaleras de mármol que había entre las puertas y la entrada al salón; las escaleras estaban erosionadas tras décadas subiendo por ellas.

Sintió la solemnidad del lugar y su tranquila majestuosidad.

—El primer rey de Akielos fue coronado aquí, como todos los reyes y reinas desde entonces —dijo de pronto.

Dejaron atrás a más centinelas mientras pasaban al lado de las columnas y se adentraban en el gran y cavernoso espacio de mármol pálido. El camino de mármol estaba tallado con figuras, y Laurent se detuvo ante una de ellas: una mujer a caballo.

—Esa es Kydippe. Reinó antes que Euandros. Le arrebató el trono a Treus y evitó que se desatase una guerra civil.

—¿Y ese?

—Ese es Thestos. Construyó el palacio de Ios.

—Se parece a ti.

Thestos estaba tallado de perfil y sostenía una pieza gigante de mampostería en el aire. Laurent le tocó el bíceps a él y luego a Damen, que resopló.

Una emoción transgresora lo invadía al pasear con Laurent por aquel lugar: había llevado a un príncipe vereciano al corazón de Akielos. Su padre le habría prohibido el paso, no le habría permitido subir; una figura esbelta, completamente empequeñecida por la magnitud del salón.

—Ese es Nekton. Quebrantó las leyes del Salón de los Reyes.

Nekton había desenvainado una espada para proteger a su hermano, el rey Timon. Estaba representado de rodillas, con un hacha en el cuello. El rey Timon se vio obligado a condenar a muerte a su hermano por lo que había hecho; así de estrictas eran las leyes del Salón de los Reyes.

—Ese es Timon, su hermano.

Contemplaron las figuras una a una: Eradne, reina de los Seis, la primera desde Agathon en gobernar en seis provincias y tener a seis kyroi a sus órdenes; la reina Agar, que anexionó Isthima al reino, y el rey Euandros, que perdió Delpha. Sintió el peso de esos reyes y reinas como nunca, plantado ante ellos no como rey, sino como un hombre.

Se detuvo frente a la talla más antigua; un único nombre cincelado toscamente en la piedra.

—Ese es Agathon —explicó Damen—, el primer rey de Akielos. Mi padre desciende del rey Euandros, pero mi linaje se remonta a Agathon por parte de mi madre.

—Se le ha desconchado la nariz —comentó Laurent.

—Unificó el reino —prosiguió Damen, que recordó que su padre había tenido el mismo sueño—. Todo lo que tengo me lo ha transmitido él.

Llegaron al final del camino. Los centinelas, de pie, protegían el espacio inviolable, la cámara interior, de piedra más áspera, el único lugar de Akielos donde se arrodillaban los príncipes para que los coronasen y se levantaban convertidos en reyes.

—Como le será transmitido a mi hijo, supongo —añadió Damen.

Entraron y vieron que una figura envuelta en rojo, sentada cómodamente en el pesado trono de madera, los aguardaba.

—No exactamente —repuso el regente.

Todos sus nervios se pusieron en alerta. A Damen le vinieron a la mente los términos «emboscada» y «traición». Examinó las entradas en busca de figuras, en busca de un ejército de hombres rodeándolos. Pero no vio ningún círculo de metal ni oyó pasos. Solo estaban su corazón, que rompía el silencio con su latido, las caras impasibles de los soldados del Salón de los Reyes y el regente, que se levantó y se aproximó a ellos, solo.

Damen se obligó a soltar la empuñadura de la espada, la cual había aferrado por instinto. Lo asaltó el deseo frustrado de atravesar la garganta del regente con ella, una llamada que le gritaba que entrase en acción y que tuvo que ignorar. Las reglas del Salón de los Reyes eran sagradas. No podía desenvainar una espada allí y vivir para contarlo.

El regente se detuvo a esperarlos como un monarca ante la Piedra del Rey. Llevaba la autoridad en la sangre e iba vestido de rojo oscuro, con un manto real sobre los hombros. El tamaño de la sala y el poder de mando que poseía le sentaban bien. Miraba a Laurent a los ojos.

—Laurent —dijo el regente en voz baja—, me has causado muchos problemas.

La leve agitación del pulso de Laurent, que se hacía visible en su cuello, desmentía su calma exterior. Damen notaba que se contenía, que estaba controlando su respiración.

—Ah, ¿sí? —contestó el príncipe—. Ah, es cierto. Has tenido que buscarte a otro chico que te caliente la cama. No me culpes tanto. De todos modos, este año se habría hecho demasiado mayor para ti.

El regente estudió a Laurent, un lento escrutinio que le llevó un buen rato; mientras lo examinaba, habló.

—No te sienta bien ser quisquilloso. Los modales de un niño resultan poco atractivos en un hombre. —Su voz era suave y reflexiva, y era posible que rezumase una ligera decepción—. Nicaise estaba convencido de que lo ayudarías. No conocía tu naturaleza. Ignoraba que lo abandonarías, que lo traicionarías y que permitirías que muriese por mera inquina. ¿O lo mataste por otro motivo?

—¿La putita que te compraste? Pensé que nadie lo echaría de menos.

Damen tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder. Había olvidado la vehemencia descarnada con que se hablaban.

—Lo he sustituido —le confirmó el regente.

—Ya me lo imaginaba. Le iba a costar un poco chupártela sin cabeza.

Al cabo de un momento, el regente le habló a Damen con aire pensativo:

—Supongo que el sórdido placer que te da en la cama te hace pasar por alto su naturaleza. Al fin y al cabo, eres akielense. Debe de satisfacerte tener al príncipe de Vere debajo de ti. Es desagradable, pero seguro que casi ni lo notas cuando estás en celo.

Damen contestó con mucha firmeza:

—Estás solo. No puedes usar armas. No tienes hombres. Nos habrás pillado por sorpresa, pero no vas a conseguir nada con eso. Lo que dices no tiene sentido.

—¿Por sorpresa? Pero mira que eres ingenuo… —dijo el regente—. Laurent me estaba esperando. Ha venido a intercambiarse por el niño.

—Laurent no ha venido a entregarse —aseguró Damen. En el breve silencio que siguió a sus palabras, se volvió a mirar al príncipe.

Estaba pálido y erguido. Aceptaba con su silencio el trato que había hecho con su tío hacía tiempo. «Entrégate, y todo lo que es tuyo te será devuelto».

De pronto, el Salón de los Reyes, los impasibles soldados con sus capas blancas situados a intervalos y las inmensas piedras blancas se le antojaron

espantosos.

—No… —dijo Damen.

—Mi sobrino es predecible —añadió el regente—. Ha liberado a Jokaste porque sabe que yo nunca perdería una ventaja táctica por una golfa. Y ha venido a cambiarse por el niño. Ni siquiera le importa de quién es. Solo sabe que está en peligro y que tú nunca te enfrentarás a mí mientras lo tenga en mi poder. Ha dado con la manera de cerciorarse de que acabes ganando: entregarse a cambio de la vida de tu hijo.

El silencio de Laurent era el de un hombre expuesto. No miró a Damen. Se limitó a quedarse de pie, jadeante y con el cuerpo rígido, como si se estuviese preparando para lo que se avecinaba.

—Pero ese intercambio no me interesa, sobrino.

En la pausa que siguió, la expresión de Laurent se alteró. Damen apenas tuvo tiempo de percibirlo cuando el príncipe dijo con voz tensa:

—Es una trampa. No lo escuches. Tenemos que irnos.

El regente extendió las manos.

—Pero si estoy solo.

—Damen, vete —ordenó Laurent.

—No, es solo un hombre.

—Damen.

—No.

Se obligó a mirar al regente en su totalidad: su cortísima barba, su pelo oscuro y sus ojos azules, el único rasgo físico que compartía con Laurent.

—Soy yo el que ha venido a hacer un trato —replicó Damen.

El Salón de los Reyes, con sus estrictas reglas contrarias a la violencia, era el único lugar donde dos enemigos podían reunirse para llegar a un acuerdo. Así pues, parecía apropiado encarar al regente allí, en un lugar ceremonial destinado a enfrentar a dos oponentes.

—Dime tus condiciones para entregarme al niño —le exigió.

—Ah, no —lo corrigió el regente—. El niño no está en venta, lo siento. ¿Pensabas tener un gesto magnánimo? Prefiero conservarlo. No, he venido a por mi sobrino. Se someterá a un juicio ante el Consejo y, después, morirá por sus crímenes. No me hace falta negociar ni entregar al niño. Laurent se va a arrodillar y me va a suplicar que me lo lleve, ¿verdad que sí, Laurent?

—Damen, te he dicho que te marches —insistió el príncipe.

—Laurent nunca se arrodillaría ante ti —replicó Damen, y se interpuso entre él y el regente.

—¿Eso crees?

—Damen.

—Quiere que te marches —le dijo el regente—. ¿No tienes curiosidad por saber por qué?

—Damen.

—Ya se ha arrodillado para mí.

El regente lo dijo con calma y sin emoción en la voz, así que al principio no lo entendió. No eran más que un montón de palabras. Y no dejaron de serlo ni siquiera cuando Damen se volvió y advirtió que Laurent se había ruborizado. Y, entonces, el significado de esas palabras empezó a formar un único pensamiento.

—Probablemente debería haberlo rechazado, pero ¿quién puede resistirse a un niño que te viene con esa carita a pedirte que te quedes con él? Se quedó muy solo cuando murió su hermano. «Tío, no me dejes solo…».

Rabia. Le proporcionó claridad y simplicidad y quemó todo pensamiento. La horrible expresión de Laurent, el movimiento de los centinelas de capa blanca con el primer chirrido acerado… Todo eso carecía de importancia, eran destellos. Damen había desenvainado su espada e iba a clavarla en el cuerpo desarmado del regente.

Un centinela se interpuso en su camino. Y otro. El sonido metálico de su espada había desencadenado un torrente de acciones. Los centinelas del Salón de los Reyes inundaban la sala con sus capas blancas y habían comenzado a gritar órdenes: «¡Detenedlo!». Se interponían en su camino. Los quitaría de en medio. El crujido de los huesos, los gritos de dolor… Eran los mejores luchadores de Akielos y los habían elegido a dedo. Le daban igual. Solo le importaba acabar con el regente.

Recibió un golpe en la cabeza y lo vio todo negro por un instante. Se tambaleó y, luego, se enderezó. Otro. Ocho hombres lo rodeaban, lo sujetaban y se esforzaban por contenerlo, mientras otros pedían refuerzos. Estuvo a punto de zafarse de su agarre, pero al ver que no podía liberarse, los arrastró hacia delante con el cuerpo e hizo fuerza; era como caminar por arenas movedizas o surcar todo un mar.

Había logrado avanzar cuatro pasos cuando otro golpe lo mandó al suelo. Cayó de rodillas en el mármol. Le retorcieron el brazo y se lo pusieron detrás de la espalda. Notó el hierro frío y duro antes de entender qué estaba ocurriendo. Las cadenas que llevaba en muñecas y piernas lo hacían cojear. No podía moverse.

Jadeando y de rodillas, Damen empezó a recobrar el sentido. Su espada ensangrentada yacía en el suelo de piedra a metro y medio de él, en el lugar

donde se la habían arrebatado. La sala estaba repleta de hombres con capas blancas; no todos estaban de pie. Uno se agarraba la barriga; la sangre teñía de rojo su librea blanca. Había otros seis en el suelo cerca de él, tres no se levantaban. El regente seguía de pie a varios metros de distancia.

En el silencio de la sala, solo roto por los jadeos, uno de los centinelas arrodillados se levantó y empezó a hablar.

—Has desenvainado tu espada en el Salón de los Reyes.

Los ojos de Damen se clavaron en los del regente. Solo importaba una promesa.

—Te mataré.

—Has enturbiado la paz de la sala.

—En cuanto le pusiste las manos encima, ya eras hombre muerto —dijo Damen.

—Las leyes del Salón de los Reyes son sagradas.

—Seré lo último que veas. Morirás bajo el filo de mi espada.

—Tu vida le pertenece al rey —dijo el centinela.

Damen oyó las palabras. Se le escapó una risa sorda y entrecortada.

—¿Al rey? —preguntó con absoluto desprecio—. ¿A qué rey?

Laurent lo miraba de hito en hito. A diferencia de Damen, solo había hecho falta un soldado del Salón de los Reyes para sujetar a Laurent, que tenía los brazos a la espalda y jadeaba.

—En realidad, aquí solo hay un rey —dijo el regente.

Y, poco a poco, el impacto de lo que había hecho empezó a ser más evidente para Damen.

Contempló la devastación del Salón de los Reyes, el mármol manchado de sangre, a los centinelas amontonados en desorden y la paz quebrada del santuario.

—No —contestó Damen—. Habéis oído lo que hizo. —Su voz sonaba áspera—. Todos lo habéis oído. ¿Vais a permitir que se salga con la suya?

El centinela que lo puso de pie lo ignoró y se acercó al regente. Damen forcejeó de nuevo y sintió que los hombres que lo sujetaban iban a conseguir que la tensión de sus brazos llegase a un límite.

El centinela inclinó la cabeza en señal de respeto hacia el regente y dijo:

—Sois el rey de Vere, no el de Akielos, pero el ataque ha sido contra vos, y el juicio de un rey es sagrado en el Salón de los Reyes. Dictad vuestra sentencia.

—Matadlo —ordenó.

Lo dijo con un tono autoritario pero indiferente. Damen besó el frío suelo con la frente y se oyó un chirrido metálico cuando recogieron su espada. Un soldado de capa blanca se colocó a su lado sosteniéndola con ambas manos, tal y como haría un verdugo.

—No —dijo Laurent. Se lo dijo a su tío, en un tono de voz apagado y carente de emoción que Damen nunca le había oído—. Alto. Me quieres a mí.

—Laurent —contestó Damen mientras comprendía al fin su espantosa decisión.

—Me quieres a mí, no a él —insistió el príncipe al mismo tiempo.

—No te quiero, Laurent. Eres una molestia. Una pequeña inconveniencia que me quitaré de en medio sin miramientos —respondió el regente con suavidad.

—Laurent —repitió Damen, tratando de detener lo que ocurría desde su posición, de rodillas en el suelo.

—Iré contigo a Ios —añadió Laurent con la misma indiferencia—. Me someteré a juicio. Pero déjalo… —No miró a Damen—. Déjalo con vida. Deja que se vaya de una pieza. Llévame contigo.

El soldado que empuñaba la espada se detuvo y esperó a que el regente diese una orden. Miraba a Laurent detenidamente.

—Suplícame —ordenó.

Un soldado le había retorcido el brazo a Laurent y se lo sujetaba firmemente a la espalda; llevaba el quitón de algodón blanco completamente desaliñado. El soldado lo soltó y lo empujó hacia delante en silencio. El príncipe no se tambaleó, sino que avanzó con seguridad; primero un paso y luego otro. Laurent iba a ponerse de rodillas y a suplicarle. Se acercó a su tío y se plantó ante él como quien se dirige al borde de un precipicio. Se arrodilló despacio.

—Por favor —rogó—. Por favor, tío. Me equivoqué al desafiarte. Merezco ser castigado. Por favor.

Aquella era una escena de horror surrealista. Nadie iba a detener esa farsa disfrazada de justicia. El regente miraba a Laurent como el padre que lleva mucho tiempo esperando que su hijo cumpla con su deber.

—¿Os parece aceptable este intercambio, eminencia? —preguntó el centinela.

—Diría que sí —contestó el regente al cabo de un momento—. ¿Ves, Laurent? Soy un hombre razonable. Cuando te arrepientes como es debido, muestro misericordia.

—Sí, tío. Gracias, tío.

El centinela hizo una reverencia.

—Nuestras leyes aceptan el intercambio de una vida por otra. Vuestro sobrino se someterá a juicio en Ios. El otro permanecerá detenido hasta el alba; después, se lo liberará. Hágase la voluntad del rey.

—Hágase la voluntad del rey —repitieron los demás centinelas.

—No —bramó Damen, que volvió a forcejear.

Laurent no lo miró. Fijó la mirada en un punto delante de él; tenía los ojos ligeramente vidriosos. Bajo el fino algodón de su quitón se apreciaban sus jadeos, que estaba tenso y que se esforzaba por controlarse.

—Vámonos —dispuso el regente.

Y se marcharon.

Capítulo diecisiete

RETUVIERON A DAMEN HASTA el alba, cuando lo llevaron de vuelta al campamento, pero no sin antes volver a atarle las manos. Durante el trayecto, luchó a ratos con el cansancio que le empañaba la visión y no lo abandonaba.

Una vez en el campamento, lo tiraron al suelo y cayó de rodillas con las manos todavía atadas a la espalda. Jord se acercó con la espada desenvainada, pero Nikandros lo detuvo con los ojos desorbitados por el miedo y el respeto que le infundían las capas blancas del Salón de los Reyes. Nikandros se adelantó. Damen se puso en pie y notó que su amigo le estaba dando la vuelta para cortar con el cuchillo las cuerdas que le ceñían los brazos.

—¿Y el príncipe?

—Con el regente —respondió, y por un momento no fue capaz de decir nada más.

Era un soldado. Conocía la brutalidad del campo de batalla, había visto lo que hacían los hombres a los que eran más débiles que ellos, pero nunca había pensado…

La cabeza de Nicaise sacada de una bolsa de arpillera manchada de sangre, el cuerpo frío de Aimeric, despatarrado en el suelo junto a una carta, y…

Estaba clarísimo. Era consciente de que Nikandros le estaba hablando.

—Sé que sentías algo por él. Si vas a vomitar, hazlo ya, que nos vamos. Ya deben de estar viniendo a por nosotros.

En medio del aturdimiento, oyó la voz de Jord.

—¿Has dejado que se vaya? ¿Te has salvado y lo has dejado con su tío?

Damen alzó la vista y vio que todos habían salido de las carretas para ir a mirar. Unos cuantos rostros lo rodeaban. Jord se había plantado delante de él. Tenía a Nikandros detrás, con una mano en su hombro tras sujetarlo para cortarle las cuerdas. Vio a Guion a unos pasos más allá, y a Loyse y a Paschal.

—Serás cobarde… —espetó Jord—. Lo has abandonado para…

Nikandros lo interrumpió bruscamente al cogerlo para estamparlo contra la carreta.

—No le hables así a nuestro rey.

—No pasa nada —contestó Damen con una voz densa—. No pasa nada. Es leal. Tú habrías reaccionado igual si Laurent hubiese regresado solo.

Se dio cuenta de que estaba entre los dos, de que se había interpuesto con su cuerpo. Nikandros estaba a dos pasos de distancia; Damen lo había empujado.

Ya liberado de su agarre, Jord resolló un poco.

—Él no habría vuelto solo. Si crees eso, es que no lo conoces.

Notó que Nikandros lo asía del hombro, pero no le habló a él, sino a Jord.

—Ya vale, no ves que…

—¿Qué le va a pasar? —exigió saber Jord.

—Lo van a matar —dijo Damen—. Se celebrará un juicio. Lo tildarán de traidor. Mancillarán su nombre y, cuando acaben, lo matarán.

Era la verdad, pura y simple. Lo harían allí, en público. En Ios, se clavaban cabezas en afiladas picas de madera allí por donde pasaba el traidor.

—No podemos quedarnos aquí, Damianos. Tenemos que… —dijo Nikandros.

—No —lo interrumpió Damen.

Se llevó la mano a la frente. Las ideas le daban vueltas en la cabeza; eran inútiles. Se acordó de cuando Laurent le había dicho que no podía pensar.

¿Qué habría hecho él? Sabía lo que habría hecho. El estúpido y loco de Laurent se habría sacrificado. Habría usado la última ventaja con la que contaba: su propia vida. Pero la vida de Damen carecía de valor para el regente.

Sintió los límites de su propia naturaleza, la facilidad con que se dejaban llevar por la ira y la necesidad, frustrada por las circunstancias, de matar al regente. Lo único que quería era empuñar su espada y abrirse camino hasta Ios. Se sentía pesado y aturdido mientras un único pensamiento pugnaba por salir. Cerró los ojos con fuerza.

—Cree que está solo —comentó.

Se dijo, lleno de rabia, sería tremendamente lento. El juicio iba a prolongarse. El regente lo alargaría. Eso era lo que le gustaba; sería una humillación pública aderezada con un castigo en privado, los de su alrededor reafirmarían su verdad. La muerte de Laurent, sancionada por el Consejo, restablecería el orden que marcaba el regente, lo solucionaría todo.

No sería rápido. Había tiempo. Tenía que haberlo. Si al menos pudiera pensar… Se sentía como un hombre que aguarda ante las altas puertas de una ciudad porque no tiene forma de entrar.

—Damianos, escúchame. Si se lo llevan a palacio, entonces deberás darlo por perdido. No puedes abrirte camino tú solo. Y aunque consiguieras atravesar las murallas, no volverías a salir. Todos los soldados que hay en Ios le son leales a Kastor o al regente.

Las duras palabras de Nikandros hicieron mella en él y lo hirieron como solo la verdad podía hacer.

—Tienes razón, no puedo entrar.

Desde el principio, había sido una herramienta, un arma que usar contra Laurent. El regente se había servido de él para herir, desestabilizar y desconcertar al príncipe y, en última instancia, matarlo.

—Ya sé qué hacer.

Era una mañana fresca. Llegó solo. Dejó a su caballo y recorrió el último tramo a pie. Primero, se movió por los caminos de las cabras; luego, pasó por las alamedas de albaricoqueros y almendros y bajo las sombras de los olivos. Poco después, los caminos hacían subida, y remontó una loma caliza, la primera de las pendientes que lo llevarían a lo alto de los acantilados blancos y a la ciudad.

Ios, la ciudad blanca, construida en lo alto de los acantilados de piedra caliza que se desmoronaban y rompían el mar. El paisaje le resultaba tan familiar que una sensación vertiginosa se apoderó de él. En el horizonte, el mar era de un azul claro, solo unos tonos más oscuros que el estridente color del cielo. Había echado de menos el océano. El desorden espumoso de las rocas y la repentina sensación del rocío en la piel, más que cualquier otra cosa, le hacían sentirse como en casa.

Esperaba que lo desafiaran en las puertas exteriores soldados advertidos y cautelosos, atentos a su llegada. Pero tal vez esperaban a Damianos, el arrogante y joven rey al frente de su ejército, no a un hombre solo, ataviado con una capa raída, una capucha que le tapaba la cara y mangas que le ocultaban los brazos. Nadie lo detuvo.

Atravesó el primer umbral y entró. Tomó el camino del norte; era un hombre serpenteando entre la multitud. Y entonces, dobló la primera esquina y vio el palacio como todos lo veían: era desorientador desde fuera. Vio las altas ventanas abiertas y los grandes balcones de mármol por donde entraba la brisa marina por las tardes y enfriaba los muros de piedra, pequeños como

puntitos. Al este se encontraba la larga columnata y las espaciosas dependencias del piso de arriba. Al norte, los aposentos del rey y los jardines amurallados, con sus escalones bajos, sus senderos sinuosos y los arrayanes que había plantado su madre.

Lo asaltaron los recuerdos: largos días de entrenamiento en la arena cubierta de serrín; las tardes en el salón; su padre presidiendo la sala desde el trono; él caminando por esos pasillos de mármol con certeza y despreocupación, y su irreal y antiguo yo, que se pasaba las tardes en el gran salón riendo con los amigos mientras unos esclavos le concedían todos sus caprichos.

Un perro ladrando se cruzó por su camino. Una mujer con un paquete bajo el brazo lo empujó y, luego, le gritó en un dialecto sureño que se fijara por donde iba.

Continuó caminando. Dejó atrás las casas exteriores, con sus ventanitas de diferentes tamaños, rectangulares o cuadradas. Pasó junto a los almacenes exteriores, los graneros y una piedra que giraba sobre la base de un molino y que empujaban unos bueyes. Pasó junto a los gritos de docenas de puestos que vendían peces pescados en el océano antes del alba.

Caminó por el sendero del traidor, lleno de moscas. Examinó las puntas de las picas, pero todos los fallecidos tenían el pelo negro.

Unos jinetes salieron en tropel. Se hizo a un lado y los hombres pasaron al trote con sus capas rojas. No se volvieron a mirarlo.

Todo estaba cuesta arriba en la ciudad, porque el palacio estaba construido en la cima, con el mar de fondo. Mientras andaba reparó en que nunca había hecho ese camino a pie. Cuando llegó a la plaza del palacio, se sintió desorientado de nuevo, pues solo conocía la plaza desde el ángulo opuesto, como una vista desde el balcón blanco, al que su padre salía algunas veces para saludar a la multitud.

Ahora se dirigía a la plaza como un visitante desde una de las entradas de la ciudad. Desde ese ángulo, el palacio se alzaba imponente y los guardias parecían estatuas relucientes, con las bases de sus lanzas fijas en el suelo.

Se fijó en el guardia más cercano y se encaminó hacia él.

Al principio nadie le prestó atención. Era solo un hombre en la ajetreada plaza. Pero, para cuando llegó a la altura del primer guardia, ya había atraído unas cuantas miradas. Era extraño que alguien fuese derecho a los escalones que conducían a las altas puertas.

Notaba que aumentaba la atención que atraía, que se volvían a mirarlo, que los guardias eran conscientes de su presencia, aunque mantenían una

postura impasible. Calzado con sandalias, puso un pie en el primer peldaño.

Unas lanzas cruzadas le bloquearon el paso y los hombres y mujeres de la plaza se giraron y formaron un semicírculo de curiosos a empujones.

—Alto —ordenó el guardia—. ¿Qué se te ofrece, viajero?

Esperó hasta que todos los que estaban cerca de la puerta lo miraran. Entonces, se quitó la capucha. Oyó los murmullos de asombro, el bullicio que nació mientras decía con claridad y ánimos de despejar cualquier duda:

—Soy Damianos de Akielos y he venido a entregarme a mi hermano.

Los soldados estaban nerviosos.

«Damianos». Justo antes de que le hicieran pasar a la puerta a toda prisa, la multitud creció. «Damianos». El nombre corrió de boca en boca, prendió como una chispa; la gente estaba impresionada, temerosa, impactada. «Damianos de Akielos». El guardia a su derecha lo seguía mirando sin comprender, pero el de la izquierda cayó en la cuenta de quién era. Y anunció fatídicamente:

—Es él.

«Es él». Y la chispa se convirtió en una llamarada que se apoderó de la multitud. «Es él. Es él. Damianos». De repente, estaba por todas partes. La multitud se empujaba y exclamaba. Una mujer se arrodilló. Un hombre se abrió paso a empujones. Los guardias estaban abrumados.

Lo empujaron al interior con brusquedad. Entregarse públicamente le había granjeado el privilegio de que lo metiesen en palacio de muy malos modos.

Si había funcionado, si estaba a tiempo… ¿Cuánto podía durar un juicio? ¿Cuánto tiempo podría ganar Laurent? El juicio habría empezado por la mañana. ¿Cuánto quedaría para que el Consejo regresara con un veredicto, llevasen a Laurent a la plaza pública y le hiciesen arrodillarse y agachar la cabeza para cortarle el cuello con la espada…?

Tenían que llevarlo al salón para encarar a Kastor. Había renunciado a su libertad para obtener esa única oportunidad, lo había arriesgado todo. «Está vivo. Damianos está vivo». La ciudad entera lo sabía, no podrían acabar con él en secreto. Tenían que llevarlo al salón.

Pero lo llevaron a unos aposentos vacíos en el lado este de palacio y comenzaron a hablar a media voz sobre qué hacer. Optaron por vigilarlo. Damen se sentó en un asiento bajo y evitó gritar a causa de la frustración que crecía con el tiempo. Aquello contradecía sus esperanzas; muchas cosas podían salir mal.

Descorrieron el pestillo y entraron dos soldados nuevos armados hasta los dientes. Uno era un oficial. El otro llevaba grilletes. Se detuvo en seco cuando vio a Damen.

—Espósalo —ordenó el oficial.

El soldado que sostenía los grilletes no se movió; miraba a Damen con los ojos abiertos como platos.

—Venga —insistió.

—Hazlo, soldado —dijo Damen.

—Sí, eminencia —contestó el soldado, que se sonrojó como si hubiese hecho algo mal. Tal vez así había sido. Quizá lo acusarían de traición por pronunciar aquellas palabras.

O a lo mejor era traición dar un paso adelante y ponerle las esposas. Damen se llevó los brazos a la espalda, pero, aun así, el hombre dudó. Era una situación política muy compleja para los soldados. Estaban nerviosos.

En cuanto le colocaron las esposas manifestaron su nerviosismo de otro modo. Habían hecho algo irrevocable. Ahora tenían que pensar en Damen como un prisionero, así que se volvieron más bruscos, se pusieron a gritar y a empujarlo para sacarlo de los aposentos y empezaron a fanfarronear a voces.

Se le aceleró el pulso. ¿Bastaba con eso? ¿Estaba a tiempo? Los soldados le hicieron doblar una esquina y Damen vio el primer tramo del pasillo. Estaba ocurriendo: lo llevaban al gran salón.

Rostros profundamente asombrados flanqueaban los pasillos que recorrían. La primera persona que lo reconoció fue un oficial de su casa al que se le cayó el jarrón que llevaba en las manos. «Damianos». Un esclavo, dudoso sobre qué modales emplear, empezó a arrodillarse, pero se detuvo, terriblemente inseguro sobre si debía postrarse. Un soldado se quedó paralizado mientras caminaba, con los ojos desorbitados por el horror. Era inconcebible que alguien pusiera las manos encima al hijo del rey. Y, sin embargo, habían esposado a Damianos y lo empujaban con el extremo de madera de una lanza cuando iba demasiado lento.

Cuando estuvo entre la multitud del gran salón, Damen se percató de varias cosas a la vez.

Se estaba celebrando una ceremonia. El salón rodeado por columnas estaba lleno de soldados. La mitad de la densa multitud eran soldados. Había soldados apostados en la entrada. Otros se alineaban en las paredes. Pero eran hombres del regente. Solo había unos pocos guardias de honor akielenses cerca del estrado. Cortesanos verecianos y akielenses se apiñaban en el salón con ellos, reunidos para presenciar el espectáculo.

Y no había un trono en el estrado, sino dos.

Kastor y el regente presidían el salón juntos. Todo el cuerpo de Damen se opuso a esa injusticia: el regente ocupaba el trono de su padre. Había un niño de unos once años sentado en un taburete al lado del regente. Era repugnante. Se fijó en la barba del regente, en sus anchos hombros envueltos en terciopelo rojo y en sus manos llenas de anillos.

Qué curioso. Llevaba mucho tiempo esperando enfrentarse a Kastor, sin embargo ahora le parecía simplemente un desconocido. El regente era el único intruso, la única amenaza.

Kastor parecía satisfecho. No veía el peligro. No entendía lo que había dejado entrar en Akielos. Los soldados del regente atestaban el salón. El Consejo Vereciano al completo estaba ahí, reunido cerca del estrado, como si Akielos ya fuera su país. Una parte de la mente de Damen captó todo eso, mientras que el resto seguía buscando, haciendo un barrido de los rostros…

Y entonces, cuando la multitud se dispersó un poco, vio lo que buscaba: atisbó una cabeza rubia.

Vivo, vivo. Laurent estaba vivo. El corazón le dio un vuelco y se quedó un momento de pie disfrutando de la vista, lleno de alivio.

Laurent estaba solo en un rincón, a la izquierda de las escaleras que conducían al estrado y flanqueado por dos guardias. Aún llevaba el corto quitón akielense que había lucido en el Salón de los Reyes, pero estaba sucio y hecho jirones. Era humillante que se presentase ante el Consejo con una prenda ajada que enseñaba sus carnes. Como Damen, tenía las manos esposadas tras la espalda.

Enseguida le quedó claro que aquel espectáculo era el juicio de Laurent y que había empezado hacía horas. El príncipe mantenía la espalda recta por voluntad propia. Pasar tantas horas de pie esposado le estaría pasando factura, al igual que el mero dolor de los músculos exhaustos, el trato brusco y el interrogatorio en sí, las preguntas del regente y sus propias respuestas tajantes y resolutas.

Pero llevaba la ropa y las cadenas con indiferencia; su postura, como siempre, era impecable. Su expresión era inescrutable, salvo por el coraje que demostraba para quien lo conocía pese a estar solo, cansado y sin amigos y saber que se acercaba el final.

Hicieron avanzar a Damen por el salón a punta de espada y Laurent se giró y lo vio.

Se hizo evidente por la mirada de horror que ofreció al reconocerlo que no esperaba a Damen, que no esperaba a nadie. En el estrado, Kastor le hizo un

leve gesto al regente, como si le dijera: «¿Has visto? Te lo he traído». Todo el salón pareció gravitar hacia la interrupción.

—No —bramó el príncipe, que miró a su tío—. Me lo prometiste.

Damen se percató de que Laurent se estaba controlando, de que se contenía.

—¿Que te prometí qué, sobrino?

El regente estaba sentado tranquilamente en su trono. A continuación, se dirigió al Consejo.

—Este es Damianos de Akielos. Lo han apresado en las puertas esta mañana. Es el responsable de la muerte del rey Theomedes y de la traición de mi sobrino. Es su amante.

Damen vio los rostros de los miembros del Consejo: el anciano y leal Herode, el indeciso Audin, el razonable Chelaut y Jeurre, que fruncía el ceño. Y después vio otros rostros en la multitud. También estaba allí el soldado que había entrado en los aposentos de Laurent tras el intento de asesinato en Arles. Había un oficial del ejército de lord Touars y un hombre con la vestimenta de los clanes vaskianos. Todos eran testigos.

No lo habían llevado allí para encarar a Kastor o responder por la muerte de su padre. Lo habían llevado para que aportase la prueba definitiva para condenar a Laurent.

—Todos conocemos las pruebas de la traición del príncipe —dijo Mathe, el consejero más reciente del regente—. Todos sabemos que nos tendió una trampa en Arles para provocar una guerra con Akielos y que envió a jinetes de los clanes para masacrar a inocentes en la frontera.

Mathe señaló a Damen.

—Esta es la prueba de esas afirmaciones. Damianos, el Matapríncipes, está aquí para desmentir lo que ha dicho el príncipe, lo que demuestra de una vez por todas que están compinchados. Nuestro príncipe se refugia en los perversos brazos del asesino de su hermano.

Empujaron a Damen a la parte delantera del salón, donde todas las miradas estaban puestas en él. De pronto, era una prueba que nadie habría imaginado: Damianos de Akielos, capturado y esposado.

La voz del regente dio a entender que quería entenderlo.

—Después de lo que hemos oído hoy, no me puedo creer que Laurent haya permitido que lo tocasen las manos que asesinaron a su hermano; que se haya revolcado en el sudor de una cama akielense y haya dejado que un asesino tomase su cuerpo.

El regente se puso en pie y habló mientras bajaba del estrado. Un tío preocupado por su sobrino y que buscaba respuestas se plantó ante Laurent. Damen vio que uno o dos de los consejeros reaccionaban a la cercanía, temerosos por la seguridad del regente. Pero era el príncipe quien estaba inmovilizado, agarrado por un soldado y con las esposas apretándole las muñecas a la espalda.

El regente le acarició con cariño un mechón de cabello rubio que le tapaba la cara mientras buscaba su mirada.

—Sobrino mío, Damianos está esposado. Puedes ser sincero. No sufrirás ningún daño. —Laurent aguantó la lenta y afectuosa caricia mientras el regente decía con dulzura—: ¿Tiene explicación? ¿Acaso te negaste y él te obligó?

Laurent lo miró a los ojos. Jadeaba y se veía cómo su pecho subía y bajaba bajo la fina tela del quitón.

—No me obligó —replicó—. Me acosté con él porque quise.

Todo el mundo empezó a cuchichear. Damen reparó en que era la primera afirmación en lo que llevaban de interrogatorio.

—No tienes que mentir por él, Laurent —le dijo el regente—. Puedes decir la verdad.

—No miento. Nos acostamos —dijo Laurent— a petición mía. Le ordené que se metiera en mi cama. Damianos es inocente de todos los cargos de los que se me acusa. Sufrió mi compañía a la fuerza. Es un buen hombre, nunca ha atacado a su país.

—Me temo que corresponde a Akielos decidir si Damianos es culpable o inocente, no a Vere —repuso el regente.

Damen veía lo que pretendía Laurent y se le encogió el corazón al pensar que, incluso en ese momento, el príncipe intentaba protegerlo. Damen proyectó la voz para que lo oyeran en todo el salón.

—¿Y de qué se me acusa? ¿De acostarme con Laurent de Vere? —Examinó los rostros de los miembros del Consejo—. Sí, me acosté con él. Es un hombre auténtico y sincero al que acusáis de unos delitos que no ha cometido. Y si este es un juicio justo, me permitiréis ofrecer mi testimonio.

—¡Esto es el colmo! —exclamó Mathe—. No vamos a escuchar el testimonio del Matapríncipes de Akielos…

—Ya lo creo que sí —lo interrumpió Damen—. Me escucharéis y, si para entonces todavía lo consideráis culpable, encontraré la muerte a su lado. ¿O acaso el Consejo teme la verdad?

Damen miraba al regente, que había vuelto a subir los cuatro escalones bajos que conducían al estrado y estaba sentado con Kastor, sumamente cómodo. El regente le devolvió la mirada.

—Pues claro que no. Habla —lo animó el tío de Laurent.

Era un reto. Tener al amante de Laurent en su poder complacía al regente, pues quería demostrar que su poder era mayor. Damen se lo notaba. El regente quería que Damen se inculpase, que la victoria sobre Laurent fuese total.

Damen cogió aire. Sabía lo que estaba en juego. Sabía que si fallaba, moriría con Laurent y el regente gobernaría en Vere y Akielos. Habría dado su vida y su reino.

Miró el salón lleno de columnas. Era su hogar, su patrimonio y su legado, más valioso para él que cualquier otra cosa. Y Laurent le había proporcionado los medios para quedárselo. Podría haber abandonado a Laurent a su suerte en el Salón de los Reyes y haber regresado a Karthas con su ejército. Aún no lo habían vencido en el campo de batalla, y ni siquiera el regente habría podido oponer resistencia.

Lo único que tenía que hacer era delatar a Laurent para tener una oportunidad real de enfrentarse a Kastor y recuperar su trono.

Pero se había hecho la pregunta en Ravenel y ahora sabía la respuesta.

«Un reino o esto».

—Conocí al príncipe en Vere. Pensaba como vosotros. No conocía su corazón.

Y Laurent dijo:

—No.

—Lo conocí poco a poco.

—No sigas, Damen.

—Conocí su honestidad, su integridad y su entereza.

—Damen…

Era evidente que Laurent quería que todo se hiciera a su manera, pero ese día las cosas serían distintas.

—Fui un estúpido, me cegaban los prejuicios. No entendía que estaba peleando solo, que llevaba peleando solo mucho tiempo.

»Y entonces vi a los hombres que estaban a sus órdenes, disciplinados y leales. Vi que su gente lo amaba, porque conocía sus inquietudes y se preocupaba por sus vidas. Lo vi proteger a esclavos.

»Y cuando lo abandoné, drogado y sin amigos después de que atentaran contra su vida, vi cómo se opuso a su tío y abogó por salvarme la vida, porque

sentía que me lo debía.

»Sabía que aquello podría costarle la vida. Era consciente de que lo enviarían a la frontera, que se metería de lleno en el complot que habían urdido para matarlo. Y aun así, intercedió por mí. Lo hizo porque se sentía en deuda, porque las normas que regían su vida le decían que aquello era lo correcto.

Miró a Laurent y en ese momento comprendió lo que no había entendido entonces: que el príncipe sabía quién era desde esa noche. Sabía quién era y, aun así, lo había protegido por un sentido de la justicia que, de algún modo, había sobrevivido a lo que le había ocurrido.

—Ese es el hombre al que se enfrentan. Tiene más honor e integridad que cualquier hombre que haya conocido. Está comprometido con su gente y con su país. Y estoy orgulloso de haber sido su amante —añadió Damen con la mirada puesta en Laurent. Quería que supiera que lo decía en serio y, por un instante, el príncipe lo miró con los ojos desorbitados.

La voz del regente interrumpió el momento.

—Una declaración sentimental no demuestra nada. Siento decir que no has conseguido que el Consejo cambie de opinión. No has presentado ninguna prueba, solo has hecho acusaciones de que ha habido un complot contra Laurent, lo cual es poco probable. Y no has dado ni una pista de quién sería el artífice.

—Tú eres el artífice —aseguró Damen, que se volvió a mirarlo—. Y tengo pruebas.

Capítulo dieciocho

—LLAMO AL ESTRADO A Guion de Fortaine.

«¡Qué barbaridad!», se oyó exclamar, y «¡Cómo te atreves a acusar a nuestro rey!». Damen pronunció aquellas palabras con firmeza entre los gritos de furia, con los ojos clavados en los del regente.

—Muy bien —contestó el regente, que se recostó en su asiento y le hizo un gesto a los miembros del Consejo.

Luego tuvieron que esperar a los ordenanzas que habían enviado a las afueras de la ciudad, al lugar en el que Damen les había dicho a sus hombres que montaran el campamento.

Los consejeros se sentaron, y el regente y Kastor hicieron lo mismo. Qué suerte la suya. Al lado del regente, el niño de once años y pelo castaño golpeteaba la base del taburete con los talones, visiblemente aburrido. El regente se inclinó y le susurró algo al oído. A continuación, hizo señas a un esclavo para que le llevara un plato de confites. Eso mantuvo ocupado al niño.

Pero no a nadie más. La sala era sofocante, la densa multitud de soldados y espectadores formaba una masa compacta e inquieta. A Damen se le resentían la espalda y los hombros del esfuerzo que le suponía estar de pie con los pesados grilletes. Para Laurent, que llevaba así horas, debía de ser peor: el dolor que empezó a notar en la espalda se le extendió a los brazos, los muslos y llegó un momento en que le ardía todo el cuerpo.

Guion entró en el salón.

No solo Guion, sino también todos los miembros del destacamento de Damen: Loyse, la esposa de Guion, que estaba pálida, Paschal, Nikandros y sus hombres, incluso Jord y Lazar. Significaba mucho para Damen que les hubiera dado la oportunidad de irse y hubiesen decidido permanecer a su lado. Sabía el riesgo que corrían. Su lealtad lo conmovió.

Era consciente de que a Laurent no le parecía bien. El príncipe quería hacerlo todo solo. Pero no sería así.

Escoltaron a Guion hasta que llegó ante los tronos.

—Guion de Fortaine. —Mathe retomó su función de interrogador mientras los espectadores estiraban el cuello y se quejaban de las columnas porque les tapaban la vista—. Nos hemos reunido aquí para determinar la culpabilidad o inocencia de Laurent de Vere. Se lo acusa de traición. Tenemos entendido que vendió secretos a Akielos, que financió los golpes de Estado y que atacó y mató a verecianos para su causa. ¿Vuestro testimonio arrojará luz a estas afirmaciones?

—Sí.

Guion se volvió hacia el Consejo. Él mismo había sido consejero, un colega respetado, conocido por estar al tanto de las relaciones secretas del regente. Habló bien claro.

—Laurent de Vere es culpable de todos los cargos que se le imputan —afirmó Guion.

Tardó un rato en asimilar sus palabras y, cuando lo hizo, Damen sintió que el mundo se le venía encima.

—No —bramó, y todo el mundo empezó a cuchichear por segunda vez.

Guion alzó la voz.

—He sido su prisionero durante meses. He visto de primera mano la depravación en la que se ha sumido, cómo se acostaba todas las noches con el akielense, cómo se refugiaba en los indecentes brazos del asesino de su hermano y saciaba sus deseos a costa de nuestro país.

—Juraste decir la verdad —masculló Damen. Nadie lo escuchó.

—Intentó obligarme a que mintiese por él. Amenazó con matarme. Amenazó con matar a mi esposa. Amenazó con matar a mis hijos. Masacró a su propio pueblo en Ravenel. Yo mismo lo declararía culpable si aún fuera miembro del Consejo.

—Creo que estamos satisfechos —comentó Mathe.

—No —protestó Damen, que había empezado a forcejear sin pretenderlo. Lo sujetaron mientras los partidarios del regente se ponían a gritar en señal de aprobación y reivindicación—. Cuéntales lo que sabes del golpe que dio el regente en Akielos.

Guion extendió las manos.

—El regente es un hombre inocente cuyo único crimen fue confiar en el descarriado de su sobrino.

Al Consejo le bastó con eso. Al fin y al cabo, llevaban todo el día deliberando. Damen miró al regente, que observaba el pleito con seguridad y tranquilidad. Lo sabía. Sabía lo que diría Guion.

—Lo ha planeado él —dijo Damen, desesperado—. Se han confabulado.

De repente, recibió un golpe por detrás que lo hizo caer de rodillas. Lo sujetaron. Guion cruzó la estancia con calma para ocupar su sitio cerca del Consejo. El regente se levantó y bajó del estrado, le puso la mano en el hombro a Guion y le dijo unas palabras lo bastante bajo como para que Damen no lo oyera.

—El Consejo procederá a dictar sentencia.

Un esclavo que portaba un cetro de oro se acercó. Herode lo agarró y lo sostuvo como un báculo, con la punta en el suelo. Se aproximaba un segundo esclavo. Llevaba un cuadrado de tela negro, señal de que se avecinaba una sentencia de muerte.

A Damen se le cayó el alma a los pies. Laurent también había visto la tela. La miraba sin inmutarse, aunque tenía el rostro muy pálido. De rodillas, Damen no podía hacer nada para evitarlo. Forcejeó con ahínco, pero no lo soltaban. Jadeaba. Era horrible. Por un momento lo único que pudo hacer fue mirar a Laurent, impotente.

Empujaron al príncipe hacia delante, hasta quedar de pie ante el Consejo, encadenado y solo excepto por los dos soldados que lo sujetaban de ambos brazos con fuerza. «Nadie lo sabe», pensó Damen. «Nadie sabe lo que le ha hecho su tío». Miró al regente, que observaba a Laurent con tristeza y decepción. El Consejo se puso de pie a su lado.

La escena tenía un poder simbólico: ellos seis a un lado de la sala y Laurent al otro, con su fino traje akielense hecho jirones mientras lo sujetaban los soldados de su tío.

—¿No me vas a dar un último consejo ni un besito?

—Prometías mucho, Laurent —se lamentó el regente—. Me apena más ver en lo que te has convertido que lo que has hecho.

—¿La culpa pesa sobre tu conciencia? —preguntó Laurent.

—Me duele que sientas tal resentimiento hacia mí, incluso ahora; que hayas intentado desautorizarme con tus acusaciones cuando yo siempre he querido lo mejor para ti. —Y añadió con pena—: Deberías haber sabido que no ibas a conseguir que Guion testificase en mi contra.

Laurent, solo ante el Consejo, miró al regente a los ojos.

—Guion no es mi testigo, tío —repuso.

—Soy yo —dijo Loyse, la esposa de Guion, mientras se aproximaba.

Damen se volvió, al igual que todo el mundo. Loyse era una mujer de mediana edad y cabellos canos de aspecto lacio tras un día y una noche a la intemperie y no descansar mucho. No había hablado con ella durante el trayecto. Pero la oyó en ese momento, mientras se plantaba ante el Consejo.

—Tengo algo que decir. Se trata de mi marido y de este hombre, el regente, que ha traído la desgracia a mi familia y que acabó con la vida de mi hijo menor, Aimeric.

—Loyse, ¿qué haces? —preguntó Guion. Toda la atención estaba puesta en su esposa.

Ella lo ignoró y continuó avanzando hasta situarse junto a Damen. Se dirigió al Consejo.

—Un año después de la batalla de Marlas, el regente vino a ver a mi familia a Fortaine —empezó Loyse—. Y mi marido, que es ambicioso, le concedió permiso para meterse en el dormitorio de nuestro hijo menor.

—Calla, Loyse.

Pero ella prosiguió.

—Fue un acuerdo de caballeros. El regente se daría el gusto en la intimidad y la tranquilidad de nuestro hogar y mi marido sería recompensado con tierras y una posición de mayor importancia en la corte. Lo nombraron embajador en Akielos y se convirtió en el intermediario entre el regente y su conspirador, Kastor.

Guion miraba a Loyse y al Consejo alternativamente, y estalló en carcajadas estridentes.

—No me digáis que la creéis.

Nadie respondió, se había hecho un silencio incómodo. La mirada del consejero Chelaut se desvió por un momento al niño sentado al lado del regente, que tenía los dedos pringosos por el azúcar glas de los confites.

—Sé que a ninguno de los presentes le importa Aimeric —dijo Loyse—. A nadie le importa que se suicidase en Ravenel porque no podía vivir con la carga de lo que había hecho. Así que os diré por qué murió Aimeric: por un complot entre el regente y Kastor para matar al rey Theomedes y luego adueñarse del país.

—Es mentira —espetó Kastor en akielense, y acto seguido lo repitió con un fuerte acento vereciano—. Arrestadla.

En el momento incómodo que siguió, la reducida guardia de honor akielense aferró las empuñaduras de sus espadas y los soldados verecianos se movieron para hacerles frente y detenerlos. A juzgar por la cara de Kastor, resultaba evidente que era la primera vez que sentía que no tenía el control de la sala.

—Arrestadme, pero no sin antes ver la prueba. —Loyse sacó una cadena de debajo de su vestido. En ella había un anillo de sello con un rubí o un granate engastado y el blasón real de Vere grabado—. Mi marido negoció el

acuerdo. Kastor asesinó a su propio padre a cambio de las tropas verecianas que veis aquí hoy. Las tropas que necesitaba para apoderarse de Ios.

Guion se volvió rápidamente para encarar al regente.

—No es una traidora. Está confundida. La han engañado y le han dicho qué hacer. Ha estado alterada desde que murió Aimeric. No sabe lo que dice. Esta gente la está manipulando.

Damen miró al Consejo. Herode y Chelaut tenían una expresión de desagrado reprimido, incluso de repulsión. De pronto, Damen se percató de que a esos hombres siempre les había dado asco que los amantes del regente fueran tan jóvenes, y la idea de que hubiese usado al hijo de un consejero para ese fin los perturbaba sobremanera.

Pero eran políticos y el regente era su amo. Chelaut dijo, casi a regañadientes:

—Aunque digáis la verdad, eso no exculpa a Laurent de sus crímenes. La muerte de Theomedes incumbe a Akielos.

Damen reparó en que tenía razón. Laurent no había llevado a Loyse para limpiar su nombre, sino el de Damen. No había pruebas que pudieran limpiar el nombre de Laurent. El regente había sido muy meticuloso. Los asesinos de palacio estaban muertos. Los asesinos del camino estaban muertos. Hasta Govart estaba muerto tras insultar a mascotas macho y médicos.

Damen pensó en ello, en que Govart guardaba un secreto del regente. Lo mantuvo con vida, lo colmó de vino y mujeres, hasta el día en que dejó de hacerlo. Pensó en la estela de muerte que se extendía hasta palacio. Se acordó de cuando se topó con un Nicaise en camisón la noche del intento de asesinato. Lo ejecutaron solo unos meses después. El corazón empezó a martillearle el pecho.

Él y Nicaise tenían una relación. De pronto no le cupo ninguna duda. Govart guardaba un secreto, y Nicaise también lo conocía; el regente lo había matado por eso. Lo que significaba…

Damen se levantó con brusquedad.

—Hay otro hombre aquí presente que puede testificar —dijo Damen—. No se ha presentado por su cuenta. No sé por qué. Pero sé que debe de tener un motivo. Es un buen hombre. Sé que hablaría si pudiese. Tal vez teme las represalias que pueda haber contra él o su familia.

Se dirigió a la sala.

—Te lo pido. Me dan igual tus motivos, tienes un deber con tu país. Lo sabes mejor que nadie. Tu hermano murió por proteger al rey.

Silencio. Los espectadores se miraban los unos a los otros mientras las palabras de Damen flotaban en el aire con torpeza. La expectación de oír una respuesta desapareció como había llegado: nadie contestó.

Paschal dio un paso al frente; tenía el rostro pálido y surcado de arrugas.

—No —replicó Paschal—. Murió por esto.

Sacó de entre los pliegues de su ropa un fajo de papeles atado con un cordel.

—Las últimas palabras de mi hermano, el arquero Langren. Las llevaba el soldado de nombre Govart y las robó la mascota del regente, Nicaise, al que asesinaron por ese motivo. Es el testimonio de los difuntos.

Retiró el cordel de los papeles y los desplegó, de pie ante el Consejo con su bata y su sombrero ladeado.

—Soy Paschal, un galeno de palacio. Y os voy a contar algo que aconteció en Marlas.

—Mi hermano y yo llegamos a la capital juntos —empezó Paschal—. Él era arquero y yo, médico. Al principio estábamos en el séquito de la reina. Mi hermano era ambicioso y no tardó en ascender y unirse a la Guardia del Rey. Supongo que yo también era ambicioso y pronto obtuve un puesto de médico real que me permitía servir tanto al rey como a la reina.

»Fueron años de paz y de buenas cosechas. El reino era un lugar seguro y la reina Hennike había dado a luz a dos herederos. Seis años después, cuando la reina falleció, se rompió nuestra alianza con Kempt y Akielos lo vio como una oportunidad para invadirnos.

Damen conocía esa parte de la historia, pero era distinto oírla de la boca de Paschal.

—Falló la diplomacia. Fracasó el diálogo. Theomedes quería tierras, no paz. Expulsó a los emisarios verecianos sin haberlos oído.

»Pero estábamos seguros en nuestros fuertes. Ningún ejército había tomado un fuerte vereciano en más de doscientos años. Así que el rey llevó a su ejército al completo al sur, a Marlas, para alejar a Theomedes de sus muros.

Damen recordaba la multitud de estandartes, la marea de soldados, dos ejércitos de inmenso poder, y a su padre, confiado incluso delante de esas fortalezas inexpugnables. «Son lo bastante arrogantes como para salir».

—Recuerdo a mi hermano antes de la pelea. Estaba nervioso. Emocionado. Derrochaba una seguridad que no le había visto jamás. Decía

que a nuestra familia le aguardaba otro futuro. Un futuro mejor. Al cabo de muchos años, entendí por qué lo decía.

Paschal calló y miró fijamente al regente, que estaba de pie junto al Consejo con sus ropas de terciopelo rojo.

—El Consejo recordará que el regente aconsejó al rey que abandonase la seguridad del fuerte, pues los superábamos en número, no corría peligro si salía al campo y un ataque por sorpresa a los akielenses pondría fin a la guerra con rapidez y salvaría muchas vidas verecianas.

Damen miró al Consejo. Vio que lo recordaban tan bien como él. Pensaba que era un ataque de cobardes. De medrosos. Por primera vez, se preguntó qué habría pasado tras las filas verecianas para provocarlo. Pensó en un rey convencido de que aquella era la mejor manera de proteger a su pueblo.

—Pero los que perdieron fueron los verecianos. Yo estaba por allí cuando se corrió la voz de que Auguste había muerto. Roto de dolor, el rey se quitó el yelmo. Fue descuidado. Creo que pensaba que no le quedaban motivos para ser cauto.

»Una flecha que salió de la nada se le clavó en la garganta. Y con el rey y su heredero muertos, el regente subió al trono de Vere.

Tanto Damen como Paschal miraban al Consejo. Todos recordaban los días posteriores a la batalla. Como miembros del Consejo, aprobaron la creación de la Regencia.

—Mientras se evaluaban los daños, busqué a mi hermano, pero había desaparecido —prosiguió Paschal—. Más tarde me enteré de que había huido del campo de batalla. Murió días después, en un pueblo de Sanpelier, apuñalado en un altercado. Los vecinos me dijeron que estaba con alguien cuando murió: un joven soldado llamado Govart.

Al oír el nombre de Govart, Guion alzó la cabeza de golpe. Se produjo un cierto revuelo en el Consejo.

—¿Fue Govart quien asesinó a mi hermano? No lo sé. Vi a Govart hacerse con el control de la capital sin dar crédito. ¿Por qué de repente se había convertido en la mano derecha del regente? ¿Por qué le habían concedido dinero, poder y esclavos? ¿No lo habían expulsado de la Guardia del Rey? Se me pasó por la cabeza que le habían ofrecido a Govart el brillante futuro del que mi hermano hablaba, mientras que él yacía muerto. Pero no entendía por qué.

Los papeles que sujetaba Paschal eran antiguos y estaban amarillentos; hasta el cordel que los ataba era viejo. Los ordenó sin pensar.

—Hasta que leí esto.

Desató el cordel, tiró de él y desplegó los papeles. Había algo escrito.

—Nicaise me lo dio para que los custodiase. Se los había robado a Govart y estaba asustado. Los desplegué; no me esperaba lo que encontré. De hecho, la carta iba dirigida a mí, pero Nicaise no lo sabía. Era una confesión del puño y letra de mi hermano.

Paschal sostenía los papeles desplegados en sus manos.

—Esto es lo que usó Govart durante todos esos años para llegar al poder a base de chantaje. Esta es la razón de que mi hermano huyese y perdiera la vida. Mi hermano fue el arquero que mató al rey, a cambio de lo cual el regente le prometió oro y librarlo de la muerte.

»Esta es la prueba de que al rey Aleron lo asesinó su propio hermano.

Nadie protestó en esa ocasión, no hubo ningún alboroto; solo silencio. Paschal entregó los papeles arrugados al Consejo. Cuando Herode los tomó, Damen recordó que Herode había sido amigo del rey Aleron. Le temblaba la mano.

Y, entonces, Damen miró a Laurent.

La cara del príncipe estaba desprovista de todo color. Era evidente que jamás se le había ocurrido. Laurent ignoraba de lo que era capaz su tío. «No creí que intentara matarme. A pesar de todo… incluso a pesar de todo».

Lo cierto es que nunca había tenido sentido que el ejército vereciano atacara al descubierto cuando su mejor estrategia residía en sus fuertes. El día que Vere se enfrentó a Akielos en Marlas, tres hombres se interponían entre el regente y el trono, pero ¿qué no se podía conseguir en el fragor de la batalla?

Damen pensó en Govart en palacio, haciéndole lo que le gustaba a uno de los esclavos akielenses del regente. Extorsionar al regente podía ser una experiencia peligrosa, embriagadora y aterradora. Seis años cuidándose las espaldas, esperando a que cayera la espada, sin saber cuándo o cómo pasaría, pero consciente de que sucedería. Se preguntó si había habido un momento en la vida de Govart antes de que el poder y el miedo lo corrompiesen.

Damen pensó en su padre, luchando por respirar en su lecho de muerte; pensó en Orlant, en Aimeric.

Pensó en Nicaise, detenido en el pasillo con un camisón que le iba enorme. Se había metido en algo que le quedaba grande. Y, obviamente, había muerto por ello.

—No me digáis que creéis las mentiras de un médico y prostituto.

La voz de Guion desentonaba en el silencio. Damen miró al Consejo; Herode, el miembro más anciano, estaba levantando la vista de los papeles.

—Nicaise era más noble que tú —dijo Herode—. Al final, resulta que él le era más leal a la Corona que el propio Consejo.

El anciano consejero dio un paso adelante. Utilizó el cetro de oro a modo de bastón para caminar. Con los ojos de todos los presentes clavados en él, Herode avanzó y solo se detuvo cuando estuvo ante Laurent, a quien todavía sostenía con fuerza un soldado de su tío.

—Debíamos guardaros el trono y os hemos fallado —se lamentó Herode —, mi rey.

Y se arrodilló despacio, con el concienzudo cuidado propio de un hombre de su edad, en las piedras de mármol del salón akielense.

Al ver la cara de sorpresa de Laurent, Damen se dio cuenta de que había sucedido algo que no se esperaba. Ni una vez le habían dicho que merecía ser rey. No sabía qué hacer; parecía un niño al que felicitan por primera vez. De pronto, se lo veía más joven. Abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras y un rubor le tiñó las mejillas.

Jeurre se levantó. Ante la atenta mirada de los espectadores, el consejero abandonó su sitio en el Consejo e hincó una rodilla al lado de Herode. Lo siguió Chelaut. Y Audin. Y, por último, Mathe, que al ver las orejas al lobo, se alejó del regente y se apresuró a arrodillarse ante Laurent.

—Han embaucado al Consejo para que cometa traición —dijo el Regente, con calma—. Apresadlos.

Se hizo una pausa. Su orden debería haberse acatado, pero no fue así. El regente se volvió. La sala estaba llena de los soldados que formaban la Guardia del Regente. Estaban entrenados para seguir sus órdenes y los habían llevado allí para cumplir su voluntad. Ni uno de ellos se movió.

En el extraño silencio, un soldado dio un paso al frente.

—Tú no eres mi rey —anunció. Se quitó la insignia del regente del hombro y la arrojó a sus pies.

Luego siguió los pasos del Consejo y se detuvo al lado de Laurent.

Su gesto fue la primera gota de muchas, y el goteo se convirtió en un torrente cuando otro soldado se quitó la insignia del hombro y cruzó la estancia, y otro, y otro, hasta que la sala bullía con el ruido que hacían las armaduras al moverse y la lluvia de placas al caer al suelo. Como la marea que se aleja de las rocas, los verecianos se desplazaron al otro lado y el regente se quedó solo.

Laurent lo encaró con un ejército a sus espaldas.

—Herode —dijo el regente—. Este es el chico que ha eludido su deber y no ha movido un dedo en su vida. De ninguna manera está capacitado para

gobernar un país.

Y Herode contestó:

—Es nuestro rey.

—No es ningún rey, solo es un…

—Has perdido.

Las tranquilas palabras de Laurent interrumpieron las de su tío.

Estaba libre. Los soldados de su tío lo habían liberado y le habían quitado los grilletes. Ante él, el regente estaba expuesto: era un hombre de mediana edad con el espectáculo público que tan bien dominaba ahora en su contra.

Herode levantó el cetro.

—El Consejo va a emitir su fallo.

Agarró el cuadrado de tela negro del esclavo que lo portaba y lo colocó sobre la cabeza del cetro.

—Esto es ridículo —dijo el regente.

—Tú eres el que ha cometido el delito de traición. Tú serás el ejecutado. No se te enterrará ni junto a tu padre ni junto a tu hermano. Tu cuerpo permanecerá expuesto en las puertas de la ciudad como advertencia de lo que les puede ocurrir a aquellos que cometan traición.

—No puedes condenarme —refunfuñó el regente—. Yo soy el rey.

Dos soldados lo sujetaron con firmeza. Le pusieron los brazos a la espalda y lo esposaron con los grilletes que había llevado Laurent.

—Nunca has sido más que el regente —dijo Herode—. Jamás has sido el rey.

—¿Crees que puedes desafiarme? —le preguntó el regente a su sobrino—. ¿Crees que puedes gobernar Vere? ¿Tú?

—Ya no soy ningún niño —espetó Laurent.

Mientras los soldados se lo llevaban, el regente emitió una breve risa entrecortada.

—Olvidas que, si me tocas, mataré al hijo de Damianos.

—No —dijo Damen—. De eso nada.

Y vio que, por alguna razón, Laurent entendía y sabía qué era el trocito de papel que Damen había encontrado esa mañana en la carreta vacía con la puerta abierta. Ese que había llevado en la mano con cuidado durante el largo camino a la ciudad.

El niño nunca fue tuyo, pero está a salvo.
En otra vida habría sido rey.

Recuerdo cómo me miraste el día que nos conocimos.
Puede que eso también

ocurriese en otra vida.

Jokaste

—Apresadlo —ordenó Laurent.

Se oyó el movimiento de las armaduras cuando el salón al completo hirvió de actividad: los soldados verecianos se alinearon para atrapar al regente y la guardia de honor akielense se movió para proteger a los espectadores y al rey. Obligaron al regente a arrodillarse. Su incredulidad mudó en furia y, luego, en horror. Comenzó a forcejear. Un soldado se acercó a él con una espada.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz de niño.

Damen se volvió. El chico de once años que había estado sentado al lado del trono del regente había saltado de la silla y contemplaba la escena con unos ojos desorbitados a causa del terror.

—¿Qué ocurre? Antes me has dicho que después iríamos a montar a caballo. No entiendo nada. —Intentó llegar a los soldados que retenían al regente—. Parad, le estáis haciendo daño. Le estáis haciendo daño. Soltadlo.

Un soldado le impidió avanzar y el niño empezó a forcejear.

Laurent miró al niño. En sus ojos se veía reflejada la certeza de que había cosas que no podían enmendarse.

—Sacad al niño de aquí —dispuso Laurent.

Fue un corte limpio. Laurent no se inmutó. Se dirigió a los soldados cuando hubieron acabado.

—Colgadlo en las puertas. Exhibid mi bandera en las murallas. Que mi pueblo sepa que he subido al trono. —Alzó la mirada y se encontró con los ojos de Damen al otro lado de la sala—. Y desencadenad al rey de Akielos.

Los soldados akielenses que sujetaban a Damen no sabían qué hacer. Uno le soltó el brazo al ver a los verecianos acercarse y otros dos se separaron y se alejaron para tratar de escapar.

No había ni rastro de Kastor. Había aprovechado el barullo para huir con su reducida guardia de honor. Habría un baño de sangre en los pasillos en cuanto los hombres de Laurent saliesen. En ese momento, los que habían apoyado a Kastor lucharían por su vida.

De repente, Damen se vio rodeado de soldados verecianos, Laurent entre ellos. Un soldado vereciano agarró las cadenas. Las esposas de hierro acabaron en el suelo y solo quedó el brazalete de oro.

—Has venido —dijo Laurent.

—Sabías que vendría.

—Si necesitas un ejército para tomar tu capital —sugirió Laurent—, me parece que tengo uno. —Damen dejó escapar un suspiro impropio de él. Se miraban fijamente el uno al otro. Y Laurent añadió—: Al fin y al cabo, te debo un fuerte.

—Ven a verme después.

Tenía algo pendiente.

Capítulo diecinueve

EN LOS PASILLOS REINABA el caos.

Damen agarró una espada y se abrió paso a toda prisa. Había hombres luchando en grupo. Se gritaban órdenes. Unos soldados estaban derribando a golpes una puerta de madera maciza. Agarraron a un hombre de los brazos con violencia y lo obligaron a arrodillarse. Damen dio un ligero respingo al reconocer a uno de los hombres que lo habían sujetado: traición por ponerle las manos encima al rey.

Tenía que encontrar a Kastor. Los soldados de Laurent debían tomar las puertas exteriores con rapidez, pero los hombres de Kastor le cubrían las espaldas mientras se retiraba, y si lograba salir de palacio y volvía unirse a sus fuerzas, eso supondría una guerra total.

Los hombres de Laurent no serían capaces de detenerlo. Eran soldados verecianos en un palacio akielense. Kastor sabía que era mejor no intentar marcharse por la entrada principal. Escaparía por los túneles ocultos. Y llevaba ventaja.

Así que corrió. Incluso en el fragor de la batalla, pocos trataron de detenerlo. Uno de los soldados de Kastor lo reconoció y dio la voz de alarma, pero no atacó a Damen. Otro que se interponía en su camino retrocedió. Una parte de la mente de Damen lo consideró una consecuencia de la actuación de Laurent en el campo de batalla de Hellay. Ni siquiera los hombres que luchaban por salvar el pellejo podían superar toda una vida de obediencia y ataques directos contra su príncipe. Tenía vía libre.

Pero por mucho que corriera no llegaría a tiempo. Kastor escaparía y, en pocas horas, los hombres de Damen peinarían la ciudad y por la noche se servirían de antorchas para registrar las casas. Kastor, escondido por sus simpatizantes, se escabulliría para encontrarse con su ejército y, entonces, estallaría una guerra civil en su país.

Necesitaba un atajo, un camino con el que interceptar a su hermano, y cayó en la cuenta de que conocía uno, una ruta que Kastor nunca tomaría, que no se le ocurriría seguir, porque los príncipes no iban por esos pasadizos.

Torció a la izquierda. En lugar de encaminarse hacia las puertas principales, se dirigió a la sala de observación, donde se exhibían a los esclavos para sus regios amos. Giró y se adentró en los estrechos pasillos por los que lo habían llevado una noche tiempo atrás. La lucha que se libraba tras él ahora eran gritos lejanos y sonidos metálicos que se apagaban con su avance.

Y, desde ahí, bajó a los baños de los esclavos.

Entró en una amplia sala de mármol con baños abiertos, una colección de frascos de cristal que contenían aceites, el estrecho riachuelo en la otra punta y las cadenas que colgaban del techo y que tanto le sonaban. Su cuerpo reaccionó, sintió una opresión en el pecho y se le disparó el pulso. Por un momento volvía a estar colgado de las cadenas y Jokaste se acercaba a él.

Parpadeó para borrar la imagen, pero todo le resultaba familiar: los anchos arcos, el borboteo del agua que reflejaba la luz en el suelo de mármol, las cadenas que no solo colgaban del techo sino que decoraban cada compartimento a intervalos y las densas nubes de vapor.

Se obligó a avanzar. Pasó por un arco, luego por otro y ya estaba donde debía: una estancia de mármol blanco con unos escalones tallados en la pared del fondo.

Y, entonces, tuvo que detenerse. Se hizo un silencio. Lo único que podía hacer era esperar a que Kastor emergiera en lo alto de la escalera.

Damen permaneció con la espada entre las manos y trató de no sentirse pequeño, como un hermano menor.

Kastor entró solo, sin ni siquiera una guardia de honor. Cuando vio a Damen, rio por lo bajo, como si hubiese esperado encontrárselo allí.

Damen observó los rasgos de su hermano: la nariz recta, los pómulos altos y prominentes y los ojos oscuros y brillantes con los que ahora lo miraba. Kastor se parecía más a su padre que él ahora que se había dejado crecer la barba.

Pensó en todo lo que había hecho Kastor: el largo y lento envenenamiento de su padre, la masacre de su gente y la brutalidad mientras fue esclavo, y trató de entender que el responsable no había sido otro, sino su propio hermano. Pero cuando lo miraba lo único que le venía a la cabeza era que Kastor le había enseñado a agarrar una lanza, que se había sentado con él cuando tuvieron que sacrificar a su primer poni porque se había roto una pata y que, tras su primer okton, le había revuelto el pelo y le había dicho que lo había hecho bien.

—Él te quería y tú lo mataste —dijo Damen.

—Lo has tenido todo —replicó Kastor—. Damianos. El legítimo, el favorito. En cuanto naciste, todo el mundo te adoraba. ¿Por qué lo merecías más que yo? ¿Porque peleas mejor? ¿Qué tiene que ver blandir una espada con reinar?

—Habría peleado por ti —arguyó—. Habría muerto por ti. Te habría sido leal, te habría tenido a mi lado. Eras mi hermano.

Se obligó a callar antes de decir las palabras que nunca se había permitido pronunciar:

—Yo te amaba, pero querías más el trono que a tu hermano.

—¿Vas a matarme? —preguntó Kastor—. Sabes que no puedo vencerte en una pelea justa.

Kastor no se había movido de lo alto de las escaleras. También había desenvainado su espada. Las escaleras estaban pegadas a la pared y no tenían barandilla. Estaban talladas en mármol y deparaban una buena caída por la izquierda.

—Lo sé —convino Damen.

—Pues deja que me marche.

—No puedo.

Damen subió el primer escalón de mármol. No era una buena estrategia enfrentarse a Kastor en las escaleras, pues la altura le hacía estar en una situación mejor. Pero Kastor no iba a renunciar a la única ventaja que tenía. Remontó la escalera poco a poco.

—No quería que te hicieran esclavo. Cuando el regente preguntó por ti, yo me opuse. Fue Jokaste. Ella me convenció de enviarte a Vere.

—Sí, empiezo a darme cuenta.

Otro paso.

—Soy tu hermano —dijo Kastor mientras Damen daba otro paso, y otro —. Matar a tu familia es un acto espantoso.

—¿Te preocupa lo que has hecho? ¿Piensas en ello?

—¿Crees que no? ¿Crees que no pasa ni un solo día sin que piense en lo que hice? —Damen ya estaba lo bastante cerca—. También era mi padre. Todo el mundo lo olvidó el día que naciste. Hasta él —se lamentó Kastor—. Hazlo.

Su hermano cerró los ojos y soltó la espada.

Damen observó a Kastor: su cabeza gacha, sus ojos cerrados y sus manos desnudas.

—No puedo dejarte libre —dijo Damen—. Pero no pondré fin a tu vida. ¿Acaso me crees capaz? Podemos ir juntos al gran salón. Si me juras lealtad,

te dejaré vivir bajo arresto domiciliario en Ios.

Damen dejó caer la espada.

Kastor levantó la cabeza y lo miró. Damen vio miles de palabras no dichas en los ojos negros de su hermano.

—Gracias —dijo Kastor—, hermano.

Y, acto seguido, sacó un cuchillo del cinturón y se lo clavó a Damen, que estaba indefenso.

Primero, sintió el impacto de la traición y después el dolor físico lo hizo retroceder. Pero no había ningún escalón. Estaba cayendo al vacío; una buena caída hasta aterrizar en el mármol y quedarse sin aire.

Aturdido, trató de orientarse y de respirar, pero no pudo. Era como si le hubieran asestado un puñetazo en el plexo solar, salvo porque el dolor era más intenso, no remitía y había mucha sangre.

Kastor estaba en lo alto de las escaleras. La sangre resbalaba del cuchillo que tenía en la mano y se inclinó para recoger su espada con la otra. Damen vio la suya; la debía de haber perdido mientras caía. Estaba a seis pasos. Su instinto de supervivencia le decía que fuese por ella. Probó a acercarse impulsándose. Se resbaló con la sangre.

—No puede haber dos reyes en Akielos —le informó Kastor mientras bajaba las escaleras—. Tendrías que haberte quedado como esclavo en Vere.

—Damen —exclamó una voz familiar a su izquierda.

Él y Kastor volvieron la cabeza. Laurent estaba en el arco abierto con el rostro blanco. Debía de haberlo seguido desde el gran salón. Estaba desarmado y aún vestía aquel ridículo quitón.

Tenía que decirle que se fuera, que corriera, pero Laurent ya se había arrodillado a su lado. Le pasó la mano por el cuerpo y dijo en un tono extrañamente distante:

—Es una herida por arma blanca. Tienes que detener la hemorragia hasta que pueda llamar a un médico. Apriétate aquí. Así. —Tomó la mano izquierda de Damen y se la puso en la barriga.

Lo agarró de la otra mano y entrelazó los dedos con los de él; la aferraba como si fuera lo que más le importaba en el mundo. Damen pensó que si Laurent le estaba dando la mano es que debía de estar muriéndose. Era la mano derecha, la muñeca donde llevaba el brazalete de oro. Laurent se la apretó más y la atrajo hacia sí.

Se oyó un clic cuando Laurent enganchó el brazalete dorado de Damen a una de las cadenas de los esclavos que había diseminadas por el suelo. Damen se miró la muñeca que le acababa de encadenar sin entender nada.

Entonces Laurent se levantó; empuñaba la espada de Damen.

—Él no te matará —dijo Laurent—. Pero yo sí.

—No —bramó Damen. Trató de moverse y tensó la cadena—. Laurent, es mi hermano.

Y se le pusieron todos los vellos de punta cuando el presente se desdibujó y el suelo de mármol se convirtió en el campo de batalla remoto en el que hermano y hermano se habían enfrentado años atrás.

Kastor había llegado al pie de la escalera.

—Voy a matar a tu amante —le explicó a Damen—. Y luego a ti.

Laurent se interpuso en su camino; era una figura esbelta con una espada que era demasiado grande para él. Damen pensó en un chico de trece años cuya vida estaba a punto de cambiar en el campo de batalla, observando con decisión.

Damen había visto a Laurent pelear. Había visto el estilo sobrio y preciso que tenía en el campo. Había visto el modo en que afrontaba los duelos; era diferente y usaba mucho la cabeza. Sabía que era un espadachín consumado, un maestro, incluso, de su propio estilo.

Pero Kastor era mejor. Laurent tenía veinte años, aún le quedaban uno o dos años para estar en su apogeo como espadachín. Kastor, a sus treinta y cinco años, estaba en las postrimerías. En cuanto a forma física, no había mucha diferencia, pero los quince años que le sacaba Kastor eran años de experiencia de los que Laurent carecía y que su hermano había dedicado a luchar. Kastor tenía la constitución de Damen: era más alto que Laurent y tenía los brazos más largos. Y, además, estaba fresco, mientras que Laurent estaba cansado tras haber pasado horas de pie con los músculos temblorosos por el peso de los grilletes.

Se enfrentaban en un espacio restringido. No había ningún ejército al que mirar, solo la cueva de mármol que eran los baños, con su suelo liso. Pero el pasado estaba ahí con una similitud estremecedora, un episodio remoto en que el destino de dos países se había decidido en un combate.

Había llegado el momento. Todo lo que los separaba estaba ahí. Auguste, con su honor y su determinación. Y un joven Damianos dirigiéndose a la pelea que lo cambiaría todo. Encadenado y apretándose la barriga con la mano, Damen se preguntó si Laurent veía a Kastor o solo el pasado, dos figuras, una oscura y otra brillante, una destinada a vivir y la otra a caer.

Kastor levantó la espada. Damen tiró de la cadena en vano a medida que su hermano se acercaba. Era como ver a su antiguo yo y ser incapaz de impedir sus propios actos.

Entonces Kastor atacó y Damen fue testigo de lo que toda una vida de firme compromiso había forjado en Laurent.

Años de entrenamiento, de llevar un cuerpo que no estaba pensado para las actividades marciales a su límite durante horas de práctica incesante. Laurent sabía pelear contra un oponente más fuerte y contrarrestar unos brazos más largos. Conocía el estilo akielense. Más que eso: conocía los movimientos exactos, las líneas de ataque que le habían enseñado a Kastor los entrenadores reales y que Laurent no podría haber aprendido de sus profesores de esgrima, sino solo observando a Damen con detenida atención mientras entrenaba y clasificando cada movimiento para prepararse para el día en que se verían las caras.

En Delpha, Damen se había batido en duelo con Laurent en la arena de entrenamiento. En ese momento, el vereciano estaba exaltado y aún no se había recuperado de la lesión del hombro. No estaban concentrados en el combate. Ahora estaba lúcido, y Damen vio la infancia que le habían arrebatado, los años que Laurent se había pasado rehaciéndose a sí mismo con un único propósito: luchar contra Damianos y matarlo.

Y debido a que la vida de Laurent se había desviado de su curso, a que no era el dulce y estudioso joven que podría haber sido, sino duro y peligroso como el cristal tallado, Laurent opondría resistencia al mejor ataque de Kastor y lo contendría.

Una ráfaga de golpes. Damen recordaba esa finta de Marlas, y ese quite, y esos bloqueos en concreto. Los primeros entrenamientos de Laurent reproducían los de Auguste y le partía el alma ver cómo lo evocaba ahora, medio encarnando su estilo, como Kastor hacía con el de Damen; una pelea entre fantasmas.

Se acercaron a las escaleras.

Fue un simple error de cálculo por parte de Laurent: un desnivel que había en el suelo hizo que perdiese el equilibrio y afectó a su modo de ataque. Blandió la hoja demasiado a la izquierda. No lo habría calculado mal de no haber estado cansado. Lo mismo le había ocurrido a Auguste tras luchar durante horas en el frente.

Miró rápidamente a Kastor y trató de corregir su error salvando las distancias en las que un hombre podía meter la espada si era implacable y estaba dispuesto a matar.

—No —vociferó Damen, que también había vivido esto.

Tironeó con fuerza de la cadena e hizo caso omiso del dolor que le produjo en el costado mientras Kastor aprovechaba la coyuntura para moverse

a una velocidad vertiginosa y liquidar a Laurent.

Muerte y vida; pasado y futuro; Akielos y Vere.

Kastor emitió un sonido ahogado con los ojos desorbitados por la sorpresa.

Porque Laurent no era Auguste. Y el tropiezo no había sido un error, sino un amago.

Laurent chocó su espada con la de Kastor, la subió y, entonces, con un limpio y ligero giro de muñeca, le atravesó el pecho.

El arma de Kastor fue a parar al suelo. Cayó de rodillas mientras miraba sin ver a Laurent, que no le quitaba ojo a su vez. A continuación, le rebanó la garganta de un solo tajo.

Kastor se desplomó y murió. Sus ojos estaban abiertos y no volvieron a cerrarse. En el silencio que reinaba en los baños de mármol, Kastor yacía inmóvil y muerto.

Se había acabado. Como si el equilibrio se hubiese restaurado, hicieron borrón y cuenta nueva.

Laurent ya se estaba dando la vuelta para regresar junto a Damen. Se arrodilló y tocó a Damen con una fuerza y una firmeza que parecía que nunca se hubiese marchado de su lado. Damen estaba tan aliviado de que Laurent estuviese vivo que por un momento no pudo pensar en otra cosa y dejó que el toque de Laurent y su luminosa presencia lo embargasen.

Sintió la muerte de Kastor como la de un hombre al que no conocía ni entendía. Hacía tiempo que había perdido a su hermano. Fue como perder a otro yo que no había comprendido la naturaleza imperfecta del mundo. La afrontaría más tarde.

Después sacarían a Kastor, lo llevarían por un largo recorrido y le darían sepultura donde debía estar, con su padre. Luego lloraría por el hombre que había sido, por el hombre que pudo haber sido, por los cientos de pasados y quizás.

Pero ahora Laurent se encontraba a su lado. Distante e intocable, estaba arrodillado en el mármol húmedo a miles de kilómetros de casa y solo tenía ojos para Damen.

—Has perdido mucha sangre.

—Menos mal que he traído a un médico.

Le dolía hablar. Laurent suspiró, un sonido extraño sin aire. La mirada de Laurent le recordaba a la suya. No se retrajo y dijo:

—He matado a tu hermano.

—Lo sé.

Al decirlo, Damen sintió una empatía inesperada, como si se acabaran de conocer. Lo miró a los ojos y sintió que lo entendía, así como él entendía a Laurent. Ahora los dos eran huérfanos, no tenían familia. La simetría que gobernaba sus vidas los había llevado hasta allí, al final de su viaje.

—Nuestros hombres se han apoderado de las puertas y los pasillos. Ios es tuya —le informó Laurent.

—Y tú —repuso Damen—. Con tu tío fuera de combate no tendrás resistencia. Vere es tuya.

Laurent estaba muy quieto. Compartían un momento íntimo en el silencio de los baños que no hacía más que alargarse.

—Y el centro. El centro es nuestro —dijo al fin Laurent, que añadió—: Hubo un tiempo en que era un único reino.

Laurent no lo estaba mirando cuando lo dijo, y pasó un buen rato hasta que alzó la vista y se encontró con los expectantes ojos de Damen, que se quedó sin aire al ver que rezumaban una timidez inusual en él, como si estuviese preguntando en lugar de respondiendo.

—Sí —acertó a decir Damen, que se sintió aturdido por la pregunta.

Y, entonces, se mareó de verdad, pues el nuevo brillo que había en los ojos de Laurent le había cambiado tanto la expresión que Damen casi no lo reconoció con ese semblante lleno de dicha.

—No, no te muevas —lo reprendió Laurent cuando Damen se apoyó en el codo para incorporarse. Y cuando lo besó, agregó—: Tonto.

Apartó a Damen con decisión. Damen se lo permitió. Le dolía la barriga. No era una herida mortal, pero era agradable tener a Laurent encima preocupándose por él. La idea de estar unos días guardando reposo rodeado de médicos se le antojó más placentera al pensar que Laurent estaría con él haciendo comentarios mordaces en público y en privado, pues últimamente estaba sensible. Le tocó la cara a Laurent y, al hacerlo, arrastró los eslabones de hierro por el suelo de mármol.

—Tendrás que desencadenarme algún día —le recordó Damen. Laurent tenía el pelo suave.

—Sí, algún día. ¿Qué es ese ruido?

Lo oía incluso desde los baños de los esclavos, amortiguado pero audible. Estaban repicando en la cima más elevada para proclamar al nuevo rey.

—Campanas —contestó Damen.

Agradecimientos

Este libro nació durante una serie de conversaciones telefónicas de lunes por la noche con Kate Ramsay, quien dijo en algún momento: «Creo que esta historia va a ser más grande de lo que imaginas». Gracias, Kate, por ser una gran amiga cuando más lo necesitaba. Siempre recordaré el sonido del viejo teléfono escacharrado en mi pequeño apartamento de Tokio.

Tengo la increíble suerte de contar con la ayuda de un grupo de amigas con gran talento y extraordinarias: Vanessa, Beatrix Bae, Anna Cowan e Ineke Chen-Meyer. Muchas gracias a todas por vuestra generosidad, vuestra lluvias de ideas, vuestras ocurrencias y vuestras risas, y por animarme a mejorar siempre. Esta historia no sería lo mismo sin vosotras.

A mi agente, Emily Sylvan Kim, y a Cindy Hwang de Penguin, que creyeron en *El príncipe cautivo* y abogaron por él. Les estoy muy agradecida por todo lo que han hecho por el libro. Gracias a las dos por apostar por una nueva autora y otro tipo de historia.

A mi maravillosa editora, Sarah Fairhall, y al equipo de Penguin Australia, muchas gracias por ser un excelente acicate y por vuestro arduo trabajo para mejorar cada detalle del libro.

El príncipe cautivo emprendió su andadura como una obra de ficción original que se publicaba por entregas en internet, y se lo debo todo a mis lectores, que me impulsaron a seguir y me apoyaron esos primeros días. Deseo agradecer personalmente a los foreros que pertenecían a la comunidad inicial y que se reunían esos días en los que me hacía llamar «freece» para compartir su amor por la historia.

Así que gracias a las siguientes personas:

karene, 12pilgrims, 19crookshanks, 1more_sickpuppy, 1orelei, 2nao3_cl2, 40_miles, abrakadabrah, abraxas_life, absrip, acchikocchi, adarkreflection, addisongrey, adonelos, aerryynne, aeura, agnetalovek, agr8fae, ah_chan,

ahchong, aireinu, airgiodslv, akatsuki_2007, al_hazel, alasen, alby_mangroves, alethiaxx, alexbluestar, alexiel_87, alexis_sd, alice_montrose, alienfish, alijjazz, alina_kotik, 4 alkja, alliessa, allodole, almne, aloneindarknes7, alterai, altri_uccelli, altus_lux_lucis, alwayseasy, alythia_hime, amalc, Amanita Impoisoned, amazonbard88, amberdreams, amberwinters, amindaya, anastasiafox, anatyne, andra_sashner, aneas, anelma_unelma, angelwatcher17, angiepen, angualupin, animeaddict666, animeartistjo, animegurl916, animewave, annab_h, anne_squires, annkiri, annnimeee, anulira, aolian, apyeon, aquamundo, aquariuslover, aracisco, arctowardthesun, arisasira, arithonrose, arnaa, arrghigiveup, artemidora, artemisdiana9, arunade, aserre, asherlev1, ashuroa, askmehow, asmodexus, asnstalkerchick, asota, astrael_nyx, atomic_dawn, atomicink, aubade_saudade, auberginеautumn, Auren Wolfgang, aurila, aurora_84, aveunalliv, avfase, avidanon, axa3, ayamekaoru, ayune01, ayuzak, azazel0805, azryal, azurelunatic, b_b_banana, baby_jeans, babysqueezer, bad_peppermint, badstalker, Barbara Sikora, bascoeur, bathsweaver, beachlass, bean_montag, eccaabbott, beckybrit, bel_desconneau, bellabisdei, bellaprincess9, bellona_rpg, bends, berylia, biffes, bj_sling, bl_nt, black_samvara, black_trillium, blackcurrent08, blackmambaukr, blind_kira, blissbeans, bloodrebel333, bluebombardier, bluecimmers, bluegoth, bluehyacinthe, bob_the_unicorn, boomrobotdog, bordedlilah, bornof_sorrow, bossnemo, boudour, boulette_sud, brainorgan, Brandon Trenkamp, breakfastserial, brianswalk, brille, britnit, brknhalo241, brown_bess, bubblebloom, bubblesnail, buddha_moon, bulldogscram, buto_san, caethes_faron, cali_cowgirl08, callistra, Camila Torinho, canaana, canttakeit92, carine2, carodee, casseline, cassiopeia13, cat_eyed_fox, cat85, catana1, cathalin, catnotdead, catterhey, caz_in_a_teacup, cazsuane, ccris3, celemie, celes101, censored_chaos, cgravenstone, chajan, chants_xan, chaoskir, chaosmyth, chaotic_cupcake, char1359, charisstoma, cheezmonke, cherusha, cheryl_rowe, chokobowl, Chonsa Loo Park, christangel13, cin425, cirne, cjandre, clannuisnigh, claudine, clodia_metelli, cmdc, cobecat, comecloser4, conclusivelead, crabby_lioness, crkd_rvr, croquelavie, cybersuzy, cynicalshadows, d0rkgoddess, dana_aeryn, danielhoan, daraq, darcyjausten, darcyjausten, darkangel_wings, darkangeltrish, darkblue_ice, darkdianora, darkmanifest, darth_cabal, dauntdraws, ddrwg_blaidd, ddz008, deadshiroi, debbiiraahh, deelol, deewhydeeax, deirdre_c, dejasue, deservingwings, dharma_slut, diac, diamondduchess, dimestore_romeo, dm_wyatt, doe_rae_me, doomcake, dr_schreaber, draconiccharade,

dragongirl_g, drelfina, droolfangrrl, drunkoffwooder, duchess5492, duckyone, dumbadum, dureeena, dvslj, earis, ebbingnight, edinarose, effingeden, eien_kiseki, eien_liv, eileanora, eisheth_zenunim, elandev, electricsong, elezbed, elfiepike, elfling_eryn, elfscribe5, elincubus, elisebanana, elizaben, elizardbits, elizaria, elizaria, eljadaly, elkica, elksa, ellipsisaddict, elmyraemilie, ely_wa, Emily Engesser, end_ofthe_earth, enderwiggen24, envyofthestage, esda, espada0arani, essene, esteliel, eternityras, etharei, etrangere, evalangul, eve_n_furter, eveofnigh, eviefw, evilstorm, eyebrowofdoom, fable, faerylore, fair_e_nuff69, fairy4_u, falconer007, fanarts_series, faradheia, Faridah Namutebi, 7N farringtonadams, fatomelette, faydinglights, fecheta, fedaykin_here, feministfangirl, fer_de_lance, feverfewmole, fhar, fi_chan, ficwhore, fiddery, fiercelynormal, fierydragonsky, fifi_bonsai, filaphiera, filenotch, filterpaper, fioool, fireanjel116, firehawk1377, firehead30, firehorse2006, firesprite1105, flammablehat, flighty_dreams, floopy3, fluffylayout, fluterbev, fmadiva, fodian, forestgreen, fork_off, foudebassan, fourteenlines, fowl_fan, foxgloves42, frabjously, frantic_mice, fredbassett, freddie_mac, fredericks, freedomfox42, frolic_horror, frostedelves, fullmoonbites, furtivefury, futago_02, futuere, fuumasfrog, geisha_x, geneva2010, genlisae, gfiezmont, ghosst, ghost_guessed, ghostmoondancer, giandujakis, giggledrop, gilli_ann, girl_wonder, girlconspirator, godofwine, golden_bastet, goldtintedspecs, goodnightbunny, gossymer, gothicauthor, graveyardgrin, gray_queen, greenhoodloxley, grrrotesque, haius, half_imagined, hand2hand, hapakitsune, Harris Bren Telmo Escabarte, harunotenshi, hawk_soaring, haydenyune, heartofshun, heidicullinan, helga1967, hermione_panic, herocountry, hihotiho, hikeswithdogs, hiroto, hiruki_demon, hms_yowling, hockeychick57, hollyxu, hongdae, hopeofdawn, hpaa, hpfan12, hpstrangelove, i_louvre_art, i0am0crazy, iambickilometer, iamnotnormal, icarus_chained, ice_is_blue, idle_devil, idolme922, idylliccliches, idyllsoflife, ijin_yoru, illereyn, ilovetobefree, iluvlynx, imagina, incandescent, incoherent, inehmo, inkanaitis, inmyriadbits, inoru_no_hoshi, irish_eyes11, irishjeeper, irishnite4, irlyneedaname, isabel_adler, isagel, isolde13, istappen91, isweedan, itsplashes, jackycomelately, jadyuu, jagough, jamethiel_bane, jamfase, japanimecrazed, jayanx, jazzyjinx, jinxbrand, jojo08007, jolielaide, josselin, jubei_bishoujo, julad, julesjulianne, juliandahling, juliet_ros, julitina, julyrune, juniper617, ka_imi, kaaha, kadajuuta, kalldoro, kana_go, kaneko, kannnichtfranz, karala, karasucream, Karen Barber, kaykayone, kaylashay, keenoled, keerawa, keerawa, keiko46, kelahnus_24, keleosnoonna, kellyzat,

kennestu, keri87, keroppon, kestrelsan, kestrelsparhawk, khalulu, khyie, kiaharii, kimhd, kingbird, kiriana, kitsune_kitana, kitsuri_chan, kitty3669, kkathyslash, kkcatnip, kleat, kleio_caissa, klmhd, kogitsunelub, kotofeika, kotsuki_chan, krismc09, Krista MadScience Reynolds, kuhekabir, kukolpolny, kuro_yuki, kurokurorin, kynthosyuat, kysk, la_vie_noire, ladyastralis, ladyelleth, lal111, lambent, lambentfiction, lambertlover, lamboyster, lamerezouille, lamis_p, laurapetri, le_shea, lea_89, leafaen, learntobreathe4, lee_777, lelouch7, lemmus_egregius, lenarabella, lenora_rose, letswriting, lettered, lian_li, liathchan, lightsearing, lil_litworm, lilian_cho, lillywolfsbane, limit_the_sky, lindentreeisle, lirineth, lisan, lisasanmin, lishel_fracrium, lisiche, Lituana Rego, liztaya, llamara, lob_lolly_pine, locknkey, lolapandi, lolochan, lothy, lovelyheretic, lubicino, luci0logy, lucifer2004xx, lucinda2k, lucre_noin, luminacaelorum, luminary_87, lunatic_aella, lunje, lunulet1, luredbyvenus, luthien123, lynati_1, ma_belle_nuit, machi_sama, maculategiraffe, maemae133, magnolia822, mahaliem, maichan, makealimb, makusrocks101, malaika_79, maleficently, maliyawong, mangosorbet007, manon_lambic, manuuchin, marbleglove, Maria Huszovszky, maria_chan, maria_niks, Mariana Dineva, Mary Calmes, marysue007, matchasuki, matosatu, max_h, mdbl, mdzw, me_ya_ri, mechante_fille, meddie_flow, mee_eep, meek_bookworm, megamom2, melithiel, meltedbones, merkuria, methosdeb, metraylor, mewenn, mexta, miaruma, Michelle Peskin-Caston, midiilovesyou, midnightsscream, midnightwolf112, midorienpitsu, mihaelitka, miikarin, milady_darken, mini_menace, minna, mintyfresca, miraba, miri_thompson, mirror_mirrin, missingkeys, misspamela, missyxxmisch, mistress_tien, mjacobs141, mllesatine, mllsatine, moia, momcalling, mona_may56, monikkk, monster_o_love, moogle62, moonriddler_mim, moonvoice, moothoot, moraph, morethan_less, morgan_cian, morij2, motty123, mrrreye, mssdare, multiversum_4, musespet, muthine, myalexandria, mykatinstar, myscus, n0w0n, naatz, nadikana, nagasvoice, Naila Nur, nalmissra, nebulia, nekochan23, nel_ani, nello88, nemesis1108, nemo_r, nerdgirl27, nevadafighter, newtypeshadow, nextian, nga130, niandra_joan, nianna_j, nickolympus, nicky69, nicolasechs, nigeltde, night_reveals, nightmarea, nikethana, ninjaskillset, niquita_gia, nixieintouch, no_on_louse, nola_nola, nolagal, nonajf, nookiedookie, notadancinggirl, nox_invictus, nreddon, nyahko, nyn17, nyoka, occreater, oconel, ocotillo_dawn, ocue_naem, offdutydane, oflittlebrain, okaasan59, okkitten, Olga Yun, oloriel, olukemi, ondin, onewaytrackk, onewinkinglight, operativepsycho, originalpuck,

outlandogirl, owlartist, owlrigh, ozlemgur, painless_j, pandarus, paper_papillon, papered, paradayto, paranoidmuch, pc1739, pea02, penguin_attie, pennywish, penrith1, petite_reina, petiti_baobab, petronia, phamalama, phantom_colapse, phoenix_of_hell, phonoi, phoquess, pierrot_dreams, pinkpenguin763, pirate_mousie, pixie_pan, pixie_pen, pkai7, plotting_pen, plutos_daughter, pluvial_poetry, poemwithnorhyme, popcorn_orgasms, popebunny, poppypickford, praiseofblood, prettybydesigns, prikliuchenie, privatebozz, pun, purple_snitch, purplenails10, qem_chibati, queiry, quetzal, quill_lumos, qxn, rabbitwarren, rachelmorph, raffie79, raincitygirl, raintree123, rambos_wife, randomalia, randomeliza, ras_elased, raspukittin, ravenholdt, ravenmorrigan, ravyn_09, reader_02, readingreadhead, readsatnight, realolacola, regnet, reikokatsura, rethzneworld, rhianon76, riayl, ricekingrx, riddledice, roadtoanywhere, roamercorridors, roba_3913, rocketsprout, rogalianth, rondaview, roseguel, rosieroo123, rubymiene, rue_avalon, runnerlevelred, runningtofu, rurutia88, rusty76, saba1789, sagejupiter, saintdevil_9, sairobi, sakurazukamory, saliel, saltscent, salvamisandwich, salviag, samtyr, samy3dogs, sandinmyhair, santina82, sarapfb, sarashina_nikki, sarasusa, sarcastic666, sarkastic, sarkka, Sassy Lane, savingcolours, awyersparrow, sbbo, scarborough1, scarface_, scherzi, schlapa, schneefink, sealim123, seisei_ftw, seleneheart, semivowel, senex_incitatus, senseofpeace, serenia, sesame_seed, sfjwu, shadeheyr, shadowclub, shadowfireflame, shantalanadevil, shape5, sharpest_rose, sharz, shayzmom, she_recs, shezan, shifty_gardener, silentflux, silvergreen98, sinclair_furie, singing_witch, sinisterf, sinjah, siobhancrosslin, siosan80, sirfeit, sirfix, sirhin, sirius_luva, skeptics_secret, slashbluegreen, sleepingfingers, smidgeson, snabur, snarkisaur, snowish_eostre, snowy_owl_000, sofi19, softestbullet, sogasso, sohym, solesakuma, solvent90, sometimesophie, sonsofsilly, Sophie Ren, sophie84, souls_ebola, soulsakuma, spae, spark_of_chaos, sparrow_wings, sparrow2000, spatz, spazzy06, spike7451, spyinak, squashedrosie, st_aurafina, star54kar, starbolin, starlite_gone, steinsgirrl, stephanei, stephanie139, stephmayo, stolen_hybris, straycovenant, strghtn_up, stultiloquentia, stungunbilly, sugarcakey, sukimcshu, summerrain50, super_seme04, supercute90, supergreak, supplanter, surreal_demon, svmadelyn, sweet_sass, tahariel, takenoko, talaco, tameladb, tanaiel, tangerine_haze, tani, tari_sue, tarisu, tasha18, tdorian, teabag_soup, tealeaf523, teastory, tellytubby101, ten_youko, tenismoresonic, teot, terraplan, tex117, thalassa_ipx, thandie, thatie_daclan, the_moonmoth, the_oddkitty, theos99, theprd, thetammyjo, thetowerxvi,

thimpsbags, thismaz, thraylocia, tigrin, time_testudinem, tippinbritches, tiredswede, tmelange, toni_luv, topzeezee, torkvenil, toyakoya, tranquiltrouble, transient_cin, tresa_cho, trickanery, trimethoprim, trinity_clare, trinolek, trustingfrndshp, tsarinakate1, tsuzukeru, tuawahine, turnonmyheels, tviyan, twelve_pastels, twicet, twigged, twishite, txilar, ulkis, unavee, undeny, undomielregina, ura_hd, v_lisanna, Veera Vilja Nyakanen, velvet_mace, velvetburrs, venusmayaii, vera_dicere, vesper_cat, vettithoughts1, vexatingjinx, Vickie Dianne, vita_ganieda, vito_excalibur, vivid_moment, vofpracticality, voidmancer, w_wylfing, walkerwhisperer, wellingtongoose, weltea, wemblee, werdrachin, werty30, whitsun, who_favor_fire, why_me_why_not, wildestranger, windfallswest, windlion, winhall, winstonmom, wittyilynamed, wizardesslyn, wordyma, wrenboo, written_affair, wusswoo, x0miseria0x, xsmoonshine, xynnia, yanyixun, yekoc, yellow_jubilee, yinkawills, ynm, your_hucklebery, yourlibrarian, yuki_3, yukimiya87, yuminoodle, yuysister01, zahja, zazreil, zebrui, zeffy_amethyst, zhandra_ahni, zilentdreamer, Zombetha Vexation.

Y gracias también a los anónimos, a los participantes silenciosos y a los lectores que han seguido *El príncipe cautivo* a lo largo de los años. Ha sido un viaje increíble.

El príncipe cautivo

Mayo de 2008 - abril de 2015



C. S. Pacat es la autora de la trilogía *best seller El príncipe cautivo* y de la saga de cómics *Fence*. Pacat nació en Australia y estudió en la Universidad de Melbourne, y ha vivido en muchas ciudades, entre ellas Tokio y Perugia, en Italia. Actualmente, reside y escribe en Melbourne.

El príncipe cautivo, la primera entrega de esta serie, nació como una obra autopublicada y escrita por entregas, que más tarde atrajo la atención de Penguin USA, quien decidió llevar la obra a las librerías. La trilogía de *El príncipe cautivo* se ha convertido en un fenómeno de ventas del USA Today y ha recibido excelentes críticas.

